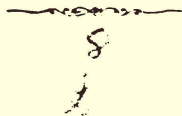


EDUARDO DE EZCURRA.

EN EL SIGLO XXX.

• Observad con atención y
vereis que en la sonrisa hay
una lágrima.

VICTOR HUGO. »



BUENOS AIRES.

IMPRESA DE JUAN A. ALSINA, MÉXICO 1422.

1891.

Al Doctor Lucio V. Lopez.

Mi antiguo maestro y amigo.

F. DE F.

DOS PALABRAS

Por eminentes que sean las cualidades intelectuales de un pueblo, si la fuerza moral, la energía, la perseverancia le faltan, en ese pueblo jamás podrá prosperar el derecho.

(*Ihering.—Espíritu del Derecho Romano*, t. I, §, 24.)

Este libro, que publico como un ensayo de crítica y de filosofía social, es el resultado de varios años de estudio y de observación. No le ha precedido, en consecuencia, un propósito estrecho, personal, ni malquerente, sino un espíritu de verdadera tristeza en presencia de los males que todavía nos dominan y del profundo desaliento de desesperanza que gravita sobre el ánimo de los hombres mejor templados.

No dudo que mi débil esfuerzo por exhibir al desnudo todo aquello que vemos, sentimos y palpamos, será recibido con benevolencia por los espíritus

sinceros y observadores de mi país, porque analizo el fondo de los seres, de los fenómenos y de los vicios sociales, con la franqueza de la mejor de las intenciones. Rio, á veces, no lo niego, pero es con un suspiro de dolor oculto entre los pliegues de los labios.

Los errores de nuestros hombres políticos — errores que yo llamaré de circunstancias y casi inconscientes — han sido en parte la causa de nuestros vicios actuales, en conjunción íntima con las interpretaciones sofisticas de nuestra ecléctica legislación, que se ha mistificado con las más absurdas ejecuciones en el orden constitucional.

La educación, la instrucción y el ejemplo político que se ha dado á nuestro pueblo ha resultado débil, oprimente y relajante. El gérmen desquiciador ha bajado de las alturas y descompuesto el sano fondo de nuestras mayorías sociales y populares. El doctor Alberdi ha sido, á este respecto, un claro-vidente. Consúltese el tomo III de sus obras notables, y se hallará en parte la verdad de este aserto.

Nuestra sociedad ha sido administrada caprichosamente, no por teorías é ideales practicados en nuestro sistema federal, sino por hombres de bandería localista ó antilocalista, por hegemonias sin ideas definidas ó por plutócratas egoistas ó débiles

por falta de espíritu cívico y de conciencia económica.

Por eso nuestro régimen administrativo y constitucional, ha sido una ironía de la ciencia política — como la llama Bluntschli — que ha venido á producir la risa escéptica de la desconfianza social, de que nos hablan Ihering y Curle. De ahí han nacido nuestros males, nuestros vicios y nuestras desesperanzas, en medio del desenfreno de progreso de verdad y de análisis del final de este pasmoso siglo, que ha puesto en excitación el espíritu público universal.

Todo eso he tratado de reflejarlo en las páginas del libro que doy á luz, bajo una forma que, si no es nueva, llena, sin embargo, el propósito que me ha guiado y estimulado á componerlo: la verdad alegórica, dura, cruda, desnuda, pero sincera y con intención patriótica. No estudio, ni fustigo individualidades determinadas, sino males, vicios y errores encarnados en varios tipos ó caracteres que pueden concretar lo que es del dominio de muchos y no de unos cuantos hombres en la escena de nuestra vida social y política.

No sé si lo habré conseguido “burla burlando”, teniendo en cuenta mi modestia intelectual y la trascendencia del asunto. Me basta, para orgullo

mío, que los hombres de buena voluntad comprendan el móvil sano y moral que domina en mi obra, porque ese será el premio de mis afanes. Parafraseando á Juvenal creo que — “Stulta est clementia, cum tot ubique vitibus occurras. . .” Después de esta declaración, entrego mi obra á su destino, al público y á la crítica.

EDUARDO DE EZCURRA.

Buenos Aires 1890.



PERSONAJES.

ANDROS COSMOS, protagonista
PARELIA ALMA DE COSMOS, su esposa.
ADAMIRO, y
EVALINDA, sus hijos.
FILOS SOFOS, amigo fraternal de Andros.
VENTURA FIN DE SIGLO, y
VIRGINIA HONDURAS, aristócratas.
DON PEDRO GOZALIAS, padre de
HORACIO, (estudiante de Derecho), y de
ANGÉLIOA.
DON SEVERO ALMA, (de quien solo se habla.)
PRUDENCIO, y
CONFIANZA, criados.

El Gran Mundo.—El Pueblo Soberano.—Académicos.—Sabios.—Estadistas — Literatos. — Poetas. — Filósofos. — Políticos. — Médicos — Abogados. — Periodistas. — Reporters. — Artistas. — Músicos. — Genios. — Nulidades. — Militares. — Empleados. — Cómicos. — Damas. — Caballeros. — Paseantes. — Curiosos. — Vicentes. — Tenderos. — Peluqueros. — Vigilantes. — Bomberos. — Automateros. — Cocheros. — Advenedizos. — Pilluelos — Vendedores de diarios. — Dulcanaras. — Avisadores. — Reclamistas. — Etc., etc.

LA ESCENA FIGURA EN FISIOCRATA.

Comienza en la primavera del año 3000.

EN EL SIGLO XXX.

JORNADA PRIMERA.

.....

EL extraño edificio se levanta al final de la amplia avenida de «El Pasado». Su aspecto exterior es extraordinariamente misterioso. Sería difícil el designarle un orden ó estilo arquitectónico definido. Pero, en medio del eclecticismo fantástico que domina en todo él, se descubre desde lejos esa original fisonomía de las sólidas y pesadas construcciones de los pueblos de los tiempos inmemoriales. Tiene en su forma pentagonal enorme, colosal, algo de magestuoso, algo de extraño é inexplicable, que mueve la imaginación y trasporta el pensamiento hácia los pasados siglos: á lo que debió existir, indudablemente, allá en las extinguidas sociedades de las edades muertas.

Contemplado y examinado con alguna detención el gigantesco edificio, se diría que la mano de los africanos y de los asiáticos, de los pelagos y de los etruscos, de los celtas y de los druidas, de los griegos y de los romanos, de todas las edades y de todos los estilos, se halla estampada aquí y allí, en cada uno de los cinco pentágonos que presentan semi-borrados el golpe de vista más imaginativamente fantástico. Sus sólidos mu-

rallones, sosteniendo torres, cúpulas y monumentos, balconajes y columnajes colosales, figurando gigantes, pigmeos y pirámides, ya lisos ó labrados, dicen claramente que por el edificio han pasado sucesivamente los gustos varios arquitectónicos de todos los tiempos.

Sobre el gran espacio donde se levanta altanero, como desafiando las ávidas é investigadoras miradas penetrantes de nuestro siglo etnográfico, estadístico y antropológico, parece apoyarse para hender las nubes y perderse en los cielos. A su alrededor, magnífico y encantador impera el capricho estético del arte de la jardinería y de la estatuaria, embelleciendo la inmensa área de tierra bajo la cual duermen insensibles sus atléticos cimientos. Grutas semejantes á las de Pausílipo, de Fingal, de Etre-tat, de Adelsberg y de Guacharo; cuevas, cavernas y catacumbas artificiales, se encuentran á cada paso, lo mismo que bosques y montes de mandrágoras, banianos, dragos, cedros, baobabs, palmeras y árboles de la más lujosa vegetación tropical, que dán en conjunto el aspecto más extraño al edificio que se confunde con ellos.

Aquello parece un mundo de sueño de ópio, rodeado de fuentes y de lagos, de saltos de agua y de cascadas, que murmuran un lenguaje desconocido, poético como las almas primitivas, respondiendo á los sordos gemidos de las grutas y cavernas, y al zurrido de las hojas de aquel paraíso de todas las vegetaciones, desde la casi invisible matita hasta el árbol colosal que simula sostener con sus brazos la enorme techumbre de los cielos. ¡Qué lenguaje, qué notas, qué sonidos los de semejante conjunto! Se creería que la misma naturaleza con todas sus perfecciones y aparentes imperfecciones, allí habitara.

Sin embargo, algo más imponente se muestra de distancia en distancia, rodeando el colosal edificio. Según el capricho y el gusto estético de los antepasados de su actual poseedor, habían allí construido cadenas de montañas, circundadas de mares y de ríos; volcanes que se ponían en violenta erupción por medios desconocidos en lo presente. Y montañas, mares, ríos y volcanes, cerca ó lejos de aquella sólida construcción pentagonal, le dan á ésta una fisonomía encantadora, como el ideal de la belleza que traían á la existencia las razas primitivas, espejado en las castas intimidades del alma.

Sobre sus bosques y jardines, grutas y cavernas, arroyos y cascadas; en medio de aquellas fuentes y estatuas, que parecen animadas por un soplo de vida misteriosa; rodeado, en fin, por ámplios parques y estensas avenidas, por bien imitados desiertos é ilimitadas pampas, creados y revelados por la mano de los siglos,—se eleva el gigantesco edificio pentagonal en la avenida de « El Pasado » que desemboca en el espléndido boulevard de « El Porvenir. »

Cuando la mirada se posa en aquel mundo de la naturaleza y del arte, del hombre y del tiempo, el espíritu se siente vivamente conmovido. Y como si se encontrase separado de nuestro organismo, empieza á vagar—ora escalando una montaña que se figura es el Himalaya ó el Chimborazo; ora un volcan que le parece es el Antisana ó el Cotopaxi; aquí descende á una caverna ó á una catacumba; allí navega un río, un mar ó un océano; más allá penetra á un bosque, cuyos árboles con los brazos tendidos ó estrechándose con cariño los unos á los otros, le recuerdan á una legión de gigantes; ora admira en un

estanque ó arroyuelo voltear un mundo de pececillos de los colores más vivos y atrayentes, mientras que pasan por su lado grupos de animales de todas las especies, bandadas de avecillas y enjambres de insectos que van á perderse en los bosques, jardines y plantas de perfumadas y matizadas flores.

El espíritu, piensa, que todo aquello es la creación. Cediendo á las caprichosas exigencias de la fantasía, deja que la imaginación continúe en su viaje extraordinario,—que le conduzca á los sitios desconocidos, á las regiones misteriosas, sorprendiendo fenómenos, adivinando causas ó profetizando efectos, después de analizar un grano de tierra, una gota de agua, un gusano, una mariposa, una avecilla, un animal, un árbol, una flor, un hueso ó una piedra. Y unas veces, descomponiendo; otras, experimentando, y, las más, reconstruyendo,—el viajero espiritual, va acercándose paulatinamente á la gran Naturaleza, á la *armonía*, de Leibnitz, que todo lo mueve y ordena, lo equilibra y perfecciona; que todo lo hace simpático y sincero en la naturaleza... que existe en aquel hermoso conjunto que rodea el extraño edificio pentagonal.

Nuestro viajero espiritual, como si no le fatigara esa odisea original, continúa delirante, admirando y extasiándose unas veces en los más insignificantes fenómenos, con los que forma toda una existencia pasada, un mundo zoológico, botánico ó geológico, que parece haberse extinguido al presente por completo; otras veces, estudiando los conjuntos, funda pueblos, ciudades, naciones que han muerto, y, las más, observando un cráneo, un color, un instrumento, un arma, un monumento, un geroglífico,—descubre la indudable existencia de un pueblo ó el pro-

bable origen de una raza, que ha desaparecido por completo ó variado paulatinamente hasta adquirir un desarrollo increíble por lo admirable.

Pero cuando nuestro espíritu, conmovido y extasiado, llega y se detiene ante el edificio pentagonal que domina sobre aquel extraordinario conjunto, experimenta algo indefinible é inexplicable: cierto temor, cierta pavora, como si recordara las supersticiones que enjendraron los errores de algunas creencias, de las mitologías, del mismo cristianismo en su funestos desbordes, del fanatismo, en fin, al contemplar cada uno de los sombríos pentágonos del edificio, que no se aventura á penetrar. Y creciendo ese temor y esa pavora, cuando la noche es oscura ó de luna, nublada ó transparente, se vá apoderando de él cierto recelo misterioso, que le lleva, malgrado suyo, á donde menos lo pensaba.

Desde luego le parece que el colosal edificio rueda, como el mundo, en el espacio... Pero, en seguida, desaparece esa alucinación temeraria. ¡Qué aspecto maravillosamente terrorífico cobra entonces, al través de las sombras que lo envuelven ó de los perlacios rayos de la luna! A veces cree que ésta huye y esconde su disco de plata detrás de las montañas, como evitando la presencia de las apariciones que se agazapan ó salen de las torres y cúpulas, de los columnajes y balconajes, que á su vez toman el aspecto de enjendros fantásticos, como les hiperboliza la poesía popular y las imaginaciones calenturientas á lo Poe, Vawen y Hoffmann.

Así del mundo de la realidad pasa al de la imaginación, dominado el espíritu por esa pavora que se ha agigantado en un momento. Se diría que se halla bajo el

imperio de la fantasía de los pueblos primitivos contemplando, como aquéllos, una legión de dioses extraordinarios, una multitud de fantasmas y espectros siniestros, una muchedumbre de las aves del agorerismo ó de los animales deformes de las fábulas populares ó religiosas, como los mónstruos de los asiáticos ó las bestias de la Apocalipsis. Pero la realidad vuelve á su centro de la razón y aquellas fantasías tornan al mundo de las supersticiones y de los sueños... proféticos—que no se cumplen!

Recién, entonces, el espíritu, que parece volver á su organismo, después de su viaje fantástico, hace fijar nuestros ojos en la espléndida luz que aparece en una de las amplias y hermosas ventanas ovales del cuarto pentágono del extraño y sombrío edificio de la avenida de «El Pasado». Allí habitaba el Hombre, el rey de aquel mundo grandioso de la naturaleza y del arte, del tiempo y del progreso...—el sábio joven Andros. En la ciudad de Fisiocrata, donde existió en el siglo XIX, probablemente, el estado de Buenos Aries, Andros pasaba por un ente raro, especie de salvaje y de moderno. Se le tenía por un misántropo amante de la ciencia antigua. En una palabra, concretando, por un individuo nacido en el actual siglo XXX,—pero, cuyo espíritu, vivía en el mundo de los tiempos de las crisis de progreso...—cojiendo el rábano por las hojas!

Andros era, sin embargo, un hombre sencillo, demasiado sincero para el actual siglo utilitarista y numérico. Era de un espíritu exajeradamente elevado y harto idealista para que se le comprendiera en nuestros días que han hiperbolizado, en el ajiotismo de la Bolsa... moral,

los sentimientos y las verdaderas inclinaciones del hombre de bien, traduciéndolos en el tanto por ciento de «cuanto tienes eso vales». Y Andros por ser sencillo, sincero, elevado é idealista, por *eso* era un ente raro, un neurótico, un misántropo. No había querido ingresar en ningún directorio de banco... social, á pesar de habérsele visto y salicitado *de oficio*, ni en ninguna sociedad edificadora,—prefiriendo su vida honrada, intachable, su existencia tranquila y sin zozobras, su humilde posición en el mundo, con el patrimonio que le legaron sus mayores, con sus rarezas y su idealismo, á labrarse una fortuna, un nombre, una vida para el porvenir, conseguida en los bancos, en las sociedades particulares y en las empresas anónimas, que son en el presente siglo XXX, de moda y de utiltdad para los intereses del Estado... (pecuniario de sus directores, entre paréntesis!)

Como Andros no pertenecía á ningún directorio, ni formaba parte en los más altos poderes del Estado; ni se encontraba afiliado á éste ó aquél partido político; ni era amigo del presidente Reaccionario, hecho teniente general después de la gloriosa campaña contra el imperio Adelo, por rencillas internacionales; ni del Ministro de Hacienda doctor Embrollas; ni amigo del camarista Cual y del senador Trufado, del diputado Negocioserio y del gobernador Del Cobre, ni siquiera proveedor de la República,—por ser únicamente un amigo franco de la verdad, un creyente de la fé y un partidario sincero de la libertad, Andros no alcanzó gloria, honores, apláusos ni laureles!

Vivía en su estraño y sombrío edificio, participando de la encantadora amistad que le prestaban sus libros, cerca

de su idolatrada consorte Parelia y de Filos su compañero de estudio. Sin más vinculaciones cordiales, de familia, que estos dos seres queridos, la existencia le parecía agradable, en medio de la tranquilidad y pureza de su conciencia. Entristecido por los extraordinarios progresos de su siglo, que llevaba á cabo el genio inventivo del señor Negociacontodos, afiliado al partido oficial por creerlo de más sanos y . . . productivos *p'incipios*,—evocaba muchas veces la memoria de sus antepasados, de sus padres, muertos en la lucha por la libertad humana, y encontraba la fé alentadora, que animaba los grandes espíritus y templaba las almas nobles. Por eso era un sér raro, soñador de utopías,—un misántropo que pensaba en la verdad porque era antigua, combatía el error porque era moderno y amaba la virtud porque era el centro del gran civismo y del hogar de la familia humana.

Puede que fuera demasiado optimista en su ideal de la administración de la familia nacional. Pero, cuando se ha llegado á un siglo, como en el que vivía y en una zona que se creyó fuera «la tierra de promisión;» cuando imperaba la decadencia moral, en medio de la agitación del utilitarismo y del guarismo, sobre la desorganización física,—no era de extrañarse entonces que el hombre que miraba más allá, se forjase un estado . . . de cosas ordenadas y pasablemente sinceras, aunque más no hubiera sido. Los hombres sinceros eran los menos en Fisiocrata! En cambio, los falsos componían las mayorías. Eran los que tenían absorbidos todos los centros, donde los primeros, como las solicitudes de los proletarios, eran los últimos. Las familias patricias habían casi desaparecido, pasando á ocupar sus puestos las advenedizas! ¿Sería

este,—se solía preguntar Andros,— el ideal de la República en el siglo XIX? ¿La igualdad ante la ley... del dinero? Quién sabe! Solo tenía de aquel siglo noticias muy vagas. Pero todo desequilibrio se le perdonaba, teniendo presente los tiempos, las instituciones y las costumbres... en formación!

Andros anhelaba la medianamente pasable armonía política y social en su patria, dividida por el entronizamiento de una herencia política funesta y anti-republicana. Los buenos elementos no habían desaparecido por completo. Existían aún, pero dispersos, alejados los unos de los otros por el infausto imperio de la fuerza, de la herencia... de la túnica de la república que había quedado en poder de unos cuantos, cuando pertenecía á todos. ¿Quién reuniría á todos aquellos elementos? Ese era el ideal de sus sueños, y, por eso le habían llamado visionario! ¡Ah, cómo hubiera resultado fecundo el gobierno de aquella unión de los sinceros y de los falsos, en medio del pasmoso progreso que dominaba en su raza, por otra parte, noble, grande, activa y creadora, como fué siempre la argentina!

Andros, soñando ese vago ideal de equilibrio nacional y de armonía política, sonreía escuchando el colosal murmullo que le enviaba la gigantesca ciudad. Suspiraba contemplando, desde la ventana, la moderna Buenos Aries, cruzada de hilos telefonográficos; de ferro-carriles aéreos y tramvías de tracción eléctrica; iluminada por el asfalto luciente que revocaba los frentes de los grandes palacios de sus anchas avenidas bordeadas de árboles, y por los enormes focos de luz eléctrica que hacían palidecer los espléndidos rayos de la luna. Tenía Fi-

siocrata, el aspecto de una ciudad fantástica, encantada, debajo de aquel cielo límpido, transparente, de primavera.

Después, Andros, abandonó la ventana y continuó estudiando en el gabinete científico de aquel especie de feudo del siglo XXX. En seguida permaneció absorbido en su lectura, extraño á cuanto le rodeaba: al murmullo de la ciudad, que iba desapareciendo poco á poco; lejos de los espléndidos rayos de la luz eléctrica; ajeno al continuo pasar de los trenes y tramvías, y de los campanilleos de los telefonógrafos. Dieron, muy luego, las dos de la mañana en el relój del templo de «La Ciencia,» y la ciudad fué quedando silenciosa y tranquila.

Aquella era la hora predilecta de Andros para dedicarse al estudio, en medio del sueño en que reposaba la gran ciudad y del religioso silencio que imperaba en el extraño edificio pentagonal. Hemos dicho que, en el cuarto pentágono, tenía, Andros, su gabinete de estudio y agregaremos que también tenía en él su casa, hotel, palacio ó como quiera llamársele, pero separado completamente del resto del edificio. Siguiendo una costumbre lejendaria solo visitaba lo demás del edificio de cuando en cuando, y lo hacía como un paseo excepcional, de lujo, según él solía decir festivamente.

Su gabinete afectaba la forma circular. Tenía una ventana que miraba hácia la ciudad y tres grandes puertas colocadas simétricamente de trecho en trecho, colgadas con unos lujosos cortinajes de un tejido de seda púrpura cordobesa, exquisita, del siglo XXV. Las sólidas paredes se hallaban revestidas con una preciosa estantería de palo santo con incrustaciones de erable. Detrás de

sus convexos cristales, clasificadas por razas y especies se encontraban en sus ordenados anaqueles preciosas colecciones de esqueletos, cráneos, costillas, fémures, tibias, etcétera, del hombre del siglo XIX, descubiertos en las cuevas, cavernas y catacumbas del edificio, ó halladas en las escavaciones, en las ruinas y minas de oro, plata, cobre y carbón de los Andes y de Arrecifes, en las ruinas del Correo y en las cloacas de la antigua Buenos Aries.

Pendía del techo, de cristal galvanizado, completamente cóncavo, como para centralizar los rayos de la luz, un poderoso foco eléctrico, que bañaba con su lumbré de plata fundida aquel museo de antropología y de algunos animales cordobeses, extinguidos ya, del famoso siglo XIX, clasificados y numerados con sus correspondientes rótulos. Tenía Andros verdaderas é inapreciables curiosidades en aquellos restos de las razas antiguas. Eran de notarse las diferencias notables que existían entre un cráneo del siglo XIX y otro del XXX, tanto en su conformación general, como en las líneas y protuberancias especiales del frontal, parietal, oxipital y maxilar inferior examinados en detalle. En el largo de las falanges de los dedos y sobre todo en el largo de las uñas, habian diferencias pasmosas. El cráneo del hombre del año 1890, ofrecía una abrumadora decadencia política y económica, mientras que el cráneo del individuo del año 3000, revelaba que *en todo* le había... adelantado al hombre del siglo XIX: en la decadencia y en el progreso, por más que esto parezca una ironía ó una sátira á los filósofos, fisiólogos y antropólogos de nuestros dias.

Desde el asiento mecánico, automático, de su escrito-

rio, Andros solía contemplar con arrobamiento aquellos documentos de hueso de su precioso museo antropológico y zoológico que tenía estudiado concienzudamente y de cuyas piezas había conseguido sacar conclusiones y consecuencias increíbles, extraordinarias, casi fantásticas, dejado llevar por los arranques de entusiasmo de sus veinte y ocho años, de sus análisis profundos y de sus experiencias de sabio metódico y paciente. Su rostro sereno, apenas cubierto por una barba castaña, sedosa y crespá, como sus cabellos, adquiría, entonces, una expresión indefinible de animación y de felicidad, cuando llegaba á fijar sus grandes y melancólicos ojos verdosos, en aquel universo, como éi decía, de la historia natural de los tiempos pasados.

Se despejaba entonces su frente ancha, serena, notable por sus dos grandes entradas y las abultadas protuberancias que partían su entrecejo,—y su dulcísimo conjunto facial cobraba una lucidez y una expresión tal de intelectuabilidad, que seducía y atraía. No eran muy suaves las líneas de su óvalo, ni muy correcta su fina nariz aguileña, ni muy proporcionada su boca; pero, en conjunto, aquella cabeza,—sostenida por un tronco y unas estremidades esbeltas, casi atléticas, era melancólicamente varonil, hermosa, y reflejaba claramente la grandeza y nobleza de su alma, lo mismo que la sensibilidad y voluntad de su bien definido temperamento bilioso—nervioso.

Huérfano había quedado durante la lactancia. Casó á los veinte años y recién cumplidos los veinte y dos, ya administraba sus bienes, entonces en manos de un anciano pariente suyo, que murió al año siguiente, víctima de

una apoplejía que le causaron unas malas operaciones en la rueda de la Bolsa—esc pozo artesiano de los grandes... capitales. Pero, educado Andros en la escuela de la orfandad y de la desgracia, inclinado desde muy niño á los estudios serios, guiado por sabios profesores y dotado de una inteligencia precóz, de una memoria de hierro y de una voluntad de acero,—bien pronto adquirió un desarrollo intelectual pasmoso y una experiencia asáz prematura. Concentradas todas sus afecciones en Parelia, que entonces era una niña, en Filos su único amigo y en sus estudios, era feliz y solo le entristecía la desunión de sus contemporáneos y las tendencias materialistas de su siglo. Hubiera deseado ver unidos en el orden y la paz á los unos en la práctica de las instituciones republicanas, y panteista en sus inclinaciones al otro. Pero su ideal no se ajustaba á las aspiraciones ó ambiciones de sus compatriotas, ni al excepticismo desconsolador de su siglo. ¡Querían la verdad, é iban tras de la mentira!

Dueño, una vez, del extraño edificio, que había heredado de sus padres que, como ya lo dijimos, fueron víctimas en la lucha por la libertad humana, Andros lo visitó todo en compañía de Parelia y de Filos. Quedaron asombrados de los cinco departamentos, no solo por la riqueza y el esplendor que por doquiera imperaba, sino porque creyeron descubrir una alegoría en cada uno de ellos. Europa, Asia, Africa, América y Occania, estaban representadas en cada uno de los departamentos, que justamente correspondían á cada uno de los cinco pentágonos del edificio, de «su pequeño mundo,» como le llamó Andros desde entonces.

Elijieron, para habitarlo, el cuarto departamento, que

era el que correspondía al pentágono de la América. No tenía éste, como los demás, ese aspecto de vejez, de polvo eterno, de majestad de tumba heráldica, ni la grave apariencia que cobra todo aquello en que se ha ido posando la pesada y ruda mano de los tiempos, ni mucho menos esa fisonomía saturniana de los esplendores y de las decadencias, de las ruinas y de la muerte, de la soledad y de la tristeza, de los pueblos de los pasados siglos, que habían contemplado en los otros cuatro departamentos del extraño edificio pentagonal.

En cambio, el departamento del cuarto pentágono, les ofrecía una vida más nueva, más pura, más tranquila y un porvenir, si cabe la palabra, más en armonía con sus esperanzas y más de conformidad con sus ideales y sus ensueños. Y como una disposición testamentaria, seguida fielmente de generación en generación, de siglo en siglo, prohibía terminantemente que se variara la construcción del edificio—lo que solo podía hacer el tiempo ó las imprevistas catástrofes humanas—Andros, respetando aquella disposición misteriosa para todos, se fué á ocupar el departamento más moderno. Algún tiempo le preocupó el misterio que rodeaba é imperaba en su posesión; buscó el origen y no le halló. La fantástica leyenda del edificio, de su creación, y de sus dueños primeros, como la de Adán y Eva, le pareció ridícula, imposible y fantástica. Concluyó, después, por no pensar más en ella. Desde entonces se dedicó á Parelia, á Filos y á sus libros por completo, en el departamento del cuarto pentágono del extraño y sombrío edificio—en su gabinete antropológico y zoológico, y donde ahora le encontramos estudiando en su hora favorita.

Sonó en aquel momento la campanilla telefonográfica que tenía cerca, en el mismo escritorio, y al propio tiempo, una voz clara, argentina, le interrumpió en su lectura. Era Filos, que, desde su aposento, le anunciaba que iba á bajar al gabinete. Había terminado, añadió, el plan de un libro que ámbos escribirían y que debía despertar alguna curiosidad y sensación en Fisiocrata, no solo por lo original del asunto, sino también por el modo que había imaginado para tratarlo. Una alegoría de buen gusto, talváz un poco cáustica y un tanto satírica, pero nada más. Y, agregó:

—¿Oyes...?

—Si, Filos,—contestó Andros.

—¿Puedo bajar...?

—Ven inmediatamente.

—Ah... Me olvidaba. Corre el resorte del torno...
Suéltale!

—Ya está. Desciende, amigo mio.

Suavemente crujieron las dentrinas y las rodajas del torno mecánico, neumático, que se hallaba como empujado en un gran cóncavo construido, al efecto, en la pared cuyo final daba á una de las puertas del gabinete;—y cayó, luego, la plataforma sobre las detentas elásticas, sin producir el menor ruido, ni el más leve choque. Filos, empujó la puerta, penetró al gabinete, y, tras de él, aquélla, sola, volvió á cerrarse automáticamente. Los vivos rayos de la luz bañaron, entonces, su pálido rostro, poblado por una naciente y sedosa barba rubia, como sus ensortijados cabellos. Sus ojos pardos, penetrantes, se entornaron un momento. Luego una bondadosa sonrisa plegó sus finos labios, que dió á su sem-

blante tranquilo é intelectual, un aspecto dulce y verdaderamente infantil. Y posando la mano derecha sobre el hombro de su amigo, le dijo:

—Andros, resulta nuestro libro—resulta! Aquí, en mi ardososa frente lo siento y lo concibe mi imaginación. No puedes figurarte, cuánto espero de él, ni cuántas esperanzas é ilusiones ha enjendrado en el fondo de mi alma. ¡Volver al siglo XIX..! ¿Entiendes..? Es decir, retroceder nada menos que mil cien años, once siglos! ¿Qué te parece, amigo mio? ¿No es extraordinario? ¿Quién se lo imagina en Fisiocrata!

—Nadie, seguramente,—le contestó Andros.—Pero, tengo entendido, Filos, que algo parecido se hizo ó se escribió en aquel remoto siglo, aunque en lugar de retroceder, avanzaron á nuestros tiempos... imaginativamente.

—Lo que no es lo mismo.

—Por supuesto. Solamente á tí se te puede ocurrir una idea semejante. De lo cual colijo que no has aceptado ni mi argumento, ni mi plan. ¿No convinimos anoche que escribiríamos un libro de historia antigua?

—Sí.

—Pero aún sin fijar una época y un punto absoluto de partida. ¿No quedaste encargado tú de lo uno y de lo otro?

—Efectivamente.

—Veamos, pues, lo que has pensado, combinado y resuelto...

—Lo más sencillo...

—Pero siéntate, Filos.

Dicho y hecho. El joven hundió un botón del escritorio, y, luego, apareció un asiento en el frente opuesto al que

se encontraba Andros. Desdobló los brazos de aquel cómodo sillón y ajustó los pasadores de seguridad. Se arrellenó, en él, con cierto abandono, mientras su amigo cerraba la obra que había estado estudiando, y que no era otra que la «Contribución al estudio del hombre fósil de la Argentina,» después de marcar la página con una fina cinta de acero. Filos apoyó la frente entre los dedos de la mano izquierda, con la otra se retorció su bigote rubio de veinte y seis años, y con simulada gravedad, le preguntó á su amigo:

—Me dirás ¿quién lee historia entre nosotros?

—Las personas que desean instruirse. Vaya una pregunta!

—Pues, esas, son las excepciones. Las demás, estoy seguro, que no se toman esa molestia, ni ese trabajo. Y si nosotros la escribimos, ménos aún, porque se quedaría la edición en los estantes de las librerías ó en las hojas fonográficas. ¿Comprendes...?

—Tú exajeras...!

—¿Qué hacer, entonces, para que un libro sea leído en Fisiocrata? Dos cosas esenciales. La primera está en la materia de que trate y la segunda en el medio donde se la desarrolle. Se cuida el estilo, se agregan algunas observaciones y se le adicionan picantes comentarios. ¿Me comprendes, Andros?

—Veamos la materia ó argumento.

—El espíritu que domina, del actual siglo XXX, en nuestro país.

—Comprendo. ¿Y el medio de desarrollo?

—El siglo XIX.

—Lo dicho. El nuestro transportado á aquél. ¿Y las observaciones?

—La crítica.

—¿Y los comentarios ó reflexiones?

—Decir que en aquellos tiempos todo andaba al revés, indirectamente refiriéndonos á los nuestros, que relativamente no andan mejor.

—Desgraciadamente!

—De todo lo cual resulta, en conclusión, que nuestro libro será literario, social, histórico y crítico. No me cabe la menor duda que, así, despertará curiosidad, con ésta la sensación y con la sensación la venta. ¿Qué ganaremos con él? Cuando se haya leído, lo sabrás. Todo en él, como naturalmente se desprende, será indirecto, figurado, alegórico, para no herir directamente á este ó aquel que quiera ponerse el sayo. Seguiremos el precepto latino *Sine ira et studio*—sin pasión, francos, galantes, si cabe. Cargaremos, eso sí, la mano contra «las grandes mentiras públicas» y elevaremos bien alto las virtudes y las cualidades de los buenos, por la misma razón de que son los menos y los más olvidados. He ahí, amigo mio, lo que he pensado, combinado y resuelto.

Durante, Filos, hablaba con entusiasmo del plan, móviles y procedimientos de la proyectada obra,—Andros, en silencio, se habia poco á poco ido quedando pensativo. ¿Qué meditaba? Fuese paulatinamente animando su simpático semblante; vagó en sus labios severos una sonrisa indefinible y amarga; se iluminaron de pronto sus grandes ojos soñadores, y después de fijarlos con cariño en Filos, que á su vez le contemplaba con ansiedad, le dijo brevemente:

- ¡Resulta, Filos, resulta!
 —¿ Con que aceptas mi plan?
 —Sí...
 —¿ Te agrada?
 —¡Sobre manera!

Exclamó Andros con viveza, y volvió á quedar pensativo, como reconcentrado en sí mismo, extasiado en una idea íntima, impenetrable. Dieron en aquel momento las tres de la mañana en el monumental relój eléctrico del templo de «La Ciencia.» Ya comenzaba á tamizarse el cielo con las primeras, vagas y lejanas claridades immaculadas del alba. La luna se hundía en el horizonte pesadamente y detrás de las blanquísimas cumbres de las montañas, parecía un punto fantástico de admiración. La ciudad aún dormía profundamente. Frescas brisas llegaban de cuando en cuando, trayendo en sus alas al gabinete el balsámico perfume de las primeras flores de la primavera. Andros, volvió de su éxtasis, se puso de pié, y dijo con entusiasmo:

—Filos, desde mañana á la obra, sin descanso, con ardor!

—No esperaba menos de tí. Pero, ¿en qué pensabas..?

—¡Muy grandes cosas..!—y, luego, añadió paseándose:—Se titulará la obra: «*En el siglo XIX.*»

—«*En el siglo XIX.*»—repitió Filos.

—Tu empezarás la jornada primera...

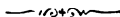
—Por hecha.

—Cuando Vespuccio descubrió la América...

Y Colón hizo la primera carta geográfica de ella!

—Justamente. Todo en tono de sátira, todo! ¿Entiendes..?

Andros, deliraba de entusiasmo, exitado, nervioso, y, Filos, de alegría, arrastrado por el estado de ánimo de su amigo y por el suyo propio. Por fin se consolarían, á manera del Dante, de los desdenes del mundo y vengarían los ratos de honda amargura que habían tenido que soportar, hacía mucho tiempo. Esta era la temeraria idea que bullía en el febriciente cerebro de Andros y que le había tenido extasiado. En seguida, se abrazaron como dos hermanos ántes de entrar á la lucha, y después, cada cual, pasó á su aposento en busca de descanso, en circunstancias que el relój del templo de «La Ciencia,» lanzaba al espacio cuatro sonoras campanadas metálicas. Empezaba á amanecer y la enorme ciudad á despertar de su sueño.



JORNADA II.

CUANDO, Filos, ocupó la maquina de escribir, las ideas hervían en su mente. Se hubiera dicho, por la inquietud que le dominaba, que deseaba comenzar y concluir inmediatamente lo que pensaba y sentía latir dentro de su ardorosa frente. ¡Qué perezosa nos suele parecer la inteligencia en algunos instantes y cómo se niega otras veces á dar libre salida, franca corriente al inmenso mar de ideas que se agita dentro de nuestro cerebro! Hay momentos de una verdadera esterilidad intelectual que nos apena, que nos hace padecer y que no podemos explicarnos, en medio del mundo de pensamientos que sentimos moverse en el espíritu. Empieza este estado síquico por una simplísima inquietud y termina en la desesperación. Nace, entonces, la duda, y lo que pensábamos escribir ni surge, ni resulta. Todo, desde luego, es malo, pálido, incoloro. Volvemos á comenzar y es en vano. Falta el reposo que debe dominar cuando escribimos. Aparece la fiebre, y la incertidumbre nos hace impotentes.

Las manos de Filos cayeron sobre el teclado de la maquina; pero, de pronto, sus dedos se detuvieron. No ac-

cionaban sobre las marfilinas piezas del aparato. A pesar de la multitud de ideas que llenaba su mente, no supo cómo empezar. Sin embargo, sabía de dónde debía arrancar, dominaba la materia, el asunto, por completo; pero, sus dedos no se movían. ¿Sería posible? ¡No! Y sonriendo de aquel vago temor que le asaltaba, imprimió los dedos rápidamente en esta y en aquella tecla. Después las fué recorriendo todas durante algunos segundos, hasta que de improviso se detuvo. Sacó, entónces, la impresa tira de papel y leyó ansioso su contenido. ¡Sarcasmo horrible! ¡Cómo había podido pensar semejantes cosas! En el fondo existían las ideas, pero no había fuerza, colorido vivo, ni vida en ellas. No era aquello lo que él quería. Anhelaba algo más grande, una forma mejor, más fluida, más correcta.

—Veamos si de esta manera...

No. Iba á incurrir en un deplorable anacronismo. Por fortuna no vivía en el siglo XIX, en el que era fustigado un desatino histórico ó científico aunque hubiera sido de Fulano de Tal, que pasaba por un genio! De lo contrario, qué le importaba un anacronismo más ó menos, ó una apreciación más ó menos apasionada y ante-histórica? ¡Por el alma de...! Se había olvidado que tenía que escribir todo al revés! Pues haría como si estuviera en el siglo XIX... Empezaría de nuevo.

El jóven rompió con impaciencia la tira de papel en mil pedazos, arrojándolos con ira en el canasto de mimbre que tenía á su lado. Después dejó correr los dedos por el teclado de la máquina, deteniéndose de momento en momento, mientras pensaba lo que iba imprimiendo en el papel. Cuando la tira estuvo completamente llena, la

arrancó y la leyó una ó dos veces. Pero aún no estaba satisfecho de su contenido. Algo le faltaba. Indudablemente, pensaba Filos moviendo la cabeza, aquello se ajustaba más á lo que había imaginado. Sin embargo, en el conjunto de los párrafos, bien nutridos como á él le agradaban, se desprendía cierta divagación y en los detalles encontraba muchas incorrecciones.

Cada vez más inquieto, poco á poco se fué impacientando más. A medida que sus ojos recorrían los caracteres impresos, su rostro tomaba un aspecto de desesperación indefinible. ¿Qué era lo que motivaba aquella esterilidad? ¿No tenía en su cerebro ideas, muchas más de aquellas que necesitaba para comenzar? Pues, entonces ¿qué era lo que detenía el pensamiento y por qué no podía coordinarlos, asociarlos, los unos con los otros?— Eso era espantoso! exclamaba Filos, fraccionando la nueva tira de papel en muchísimos pedazos, volviendo otra vez á la tarea.

Pero como había perdido, por completo, la tranquilidad, paulatinamente sus ideas se fueron oscureciendo, hasta el punto de no poder mover los dedos en el teclado del aparato. Cada concepto le parecía malo, cada pensamiento vago, nebuloso ó en manera sencillo y casi pueril. Cuando se hubo convencido de que toda su voluntad era inútil en aquel instante, cubrió la maquinita con su tapa de ébano, la colocó en el sitio donde tenía costumbre de dejarla y se puso á leer. ¡Qué disparate! ¿Cómo podía leer él? En semejantes circunstancias ningún libro, ni aún el de su autor favorito, le habría entretenido. Tenía demasiado ocupada la mente para semejante cosa! Y arrojó con ira el libro encima de la mesa.

Entonces, como distraído, se puso á contemplar los cuadros y retratos que adornaban su aposento. Era éste un cubo espacioso. Sus altas paredes estaban sencillamente tapizadas con un género blanco, tableado, hasta el zócalo y recogido en el centro del techo por un círculo bullonado, de cuyo centro pendía el foco eléctrico que alumbraba la estancia por la noche. Dos grandes roperos de jacarandá con lunas azogadas, el uno en frente del otro, multiplicaban su imagen en aquel momento. Su lecho de bronce, colgado con cortinajes de terciopelo carmesí y de muselina floreada, ocupaba el centro del aposento. Y aquí, un estante de libros; allí, un lavatorio; más allá, una percha; á la cabecera de la cama, una mesita, y las sillas esparcidas al rededor, formaban el conjunto de su mueblaje.

De los grandes maestros del pensamiento humano, que inmóviles en sus marcos de ébano hacían *pendant* los unos á los otros, pasó los ojos á los retratos de su familia. Largo rato estuvo extasiado contemplando el retrato de la que fuera su amada madre. ¡Qué rostro sereno y hermoso el de aquella santa mujer, que él apenas había conocido! Muy niño le dejó al cuidado de su padre, uno de esos caracteres raros por su sencillez y por su cariñosa rectitud para con los propios y los extraños. Parecía que le sonreía y le animaba! Pero cuando miró el retrato de su anciano padre, que á la sazón concluía su existencia feliz, al lado de su hija, la única hermana de Filos, en una de las ciudades cercanas de Fisiocrata, de pronto se animó, sus mejillas se colorearon y un suspiro dulcísimo exhaló sus labios.

—¡Eureka!... Eureka!—esclamó trasportado.

Cojió, entonces, la maquina y comenzó á escribir vertiginosamente. El recuerdo de los que tanto amó y amaba, le inspiró en un momento. ¡Extraño fenómeno simpático aquél, que nos dicta con su mutismo, lo que en vano habíamos buscado desesperadamente! Sus dedos se deslizaban por el teclado sin entorpecimiento alguno y la asociación de sus ideas era verdaderamente pasmosa. Bien pronto llenó tiras y tiras de papel ¡Qué colorido, qué exuberancia de vida, qué claridad y qué sencillez en el contenido, én el fondo, en el conjunto, en los detalles y en la forma de lo que iba pensando é imprimiendo!

—¡Ahora soy feliz!—dijo, deteniéndose un instante.

Y agradecido volvió á contemplar las imágenes de los que tanto amaba. Cuando dieron las once de la mañana, después de cerca de dos horas de continuada labor, había concluido de escribir la jornada primera del libro y comenzado la segunda. Numeró las tiras de aquélla y después de leerlas, casi desconociendo lo mismo que había pensado un instante ántes, no pudo contener una exclamación arrebatada de gozo—de íntima alegría. ¡Surgía indudablemente lo que había imaginado, surgía y mejor, mucho mejor de lo que creía! Conmovido y contento, reía como un niño. Después escribió el sumario de la jornada concluida, abrochó las tiras impresas, dentro de una carpeta, en circunstancias que subía la trampa, se habría la puerta y penetraba Andros al aposento.

—Buenos días, hermano mio,—le dijo abrazándole.

—¡Sublines, habrás querido decir Andros! Mira y léo.

—¡Cómo! ¿Concluida ya la jornada primera?

—Y empezada la segunda. Héla aquí.

—Eres el mismo demonio, como hubiera dicho un hijo del siglo XIX! De seguro que habrás pasado una noche...

—¿De perros? Al contrario! Nunca he dormido mejor: de un tirón, desde las cuatro, que nos separamos, hasta las nueve. Y tú..?

—No, amigo mio, porque se me indispuso Parelia.

—¿Qué..?

—No te alarmes. La tormenta ha pasado y la acabo de dejar profundamente dormida. Sin embargo, no estoy muy tranquilo. Las manifestaciones agudas, al desaparecer, han dejado un no se qué, un algo que no me agrada. Tú sabes lo delicada, lo nerviosa que es élla. Pues, bien, ha empalidecido mucho y de cuando en cuando me parece que delira. He llamado varias veces por el telefónografo al doctor Espes y no me ha respondido. Temo que la línea se encuentre mal. En consecuencia, ¿querías tú ir en un momento á su palacio? Se halla cerca y en el autómatas estarás de vuelta con el doctor, inmediatamente.

—Andros, ya estoy de vuelta,—dijo Filos, vistiendo su frac gris y desdoblando su clac plomo.—Voy y vuelvo. Espero que será una indisposición pasagera. Me lo dice el corazón.

—Entre tanto nos preparan el medio dia y ponen la mesa, me distraeré leyendo lo que has escrito. Así armonizaremos después nuestras comunes ideas. Vé, amigo mio, inmediatamente.

Desapareció Filos y Andros subió al aposento de su consorte. Aún no se había despertado. En la estancia imperaba una dulce semi-oscuridad y una atmósfera tibia y perfumada, tranquila y agradable de cuento imaginario. Parecía el nido purísimo de una hada de sueño de ópío.

Cuando Andros entresabrió uno de los postigos, la espléndida luz del día iluminó el rostro de la dormida suavemente, como si temiera besar demasiado aquella tez transparente y fina. La tapicería violeta de los cortinajes de la ventana ogival y del tálamo, que era de palo rosa, como los demás muebles, cubiertos algunos de ellos con seda de un suave sonrosado; las colgaduras blancas y la alfombra de un tinte agradable rosa claro, —herido todo dulcemente por la luz del día y reflejado en los espejos ó en los cristales de los cuadros, hacía de aquello el conjunto más extraño y fantástico.

Los frescos de las paredes y los grupos de ángeles y de anorcillos del dorado techo, parecían que se animaban, que tenían existencia propia. Aquella luz impregnada de los colores que allí se veían, daba al rostro de Parelía un encanto y una atracción irresistibles. La más espléndida armonía de líneas se notaba en aquella cabeza hermosa, cuyos negros cabellos la hacían destacar aún más bella, como la imagen de una virgen se desprende de un fondo oscuro. Grandes pestañas velaban sus ojos pardos, cerrados en aquel momento. Su fina nariz y su diminuta boca, concluían aquel conjunto facial puro, arrobador.

Veinte y tres años contaría entonces la hermosa consorte de Andros. Huérfana, como éste, que era primo suyo, se había educado al lado del joven. Sonriéndose desde muy niños, cuando el alma y el corazón parecen no existir sino para aquello que es inocente y virginal, fueron poco á poco comprendiéndose, acercándose simpáticamente, hasta que un día cambiaron las primeras promesas y los primeros juramentos, que sellaron con el beso más casto y sincero. Sorprendido aquel amor inma-

culado por don Severo, el padre de Parelia, los dos jóvenes no trepidaron un momento en revelárselo, inmediatamente. Soñando y sonriendo esperaban el día del enlace, cuando el anciano tío de Andros falleció. La desgracia fué para ámbos terrible. Don Severo fuera de la Bolsa, era el hombre más cariñoso y más expansivo. Pero los días pasaron y la unión tan ahelada por el anciano y por ellos, por fin se verificó. Fueron los padrinos el padre y la hermana de Filos, antiguos amigos de la familia del novio. El cariño, el amor, la armonía de sus caracteres y el tiempo les dieron los dos hijos que idolatraban.

Se hubiera dicho que todos estos recuredos encantadores y tristes al mismo tiempo, pasaban por la mente de Andros, que contemplaba extasiado á su consorte amada. Luego besó su alta y despejada frente y se sentó á la cabecera de su lecho. Pocos segundos después tintinabuleó la campanilla telefonográfica. Filos le comunicaba que se dirigía allí con el doctor Espes, que recién había vuelto de una consulta en casa del Excmo. Señor Ministro de Telefonógrafos y Ferro-Carriles, quien tenía un niño gravísimo de una afección hereditaria. Se esperaba salvarle por medio de un tratamiento profiláctico.

—Y decir que en el siglo XIX no creyeron los sabios en el tratamiento profiláctico de las enfermedades hereditarias! Cuánta oscuridad imperaba en aquellos altivos é ignorantes tiempos!—esclamó Andros pensativo.—Cómo la luz se abre camino al través de las edades y las utopías, los sueños de los locos, llegan á ser verdades indiscutibles!

Por fin llegó Filos acompañado del doctor Espes. Cuando éste hubo examinado á Parelia, que ya había vuelto de

su sueño, y hecho algunas muy breves preguntas, que la enferma contestó inmediatamente, aseguró á Andros que aquello no tendría consecuencias. Era una ligera alteración de nervios que pasaría con algunas olfaciones de *ignatia amara*, y, si continuaba el delirio por la noche, le suministraría, de la misma manera, *belladonna*. Y se despidió, diciendo que en seguida mandaría los medicamentos. Solo la presencia del doctor Espes pareció calmar á la joven.

—No volveré á apenarme otra vez, amigo mio,—dijo Parelia á su consorte.—Bien sabes que no he sido nunca supersticiosa. Pero anoche, cuando penetró aquel pájaro negro, funeral, que luego desapareció no sé por dónde, un mal presentimiento hizo latir fuertemente mi corazón. Momentos después perdí el sentido, justamente cuando tú entrabas. Padeci mucho!

—Vamos, querida mia, no te entristezcas. ¿Qué mal puede traer consigo un inofensivo pájaro? Reposo tranquilamente que Filos y yo velaremos tu sueño. ¿Verdad, amigo mio?

—Sí, Parelia, descansa,—contestó el interpelado,—que esas sensaciones pueriles no deben existir en un espíritu como el tuyo. ¡Esto sí que no se creería!

La jóven fué quedando dormida insensiblemente. En seguida los dos amigos pasaron al comedor á hacer el medio dia, comentando los temores de Parelia. ¿Qué era lo que podía suceder? En el siglo XIX, la sola idea de la disgracia, la enjendraba al fin, la hacía verdadera. Pero en el XXX, el miedo era solo de las mujeres y de los niños. Por consiguiente, nada enjendraba, ni nada hacía verdadero. Podían estar tranquilos. Y los dos jovenes rieron expansivamente de haber podido ocupar la mente con

esas cosas imaginarias de cuento fantástico. Al levantarse de la mesa, Filos, le dijo:

—Voy á continuar escribiendo. Bajaré de cuando en cuando á acompañarte algunos momentos. ¿Prefieres que esté á tu lado? Con franqueza.

—¿Por qué motivo? No lo creo necesario. Por el contrario, te ordeno, se me lo permites, que esplotes bien la inspiracion y no la abandones, que no siempre se nos presenta cuando la llamamos. ¿Hoy estás inspirado? ¿Sí? Pues entonces á la labor, que ya me darás cuenta de lo que habrás producido. Mucho entusiasmo, amigo mio,—mucho entusiasmo! Nuestro libro debe resultar. Vé ahora á mi gabinete. Allí estarás más tranquilo. Yo vuelvo al lado de Parelia.

—Hasta cada momento, Andros,—le contestó Filos.

Quando las agujas del reloj eléctrico marcaron las seis de la tarde, Parelia se encontraba dominada por esa animación y alegría que siguen á todo restablecimiento completo. Se entretenía en aquellas circunstancias con sus dos pequeñuelos, que Andros hacía saltar en las rodillas. Sobre la cubierta del lecho, había una multitud de figuras de papel,—las unas de la mujercita y las otras del varoncito,—que animaban los ojos y las lenguas de aquellos dos niños hermosísimos, que hablaban y reían al mismo tiempo de lo que eran ó llegarían á ser, en el mundo, las grandes figuras de papel! Qué espléndida inocencia! ¡Qué lujo de ironía infantil! Cinco años tendría el niño y tres su hermanita. Ambos llevaban los nombres de sus abuelos paternos: Adamiro y Evalinda.

Quando Filos penetró al aposento, las rojizas tintas del sol dibujadas en el horizonte de aquella tarde serena, que

penetraban al través de los cristales, tuvieron suavemente su animadísimo rostro. ¡Qué expansiva alegría le dominaba —dominándoles á todos! Nunca se había sentido más feliz! ¿Por qué? ¡Cómo no serlo, si conjuntamente con el restablecimiento de Parelia, dijo:

—He concluido la jornada segunda.

Y en medio del contento de Parelia, de la infantil algazara de los dos niños, bañados por los tibios rayos de aquella inimitable luz crepuscular y del colosal murmullo que llegaba desde la gran ciudad, los dos jóvenes cambiaron un fuerte apretón de manos. ¡Cuánta animación y vida había en aquel cuadro familiar, íntimo y tierno!

JORNADA III.

LA colosal Fisiocrata se eleva justamente donde existió la ciudad de Buenos Aires ó Buenos Aries, según la opinión de los más sábios, capital federal entonces de la República de La Plata Argentina. Sin embargo, aquella opinión ha ofrecido sus dudas serias y se la ha discutido y comentado bastante en estos últimos tiempos. Hasta no hace mucho el distinguido etnógrafo doctor don Modesto Buenas Fuentes, afirmaba en uno de sus libros agotados (1), que debió ser Buenos Aires, dadas las condiciones de su purísima atmósfera y los *buenos aires* (2) que se *infulaban* sus habitantes en todos los ramos del saber humano, entonces en formación. Pero, el año pasado, el sabio arqueólogo y bibliólogo Excmo. señor doctor don Fructuoso Apariencias, aseguran, que destruyó completamente la afirmación de Buenas Fuentes.

El doctor Apariencias, secundado por varios notables

(1) «Historia de algunos pueblos de la antigüedad de la República Argentina.»

(2) «Atribuida á Sancho García, cuñado de don Pedro de Mendoza, su fundador.» Véase la obra citada, página 1321, tomo 18, capítulo 201 «Origen y clima del Virreinato de Buenos Aires.»

filólogos, etimólogos y arqueólogos, probaba que existía un lamentable error en la pedantésca interpretación y falsa opinión del origen de la palabra de aquella ciudad, manifestada por Buenas Fuentes. «No se trata, dice aquel sabio (1), de condiciones climatéricas ó atmosféricas, ni del carácter moral de sus habitantes, más ó menos altivos ó infatuados, sino de buscar el origen verdadero del nombre de la ciudad para ilustrar el elevado criterio de la ciencia y del público. Buenos Aires, es un nombre imaginario creado por esa raza improductiva que se apellidó de los poetas (2), y que ya va desapareciendo por querer imitar á los vates de aquellos siglos soñadores, *patonianos* (3) y poco utilitaristas.

«Los nombres poéticos (4) serán muy bellos para recrear la fantasía infantil, si se quiere, en las horas de cansancio; pero, como dice un eminente erudito, jamás revelan la índole ni el sello de lo que dominara en una época. ¿Qué había sido lo que más imperara en la antigua capital de la República de La Plata Argentina? ¿Los aires buenos? Ahí están en contra nuestros astrónomos (5), higienistas y físicos, los actuales tiempos y barómetros, que nos hablan fuertemente de la variabilidad de los aires de entonces, que enjendraron un sinnúmero

(1) Apariencias, «El siglo XIX», tomo 35, capítulo 321, página 232 y siguientes.

(2) Sabido es que hoy solo los niños cultivan la poesía.

(3) Patonianos, de $\pi\alpha\lambda\acute{o}\varsigma$ enfermedad, y no platonianos, de Platón.

(4) Véanse «Las memorias del doctor Freno», citando á su colega Patos, acápite 12, página 600.

(5) Consúltese «La admósfera animada», del doctor Pneumático, capítulo 213, página 3 y siguiente.

de enfermedades y afecciones endémicas, epidémicas, infecciosas, etc., que existieron y aún existen. Buenas Fuentes, su colega, negaba que esos males fueran *nacionales*, como él creía, sino importados en los *mateo-bruzzos* de las inmigraciones fomentadas, subsidiarias, lo cual era incierto y maligno á la luz de. . . las oficinas de propaganda (1).

«Eso demostraba suficientemente que no habían sido los aires buenos los que dominaran en la vieja ciudad. ¿Fué el carácter de sus habitantes? ¡Sarcasmo amargo! Si no hubo en los pasados siglos gente más desunidas, ni más enemigas de lo propio; más enamoradas de lo malo ajeno, ni más amantes de imitar lo peor de afuera; gentes que dividieron su sociedad en varios partidos imposibles para sostener un régimen de orden y de equilibrio nacional, dominadas por una hostilidad y ambición recíprocas imposibles, fatales; pasionistas y peroradoras de una farsa política que apellidaron «Pueblo Soberano»; en fin, gentes más inconsecuentes y versátiles, jamás las hubo ni buscándolas con la linterna de Diógenes, el filósofo *grinçol* (2) En consecuencia, ¿qué aire de bondad podía existir en la amalgama de semejantes elementos humanos, que apenas si tenían noción de su propia nacionalidad, advenedizos los unos, extraños los otros, indiferentes los más? Podía tal carácter servir de origen para el nombre de una ciudad medianamente pasable? ¡Nunca, jamás! ¡Cómo se había equivocado Buenas Fuentes!

(1) Véase la obra «Los bohemios» del doctor Lama de Oroa, en el capítulo «La mejor inmigración.»

(2) Griego, de Sinope, según Buenas Fuentes.

«Sin embargo, en medio de aquel espíritu extraño, dominaba una gran pasión (1), que era la que, á su elevado modo de pensar, había dado el origen al nombre de la vieja ciudad porteña. Esa pasión era la *hacienda*. Todo el mundo poseía grandes majadas de ovejas y rebaños de bellísimos carneros, los cuales por causas, que eran un misterio impenetrable, se propagaban y procreaban en aquel suelo de la manera más pasmosa, provechosa y estupenda. En el hogar, en el Congreso, en los acuerdos de Gobierno, en la Bolsa, en las calles, en los mercados, en los cafés, en los clubs, en los paseos, el anciano, el joven, la mujer, todo el mundo, hasta *eso* que llamaban Pueblo Soberano, con menosprecio del sentido común, hablaban de las ventajas y riquezas que ofrecían los carneros *puros* y mestizos de esta ó de aquella *raza*....de porvenir. ¡Pobre porvenir si hubiera sucedido! ¡Lo que eran los errores de los tiempos!

«La bondad de las lanas de aquellos séres animados, la calidad y nutritividad de sus carnes, la utilidad que se daba á sus cueros, lo mismo que á sus huesos y sobre todo á sus cuernos (2).... fué una de las grandes fuentes de riqueza y uno de los elementos más poderosos con que concurrieron á fomentar la industria, el arte, la ciencia y el progreso del país. Se unió, entonces, la calidad adjetiva

(1) Véanse sus «Apuntes sobre las pasiones antiguas», 12 tomos en 8.º m.

(2) Doctor del Moral: «Ventajas del cuerno para las industrias actuales»,—5 tomos en formato menor, tipo 4 1/2 sin interlineas. Obra agotada.

de *buenos* á su nombre de *aries*, en latín por ser más suave y explicativo el sustantivo, y resultó, como una consecuencia lógica, el nombre compuesto, propio, de aquella antigua ciudad: *Buenos Aries*, cuya *r*, pospuesta por error de imprenta, tipográfico, sin duda alguna, había confundido ciertamente al doctor Buenas Fuentes. Esto era evidente.»

La acepción, pues, aquella del nombre propio Buenos Aries, era la más natural, verdadera, y que ofrecía menos dudas, según el Excmo. señor doctor don Fructuoso Apariencias. En seguida, mucho se discurrió y comentó en todos los diarios y revistas, en semanarios y folletos notables, la genial interpretación del eruditísimo Apariencias. Como la encontraron ajustada al sobrio y deductivo criterio de la época, fué la que prevaleció y se sancionó universalmente en Fisiocrata. Varias academias y sociedades científicas, históricas y literarias de Vespucio del Sur, le nombraron socio de número correspondiente, las unas, y las otras Presidente honorario, vitalicio, por un tan piramidal descubrimiento. Como es natural, hubieron algunos despechados y descontentos que, después de hacer del punto etimológico una nécia cuestión personal, fueron calmando y conformando, respetaron luego á Apariencias, le admiraron en seguida, se dijeron sus discípulos y concluyeron por hacerle un genio! Hasta le quisieron erigir un monumento, que su modestia y gran talento rehusaron, exclamando, que era la posteridad la que debía juzgarle y monumentarle por sus actos y sus obras. El entusiasmo y el cariño del presente, podía enfriarse más tarde y derrumbar su estatua... el porvenir. Y concluyó con la siguiente frase latina, según él, y

que nadie entendió, pero que sin embargo se admiró y se aplaudió mucho:—«¡Eureka, filós!»

Solo el doctor Buenas Fuentes se mantuvo firme en su racional opinión. Era Buenos Aires, y su origen se hallaba en la exclamación—«Qué *buenos aires* son los de este suelo»—del capitán Sancho García, el día 2 de Febrero del año 1535, al pisar tierra en la costa sud del Riachuelo (1). Desgraciadamente esa actitud le valió el desprecio, el aislamiento de todos, que dijeron que se había enloquecido. ¡Cómo se cuecen habas en todos los tiempos! No se vaya á creer que el más sabio, el más sincero en su juicio, es el más apreciado en Fisiocrata, en nuestros tiempos..... ¡Qué amarga ironía! Por el contrario. El que más explota la ignorancia con el charlatanismo rimbombante teórico y práctico; el que deslumbra á los tontos, raza que jamás se extinguirá, con figuras de retórica ó con formas y teorías de derecho.. (con fuerza de ley) que, como nadie las entiende, pasan por admirables; el que sacrifica su conciencia negociando con los dineros de la comunidad en favor y provecho de su... Patria; en fin, el que por su audacia llega hasta hacer creer que sabe, ese, es el que se granjea el aprecio y las simpatías de los demás. ¿Por qué? Porque unas veces les incienza y otras les adula, elevando sus cualidades físico-morales á la quinta esencia de la perfección. De aquí ha resultado que todos en Fisiocrata sean génios, personas eminentes, sabios profundos. Este adelanto no era cono-

(1) Donde hoy se hallan el Ministerio de Artes y Ciencias, el Observatorio Astronómico, la Fundición Nacional de Oro, el Palacio del Presidente, el Congreso y el Asilo de Atorrantes.

cido en el siglo XIX, en Buenos Aries,—la cuna de Fisiocrata, la colosal ciudad de los pasmosos progresos y de las supinas banalidades.

La superficie actual de Fisiocrata,—cosa que ni se soñó en la antigüedad,—es de veinte y cinco leguas cuadradas, cinco por cinco. Según el último censo hecho levantar por el Gobernador Municipal por mandato ejecutivo del Gobierno General (1), la población asciende á quince millones de habitantes de las edades legales (2) para ser consideradas *personas censables*, como antes se decía *personas jurídicas*. Por el artículo 983 é incisos 35, 401 y 643, de la misma, los extranjeros valen *dos por uno*, supuesto que emigran, aunque la Constitución les declara *nacionales* (para los impuestos personales) después de dos años de residencia en la Nación, con ó sin domicilio legal, lo que ha causado sérios trastornos..... en la legislación nacional.

El municipio de Fisiocrata se divide en cuatro cuarteles y cada uno de éstos en diez y seis parroquias. Cada cuartel tiene una Prefectura General, de quien dependen las diez y seis Sub-Prefecturas parroquiales, encargadas de la vigilancia, de la higiene y de la percepción de la renta, por medio de reglamentos, tarifas, aranceles y otras leyes especiales dictadas por el Gobierno General y *sancionadas* por el Congreso! Las cuatro Prefecturas y las sesenta y cuatro Sub-Prefecturas, dependen á su vez del Concejo General del Municipio, cuyo Presidente natc,

(1) Decreto de Noviembre del año 2888.

(2) Véase la •Ley de censos de la República• del año 3874, en el capítulo •Edad (civil).•

por tiempo indeterminado, es el Gobernador, dependiente á su vez del Ministerio del Interior y Obras Públicas.

Las dos grandes avenidas de «El pasado y de «El Porvenir» dividen de Este á Oeste y de Norte á Sud, en partes iguales, la ciudad en los cuatro cuarteles citados. En el mismo centro del cruce de las avenidas, se halla la suntuosa plaza de «Los Monumentos,» sin arboledas, ni jardinería alguna, simulando un óvalo, cuyo diámetro es de cinco cuadras ó sean setecientos cincuenta metros lineales. Desde un principio esta plaza fué destinada exclusivamente á conmemorar en mármol ó en bronce las glorias de la República de La Plata Argentina. Al propio tiempo, cada cuartel tiene sus plazas, parques y paseos respectivos, donde la jardinería y la estatuaria han hecho cosas espléndidas y admirables, estimulando solamente el amor propio y el cariño de cada cuartel, de lo que ha nacido una rivalidad provechosa.

Los principales boulevares están techados. Parecen grandes corredores de cristal esmerilado, que se pierden á la distancia en una arcada colosal, con sus medias naranjas ó *rotondas* en las boca-calles. ¡Qué espléndido golpe de vista ofrecen por la noche! Debajo de ellos, en las plantas inferiores de los edificios que, en tales sitios son de diez pisos, edificados según el gusto arquitectónico moderno, se puede contemplar un mundo de tiendas y almacenes lujosísimos. De día, con los toldos de colores corridos, el panorama es encantador. A la noche iluminados por el asfalto de las fachadas y el inmenso número de grandes y pequeñitos focos eléctricos, se diría que en los boulevares las sombras no se conocen y que impera la claridad de un perpétuo día. ¿Y la concurrencia que

los recorre á pié, en vehículos automáticos de todas formas, en velocípedos, en ferro-carriles grandes y pequeños, como los tramvías de otros tiempos, los unos por encima de los edificios y los otros por los afirmados de goma elástica que pavimentan las vías? ¡Qué muchedumbres pasmosas, qué aglomeraciones sorprendentes, en medio del ruido y de una agitación, de ir y venir, casi incesantes!

Pero, sobre todo, las que ofrecen el golpe de vista más encantador, son las dos amplias avenidas de «El Pasado» y de «El Porvenir», donde se revuelve toda una existencia,—que jamás se soñó en los olvidados siglos,—de establecimientos públicos, de edificios y palacios suntuosos de las familias más aristocráticas, de almacenes de novedades, de bazares de obras de arte, de cuadros y pinturas notables, de joyerías, librerías, confiterías, de todo, en una palabra, lo que la inteligencia y la industria puede imaginar, exajerando, y de todas las superficialidades é insignificancias que tiene cada pueblo, cada ciudad en la efervescencia de un progreso que asombra y de una decadencia moral que espanta y hace temblar al hombre observador, por sus consecuencias futuras.

Aquello es una exuberancia de lujo, de esplendor que ciega durante el día, y por la noche despierta un paraíso de deseos y anhelos irresistibles, ante una mujer, una estatua cincelada en immaculado mármol, ante una joya, un cuadro, una pintura; ante las fachadas de los palacios colgados con las sedas y géneros de la estación y de los colores más sensuales; ante los grandes escaparates de la bisutería, de la lencería, de la tapicería, de la mercería y hasta de la juguetería, que en conjunto hacen que el ser humano viva en un paraíso de

lujo, de esplendor que exita y enardece, que **satisface** y que degrada.

—Y, bien ¿cuándo concluirás de contemplar la ciudad? Filos, cierra esa ventana y ven á mi lado.

En efecto, era Filos que hacía largo rato estaba observando la ciudad y se hacía mil reflexiones, que no eran otras que las que dejamos apuntadas. La tarde empezaba á declinar suavemente, cuando los dos amigos se hallaban en el gabinete de trabajo. Andros, continuaba estudiando y sacando apuntes para la obra que estaban escribiendo, mientras que Filos, como buscando algo que en vano se le presentaba á la memoria, tenía clavados los ojos en la intranquila Fisiocrata. De cuando en cuando, se animaba el rostro del jóven; pero, en seguida, volvía á su contemplación. Así, inclinado sobre el quicio de la ventana, había permanecido distraído, ensimismado, hasta que la voz de Andros vino á arrancarle de su éxtasis, de sus íntimas reflexiones.

—¡No acabarás!—agregó Andros levantándose.

— Mira, amigo mio, aquel lejos. ¿Cuál será la causa de semejante coloración? Se diría que los espacios están incendiados.

—No había reparado!—observó Andros, fijando los ojos en aquel hermoso cielo rojo.

—¿Crées tú que pueda ser un enrarecimiento de la atmósfera solar..?

—Sin embargo, la coloración es escarlata hácia el norte.

—Y de un rosa suave al sur.

—Mientras, que, hacia acá, las medias tintas no han perdido su estado de las demás tardes. Verdaderamente, es un fenómeno raro.

—Puede también que sea una alteración insignificante en el éter.

—No lo sabría. Pero es algo que sorprende.

—Algo imaginativamente hermoso,—concluyó por decir Filos.

Y los dos jóvenes continuaron con la mirada fija en los coloreados espacios. Comenzaban las sombras de la noche á invadir los cielos, y aún en el lejano, encorvado, horizonte se percibía un vago color amarillo en extremo bello. Momentos después, fue suavizándose poco á poco hasta reducirse á un feble sonrosado, que muy luego quedó convertido en una imperceptible paelia. Cuando abandonaron la ventana, solo reinaba en los ámbitos, de extremo á extremo, la diafanidad de una transparente y hermosa noche, con su tupida y lujosa cabellera de estrellas y planetas. En aquel momento, la ciudad se iluminó de pronto y ardió el foco de luz del gabinete.

—Y, bien ¿para qué me querías, Andros?—le preguntó Filos.

—Sentémonos.

—¿Tienes algunas dudas?

—Sí.

—¿Respecto de qué? Sepamos.

—Vas á saberlo. Después de la jornada III, que hemos escrito esta mañana, en la que hacemos algunas descripciones, y revelamos las opiniones acerca del origen de algunos pueblos de la antigüedad, ¿debemos entrar de lleno á considerar las causas de sus engrandecimientos y decadencias? ¿Te parece que empecemos por los advenedizos, los extraños ó los indiferentes?—Comprendido que les relacionaremos con los que hoy imperan en nues-

tro país.—¿Ó continuaremos el hilo de la narración tal como viene después de la jornada III?

—Me parece mejor esto último. No debemos precipitarnos.

—Entonces, tú escribirás la jornada IV. De acuerdo ya nuestras ideas, podrás significar sin obstáculo alguno lo que ambos pensamos y sentimos. Sobre todo, desearía que fueras más cáustico, que todo lo que se diga del siglo XXX y de sus costumbres en general, es pálido y en manera suave. Carga la mano, amigo mio. Haz lo que yo, que la crítica de los demás jamás nos tendrá compasión!

—Perfectamente. Esta noche, después que vengamos del teatro, la empezaré y mañana la concluiré. Deberíamos escribir igual número de jornadas...

—¿ Sí? ¿ Deseas que yo la escriba...?

—Ni por pienso! Esta vez me pertenece. Hemos concluido.

JORNADA IV.

FUERON inútiles todas las razones que le dieron á Pa-relia. Después de sentirse completamente restablecida de su enfermedad, más que necesario, era forzoso que se distrajera y por eso la querían llevar al teatro. No accedió, aunque la dijeron que la obra que se cantaba aquella noche era de un reputado autor francés. Subía á la escena por primera vez en la Capital. Los grandes anuncios la ponderaban sobre manera, sin que esto quisiera decir que no fuera en beneficio del empresario. Por otra parte, la imparcialidad de los diarios más serios de Fisiocrata, aunque no conocían la música ni la letra, aseguraban que la ópera era realmente notable, no solo por la moral del argumento, sinó por la originalidad de los dibujos melódicos de la música y el extraño contrapunto de las voces corales é instrumentales.

¡Qué animación en el conjunto; qué adorable intención de picaresca truhanería en algunas peripecias; qué caracteres tan maestramente sostenidos; qué amenidad en el ária del primer acto y qué armonía melódico-sinfónica tan arrebatadora la del *pezzicato* del segundo; qué escenas coumovedoras, como aquellas... (que ya verían los es-

pectadores!) en fin, qué crítica tan mordáz y á propósito de las costumbres modernas! Recomendaban la escena del sabio que se moría de hambre y la del político que se salvaba de una grita espantosa, merced á su audacia y talento... blondinista. Seguramente la ópera del maestro Sopéra, iba á llamar la atención y á hacer época en el mundo artístico. Y concluían las hojas diarias, principalmente «La de los Dobleces», por felicitar al empresario señor comendador Farsanti, no solo por la acertada elección de la pieza, sinó por el escogido y notable *elenco* de la compañía, que había traído del Polo.

—¡Cuánta farsa!—dijo Filos á su amigo, casi al oído.

Sin embargo, Parelia persistía en no concurrir. Temía el estreno de la obra y de la compañía, por las aglomeraciones y los tumultos de la concurrencia, que siempre atraían semejantes espectáculos... de novedad! Sobre todo, estaba bien segura, á pesar de la opinión de los anuncios y de los diarios—imparcialmente manifestada!—que el argumento de la obra era un disparate dramático de un subido color de hoja de parra y la música una alegre mamarrachada para deleitar *oidos... sordos!* Al llegar aquí Parelia, los dos jóvenes no pudieron contener una expansiva carcajada. Justificaron la tenacidad de ella y concluyeron por pensar que no carecía de razones su argumentación. Andros, la dijo:

—No queríamos dejarte sola, Parelia.

—¡Sola!—exclamó.—Vamos, ustedes descan divertirse...

—Que te divirtieras, mujer, es lo que deseábamos,—agregó Filos.

—Pues, con mis hijos, tengo compañía, y con estos dos vestiditos, que me he empeñado en concluir mañana,

tengo más diversion y más entretenimiento, que con todas las piezas francesas juntas y todos los teatros del mundo. ¿No es verdad..?

En este momento dieron las siete y media. Los dos jóvenes, en seguida abandonaron el aposento de Parelia. La dejaron con la vieja Confianza, mujer que les había casi criado, y con los dos niños que jugaban tranquilamente con un gatito del Chaco, muy manso, á los pies de su madre. Después de ordenar que les fueran á buscar con el autómeta de dos ruedas, pasadas las once, los dos amigos emprendieron á pié el camino hácia el teatro de «La Primavera,» justamente construido en un ángulo frente á la plaza de «Los Monumentos» y al suntuoso palacio del Gobierno, últimamente refaccionado para establecer en él la «Oficina de Warrans,» institución desconocida en el siglo XIX, y que hoy es una de las grandes fuentes de riqueza del Estado.

Se encaminaron, desde luego, por la avenida de «El Porvenir,» hácia el magnífico coliseo que, en aquellos momentos, era el centro de reunión de lo más distinguido, de la *élite* de la sociedad fisiocratense. Nunca habían notado tanta profusión de luces, ni tanta animación en la aristoerática avenida. Casi imposible se hacía el transitarla, tal era la afluencia de gente. Dominaba aquel mundo, un incesante movimiento y un sordo murmullo, que no tenía parecido. Las tiendas, almacenes y bazares del imperante lujo,—frecuentados por las personas más pudientes de la *good society*,—eran un verdadero hervidero: un entrar y salir inusitado.

Filas compactas de jóvenes, de esos que toda la inteligencia la manifiestan y empléan en el corte del frac, en

la forma de los zapatos de charól de bien aguda punta, en la hechura del pantalón bien ancho, á lo siglo XIX, en el lustre de los cuellos volcados, escotados, de las tableadas camisas, en el nudo de la corbata blanca de espumilla, en el chaleco de cachemira floreada, de cordoné, y, en fin, en los sombreros, en los guantes, etc.,—grupos de esos jóvenes, recorrían la avenida fumando y haciendo pedazos las reputaciones y las honras ajenas, como un entretenimiento inofensivo y de *buen gusto!*

Parejas de las más hermosas niñas y grupos de las mujeres más lindas de la Capital, acompañadas las unas y solas las otras, codeándose con las de vida alegre y libre, paseaban contentas por la amplia avenida, embelleciéndola y perfumándola. Entraban á las tiendas y almacenes, y salían riendo á carcajadas de las *guasadas* de los gomosos ó de las cuchufletas de los dependientes, que también querían divertirse á costa de las lijerezas de sus clientas... de *muestras!* Pero, en medio de aquellas muchedumbres de carne humana perfumada, fresca, rosada,—reinaba el orden más franco y la alegría más expansiva. Los rayos de la blanca luz eléctrica, caían sobre aquella concurrencia enorme, como rayos tamizados de sol. ¡Qué fresca y espléndida noche! Todos los palacios estaban iluminados, é inclinados sus moradores sobre los parapetos de los balcones, contemplaban el soberbio desfile de aquella bizarra concurrencia.

Andros, varias veces, tuvo que buscar á su amigo, perdido en un grupo de niñas; entretenido por algunos *conocidos* de la infancia ó del colegio, ó separados por una oleada de gente. Llegó, otras veces, hasta arrancarle de la arrobada contemplación ante un lujoso escaparate ó ante

una vidriera de objetos de arte ó de pinturas de la escuela del maestro Sensualángel. Pero lo que llamó más la atención del jóven y permaneció contemplándola largo rato, fué una Venus cordobesa, obra del eminente escultor Marmoldeltandil, que había muerto el año pasado de... hambre, según decían los enemigos del Presidente Reaccionario.

—Vamos, Filos. Llegaremos tarde,—le decía Andros.

—Esto de que no pueda haber arte nacional es una cosa, de las muchas, que no me explico en un país como el nuestro en la efervescencia del progreso!—murmuraba Filos.

—Es que el utilitarismo y el lujo lo han monopolizado todo. Aquí solo se hace... política... personal.

—En esto no nos parecemos al siglo XIX, Andros.

—Verdadero siglo aquel de amor al arte. Vé cuántos artistas insignes nos ha legado Buenos Aires... ¡cuántos genios!

—Felices tiempos, que comprendieron á sus contemporáneos!

—Funesta suerte vivir en las actuales!

—Mientras que hoy nos vendemos en público mercado!—concluyó por decir Filos suspirando, en circunstancias que se llevaba por delante, distraído, á una anciana, y pisaba á una de sus niñas, hermosa y muy escotada.

—Escusen ustedes la torpeza,—las dijo, conteniendo una carcajada.

—Ese jóven no debe pertenecer á la alta sociedad...!—se alejó murmurando la señora ofendida.

—Pero es muy buen mozo,—objetó una de las niñas.

—Mejor es el que le acompaña,—agregó la segunda.

—De la sociedad «Protectora de los Animales,» seguramente,—añadió la última, una niñita de once años.

Los dos amigos se sonrieron de aquella inocente *precocidad*. ¿No pertenecían todos los elegantes á tan benéfica asociación? Por desgracia, los últimos adelantos de la ciencia, habían casi extinguido cierta clase de animales. Solo quedaban los monos pruebistas y *exhibidores* de linternas mágicas, caballos de carrera, tigres domados, perros sabios y pavos reales, uno de los adornos más de moda en la actualidad. Como es consiguiente la protección de esa sociedad jamás llegaba hasta ellos. Sus ilustres presidentes, Parra y Nitro, tenían ya ganados (fuera del lanar y del vacuno!) sus puestos en el, aún no lleno, templo de los benefactores de la humanidad.

Al llegar al boulevard de «El Progreso,» los dos jóvenes se vieron obligados á detenerse. La calle se hallaba completamente obstruida. Vano era que los guardianes del orden público hicieran por darla franca. ¡Imposible! Las gentes más y más se aglomeraban. Algunas veces, en medio de semejante aglomeración, se oía ladrar un perro, llorar desconsoladamente un niño ó aplaudir por mirar. Con la confusión una niña abofeteaba á un guaso, una vieja se desmayaba sofocada, una jóven viuda dejándose oprimir protestaba contra la libertad... de manos, en una palabra, aquello era una Babel: los autómatas no transitaban y los pequeños ferro-carriles se detenían, blafemando los conductores. ¡Paso... paso..! Pero, nada. No había paso.

—¿A quién han asesinado?—preguntaban los unos.

—¿Qué sucede?—decían los otros.

—Acerquémonos á ver...—murmuraban estos.

—¡Dejen pasar á las gente!—gritaban otros, luchando por pasar.

—¡Bien...! ¡Bravo...! ¡Bis... bis...!—aplaudían los de más allá.

Todos querían cerciorarse de lo que pasaba. Por fin, aquello se apaciguó un tanto, como el mar después de una borrasca y de una sacudida fuerte. Cuando, Filos, descubrió la causa de tal curiosidad y de semejante gentío, grande y expansiva fué su risa. Era un *dulcamara* á la moderna, trepado en un autómatas cubierto de espejos y de relumbrones de todas las formas, las más exajeradas y fantásticas. Le acompañaban varios dependientes lujosamente vestidos con trajes de generales y de tenientes idem del siglo XIX, graciosamente montados en cuatro elefantos... blancos, de los últimamente hallados en el Polo Sur, según aseguraba el *dulcamara*, por él mismo, en una expedición científica con el capitán Bobo y el sabio Lainocenciatevalga.

Vendía aquel sujeto variados objetos de útil é higiénica aplicación, que de paso se complacía en elevar á las nubes y á la quinta esencia... de la ponderación. Su anhelo, decía, era instruir al pueblo... (aquí grandes aplausos) y ser más útil, que sus artículos mismos, á la humanidad que marchaba á pasos agigantados hácia su completo perfeccionamiento. ¿Qué era el hombre? Un átomo de etér... sin el libro que era la nutrición de las almas! (Bien.. Bravo!.. Muy bien!..) Y, en seguida, ofrecía en venta novelas pornográficas y tomos de poesías lírico-clásicas de los mejores Bardos del siglo XIX, que él había arrancado al mar del olvido—el Plata, nombre así definido por el

Escoliasta de la Apocalipsis, tomado de una leyenda quichua!

—¡Ese hombre es un sabio!—decían los unos.

—¡Qué bueno para Ministro de Cultos é Instrucción Pública!—exclamaban los otros.

Los demás callaban y compraban entusiasmados. Pero lo que aún más ponderaba el dulcamara, era una obra de genio titulada «El Cornudo», sobre la cual se perdió en mil reflexiones morales, acerca del poder que tenía aquel libro en los organismos sociales de los modernos pueblos. ¿Quién no deseaba quedar bien con un Ministro? Pues la obra era á propósito. ¿Quién no buscaba la fortuna, el gran medio de tranquilidad, de alegría y de felicidad en la vida contemporánea? Pues «El Cornudo» daba el *medio* natural é inmortal para conseguirle. Él, no mentía: conocía muchos casos *prácticos* de personas que se habían enriquecido por ese *medio* y que gozaban de la existencia en santa paz y en cariñoso consorcio, admiradas y estimadas! Aquel libro no tenía rival. Era único! «Compradle, — decía,—compradle!» —Y todo el mundo quería adquirir «El Cornudo».

—Aquí, uno ..!

—Dos, aquí !!

—Aquí, tres !!!

En un momento la suma de tomos que expendió el dulcamara, ascendió á más de cinco mil. ¡Qué horror! Cuántos se iban á enriquecer y á ser felices! Después siguió ofreciendo al público aguas para hacer caer el cabello, crecer las uñas; elixires de amores y para mantener frescas las ideas; pomadas y tinturas para rejuvenecer; los mejores aperitivos para mantener fuerte la paternidad, y,

concluía, por regalar un tomito original de composiciones en verso... *libre*, escrito por un distinguido poeta y filósofo inglés antiguo, llamado Quewedho.

A cada palabra del dulcamara, doctor Bombochato, la concurrencia aplaudía frenéticamente. La banda de música movida por medio de la electricidad, sonaba, entonces, un vertiginoso vals. En medio del delirio de los espectadores, que llegaba á su colmo, se tragaba presupuestos... de espadas; escribía con los pies un borrador de solicitud pidiendo la libre introducción de «Cornudos», de afeites y pomadas, de tomos de poesías y de elixires. Luego levantaba el busto de una celebridad con un *fusil* apoyado en una prensa, y por medio de su ameno é instructivo charlatanismo, le elevaba á la *presidencia*... de su popular autómatas, soberano de diez ruedas. Con la cartomancia, probaba que no hubo en los tiempos antiguos, ni en el siglo XIX, una persona más modesta, ni más sabia que él, que jamás había aspirado á ser Ministro, Director de Escuelas, de Rentas Municipales, ni concesionario, director de banco, ni secretario de esto ó de aquello. Por no tener las requeridas (1) condiciones — por eso se había dedicado á la venta, propagandista, de artículos nobles y sin falsificaciones de marcas, las que eran invención de los políticos de á tanto el montón. El era una persona honrada!

—Vamos, que esto no acabará nunca!—dijo Andros.

—Lo cierto es, que hace dinero y es popular. Sería un buen caudillo!—añadió Filos.

—Así va el mundo, amigo mio. Los grandes charlatanes de la alta prosapia, lo mismo que los del saber, hacen fortuna, como ese insensato que roba á los ne-

cios y á los incautos, dándoles música celestial, haciéndoles pruebas de manos y escamoteos de bolsillo. ¿Soñarían estas cosas los antiguos?

No fué este solo dulcamara el que encontraron por el camino los dos amigos. Después les había en cada esquina. Los unos, hablaban de revoluciones, en griego, para mejor darse á comprender de los concurrentes; los otros, en idioma nacional, y, los más, en verso para despertar la afición y el estímulo por la poesía, género tan estimado en otros tiempos... porque era el lenguaje del alma y del corazón! Estos dulcamaras, eran vendedores de diarios y se titulaban periodistas; aquéllos, se decían narradores de cuentos y leyendas ó historiadores, y, los demás, se llamaban literatos, porque pregonaban el lenguaje de las flores... sin acordarse de la violeta.

Por fin, después, de haber tenido que escuchar forzosamente todas aquellas jerigonzas ridículas y declamatorias, recordó, Andros, que ese día, hasta las doce de la noche, era el que se había designado para los dulcamaras ó *bramarbas*, por ser el aniversario de la Capital y de la fundación de las industrias libres, según el moderno sistema misto, libre-cambio-proteccionista, del sabio economista doctor Proyectómenos. He ahí, pensaron los dos jóvenes, la causa de tanta animación, de la profusión de luces, de la músicas y de la iluminación de la plaza de «Los Monumentos».

La columna de la Libertad y el colosal obelisco de las «Glorias Patrias», ofrecían el golpe de vista más encantador y artístico. Pero, donde la concurrencia más se agrupaba, era al rededor de la estatua ecuestre del capitán general don Próspero Argento, de unas dimensiones colo-

sales y de una perfección estatuaría soberbia,—héroe que había cimentado la paz y el progreso en el siglo XXVIII, en la floreciente Nación de La Plata Argentina, la primera de Vespucio del Sur, antiguamente América del Sud.



JORNADA V.

Daban las nueve en el relój de la torre de la Casa de Justicia. ¡Cómo se había pasado y perdido el tiempo! ¡Malditos charlatanes! Cuando, Andros y Filos, contemplaron desiertos los corredores del elegante coliseo de la moda, pensaron, inmediatamente, que habían llegado tarde y la ópera se había empezado, indudablemente. ¡Qué deplorable error! Tomaron sus localidades y penetraron á la sala. La escena representaba un cementerio! Solo una ó dos personas ancianas dormitaban en la gran platéa, y uno que otro palco de la sexta fila se encontraba ocupado por cronistas... officiosos, según creyeron.

Abandonaron el recinto y fueron á situarse en el amplio vestibulo central, lujoso por su sencilléz. Recién entonces repararon en el contenido de los grandes tableros de los anuncios. La obra que debía actuarse, se había tenido que suspender, por la indisposición imprevista de la dama lijera y por no haber llegado aún el bajo profundo de Patagonópolis. Subiría á la escena, en su defecto, la grandiosa ópera bufa « Hamlet ó el Príncipe loco de *Doñamarka*, del eminente maestro Wors I. Wors.

Sería imposible describir el hondo efecto que causó en el ánimo de los jóvenes aquel anuncio y menos todavía expresar lo que sintieron. ¡Hasta qué punto había descendido el arte! ¿Por qué? ¿Por aquello que de lo sublime á lo ridículo solo mediaba un paso? Soberbio argumento el de los actuales libretistas que, por carecer de una chispa de ingenio, hacían bufonerías sin talento y despedazaban sin piedad los más bellos monumentos del intelecto humano!

—¡Hamlet, ópera bufa!—exclamó Andros indignado.

—¡Qué profanación!.. ¡qué vergüenza!—añadió Filos.

—¿En qué tiempos estamos?

—La obra maestra de Shakespeare convertida en sainete musical!

—¡Eso es imperdonable! ¿Y tú tendrás valor para oír semejante *cosa* ...?

—¿No estamos en el teatro? Pues hagamos un esfuerzo supremo. Bueno es conocer lo sublime y lo ridículo. Tú siempre me lo has dicho.

—Tienes razón,—concluyó por decir Andros,—conozcámosla!

Empezaba á afluir la concurrencia. No muy satisfecha por la suspensión, penetraba poco á poco, ocupando sus localidades. En un principio, ésta fué insignificante. Momentos después, llegaba en oleadas nutridas y compactas. ¡Qué elegancia y qué escándalo de lujo! Todos los hombres de frac, á lo siglo XIX, y la mayoría de las mujeres de blanco, escotadas demasiado, los vestidos dibujando las formas y en extremo cortos; algunas con sombreros enormes de tul ó de plumas, y, las más, en cabeza, los cabellos muy cortos, que era de rigurosa moda.

Así era que las niñas parecían muchachos traviosos y las señoras pilluelos con caras arrugadas.

—¡Qué desenfreno por parecer ridículas! — exclamó Andros.

—Ahí verás . . . Lo que es la moda!—observó Filos.

Como era natural la atmósfera agradable, quedó desde luego perfumada y saturada de polvos de arróz. Aquel desfile de carne humana duraría unos quince minutos. Paulatinamente los corredores, vestíbulos y pasillos quedaron desiertos y silenciosos. Solo se escuchaba el confuso murmullo de las animadas avenidas y boulevares, y la sinfonía alegre y juguetona de la orquesta. Entonces los dos amigos, que se habían quedado recostados en el pedestal de la estatua de Wagner, se miraron fijamente y sonrieron. Habían llegado de los primeros y penetraban los últimos.

—Vamos, Filos,—dijo Andros.

—Sí, entremos,—le contestó.

Se iba á levantar el telón, cuando pasaron á la sala. No es creíble la batalla que tuvieron que librar para poder llegar hasta sus aposentaduras. La distancia que mediaba de butaca á butaca, era tan reducida, que casi se hacía imposible el pasar, y, ésto, incomodando á las señoras, molestando y fastidiando á los caballeros. Fué aquel un pasaje penoso para los dos jóvenes, que maldijeron al empresario y al Gobernador Municipal, por no haber puesto ya coto á semejante abuso inconcebible. Pero, cómo el empresario siempre había contratado fresca y nueva mercadería para los aficionados á la vida de trampas, roinpimientos y escotillones, nunca faltaba algún pariente ó amigo íntimo del Gobernador, que de-

jara de recomendarle. Hé ahí, por qué los concurrentes eran los que sufrían las consecuencias, los verdaderos *paganos*, que soportaban las incomodidades y los fastidios.

—Nos veremos obligados á no salir en toda la noche.

—Sí,—le contestó Filos.—Estamos rodeados de señoras.

Efectivamente. Sentados en sus aposentaduras, se hallaban sitiados por los cuatro costados. Iban á ser testigos *audientes* de la crítica, la *tijera* y la murmuración de aquellas boquitas sonrosadas y fresquitas. ¡Suerte funesta! Felizmente ahora callaban, esperando impacientes que se levantara el telón, el cual representaba la *aurora*, desnuda, en carnicitas vivas, opulentas y sensuales, persiguiendo á la noche, una vieja amarilla envuelta en negros crespones, en un cielo rojo, hiriente y oscuro de cola y negro de humo! Por fin, el artístico-alegórico telón subió pesadamente, presentando la escena solitaria, ocupada únicamente por un castillo á la derecha y un rompimiento de montañas á la izquierda. El acto empezaba con un coro de soldados, en el que decían cosas admirables!

En seguida apareció Hamlet acompañado de su amigo Horacio, armados de grandes macanas de cedro del Líbano. Ambos acudían á calmar la soldadesca, alborotada, que ébria..... de pavura, aseguraba haber visto, á la hora que canta el gallo, vagar por aquellos sitios á la sombra del viejo rey de Doñamarca, pasar por cima del puente levadizo del castillo y desaparecer luego entre los desfiladeros de las montañas, montado en un cisne, seguido por una legión de vaporosos séres, como los ángeles de la

mitología cristiana. Su aspecto era desconsolador y tristísimo. Llevaba calada la visera del yelmo y la misma armadura de acero, de cabeza á piés, que lucía justamente el dia que murió de apoplejía!

Hamlet, hizo una graciosísima pirueta cancanesca, que causó mucha hilaridad entre los espectadores, se echó el gorro á un lado de la cara, con *corte*, y cantó una romanza picaresca sobre el amor filial, que mereció los honores del *bis*. Aún no la había terminado, cuando por el opuesto lado del castillo, apareció la querida sombra del monarca, caballero en su cisne. Fué, entonces, tal la canfusión del coro que, Hcracio, para calmar el espanto, se vió obligado á romper la macana en las costillas de aquellos cobardes, que huían, las caras descompuestas y los pelos de punta, llevándose por delante los unos á los otros y en el mayor desórden. La concurrencia prorumpió en grandes carcajadas y en nutridos aplausos, entusiasmada.

—¡Qué cosa tan admirable!—exclamaban los unos.

—¡Escena verdaderamente maestra!—aseguraban los otros.

—¡Bis....! ¡bis....! ¡bis ...!—pedían los más.

Largamente se lamentó el espíritu del anciano rey, de la infidelidad de su amada consorte Gertrudis y de la ninguna consideración que le tuviera su hermano Claudio, que le había asesinado en una noche de lluvia mientras él dormía, soñando en el matrimonio civil,— para subirse al trono de Doñamarca que le venía disputando Fortimbras, un ingrato que criaba cuervos para que le sacaran los ojos. ¡Trás de cuernos palos! Nadie sabía aquel crimen sino él—su espíritu que vagaba amar-

gado y entristecido por aquellos lugares todas las noches, buscando la ocasión de pedirle á su querido hijo, Hamlet, le vengara bajo *parole d'honneur!*

—¡Lo juro, amada sombra!—gritó Hamlet, trasportado.

Y cruzó su macana de cedro con el látigo con que el monarca castigaba á su manso cisne... (de guarda-ropía). Después cantaron un duo, salpicado de mil indirectas chistosas y picantes,—el duo del incesto y del divorcio aconsejado por el derecho natural francés... de Naquet. Aquí el teatro se vino abajo (!) de aplausos. ¡Nunca habían oído un trozo más sublime, ni una letra más genial! ¡Qué situación dramática, cómica, más en armonía con la historia, el derecho y la filosofía de todos los tiempos!

—Sí, de todos los tiempos!—repetían los más inteligentes.

—Esta obra no morirá jamás!—decían los más calvos.

De resultas del entusiasmo, una joven soltera *alumbró*... un fósforo en el paraíso, un anciano se desmayó en la cazucla y una niña de tres años, por aplaudir, dejó caer los anteojos sobre la cabeza calva de un caballero; pero felizmente la peluca de éste, que era estadista, salvó á los padres de la pequeña de un incidente desagradable. Momentos después se restablecía el silencio, apenas interrumpido por algunos apagados sollozos de alegre risa, de los más expansivos. Filos y Andros, se miraban á cada momento; al principio entristecidos, después, sonriendo con amargura. Como no aplaudían, cosa que hacían hasta las señoras que les rodeaban, éstas empezaron á fijar la atención en ellos y á murmurar en voz baja.

—Son dos nécios ó dos sordos!—dijeron unas.

—Tal vez sean extranjeros del Polo!—afirmaron otras.

Hamlet, quiso luego acercarse al fantasma; pero, Horacio, que durante la escena había permanecido retirado leyendo algunas poesías sendo-clásicas (1),—se le interpuso y le contuvo. La sombra del viejo monarca, aprovechando esta oportunidad, desapareció por escotillón en medio de una nube de pez y pólvora, encendida. Se sucedió una ligera pausa, que fué interrumpida por el aletéo y el canto del gallo—hábilmente imitados por el bombo y el clarinete de la orquesta, invisible para los espectadores, según las últimas reformas teatrales de la caja armónica. Hamlet, que había permanecido de pié sobre el escotillón y apoyado en el hombro de Horacio, (como previendo un descuido de los tramoyistas) exclamó:

—¡Venganza..! ¡venganza..!

—¡Júralo..! ¡júralo..!—respondió el espíritu debajo... del escenario, con voz honda, cavernosa.

Entra en seguida el coro. Llevan al Príncipe desmayado á palacio, y se cambia la decoración. Cuando vuelve en sí, el desgraciado vengador de su padre, está loco. Claudio, ni Gertrudis, aunque algo temen, ni el mismo Polonio, saben á qué atribuir la deméncia de Hamlet. Sin embargo, los palaciegos murmuran en voz baja que es de resultas del abuso del ajenjo. La presencia de Ofelia, que pasa cantando un *Cielito*, ilumina al viejo servidor. ¡El amor! Ahí el enigma—la causa de la locura del jóven, que le dá por hacerse empresario de teatro, que al decir de Polonio es un oficio muy malo para un Príncipe, si bien muy lucrativo para un particular. Y el acto termi-

(1) Antiguamente se los llamaba *sendo-clásicos*.

na con un terceto coreado, en el que se dice ser necesario mandar á Hamlet á Inglaterra á negociar un empréstito... para curarle completamente. Cae el telón.

Durante el entre-acto, lo que jamás sucedía, la crítica de todo el mundo en el recinto de la platea, en los corredores y *foyeres*, fué unánime. La ópera era maravillosa no solo por la intención del libreto, sino por lo ajustado que se encontraba á la música. ¡ Con qué paciencia, aunque no había más remedio, escuchaban los dos amigos los clojios de sus vecinas ! Pero, entre éstas, la conversación sobre arte, fué descendiendo rápidamente hasta concretarse á la concurrencia. Nunca había asistido tanta ni tan selecta. Lo más opulento y distinguido de Fisiorcrata se encontraba allí, en aquel enorme teatro de ocho pisos. Hasta en los corredores la había. Bien era cierto que la compañía era de *primo cartello* y la ópera encantadora. Lo uno era relativo de lo otro. La ley del *equilibrio* . . .

— Justamente, — dijo una jóven de la izquierda, — en los « Muchos Usos » va á debutar, próximamente, una compañía de *equilibristas* notables.

— ¿ La que dirige el prestidijitador República Político? — preguntó una vieja con voz de flauta.

— Sí, tía, — la contestó otra de las niñas. — Yo me muevo por ese género. Está tan de moda . . . !

Vamos, — pensaron Andros y Filos, — la ley del equilibrio era interpretada á las mil maravillas por aquellas damas. Las vecinas de la derecha hacía tiempo que hablaban muy bajo. El cuchichéo era bastante animado. Conversaban del origen de la fortuna de Este, aumentada con una gran concesión para la edificación de palacios en

la nueva ciudad « Del Cobre », donde ya se habían sepultado sendos millones de nacionales; del lujo inusitado que gastaba la familia de Empleado, que se había arruinado en una especulación de tierras fiscales en el Polo Sur, el año pasado; del espléndido hotel que había edificado últimamente don Noinventélapólvora en el boulevard de « El Banco ». Se murmuraba, además, de la desaparición de la mujer del doctor Guerra con un novelista pornográfico, todo un tipo degradado y que no valía un comino, y, en fin, se criticaba el escote de la señora y de las niñas del diputado fueguino doctor Advenedizo.

— ¡Eso es escandaloso! Si sólo les falta mostrar... — y se interrumpía una de aquellas... picaronas lenguas, de la derecha de los jóvenes.

— Nosotras, si quiera, lo moderamos... — agregó la más pequeña, una linda rubia de quince años, muy ajustada y que suspiraba mirando á un palco de la izquierda.

— ¡Qué les importa á ustedes! — dijo la mamá de las niñas, una señora avejentada, más empolvada y compuesta que sus hijas, y más escotada que las criticadas.

— ¿Conoce usted, mamá, — dijo la primera, — á aquella señora del tercer palco izquierdo... esa que tiene los gemelos asestados continuamente en el *avancé* del doctor Cínico I. Nopinado?

— Es la señora del sabio italiano doctor Cornivilani.

— Bien hermosa y joven, por cierto, — agregó la rubia.

— ¿Y la que conversa con ese joven pálido y flaco, del lado?

— ¿La que me acaba de saludar? Es la viuda del doctor Galeno, un poco descocada, pero de buen fondo y en extremo rica...

—No... La conozco. Mire usted... La que le digo, es aquélla...

—¡No apuntes con el dedo... niña!

—¿La ve ahora..?

—Ah... Sí... ¿La vecina..?

—Justamente.

—Es una antigua amiga mía, condiscípula de colegio: la mujer del valiente general Zapallada. ¡Qué mujer espléndida! Decían que se me parecía mucho...

—¿A usted..? ¡Mamá!..—exclamó la rubia como espantada.

—Vamos, María! No seas exajerada... Tu madre no es un mónstruo..!—se aventuró á decir la señora algo pica-da de aquella extrañeza de la niña.

—Y el jóven ¿quién es?—continuó la llamada María.

—No le conozco. Pertenece á la nueva generaci6n—respondió severamente.

—¿Dice usted maná, que no le conoce..?—observó Luisr, otra de las niñas.

—¡No! ¡Pues estaría fresca, si debiera conocer á todo el mundo!

—¡Pero si es Alberto Cerebrochato, el más elegante de los *dandys*!

—¡Su apellido lo dice!.. Pero, silencio... Me parece que se va á levantar el telón,—concluyó por decir la mamá, aun incomodada porque su hija María hubiera puesto en duda su ex hermosura.

En efecto. La orquesta invisible, comenzaba la sinfonía. Después de diez minutos de una música siempre sobre un mismo motivo, de armonía igual y de melodía idéntica, confundido todo y sin piés ni cabeza,—pero, que

areció encanta ò ora á la concurrencia,—se levantó el telón. Varios tramoyistas que se hallaban en la escena fumando, distraídos, corrieron á ocultarse entre bastidores; dos coristas que boxeaban tranquilamente, huyeron avergonzados, en circunstancias que un enorme gato negro cruzaba maullando, seguido por un perro de Terranova. Todo esto pasó desapercibido á los ojos de la concurrencia, que se ocupaba en admirar la sala egipcia que representaba la escena, á falta de una más apropiada ó *doña-marquesa*.

—Cuestión de detalle. No vale la pena...—dijeron.

En el fondo del escenario se veían dos grandes cortinas, colgadas, de damasco de lana punzó. Detrás, oculto, un pequeño escenario. En primer término, á la derecha, el entarimado de un trono lujosamente colgado, y á la izquierda, en segundo término, una ventana ogival con vidrios de colores. Sillas y grandes volterianas de cuero y de terciopelo, diseminadas por todo el recinto. Se supuso fuera de noche, porque del techo pendía una gran lámpara de aceite. En el teatro imperaba el más profundo silencio, sólo interrumpido por el crugido de los grandes abanicos de las damas, por la tos contagiada, reprimida, y por el comienzo de un aria de tantans y sofocadas notas de bombo.

Entra Horacio. Por la letra del aria da á comprender muchas cosas: entre otras, que el Príncipe ha vuelto de Inglaterra. No ha podido llevar á cabo el empréstito, porque nadie tenía fe en el crédito, ni en el servicio de la deuda que haría el Gobierno de su patria. Aquí Horacio, como buen economista, da la razón á los prestamistas ingleses, fundándose en razones poderosísi-

mas (1). En consecuencia, el Príncipe para desenfurecer los ánimos contra aquel vergonzoso rechazo, va á dar una representación teatral con una compañía de zarzuela, que ha contratado por vil precio. La obra se titula «La ratonera». Concluye el aria y hace mutis.

Después entran Claudio, Gertrudis y Polonio. Éste asegura á los augustos monarcas, que el empréstito se llevará á cabo. Para el efecto, les recomienda un pariente suyo, sujeto de muy altas condiciones intelectuales: un sabio en economía política, que va á partir al dia siguiente para Francia. Claudio dice que lo pensará. Pero Gertrudis le garantiza á Polonio el nombramiento. En seguida, hablan de la locura de Hamlet, de su amor por Ofelia y de la representación de «La ratonera». Gertrudis pregunta si la obra es de Aristófanes; pero, Polonio le dice que pertenece á Esquilo y Sófocles, según un comentador de dramas antiguos.

En este momento, vestida de blanco, el cabello suelto y desencajado el semblante, llega la hermosa Ofelia. Dice que Hamlet la ha despreciado, aconsejándola que «entre á un convento», porque no debe engendrar pecadores—y, ella, quiere tener uno, varoncito! ¡Cómo ha tenido que sufrir! Sobre todo, cuando la aseguró que no habría ya más matrimonios! ¿Y la ley divina, la natural y la civil? ¡Oh, el Principe decía cosas imposibles! Ella quería casarse... aunque fuera con Horacio! Y entonó una barcarola dedicada á San Valentín, en el día de sus hermosas fiestas.

(1) Véase la juiciosa obra «El Presupuesto Nacional» y se le dará la razón.

—¡Desgraciada!—exclamaron los monarcas.

—¡Pobre hija..!—dijo Polonio enjugándose un ojo con un pañuelo enorme, de colores.

La jóven desaparece. Después de hablar los monarcas con Polonio de temas diversos y de consolarle diciéndole que la vida tiene sus amarguras y alegrías, según las circunstancias, se van por la izquierda y Polonio por el foro. Vuelve á quedar sola la escena. Luego aparece Laertes disputando acaloradamente con Hamlet. La ira de Laertes proviene de la locura de su hermana Ofe- lia, que ha huido en ese momento con uno de los co- cheros del monarca, por vengarse de los desdenes del Príncipe!

—¡Tú tienes la culpa..!—dice furioso Laertes.

—¡Dejáte de cantar jilguero no me estés atormentando...!—grita, Hamlet, con desprecio.

—Mejor es que te saqués lo que te va *caminando*...!— replica, Laertes, en el colmo de la rabia.

El público aplaude frenéticamente. El lenguaje, *ori- llero* del duo, les parece á todos intencionadísimo y muy *ático*. Ninguno más apropiado á las circunstancias y á la música, que, al llegar aquí, casi ahoga la voz potente de los cantantes... Cimbra el teatro, y los espectadores se creen trasportados al paraíso de las armonías supremas é inmortales. Este entusiasmo de la concurrencia produce en el ánimo de los artistas un efecto tal, que para dejarse oír, gritan y accionan como energúmenos á más no poder.

—¡Qué imaginación la del libretista...!— exclaman los unos.

—¡Y qué poder intelectual de asimilación...!—aseguran los otros.

—¡Es un genio...! ¡es un genio...!—gritan los más.

La presencia de Horacio calma la disputa. Se trata de divertirse con la compañía de zarzuela, dice, y no de armar pendencias inútiles. Después de la representación se arreglarán y pondrán de acuerdo para el duelo consiguiente. En seguida se presentan los monarcas. Ocupan el trono y esperan á la corte para empezar la representación. Pero, nadie llega. Hamlet se impacienta y corre á la ventana. ¡Qué error! Sí ahí viene y de gala! El coro entra cantando una espléndida marcha. Los monarcas se ponen de pie y agradecen á la corte su puntual, su inglesa asistencia. Cuando cada cual ha ocupado su puesto, se da la señal para comenzar. Las cortinas del fondo se descorren, torpemente, y aparece el pequeño escenario. Éste no representa nada; pero, se ve en él, sin embargo, un banco de piedra y una higuera ó manzano, cargado de frutos.

—¿La pieza es moral?—pregunta Claudio, enfáticamente.

—El asunto es histórico,—contesta Hamlet, con indiferencia.

—«¿La ratonera?» Entonces no es inmoral,—añade Gertrudis.

—¡Aquí se va á armar la de Julio!—dice, aparte, Horacio.

—¡Nos vamos á morir de sueño...!—murmura, por lo bajo, el coro.

—¡Está loco de remate!—concluye por decir, para sí, Laertes.

Empieza la representación. Aparece un anciano de aspecto venerable cantando unas alegres seguidillas, y va á recostarse en el banco, debajo del manzano. Después de admirar las manzanas, su fruta favorita de la juventud, se queda dormido insensiblemente, soñando con aquellas deliciosas frutas, que cree aún estar saboreando. ¡Ah, si la vejez pudiera...! Se oyen, luego, unos truenos sordos á la distancia... Empieza á llover... Se ve á la luz fugaz de un relámpago, acercársele una mujer joven y hermosa aún; después un hombre de aspecto repelente; volcar la primera en el oído del anciano un pomito de ácido prúsico, y desaparecer ambos inmediatamente: la mujer por la derecha y el hombre por la izquierda. ¡Se sacude el anciano... y muere!

Cae un cohete, que simula un rayo, precedido de un relámpago vivísimo, y se oye el estampido de un trueno, —en momentos que el manzano se derrumba, y es arrastrado entre bastidores por los tramoyistas. La corte aplaude, sin ver al principio que la reina se ha desmayado. Cuando lo nota se avergüenza y sobrecoje. Pero ya es tarde, pues el rey, conteniendo su indignación soberana, manda suspender la representación y salir á la corte inmediatamente. Se unen las cortinas del pequeño escenario y váse el coro cantando la misma marcha de momentos antes, al presentarse.

—¡Se ha descubierto nuestro crimen!— murmura Claudio, aparte.

—¡Por fin vengaré á mi noble padre!— exclama, para sí, Hamlet.

Llevan á Gertrudis aun desmayada á su regia alcoba. Claudio, pretextando la indisposición de su consorte y

un agudo dolor de cabeza, hace mutis, seguido de Laertes, hacia sus habitaciones. Que algo iban á tramar, fué el pensamiento de Horacio. El Príncipe se arroja en los brazos de su amigo, y entona una romanza calcada sobre el tema «¡Corred lágrimas á mares!» Se sucede una larga pausa, que luego es interrumpida por los primeros compases de la entrada de Polonio. Este se presenta y le dice que la reina, su madre, le desea hablar y con urgencia. Horacio, entonces, le anima y le aconseja que asista. Váse Polonio, y después Hamlet por la derecha y Horacio por el foro.

—¿Qué me querrá la cómplice?—se pregunta Hamlet, al salir.

Cambia, en seguida, la decoración. Aparece Gertrudis en su aposento llorando, como acosada por los remordimientos. La desesperación de la reina mueve á piedad. Algunas damas de los palcos, la defienden diciendo que su crimen no es tan grande, como parecía. ¿Podía, acaso, su primer esposo, viejo, caduco, satisfacer sus menores caprichos... de reina? Desde luego la misma naturaleza justificaba lo que en realidad no había sido un crimen. ¡Qué diablos! ¿Era, por ventura, la primera que envenenaba á su marido para casarse con otro—el cómplice? Varios casos habían sucedido en Fisiocrata, iguales ó parecidos. ¿No habían quedado impunes? ¡Desventurada mujer, desgraciada Gertrudis!—concluían por pensar, perdonándola de veras... porque no sabía lo que hizo!

Cuando entra Hamlet, está agarrotada por los sollozos. El duo entre la madre y el hijo, es considerado magistral... por lo cómico! El joven recrimina agrídulcemente á la que le diera el ser, que no le había pedido, por

haber asesinado al más noble y santo de los esposos y de los padres, para contraer segundas nupcias con un individuo tan insignificante y despreciable como era Claudio, á quien la tierra debió tragarse al nacer... aleve y traidor! ¡Qué! ¿No se ruborizaba de dormir en un lecho incestuoso? ¿ó la vergüenza y los remordimientos habían desaparecido del mundo? ¡Cómo la juzgaría el porvenir!

—¡Perdón, perdón!—murmura la reina desfalleciente.

—«¡Más abajo del infierno!..» ¡Ahí!—grita Hamlet.

—¡Qué bárbaro!—exclaman en el teatro las unas.

—¡Debía tener presente que es su madre!—dicen las más.

Hamlet, entonces, saca una *fotografía* de su amado padre y se la presenta á la reina. ¡Qué noble es éste y qué villano el otro... con su cara de traidor, de advenedizo! Quiere hacérsela besar á Gertrudis por la fuerza; pero, ella, desesperada pide socorro! Hamlet, en este momento, observa que una de las cortinas se agita con violencia. ¡Ah, con que le estaban espiando...! ¡Miserables! Saca la espada, furioso arremete á la cortina y la traspasa de una estocada. Se oye inmediatamente un gemido de agonía, como el quejido de un perro enfermo, y el ruido sordo de un cuerpo que cae. Descorre, entonces, las cortinas. ¡Qué horror...! Polonio, en el pavimento, yace muerto boca abajo, como besando la tierra. Le contemplan algunos segundos, y después de reirse á carcajadas, que mueven la hilaridad en el público, que tiene noticias de asesinatos más atroces, canta un largo nocturno.

—¡Ved —exclama,—el fin de los curiosos y adúlteros!

—¡Desgraciado...! ¡desgraciado!..—murmura llorando la reina.

—¡Es un perro menos...!—añade Hamlet, con desprecio.

Gertrudis, ante aquel crimen que la espanta, se niega terminantemente á manifestar á su hijo el motivo para que le había mandado llamar. Son vanos todos los ruegos de Hamlet. Ella no cede. Pero, como se ve obligada á hacerlo por las amenazas del Príncipe, vuelve á desmayarse presa de horribles convulsiones. «¿Serán ó no serán fingidas? Ahí está su duda». Después de hesitar algunos momentos, huye del aposento, seguido del espíritu de su amado padre que, en aquellas circunstancias, vagaba por las galerías del castillo, siempre montado en su bello y manso cisne.

Cae rápidamente el telón. En este acto se suprimieron varias escenas y monólogos, innecesarios para la escena moderna, según el práctico criterio del Director. La encantadora escena entre Hamlet y Ofelia, lo mismo que el famoso monólogo del «Ser ó no ser», se tacharon en el libreto y en la *partitura*, por creer que no interesarían al ilustrado é inteligente público, por largos y fastidiosos. Serían muy bellos esos trozos en la tragedia original; pero, no, en la reducción de la ópera bufa del eminente maestro Wors I. Wors.

—¡Ah, cuánto hemos cambiado!—exclamó Andros tristemente.

—¡Estamos, amigo, en plena crisis de progreso...!—agregó Filos, sonriendo con melancolía.

Escusado sería el decir que el telón fué levantado unas doce ó quince veces consecutivas. El público delirante, frenético, llamaba á los actores para cubrirles de flores, que llovían de todas partes, y de francos y merecidos

aplausos, con gran satisfacción de los fabricantes de guantes. Sólo Andros y Filos, ante aquella espontánea manifestación, permanecieron silenciosos, sin mirarse, sin articular palabra alguna, pensativos, y con los ojos distraídos. No esperaban lo que habían tenido que escuchar y presenciar, no sólo en la escena, sino en aquel público que se las daba de inteligente y de sensato.

Cuando el telón cayó la última vez, y aun seguían los aplausos, la concurrencia empezó á salir á los vestíbulos y galerías, elogiando y ponderando á los artistas que se habían desempeñado á las mil maravillas. Nunca una compañía parecida se había distinguido tanto. Bien era en verdad que la ópera les resultaba propicia, como de molde. Pero, sin la potencia de sus *pastosas* voces y la delicadeza de sus talentos, la obra no habría sido tan bien comprendida, ni aplaudida. De esto estaban perfectamente seguros. Los unos, decían:

—Han creado verdaderos caracteres.

—Nadie les negará lo que valen,—aseguraban los otros

—¡Cómo se nota el progreso en el teatro actual!—observaban muchos.

Las más entusiastas eran las señoras y las niñas. Si bien no entendían mucho del arte dramático y menos del musical, no obstante, la sensibilidad y la intuición salvaban aquellas dotes de apreciación, necesarias, para juzgar, opinar y aplaudir. Así, pues, las vecinas de Andros y de Filos, que eran el verdadero eco de aquel mundo elegante y no muy dotado de sentido... estético,—no era de extrañar que hicieran sus comentarios y que aprobaran las tendencias del teatro moderno. Pero, como estos asuntos

bastaba *un momento* para tratarlos, bien pronto siguieron ocupándose de lo que conocían y sabían perfectamente.

—¿Cómo te diviertes, amigo mío?

—¿Y tú?—le contestó Filos.

—Río de esta comedia y de los demás que ríen. Nada más.

—¡Calla! que nos observan...—terminó por decir Filos.

Efectivamente. Las hermosas vecinas de la izquierda, hacía rato que les miraban con insistencia, cuchicheando muy bajo y dirigiéndoles sonrisitas provocantes y bur-lonas. ¿Quiénes serían esos dos jóvenes tan serios y si-lenciosos, que ni una sola vez habían abandonado las aposentaduras? ¿Extranjeros del Polo Norte ó provin-cianos de la Tierra del Fuego? Sus vestidos acusaban un aspecto distinguido y una posición desahogada. Sólo en sus fisonomías notaban un algo de melancolía y de profunda amargura, que no se explicaban. Viudo parecía el uno (Andros) y enamorado el otro (Filos). Lo único que advertían era que no se divertían, y que, hasta entonces, ni á nadie habían mirado, sino á la escena con desdén, ni aplaudido una sola vez, y que hablaban muy bajo... en contra de la moda.

—¡Pobres originales! Nadie les hará caso,—murmura ron.

Después asestaron los anteojos en esta ó en aquella persona de la platea, en este ó en el palco de más allá, en circunstancias que un joven vestido rigurosamente á la *siempre* última moda, llegaba á saludarlas, y « una vez más á ser uno de sus más fervientes adoradores », no sólo de sus típicas bellezas, sino del talento que en toda ocasión se complacía en reconocerles. Hacía mucho tiem-

po que no tenía el placer y la satisfacción de verlas en el teatro. En cuanto á no haber podido asistir á sus recibos del invierno, lo que sintiera francamente en el alma, había sido por causas y motivos imprevistos, ineludibles. Pero esperaba rehabilitarse, por otra parte, concurriendo á las *matinés* que ofrecían ellas á sus numerosas y distinguidas relaciones.

—Ya sabemos que es usted el *mimado* del gran mundo! dijo una.

—¡Cómo cumplir con todos...!—agregó sonriendo la otra.

—Sin embargo, debió acordarse de nosotras. . . — protestó la tercera.

—¿Con que se casa usted, señor Cerebrochato? — preguntó la tía. — Hace usted perfectamente. Yo soy partidaria del matrimonio, entendido por amor, como en el siglo XIX. Porque, mire usted, esos casamientos de hoy por el dinero, sólo dan resultados desastrosos, y me hacen muy mal efecto. Se especula en la Bolsa, pero no en la familia. Sino, vea usted cuánto hogar hay entre nosotros desierto, frío! Eso amarga y desconsuela. ¿No es cierto? Felizmente usted, señor Cerebrochato, es una persona inteligente, de alma, que me comprende. Fué por eso que yo no me quise casar nunca, y, le aseguro, que no me faltaron *buenos partidos*. Pero yo me he educado á la antigua, y no entro por las reformas nuevas, de la vida moderna, que no entiendo. ¿Con que se casa, entonces? ¡Vaya! Me alegro mucho,—concluyó por decir, satisfecha del efecto de sus palabras.

—¿Yo, señora. .? — balbuceó el jóven.

—Se dice, que. . .

—Usted está de novio. . .

—Con María Luisa Fortunas,— añadieron las tres niñas interrumpiéndose.

—¿Yo... ? ¡Qué locura ! Si es una joven insignificante y más altiva que hermosa. Y sobre todo, jamás recojo sobras. Se duda de lo más sagrado de la mujer, en esa joven. Soy enemigo de murmurar; pero es bueno, algunas veces, hablar claro y que no se nos crea ciegos. Sin embargo, se casará. El oro seduce y hace siempre, entre nosotros, aparecer lo negro blanco. No faltará quien desee hacerla de editor responsable. Así, pues, no lo crea usted Lucrecia, ni usted Matilde, ni menos usted Angélica. Siempre he opinado como la señora Aurora: — amor con amor se paga, ó no me casaré nunca !

El diálogo, sobre este tema obligado de la vida social contemporánea, duraría algunos minutos. El joven se defendía y las niñas le atacaban sin piedad. Solo la señora Aurora estaba de su parte. Por fin, después de habiar de la función, de murmurar y de hacer pedazos la reputación y el honor de muchos seres, de ponderar lo selecto de la concurrencia y la animación de las avenidas, —el joven pálido, macilento, señor Cerebrochato, que corría de palco en palco para no pagar asiento, se retiró prometiéndolas una próxima visita. ¡Qué criaturas tan superficiales aquéllas ! Y así riéndose interiormente de ellas, fué á estrechar la mano á un sujeto joven aún, que gozaba de una fama de hombre de estado... (¡no matrimonial!) envidiable.

Se apellidaba este gran estadista, el doctor don Ventura Ruborinútil. Era íntimo amigo del señor Picodeoro, una persona delgada en extremo, de ojos pequeños y dormidos, cuyo rostro revelaba toda una vida licenciosa,

lustroso en su palidez de muerto y prematuramente calvo. Parecía un viejo, conservado á fuerza de tinturas y cuidados. Pues, bien, el señor Picodeoro, conversaba en aquellos momentos, del doctor Ruborinútil, con dos señoras provocativamente escotadas, arrellanadas con descaro en sus butacas, dando la espalda á Andros y á Filos. Éstos, sin gran esfuerzo, alcanzaban á ver los hombros y el cuello de aquellas dos mujeres, espléndidamente blanca la una, pálida, linfática; y la otra, tentadoramente sonrosada, fresca, revelando una naturaleza sanguínea, lujosa, en su pleno desarrollo.

Ambas rebosaban vida y deseos en los ojos, en las ventanas de la nariz, en el semblante y en los pliegues húmedos de sus pequeñas y rosadas bocas. Escuchaban al señor Picodeoro, su mejor amigo como le llamaban, con verdadero placer... (si no lo simulaban, que las mujeres fingen á las mil maravillas). Sobre todo, la sanguínea, — joven, viuda y hermosa, — prestaba más atención á las referencias de Picodeoro, que sudaba á mares á su lado, y se le alteraban los nervios de una manera penosa, cuando la miraba fijamente ó bajaba los ojos á las espléndidas líneas del busto de su encantadora amiga Flora. La otra, Blanca, solía distraerse... ¡Quién sabe en lo que pensaba!

Picodeoro, continuaba diciéndolas que, el doctor Ruborinútil, había sancado su fortuna en compañía de un concesionario de ferrocarriles aéreos nominales... para el porvenir, á fuerza de voluntad, influencia y talento. Cuando casó, su mujer, de un origen dudoso, le trajo á la sociedad conyugal algunos millones, que él había empleado en diversas empresas: las unas para ser congre-

sal y las otras para ocupar envidiables puestos en el Estado... con el universal apoyo del gran Pueblo Scberano!

No siendo hombre de *carácter*. . . (altivo) . . . su debilidad y modestia supinas, le obligaron — para no dar pábulo á la envidia y la murmuración— á poner una parte de su fortuna en las seguras cajas de un Banco en el extranjero. La otra parte la administraba un joven á quien había hecho casar con la hija de un amigo suyo, íntimo, después de unos amores furiosos de la niña con un patagónés, que murió ahogado en una de las cloacas de las Obras de Salubridad. Sin embargo, otros decían que había muerto intoxicado, una mañana, después de haber comido carne con . . . cuero saturado de veneno contra la polilla. Nada había en ello de extraño. Hechos parecidos se creían . . . obra de la casualidad. Lo cierto era que la joven, á pesar de *eso*, se casó y era feliz, lo mismo que el bueno de su marido, á quien le llamaba su querido *moutón!*

— Conocemos esa historia,— dijo la viuda, de un famoso médico que había fallecido en la expedición al Polo Sur, cuando la epidemia de las fiebres palúdicas, que arrasaron aquellas comarcas. Según la opinión de la murmuración, su marido había sido devorado por un oso blanco. Lo cierto era que había muerto hacía dos años, durante los cuales había ella mantenido relaciones íntimas con el sabio doctor Antístenes: hoy su favorito, según decían las malas lenguas.

—Lo mismo que los amores furiosos del doctor Ruborínútil con la consorte de su protegido. Son historias antiguas. Las sabemos hace mucho, señor Picodeoro,— agregó Blanca, esposa de un fabricante de franelas patentadas, especiales, por ser las mejores del mundo.

¡Es una vergüenza! La sociedad del siglo XIX jamás permitió hechos y abusos... de confianza semejantes. ¡Aquellos, sí, que eran tiempos! Qué fortaleza de espíritu, qué moral y qué costumbres! ¡Ah, si los imitásemos, ¡cuán felices seríamos! ¿Verdad, amigas mías?—concluyó por preguntarlas Picodeoro.

—¡Son inauditas ciertas cosas!—aseguró Flora, enfáticamente.

—Lastiman el pudor de las personas honradas!—añadió Blanca, mientras miraba con insistencia con los ojos al gerente de la casa de franelas de su marido, que se hallaba en un palco. Un joven adorable por su carácter y su laboriosidad, que amaba como á un hermano—según sus propias palabras. Nunca Cornelio, su consorte, había tenido una queja de él. En fin, valía lo que pesaba el señor Teodoro.

—Ese ha de ser tu amante, descarada!—pensó Picodeoro para su colete.—Lo mismo que el doctor Antístenes, lo será de tu prima Flora. ¡Vaya con las mujeres honradas, y que se espantan de ver la paja en el ojo ajeno! Todas son iguales... ¡Qué difícil es ser casado y vivir tranquilo! Y eso que la sociedad tiene generalmente la culpa... ¡Cómo cunde la degradación! ¡Qué siglo!

Picodeoro se quedó pensativo, fijos sus ojitos dormidos en los contornos estatuarios y magníficos de su amiga Flora. ¡Con mil amores la hubiera abrazado... para llevarla por la senda del bien, á donde los gozos eran infinitos, inmortales; allí donde cesaba el recuerdo de la ingrata tierra y se vivía de un idealismo que enloquecía y que transportaba el alma—como en en los pri-

meros sueños de la florida adolescencia—á un mundo desconocido, á un paraíso delicioso, impenetrable para las ávidas y curiosas miradas indiscretas de las humanas criaturas! Flora, Flora... la amaba! Se había equivocado: ella era buena angelical....!

—¿Por qué se ha quedado usted tan pensativo, señor Picodeoro?—le preguntó Flora, sonriendo con beatitud.

Se sentía feliz la hermosa viuda, y satisfecha del efecto que había producido al jóven aquél, con el lujo de sus formas frescas y macizas, hasta inyectarle la sangre en las arterias, cuando le abandonó uno de sus diminutos pies, escondido dentro de un zapatito escotado de cabritilla blanca, como una alhaja dentro un estuche. Volvió á sonreír de una manera inexplicable, dulcísima, y añadió:

—¡Se diría que usted es poeta! Vamos, no piense tanto, amigo mío,—acabó por decirle cariñosamente, dándole un golpecito con el codo, cuyo redondo brazo tenía enguantado hasta el hombro y sobre el cual temblaba un pensamiento de brillantes y topacios.

—¡Ah, si estuviéramos solos...!—pensaba Picodeoro, intranquilo, febriciente.

—Déjale, Flora. ¿No ves que sueña...?—dijo Blanca, que bajaba los gemelos del palco donde estaba el señor Teodoro, al parecer discutiendo con los tres más fuertes accionistas del empréstito «doctor Manolarga».—¡No le interrumpas, prima mía, no le interrumpas...!—y volviendo á mirar hacia el palco, agregó suspirando:—¡Felices los que sueñan con un ideal!

—¡No estar solos... solos...!—volvió á pensar Picodeoro, cada vez más inquieto por el pie divino que oprímia

entre los suyos, pálido como el crimen, la boca seca, anudada la garganta, y los labios quemantes por el fuego implacable que le devoraba las entrañas. Precipitado por lo que íntimamente estaba sintiendo, en una explosión de amor... audaz, la murmuró apenas al oído:

—¡Flora, Flora, yo te amo...!

La última nota estentórea de un *crescendo* de la sinfonía, que en ese momento comenzaba, ahogó, felizmente, una espontánea carcajada de la hermosa viuda, que se había estado divirtiendo con aquel imbécil, declamador de amores pasajeros. ¡Vaya un nene! Siempre despreciable y vicioso, carnicero de las honras ajenas y galanteador inmundol ¡Já... já... já...! Bien era cierto que ella había tenido la culpa, pero se guardaría mejor otra vez de ser amable con los que juzgaba sus sinceros amigos. Si no hubiera sido por la orquesta... ¡qué vergüenza! Se confundía sólo al pensarlo. ¿Qué habría dicho la gente? ¡Dios Poderoso, qué escapada! Y las dos damas se sonrieron.

Picodeoro se mordió los labios hasta hacerse sangre, saludó y abandonó confundido la butaca para no ocuparla más en toda la noche. Herido en su amor... propio, juró vengar algún día aquel fracaso, aquel sangriento desaire, que pedía á gritos una reparación. ¡Tiempo al tiempo! Tenía sobrada experiencia para cometer un acto primo. Esa mujer sería suya! (¡Y decían las malas lenguas que lo fué... casándose con ella!)

Entre tanto el joven Cerebrochato, que había estrechado la mano del doctor Ruborinútil, le dejaba también en aquel momento, después de un rato de amena charla. Fué á buscar un asiento en el palco de los mu-

chachos, que se habían entretenido, durante el entre-acto, en criticar y murmurar de todo el mundo, hablando en voz alta y riendo á carcajadas de cada ocurrencia ó de cada lonja de pellejo arrancada á la virtud de la mujer del hombre más puritano, porque viajaba por la ruinosa Europa, y ella lo pasaba en Fisiocrata al lado de su... *familial* De Flora, acababan de decir que era una real... mujer, descocada, y que había tenido amores con más de un vicioso advenedizo, principalmente con uno, que era un verdadero saco de humores heredados, y que pasaba por ser el hombre más satírico y chispeante de Fisiocrata, sobre todo cuando bebía espumante... *arribeño!*

▶

— 1625 —

JORNADA VI.

CONCLUIDA la sinfonía, bastante larga por cierto, se levantó el telón. El público se recogió, guardó silencio y dirigió sus miradas á la escena. Ésta representaba un espacioso cementerio. Sepulcros y panteones magníficos, recién blanqueados, lo *adornaban*, poblándolo además grandes sauces, ciprés y plantas trepadoras, verdes los unos y cargadas de flores las otras. Sin embargo de imperar el *día*, el Director para dar mayor aspecto funeral al local, había ordenado á los tramoyistas que lanzaran por entre las tumbas algunos *violaseos* fuegos fatuos... (de esponjitas saturadas de alcohol). No fué encendida la luna por no exagerar! No faltó, sin embargo, en el público quien preguntara por qué no la había. Esa «melancólica lágrima de plata»... hacía tan buen efecto en el campo santo...!

Un grupo de sepultureros vestidos con trajes sacados á licitación por la Municipalidad, abrían en el centro del escenario una fosa para sepultar el cuerpo del anciano y querido Polonio, muerto la noche pasada de una violenta gastritis, según decían las defunciones publicadas en los diarios de la mañana. Aquellas buenas

gentes se divertían y reían, cuando, en una paletada de tierra, sacaban una tibia, un fémur, una costilla, una mandíbula ó un cráneo, con el cual jugaban á las bochas, cantando:

- La edad callada en la huesa
- Me hundió con mano cruel,
- Y toda se destruyera
- La existencia que gocé!

La música de este coro, acompañado de castañuelas y del ruido de los huesos humanos al entrechocarse, fué considerada, sin excepción, por todos, como un trozo de verdadera música clásica. Felizmente la letra pareció admirable, original, jamás tratada de aquella manera, en temas análogos, por ninguno de los muchos genios de Buenos Aires del siglo XIX,—¡pobres gentes que equivocaron los fines y tendencias del drama y la música, que titulaban del porvenir! Sin embargo, afirmaban que hubieron en la cuna de Fisiocrata por aquellos tiempos, algunos ingenios notables y bien reputados, que no pasaban por sendoclásicos ó neos... á la divina violeta!

Llega Hamlet, acompañado de Horacio, en una elegante *victoria* arrastrada por un caballo moro, que había ganado varias carreras al trote, á pesar de la mala conformación de una de sus patas. (Los cortesanos, aseguraban, que le alimentaba con *piñas!* Por eso era tan veloz, como el alado *Pegaso*). Hamlet ha querido adelantarse al fúnebre cortejo de los restos del viejo adúlador Polonio. Descienden del carruaje, y se encaminan hacia la que juzga el Príncipe que es la fosa para el curioso y es-

carmentado exhumano. Al llegar, Hamlet que camina extasiado contemplando un monumento... (de pino pintado de blanco... mármol) tropieza en una pila de huesos, y cae sobre unos cráneos. Se levanta, haciendo algunas morisquetas de dolor, se sacude, y, luego, pregunta á los sepultureros para quién están cavando esa huesa tan pequeña y miserable. Ellos sonrien y prosiguen cantando:

- Una piqueta
- Con una saada,
- Un lienzo donde
- Revuelto vays,
- Y un hoyo en tierra
- Que le preparan:
- Para tal huésped
- Eso le basta! •

Se sucedió una ligera pausa, durante la cual Hamlet estuvo meditando y haciendo comentarios íntimos sobre el sentido de aquellos versos. En un *aparte* dijo que los había oído recitar á alguna persona que no recordaba quién era. ¿No serían de aquel loco de Shakespeare que, en edades muy remotas, había escrito dramas trágicos para la posteridad... — á pesar de la ingratitud con que le premió la Inglaterra? Seguramente eran de él, no le cabía la menor duda. ¿Pero á quién se los habrían aprendido aquellas buenas piezas que los cantaban? «¡Ahí el enigma!» Al llegar aquí, la concurrencia aplaudió calurosamente... la idea peregrina del ingenioso libretista que hacía á Hamlet hablar de Shakespeare!

—¡Qué cosa tan divina!—exclamaron los unos.

—¡Eso es lo mejor de la pieza!—afirmaron los otros,

—¡Qué chistoso...! ¡qué encantador...!—dijeron varias damas.

Andros miró á Filos, que sonrió melancólicamente. ¡Hasta muerto se encarnecía al genio! Necios y torpes *zoilos* vulgares aquellos que escribían bufonías sin talento para la escena contemporánea! Nazcan genios para que mañana se les olvide por una payasada... para hacer reir, como sucede en Fisiocrata, donde se comercia hasta con los colosos del pensamiento, ó se aplaude al ignorante que se llama literato porque ha escrito cuatro artículos, dos sueltos contra el gobierno, un par de cuentos, ó un folleto sobre el origen de los tontos de Vespucio del Sur!

—¡Estudie, piense y produzca el hombre...!—murmuró Andros.

—No todos los tiempos son iguales, amigo mío,—dijo Filos.

—¡Desgraciadamente!—acabó por exclamar Andros.

Horacio, mientras tanto, por no interrumpir á su Príncipe, se entretenía en hacer rodar un cráneo con la punta del pié. Notar Hamlet la actitud de su amigo y recoger el cráneo, fué cosa de un segundo. Aquella vez no le reconvinó, como solía hacerlo. Se concretó á decirle que dentro de ese cráneo hubo una lengua de abogado pillastre, de ministro, de sabio ó de un adulator mezquino, á quien él se la hubiera mandado cortar... por larga. ¡Qué pensamientos, qué planes y qué convicciones habría encerrado en otros días mejores! Tal vez una revolución descubierta, una defensa y una capitulación tontas, una federalización por negocio y la edificación de una nueva ciudad, con la *plata*... del Pueblo Soberano, hábilmente

engañado por unos cuantos comerciantes en política. ¡Qué no habría imaginado el pensamiento de aquel cráneo, que olía mal y que arrojaba con desprecio! Y volvió á preguntar á los sepultureros para quién abrían esa fosa tan pequeña y miserable.

—¡Miserable! ¡Y es para un genio!— le contestó uno.

—¡Pequeña! ¡Si su dueño podía caber en el cráneo de un diputado!— agregó otro.

—En ese que fué del ministro Jorik,—afirmó el tercero.

—Porque con la muerte se acaban las pequeñeces, las miserias y todos *somos iguales*. Esperamos al que ya no es Polonio....— repuso el primero.

Y el tercer sepulturero arrojó con desdén un cráneo á los pies de Hamlet, que se precipitó á recogerlo, ¿Con que ese era el del querido ministro del rey, su difunto padre? ¡El cráneo de Jorik..! ¡Cuántos recuerdos agradables de la infancia, le traía á su memoria! Jorik había sido el primero que le hiciera saltar sobre las rodillas, cuando niño, reír y dudar de las genuflexiones de los palaciegos adúlones. ¡Pobre Jorik! ¡Tan condescendiente, tan jocoso y bondadoso, reducido actualmente á un hueso sucio, frío, húmedo! ¿Dónde estaba aquella lengua vivaz é hiriente, y aquel pensamiento rápido, ingenioso, sutil, que, en presencia del viejo Hamlet, confundía á los cortesanos con la simple enunciación de un problema de economía política, con un chiste financiero que les ponía en claro todos sus negocios con los proveedores del Estado, y les descubría todas sus especulaciones secretas? ¿Dónde estaba ese pensamiento benéfico?

--¡Qué ingenio tan admirable, Horacio!— le dijo.

—Muy admirable, señor — le contestó, aunque no le había conocido.

¡Decir que aquel sepulturero imbécil arrojaba despreciativamente el cráneo que había guardado el pensamiento de un ingenio semejante! Sí, Jorik, resucitase no lo creería! Pero tuvo que dejar el cráneo, porque en aquel momento llegaba el fúnebre cortejo del que en mejor vida se había llamado Polonio. En consecuencia, Hamlet y Horacio se hicieron á un lado de la escena. Ocultos detrás de un sepulcro ruinoso cubierto de yedra completamente, permanecían cuando llegó el acompañamiento. Lo precedía un batallón con las lanzas á la funerala y la banda de música, que había enviado para el acto el Ministro de la Guerra por orden y decreto de su Soberano, con las cajas enlutadas, flojos los parches y tocando una sentida marcha fúnebre, escrita expresamente por un amigo del finado.

Acompañaban á los restos mortales del ex Ministro, los monarcas, Laertes, gran parte de la corte, damas de honor, pajes, sus amigos íntimos, comerciantes de la plaza, protegidos, gran número de *vicentes*, *adondevás* y etcéteras del distinguido y eminente, ilustre y benemérito muerto. Un momento después, como era natural, la escena se vió invadida completamente. Cada cual, según era moda en Doñamarca ó Dinamarca en los actos de profundo duelo, venía munido de un pañuelo en una mano, varios en la escarcela, y en la otra un cirio encendido.

El ataúd del que cariñosamente llamaron Polonio, era de ébano con grandes manijas labradas de bronce, y se hallaba cubierto de flores de la estación y de coronas

de los gustos más exquisitos, con las tarjetas de las personas donantes. Cuatro hombres fornidos, vestidos de librea y con las caras tiznadas de negro, traían el féretro en una angarilla, cubierta con un paño de terciopelo oscuro con fleco de gusanillo de oro y cráneos y fémures bordados de realce en cada una de las extremidades. Claudio y Gertrudis, llorosos y abatidos, se encontraban al lado del cajón, con las vestiduras reales, las mismas con las que habían acompañado al finado rey Hamlet, y luego desposádose. Laertes, haciendo esfuerzos supremos por llorar (su padre le dejaba una gran fortuna) se mojaba los ojos con saliva, que enjugaba con el pañuelo de cuando en cuando.

—¡Pobre Laertes!... Cómo sufre!—decían unos palaciegos.

—Perder una persona tan querida, como su padre, es una verdadera desgracia!—agregaban otros.—Sobre todo para los proveedores del Estado!...

—Debe dejarle algunos millones ... ¡Era tan rico!...—añadían por lo bajo otros.

—¡Dios le tenga en su santa gracia!—exclamaban los más.

—Amén,—decía el sacerdote á cada momento al concluir una sagrada jerigonza. — « *Requiescat in pace...* »

—Amén—respondían algunos devotos, las mujeres y el monaguillo.

Por fin cesó la marcha, callaron las murmuraciones y los agudos sollozos, que parecían cínicas carcajadas más que explosiones de verdadero dolor. Imperó el silencio, y el sacerdote bendijo la fosa y el ataúd. Luego los sepultureros se apoderaron de éste, mientras des-

aparecían los cuatro hombres fornidos con las caras tiznadas de negro. Dejaron caer suavemente el féretro en la huesa. Después del último cántico sagrado y de la rociada de agua bendita, los sepultureros iban á cerrarla, cuando Laertes se precipita llorando á gritos é impídelo imperiosamente. Es tal el escándalo que promueve, secándose la saliva de los ojos y sollozando, que la mayoría de la corte y los concurrentes huyen entristecidos del espectáculo hacia la puerta del cementerio... á esperar á los *deudos* para despedirse.

Hamlet, impacientado y fuera de sí ante la farsa de aquel necio, cómico, declamador de sentimientos filiales, abandona su escondite, llega á la fosa y saca de allí á Laertes de un brazo. ¡Dos mil padres como *ese*, no igualaban al que él ha perdido! ¿Por qué no guardaba aquellos aspavientos para cuando estuviera solo, en su aposento, en medio del imperio «de la fúnebre noche solitaria?» ¡Cómico de la legua, que decía y expresaba lo que jamás había sentido! Tenor de zarzuela, que únicamente sabía cantar la palinodia de las lágrimas... del reptil del Nilo! Consternación general. Todos hacen mutis, cantando:

—¡El loco . . . ! ¡el loco. . . ! ¡Le va á matar! ¡Pobre Laertes!

—¡Cobardes!—exclama éste, en presencia de la huida general.—¡Estúpidos!

Sólo permanecen en la escena los dos monarcas, Hamlet furioso, Laertes temblando de miedo, á su pesar, y, Horacio, riendo á una conveniente distancia. ¡Qué sainete aquel! pensaba, aplaudiendo interiormente á su amigo el Príncipe. Laertes recibía su merecido: él,

que siempre se las echaba de *matón* en palacio y entre los pusilánimes y débiles cortesanos, que le temblaban. No le extrañaba, pues, aquella vergonzosa fuga. Había en Dofiamarka tantos matones y valientes semejantes. . . ! Cómo se degradaba la heroica raza *doñamarkesa!*

Por fin, Cludio, separando á los dos jóvenes, por decir algo, aunque no del caso, les manifiesta que aquel sitio sagrado no es propicio para el pugilato. Que les invita, como monarca, pariente y amigo, á hacerlo en palacio aquella misma noche, como para distraer los ánimos afligidos. ¿Qué era lo que deseaban como premio? ¡Pues bien, él era generoso! Le asignaría al vencedor la *plaza* de ministro, que había dejado vacante Polonio. Hamlet y Laertes, rehusan al principio por no encontrarse suficientemente preparados para el desempeño del puesto. Sin embargo, se lo agradecían intimamente. Pero, Gertrudis, les anima á que acepten, diciéndoles que muy bien podían ser primeros ministros, desde el momento que era una carga sencillísima la que tendrían que soportar. De acuerdo ante las razones concluyentes de la reina, los monarcas se retiran, seguidos de Laertes que aun continúa enjugándose los ojos. Hamlet, entonces, llama á Horacio y le pregunta:

—Dime, Horacio, ¿qué cara tienen los cocodrilos?

Horacio, que ha comprendido á quién va dirigida la indirecta de su amado Príncipe, guarda silencio y sonríe maliciosamente. ¡Como había tantos en el mundo, le dice Hamlet,—no se atrevía á señalarle uno! ¿Y Laertes? Pero, se interrumpe al observar que los sepultureros esperan una indicación suya para rellenar de tierra

aquella fosa desgraciada. Hamlet, busca á su alrededor al anciano ministro de Dios en la tierra; pero, éste habíá desaparecido también, no de miedo, sino para recibir una limosna, destinada al embellecimiento de algunas casitas de propiedad suya, que el modesto sacerdote tiene ubicadas en la ciudad para dar alimentos y asilo á los muchos páuperos que lo *necesitasen!* Sin embargo de este contratiempo, Hamlet manda cerrar la huesa. Después de darles á los sepultureros una buena propina, para que beban por el descanso eterno de Polonio, abandona el cementerio acompañado de Horacio. Pausa. Luego... cambia la escena.

La misma decoración del primer cuadro del acto segundo, sin el pequeño escenario en el foro, reemplazado por una gran portada gótica y dos ventanas ojivales, una á cada lado. Es á la caída de la tarde. Los resplandores sonrosados del crepúsculo, penetran dulcemente por entre los cristales de las ventanas, tiñendo los blancos cortinajes suavemente. Ligeras brisas parecen llegar de los campos, tibias y perfumadas, que sacuden de una manera débil los tapices del trono, que se ve á la derecha, en segundo término. La escena se halla solitaria, preparada por orden de la superioridad para el asalto que tendrá lugar dentro de algunas horas (las horas vertiginosas del teatro).

El bombo y el clarinete de la orquesta vuelven á imitar el aleteo y el canto del gallo del primer cuadro del acto primero, y ent.a el espíritu del viejo rey Hamlet. Hace mutis, en seguida, por la derecha, sin decir una palabra. Inmediatamente aparecen Claudio y Laertes por la puerta de la izquierda, sexto término, como

continuando un animado diálogo. Se prometen ambos una venganza sabrosa, en un duo bellísimo, que el público hizo repetir cinco veces, aplaudiendo estrepitosamente. Habían convenido en envenenar uno de los puños de hierro de Laertes, que boxearía con Hamlet, bajo las condiciones establecidas por Claudio en el cementerio aquella mañana. En un descuido del Príncipe,—descuido que provocaría el monarca,—le heriría con el puño, cosa que pasaría como una casualidad, sin ninguna intención de maldad ó de sorpresa. ¡Cómo iban á gozar después del triunfo! ¡Oh, la venganza, era el plato del día de los dioses! Y, á una señal de Claudio, Laertes se va por donde ha venido.

Una vez solo, Claudio, que es un hipócrita infame, canta un ária hermosísima por la originalidad de la letra y de la música, en la cual se queja de su suerte y de no poder dormir acosado por los remordimientos. Él, que jamás había tenido temores ni pesares, desde algunos días á esa parte vivía intranquilo, anhelante, sorprendido en sus insomnios por fantasmas y espectros, que le horrorizaban y le hacían pedazos el corazón, ¿Por qué había cometido aquel crimen nefando...? En este momento sale Hamlet de entre los bastidores del primer término. Al ver orando al asesino de su amado padre, siente agolpársele la sangre en la cabeza, saca la espada y va á matarle como un perro; pero, aparece el espíritu del anciano monarca, que vuelve por la derecha, le detiene y se lo lleva. ¿Dónde...? Este mutis no se justifica en la pieza por ser innecesario y porque el espectador puede suponerlo.

Claudio permanece de rodillas, orando, algunos segun-

dos más. Después se levanta más fortificado el espíritu y más calmada su conciencia negra, como las sombras del abismo. ¡Oh, cómo edifica la oración á los malvados! En seguida se presenta la reina. Al encontrarse con su consorte, lo que no esperaba, se sobreccje. Claudio, la pregunta la causa de su honda tristeza y de la palidez mortal de su hermoso rostro. La estrecha fuertemente entre sus brazos, diciéndola que siempre la ama, que jamás la olvidará. Mediaban fuertes razones para que así fuera. La reina apenas le contesta y le deja hacer. Se hubiera dicho que era un cuerpo inerte. Claudio la besa repetidas veces en ia boca. Gertrudis permanece fría.

—Pero ¿qué tienes, amada mía?— vuelve á preguntarla.

La reina continúa guardando silencio. Se sucede una ligera pausa. ¡Esa mujer debía tener sangre de pato en las venas!— pensaron algunas señoras, enardecidas por las caricias del monarca. Por fin, Gertrudis rompe el silencio preguntándole á Claudio qué es lo que se propone con el desafío de Hamlet y Laertes en palacio. ¿Qué beneficios le puede reportar una escena de pugilato, la cosa menos propia para dos personas decentes? Sencillamente, la contesta, conocer las fuerzas, la maestría y la agilidad de los combatientes, para hacer en la elección un buen primer ministro. ¡Extrañaba que se lo preguntase!

Convencida Gertrudis por las sanas razones de Claudio, se calma completamente. Le abraza con efusión, mientras le asegura que él es el marido más bondadoso y condescendiente. Le besa sensualmente en los labios. Va oscureciendo poco á poco. Después ambos se sientan en

un mullido diván de terciopelo rojo, y, en él, se entregan, como dos jóvenes en la alcoba de la luna de miel, á todo género de manifestaciones amorosas, de besos, abrazos y suspiros... Queda la escena completamente á oscuras... Media una larga pausa... Es de noche.

— ¡Magnífico duo de amor!— exclaman los unos.

— ¡Qué escena tan bella...!— murmuran las niñas.

-- ¡Qué pureza de... sentimientos!— dicen las señoras.

Vánse, en seguida, del brazo los dos monarcas por la izquierda, segundo término. Entran por el foro, derecho, varios criados vestidos de pantalón corto y de camacas entorchadas á la *Federica*... auténticas, como se dice en el lenguaje teatral. Los unos, traen grandes candelabros y palmatorias cargados de engalanadas bujías que, desde la platea, parecen de parafina y de cera; los otros, vienen á encender las lámparas de la regia sala. «¡Post nubila fæbus!» Desde luego, la escena queda espléndidamente alumbrada. Se ha dado á las baterías altas, laterales y bajas, toda la fuerza.

Mientras los criados terminan la tarea, cantan un precioso coro, animado y vivaz, salpicado de mil encantadoras picardías, que el público aprueba aplaudiendo y riendo á carcajadas. Se oyen en este momento algunos besos sonoros, fuertes. Sale uno de los criados, y á poco vuelve diciendo que son unos pajes que se entretienen con algunas damas de honor.. ¡Pro pudor!

— Creíamos que fueran los pájaros... de su majestad la reina... — dijeron.

Después se alejan por el foro izquierdo cantando otro hermoso coro sobre el conocido motivo popular «¡Ya se fué...!» Queda la escena sola un momento, y luego

empiezan á llegar algunos cortesanos. En seguida los monarcas, y detrás de éstos, poco á poco, toda la corte cantando una gran marcha... á la *sordina*, sobre el inolvidable tema «El Pueblo Soberano» ó «Las elecciones por el voto libre». Termina la marcha. Claudio, en un breve recitado, manifiesta el motivo para el cual les ha invitado, agradeciéndoles al mismo tiempo la puntual asistencia. Aparece Laertes, é inmediatamente Hamlet y Horacio, los dos inseparables. El asalto va á tener lugar.

Claudio da la señal para empezar. Los padrinos de ambos combatientes se reúnen, hablan aparte algunos segundos, inspeccionan las armas y después colocan á sus ahijados á la conveniente distancia establecida. Laertes se precipita y logra cojer el puño envenenado, marcado con un punto de tiza, y Hamlet el otro, afectando gran serenidad, sin sospechar que va á caer en una trampa... (¡no escénica!) El monarca les exhorta y bebe á la buena suerte del vencedor. El asalto empieza. En los primeros momentos Hamlet triunfa, y Laertes parece un tanto fatigado. Después de haber sido éste tocado varias veces, según los padrinos, va á declararse vencido, cuando Claudio se levanta, coje una copa é interrúmpelos ofreciéndosela á Hamlet. Laertes, que se apercibe de la distracción del Príncipe y que se halla descubierto, aprovecha la ocasión y le asesta un golpe en la frente.

—¡Herido...! ¡Sangre...! ¡sangre...! ¡Qué casualidad!

—¡Basta...! ¡basta...!

—No es nada. ¡Prosigamos! —dice Hamlet irritado.

Ahora, en la lucha, parece encarnizado. De pronto un rayo de luz atraviesa su cerebro, donde siente agolpársele un mar de sangre. Mira á Laertes fijamente, le tira

con una mano un golpe en falso, una finta, y le asesta con la otra un rudo golpe en el puño á Laertes, que deja caer el arua. Hamlet la recoge, se la pone y le presenta la suya á Laertes. El asalto ahora toma proporciones alarmantes. Ambos luchan como valientes. Pero Hamlet, más ágil y más foruido, consigue, en un descuido de Laertes ajustarle una puñada feroz, bárbara, en la sien derecha. La sangre mana inmediatamente. El joven herido bambolea algunos segundos, y cae de espaldas.

¡Muerto...! Aun no. Pero la herida es en mala parte, profunda, y morirá indudablemente. ¡Qué desgracia...! ¡qué desgracia...! ¡Qué va á decir la prensa cuando sepa este suceso! Ella, que tiene la lengua tan larga y que ni calla ciertos hechos por satisfacer la curiosidad del público á quien se debe! Felizmente no se encuentra allí ningún pescador de noticias, ni un corresponsal de diarios extranjerost De lo contrario, al día siguiente toda Dofiamarka, sabría el suceso, el acontecimiento. ¡Qué vergüenza! Pausa. Cesan los corrillos. Laertes se incorpora, luego, sostenido por los padrinos, que lloran amargamente... ¡Ellos que tenían esperanzas de que fuera primer ministro...! Con voz débil, desfalleciente, dice Laertes:

—Hamlet, tú morirás también...

—Amigo, poco á poco, no me trate con tanta familiaridad! — le observa.

—Bueno,— prosigue,— el puño con que le he herido, alteza, está envenenado. Es el rey el verdadero culpable... Él nos tendió... esta... trampa... Per... dón. A... dio... »...!

Se estira, se encoje, se sacude y después de suspirar la

última letra de su despedida, muere. ¿Si habrá hecho testamento? ¡Pero si nadie le conocía herederos! ¿Entonces sus bienes irían á parar al fondo permanente de escuelas? ¡Qué despilfarro y qué lástima! Esa ley se debía abolir por contraproducente. Harían, sigue el coro, trabajos al respecto. El pueblo debía ser soberano en las elecciones, pero no en las escuelas! Enriquecer el espíritu, valía á no tener votos *libres*. No se cumplía, pues, el precepto bíblico de «Bienaventurados los pobres de espíritu. .!» Felizmente tenían un Soberano, mejor dicho, un gobierno *hereditario* y sólo las cámaras las elegía... también el Soberano! Las cámaras eran en extremo necesarias... nombradas así. ¿No aprobaban ellas los presupuestos, los aumentaban siempre y sancionaban toda clase de leyes y prebendas utilísimas, necesarias para sostener incólume el crédito nacional... el hambre y la sed del pueblo? Pero los comentarios de la corte cesan por fin.

Hamlet fuera de sí, por la revelación de Laertes, coje una espada de la panoplia. Entretanto, Gertrudis, que ha bebido la copa que Claudio le ofreciera momentos antes á Hamlet, y que éste le rehusó, — agoniza, envenenada por el líquido que aquélla contenía. Pálido de ira, los cabellos erizados, espada en mano, Hamlet coje á Claudio por el cuello, y le sepulta el arma en el pecho hasta el pomo. El rey cae muerto á los pies del trono pidiendo perdón. El Príncipe, luego, toma una copa y le hace beber, por la fuerza, todo el líquido á su incestuosa madre, que rueda exánime encima del cuerpo de Claudio. La confusión y el espanto de la corte son indescribibles.

Se abre estrepitosamente la portada gótica del foro, y aparece Fortimbras, montado á caballo. Contempla mu-

do, espantado aquel cuadro. Se desmonta y corre á socorrer á Hamlet. Ya es tarde. Ha muerto en los brazos de su fiel amigo Horacio. Galopa final sobre motivos de «¡Sálvese quien pueda!» Cae una gaza negra en la boca del proscenio. Al rato se levanta y aparece el cielo de un lado poblado de ángeles y blancas nubes, y del otro el infierno, habitado por seres extraños envueltos en llamas... de pintura roja. En el cielo, se ven á Claudio, Gertrudis y Laertes reunidos á Polonio. En el infierno á Hamlet. De Ofelia nada se dice. La sombra del viejo rey, por orden superior, aun tendrá que vagar muchos años antes de reunirse á su querido y vengador hijo. Fuegos de Bengala. Luz eléctrica. Banda militar en la escena. *Tableau!* Cae el telón de una manera lenta. Fin.

—¡Qué escenas tan chistosas!— exclamaron los unos.

—¡El asalto y la apoteosis han sido magníficos!— agregaron los otros.

—¡Nos hemos divertido mucho!—dijeron las señoras.

—Volveremos á la *reprise*... — pensaron los más.

Comenzó el desfile de la concurrencia, que duró unos veinte minutos. Como todos querían salir primero, la confusión que se produjo fué terrible, *bestial*, según la opinión de un jovencito que venía detrás de Andros y de Filos, con algunos amigos fumando y echando el humo á la cara de unas señoras, disgustadas por semejante insolencia. Felizmente no hubo desgracia que lamentar, en favor de los médicos, sucediendo lo contrario en pro de los sastres y modistas. Fuera del teatro, en la avenida, la gritería, el desorden y la confusión fueron más terribles aún. Nadie daba con el número de su autómatas. Los grandes y los pequeños trenes estaban llenos. Quien se

quejaba del Gobernador, quien de sus lacayos que pondría en la calle al día siguiente, quien de la Policía, y hasta del Presidente Reaccionario y del Congreso, que no era tal, sino *cangrejo*! Se murmuró, se gritó y se puso por los suelos á la Municipalidad. . . de impaciencia por lo que sucedía.

Afortunadamente Andros y Filos, después de mucho luchar, consiguieron llegar hasta su vehículo mecánico, que les condujo en unos cuantos minutos á su morada. Parelia les esperaba. Ver á su amado consorte y echársele al cuello, fué todo uno. Había concluido el vestidito para Evalinda. Se sentía feliz y satisfecha de su propia obra. Y aquella madre angelical mostraba á su compañero el vestidito, con gozo verdaderamente infantil. Andros la dejaba hacer, henchido el seno de íntimo placer, mientras sonreía á Filos, que encontraba bellísima la obra de su amiga y hermana.

—No dirán que he perdido mi tiempo. . . — continuó Parelia.

—Y ¿quién la pregunta á usted nada, buena alhaja?— la respondió Andros, abrazándola con ternura.


—Y ¿ustedes se han divertido. . . ?— añadió la hermosísima joven.

—No mucho. . . — murmuró Filos.

—¡Quita! Si aquella ha sido insoportable! — agregó Andros. — Puedes felicitarte de no haber concurrido. Mañana te contará Filos lo que pasó. ¡Qué cosa tan estúpida!

Filos la prometió cumplir lo que la había ofrecido. Como daba la una, se retiró á su aposento, no ya con argumento para la jornada IV, sino para la V y aun para la VI del libro. Su cerebro era un hervidero de ideas.

Estaba seguro que al imprimirlas en el papel adquirirían una vida y colorido que agradarían indudablemente á su colaborador. En consecuencia, después de aligerar su vestido, cogió la maquinita y empezó la tarea. Momentos luego, la casa dormía profundamente. Sólo Andros en su gabinete y Filos en su aposento, velaban. Recién se acostaron llegado el día. Filos dejaba terminadas las jornadas IV, V y VI de la obra.



JORNADA VII.

HACIA las cinco de la tarde de aquel mismo día, domingo por añadidura, Andros y Filos se encontraban en el gabinete de estudio. Algunas horas hacía que venían discutiendo la materia que tratarían en la jornada VII, y aun no habían llegado á una conclusión, de común acuerdo, que les satisficiese completamente. Siempre quedaba un claro que llenar. Después de lo que escribiera Filos en la IV, V y VI, que halló de su pleno agrado, la continuación que le proponía Andros se alejaba un tanto del plan del libro y un tanto más le parecía violenta.

Andros, que le había aconsejado que fuera bien sarcástico, ahora le pedía á su amigo que se moderara algo, pues pensaba que lo que pretendía decir era demasiado satírico. ¡Ni tanto ni tan poco! Para hablar del siglo XIX, criticándole duramente en los hábitos, inclinaciones y sentimientos de la República Argentina de aquel entonces, refiriéndose indirectamente á los de la Nación de La Plata Argentina del siglo XXX, opinaba Andros que era tratar con demasiada dureza al primero, del cual ni ellos mismos tenían datos seguros, fehacientes, ni fuentes reales, para asegurar que los antiguos argentinos habían sido tan superficiales como los contemporáneos.

Filos, por otra parte, aseguraba que esa no era una razón concluyente. Por el contrario, se prestaba á mil comentarios. El no tener datos, ni fuentes, más abonaba en el propósito de su idea. ¿Quién les iba á juzgar si llegaban á decir que en el siglo XIX hubo, aunque fuera cierto, más argentinos sin antecedentes, que en el actual, desconocido, individuos sin origen á carta cabal, advenedizos y hasta enemigos de su propio país? ¿Quién les podría desmentir? Ninguno. De ello estaba seguro. En consecuencia, ¿por qué causa no podían ensalzar á los hombres de entonces y demostrar, en el paralelo, indirectamente, la degeneración en los individuos de ahora? ó ¿criticar duramente á aquéllos para poner por los cuernos de la luna á éstos, irónicamente?

¿Porque no faltaría algún sabio historiador ó etnógrafo que les saliera á la palestra preguntándoles de dónde habían sacado datos para afirmar que los antiguos argentinos eran un pueblo compuesto de extraños, indiferentes y advenedizos, sin contar los aborígenes; que tenían estos ideales, aquellas costumbres y un mundo de sentimientos que jamás experimentaron, ni supieron definir? Pues, á ese que pretendiera, como le habría, ser conocedor de los hombres de aquel siglo,—que valían un... *Perú*,—se le inventaba un archivo de libros, documentos, papeles y diarios, en poder de ellos y salvado de las llamas de un voraz incendio, de una invasión ó de un terremoto cualquiera..!

—Y seguramente nadie podrá negarnos la propiedad..—dijo sonriendo.

—¡Quién sabe! Mira, Filos, que no son *tantos* los profanos...—le observó Andros.

—¡Como son muchos los *tontos*!—agregó Filos, sarcásticamente.

Continuó proponiéndole á su amigo que escribiera la jornada VII calcada sobre el sentimiento de la nacionalidad entre los antiguos argentinos y los contemporáneos. Tenía tema suficiente para un extenso estudio crítico-moral y para hacer espléndidos, originales comentarios, comparándole con la noción de la patria que tenían ahora... (que ni siquiera iban á la inscripción del registro cívico nacional) Pero, Andros, opinaba que eso equivalía á precipitar el asunto por demás. Debía, por el contrario, tratar primero el sentimiento de la maternidad, que se podía decir que era la cuna del otro, para en seguida estudiar el amor del hombre á su suelo, en una de las otras jornadas.

Se debía empezar por conocer las inclinaciones y los sentimientos de la madre por las grandes verdades é ideales morales, para luego llegar hasta el hijo, el ciudadano. Según las nociones que, al respecto, aquélla le inculcaba en la infancia, debían resultar las aspiraciones y creencias de éste, que la buena escuela se encargaría de robustecer con el trato diario de la amistad fecunda del libro. Después de la madre que educaba el alma del niño, estaba la escuela que fortificaba sus facultades, y luego aparecía el hombre ante la idea gigante de la patria, que honraba y dignificaba. Lo contrario, era comenzar por el fin, cosa que no sólo carecía de lógica sino de moral. Esa era su opinión.

Sin embargo, Filos insistía. Si no se trataba de niños, sino de hombres en el pleno desarrollo de sus facultades para pensar, sentir y ejecutar. ¿A qué hablar de los bien

escasos y vagos ideales y sentimientos maternos, formados en el lujo, la ostentación y la molicie? ¿Para poner de manifiesto el desastroso hermafroditismo intelectual que se inculcaba al niño en el hogar? ¿que por consideración á la posición de sus padres, se estimulaba en la escuela, y que luego se desarrollaba en el hombre con el trato de sus idénticos semejantes? Por el contrario, debía tratar de los sentimientos y creencias del hombre que podía responder de sus acciones, y no del inocente niño víctima de una mala educación paterna y de una pésima instrucción escolar.

Le pedía que estudiase esa clase de hombres que renegaban de sus padres y especulaban con el sentimiento de la patria, cuando no la negaban, que era lo que sucedía con más frecuencia. ¿Qué podía esperar el hogar de hombres semejantes, ni qué el suelo donde habían nacido, sino una herencia de decadencia física y moral? ¿No era esa, pues, una de las causas de la degeneración material y síquica de los tipos fisiológicos argentinos contemporáneos? Pues para dorar la píldora y para que no pareciera tan amarga la verdad, podía referirse á los argentinos del siglo XIX. Así ninguno se daría por aludido, ni recogería el sayo. Esa era su opinión. Empero, podía él hacer lo que le pareciese mejor.

—Escucha, Andros. Voy á referirte una historia,—agregó, empezando así:

«Hace cincuenta años, poco más ó menos, que llegaba á este suelo tradicional en el mundo por lo hospitalario y protector, en medio de sus muchos defectos, un matrimonio extranjero, bastante joven. Al decirte *extranjero* bien podía ser italiano, francés, español, alemán, inglés ó ves-

puciano (1), que para el caso es lo mismo, sea de allá ó de acá. Es para sintetizar en él la historia de mil matrimonios parecidos, que llegaron y llegan aún á Fisiocrata, la Capital, en idénticas ó parecidas condiciones. Traían al país un fuerte capital de esperanzas, ganado en la amarga miseria de su suelo natal, y una cosecha intelectual de ilusiones asombrosa, las más del color de un sueño encantador, en el que se ven palacios de oro, tenido en las horas nocturnas é interminables del hambre, estimulado por un lado y pésimamente satisfecho por el otro.

«José, el marido, que apenas si conocía la letra más redonda y más fácil del alfabeto (por más que esto parezca extraño y raro en el siglo XXX) se había educado en las montañas de su patria picando piedra ó extrayéndola de las grandes canteras. Sus veinte y ocho años no aparecían, sin embargo, en su rostro sano y rosado. Su naturaleza robusta y fornida acusaba un temperamento sanguíneo completamente desarrollado. Ganaba un buen jornal, cuando se enamoró de la que, un año después, debía ser su compañera. José era huérfano y Adelina sólo tenía unos tíos que la tiranizaban bárbaramente en el cuidado de un pequeño rebaño de cabras y de ovejas,—trabajo que, á pesar de su naturaleza fuerte, aunque delgada y nerviosa, la hacía padecer y llorar amargamente. Fué en uno de los días más tristes de la joven, cuando la conoció José, y consolándola se enamoró de ella,—que pueden mucho las lágrimas que vierte una mujer joven y hermosa en el alma del hombre más burdo y grosero.

«Un domingo se presentó José en la casa de los tíos y

(1) Americano.

les pidió la mano de Adelina. Se la negaron redondamente, pretextando que *la muchacha* era el único apoyo que tenían en su ancianidad y que al casarse Adelina les abandonaría para seguir á su José,—una persona muy honrada y trabajadora, sin duda, pero que no era un partido que les llenara completamente. En vano fueron los ruegos de los dos amantes. Los ancianos, tercos como corsos, y especuladores como napolitanos, no quisieron ceder. Amaban demasiado á su sobrina para separarse de ella así no más. A los ruegos siguieron las súplicas de José y las lágrimas de Adelina. ¡Nada! Los tíos tenían una dureza de corazón y de alma, parecida á la de las piedras que picaba el joven. A los ruegos siguieron, en fin, las amenazas. ¡Peor! Esta vez mandaron á adentro á la muchacha y despidieron ágricamente á José, que se retiró prometiéndose una sabrosa *venganza meridional*.

«La noticia del pedido de la mano de Adelina, corrió velozmente por el pueblo; pero, no así la de la negativa redonda. Pasaron algunas semanas. Una mañana amanecieron muertos en su lecho los dos ancianos. ¿Cómo fué? Nadie lo supo, ni el médico que extendió el certificado en el que se decía haber ambos muerto de apoplejía, ni aun Adelina, que lo siguió ignorando toda su vida. Sólo José conocía la causa de aquella muerte repentina, causa que no reveló jamás, guardándola en lo más escondido de su ser. Aunque parezca extraño, Adelina, lloró largamente de alegría y de felicidad, porque ya nadie se opondría á su casamiento. En el fondo, como buena muchacha, sintió un poco á sus tíos, porque al fin ellos la habían recogido, el día que fallecieron sus padres, y mantenido durante muchos años.

«Como los dos ancianos no dejaban más herederos del terrenito y del pequeño rebaño que Adelina, hija de la hermana del viejo tío, fué, pues, ella la que más tarde tomó posesión de todo. Esto se verificó al día siguiente de su matrimonio con José, un año después. Seis rápidos meses vivieron los dos esposos disfrutando de una luna de miel dulce y tranquila para Adelina, inalterable para José, que, sin embargo, no parecía vivir muy á su gusto en aquella casa, como su compañera. A veces, la joven le preguntaba por qué estaba tan pensativo y triste. ¿Era ella la causa? José convenciéndola de que sólo existía más que nunca para adorarla, concluía por olvidar su tristeza, besándola en la boca con entusiasmo afectuoso.»

— Pero, Filos, ¿me narras una novela?— le preguntó Andros, sonriendo.

— Sí; histórica en el fondo. He conocido á los protagonistas,— le contestó.— Te ruego que no me interrumpas. Prosigo.

«Después, poco á poco el carácter de José se fué haciendo más melancólico y taciturno. Algo existía en el fondo de su ser que lo martirizaba tenazmente. Solía pasar las noches sin pegar los párpados, mientras Adelina á su lado sonriendo dormía tranquilamente, soñando con su querido compañero. Dejó éste de ir al trabajo una día; en seguida, muchos; luego, no fué más: le habían despedido. ¿Qué cambio se había operado en su carácter, antes tan alegre y festivo, ahora tan reconcentrado y desconfiado? Adelina, que siempre le encontraba cariñoso y amante, no alcanzaba la respuesta. Como no trabajaba, la hacienda fué disminuyendo día á día, hasta quedar reducida á la pequeña lonja de tierra. Vinieron, en consecuencia, las

privaciones y las duras escaseces. Hacia los dos años del matrimonio perdieron el primer niño y entró á la casa la desconsoladora silueta, pálida y descarnada del hambre!

«Fué entonces cuando concibió la idea de venir á trabajar á Fisioqrata, que á la sazón ensanchaba varios de sus más centrales boulevares. Participó inmediatamente á su mujer el proyecto. Adelina, que siempre hallaba bueno todo lo que él hacía, aprobó con entusiasmo la idea. Ella misma le dió poder para que vendiera el terrenito y la pobre casa que habían salvado milagrosamente, para costear con el líquido producto los gastos de viaje y de instalación en la ciudad á donde fueran á residir y trabajar. Dos meses después de la venta, se encontraban en la grandiosa capital de la República de La Plata Argentina: José, haciendo afirmados de goma elástica, como mejor podía, y Adelina de mucama en el *hotel* de una familia opulenta afecta al *mal servicio* con tal de que fuera hecho por extranjeros.

«Al año siguiente tuvieron un segundo niño hermoso y robusto, que bautizaron civilmente con el nombre de Carlos, como una memoria al padre de José. ¡Cuánta alegría y felicidad les trajo al hogar el pequeño Carlos! Al poco tiempo se establecieron en el boulevard de «La Esperanza» con un diminuto comercio de comestibles y bebidas, á fuerza de labor doblada, de privaciones, de economías, con el capitalito que habían traído y el afán de adelantar. Dos años después nació Adelina, una preciosa criatura, que con el andar del tiempo debía ser una real belleza. Nunca los dos esposos se habían sentido más dichosos que entonces, pues hasta el carácter de José volvió á la alegría y festividad de otros días.

«Felizmente, salvo alguno que otro desorden político sin consecuencias ulteriores, Fisiocrata gozaba de mucha tranquilidad, la cual les fué propicia sobre manera para su pequeño negocio que empezaba á cobrar un desarrollo que encantaba á los dos esposos. Viendo José el notable adelanto de su comercio, una noche mientras hacía con sus dependientes el balance del día — prometiéndoles interesarles al año siguiente para estimularles al trabajo y alejar de ellos la idea del robo—le dijo á Adelina al oído:

—Si el negocio sigue como hasta aquí, seremos muy ricos dentro de diez años. ¡Cómo podremos educar bien á nuestros queridos hijos, entonces! No quiero que se me parezcan. ¿Comprendes, Adelina?

—Si, José. Carlos será abogado y Adelinita una educada y linda señorita, que podrá casarse después con alguna persona notable. ¡Oh, qué bello porvenir nos espera! — exclamó transportada.

«Desde entonces pareció que la suerte les perseguía y que la fortuna quería penetrar por todas las puertas de la casa. Bien era cierto que ellos hacían esfuerzos de todo género para que así sucediese, no descansando día ni noche y llenándose de privaciones, las más insignificantes; pero, que, en seguida, fueron olvidando para darse una vida modestamente regalada, empezando por la mesa y concluyendo por el vestido. Se permitieron, desde luego, hacer algunos paseos, y, domingo por medio, el lujo de asistir á las diversiones teatrales más baratas. Pero un accidente que ellos mucho lamentaron, porque eran buenos en el fondo, vino á dar á su comercio un incremento que no esperaban, ni nunca soñaron. El almacén que

hacia cruz con el de ellos, se incendió una noche por descuido de uno de los dependientes. Sus existencias ardiéron como yesca á favor de un fuerte viento del Este, que hizo más voraz la quemazón. Cuando llegó el cuerpo de bomberos, con sus máquinas de ásoe quince minutos después, se habían ya desplomado los techos de la casa, y su dueño chamuscado y herido lloraba su ruina, pues no había asegurado las existencias, que avaluaba en cien mil argentinos oro.

«En consecuencia la numerosa clientela de aquél se pasó a) almacén de José, quien seis meses después le daba mayores proporciones, comodidad, lujo, y compraba el edificio que alquilaba. Al año siguiente adquiría en público remate las dos casas vecinas, las refaccionaba y establecía en una de ellas un magnífico almacén importador y exportador, el más conocido y de más crédito de aquel Cuartel. En seguida se lanzó en mil especulaciones de Bolsa, de tierras, casas, etc., con ardor y fiebre. Fué entonces cuando la suerte le hizo más caricias y la fortuna penetrando de pronto á su casa dejó en sus cajas algunos millones, que siguió girando hasta adquirir el capital suficiente para establecer una gran casa bancaria. El día que abrió las puertas de su establecimiento se abrió alto comercio de Hysocreta, cuando á cabalante los diez años sus hijos se educaban en los mejores colegios de la capital, ellos eran completamente felices, y sus dependientes seguían al frente del almacén importador, que les había dejado en premio á la honradez y al trabajo de ellos sus colaboradores, decía.

Vamos Filos! Ese es un cuento fantástico. Le observó Andros.

—Al contrario. Aun el Banco existe, —le replicó.

«Como naturalmente se comprende, continuó el joven, la casa bancaria con sus diversas operaciones y las especulaciones que hacía el señor don José en otros negocios privados, fueron aumentando poco á poco, cada vez más con el andar de los años, su colosal fortuna. Entonces las puertas de los más lujosos y aristocráticos palacios y hoteles de Fisiocrata se abrieron á su llegada, y como algo había estudiado y aprendido á fuerza de voluntad y de constancia, no le fué difícil establecer relación y amistad con las familias más distinguidas y opulentas. Durante ese tiempo nacieron Lucía y Julio, que tendrían ahora diez años la primera y ocho el segundo. Carlos había cumplido los veinte y cinco y Adelina dos menos que su hermano, una de las jóvenes más hermosas y de un supino orgullo que corría pareja con su altivez.»

—Pero aun no comprendo á dónde vas á parar con tu historia,—le dijo Andros interrumpiéndole.

—No me distraigas y lo sabrás,—le contestó sonriendo.

«Dos años hacía que había muerto la distinguida y ejemplar matrona Adelina, cuya pérdida fué hondamente sentida por sus numerosas relaciones y por los diarios, que la hicieron mil lacrimosas necrologías, cuando una noche el viejo banquero, enfermo de melancolía por la muerte de su esposa, llamó á sus hijos á la cabecera del lecho donde se hallaba postrado. Sentía que había llegado su última hora, y quería despedirse de ellos. Les exhortó á que seguieran el mismo camino á que les había dirigido, que siempre se acordaran de él y de su amada

madre, á la cual iba á reunirse, después de pedir perdón al Criador para sus faltas terrenales. ¡Pobre Adeline, que no pudo sobrevivirle para que gozara de la obra de su vida! Él les había preparado un porvenir. Sólo faltaba que ellos lo alcanzasen como buenos. ¿Le prometían que cumplirían su voluntad y último deseo? Entonces moría tranquilo y contento. Pocas horas después espiraba.»

—Ahora, bien,—prosiguió Filos,—¿crees tú, Andros, que sus hijos, abogado el uno, ingeniero el otro y casadas las otras con individuos sin un céntimo cumplieron con lo prometido ó respetaron la voluntad de su padre? ¡Qué locura! Lo primero que hicieron, en medio de la opulencia en que les había dejado el almacenero de otros tiempos, fué variar el apellido, castellanizarlo por ser demasiado extranjero y tener un significado indecoroso en el habla nacional (!). Después negaron redondamente el origen del nacimiento de sus padres, lo mismo que la honrada procedencia de la fortuna. Muchas veces se ruborizaron, estúpidos, de la intachable pobreza de aquellas hormigas del trabajo y de sus humildes cunas. Siempre huían como del fuego de entrar en explicaciones de antecedentes... Claro. ¡Ellos que hablaban de viejos pergaminos y blazones... en un país republicano! Vanidosos como ningunos y dominados por un impertinente orgullo pasmoso. Cuán mejor hubiera sido lo contrario: la sencillez y el reconocimiento, la franqueza y la humildad!

—Ahora comprendo tu propósito, tu idea. Pero, ¿y la casa bancaria...? —le preguntó Andros, calcaudo las palabras.

—No hace al caso. Supón que sea de ellos ó de una compañía cualquiera. Nada importa eso. Cuestión de detalle. Lo que deseo saber es, si me has comprendido bien...

—Sí. Perfectamente.

—Pues, bien,—prosiguió Filos,—dime ¿qué semilla moral de sentimientos y de creencias arrojarán en el hogar las dos hijas casadas del finado banquero y qué frutos darán más tarde? Supongamos que éstos sean hombres. Esto por un lado. Veamos por el otro. ¿Qué frutos darán á la tierra donde nacieron Carlos y Julio que reniegan de su apellido y de sus honestos antecedentes, sean como fueren? Mañana en una guerra internacional, serán de la nacionalidad de sus padres, ya que nuestras leyes avolieron la personería, que hace despreciables á los hombres de cualquier parte del mundo. Multiplica, amigo mío, haz la suma y dime ¿qué cantidad de valores morales sacas en limpio? Contéstame!

—El principio de una raza en decadencia,—respondió Andros.

—Que no tiene una noción, ni un sentimiento de la nacionalidad fijos. ¿No es eso? Pues bien, ¿qué necesidad hay de tocar los sentimientos de los padres, que progresaron para sus hijos...?

—Ninguno, ciertamente.

—Luego tenía razón en aconsejarte que escribieras la jornada VII calcada sobre los sentimientos, creencias é ideales de semejantes hombres. Después escribirás los que corresponden á las hermanas, y, por último, la herencia y fenómenos síquicos y fisiológicos de los

hijos de éstas. ¿Estás convencido? Mira que mi novela es muy general!

— ¡Ah, demasiado lo se!

— Con que ¿te resuelves...? Pero ¿en qué piensas...? Sepamos...

— Se me ocurre una idea. El material de la jornada VII, se compondrá de la factura de nuestro diálogo, de tu historia y de algunas reflexiones de mi cosecha, todo puesto en boca de los dos protagonistas de nuestro libro. ¿Qué opinas ahora?

— ¡Magnífico, perfectamente de acuerdo! Pero todo en el siglo XIX...!

— Sí, para dorar la píldora...

— Y para que no parezca tan amarga la verdad...

— Así ninguno se dará por aludido...

— Ni recogerá el sayo. De acuerdo...

— De acuerdo, pues, — concluyó por decir Andros entusiasmado.

En aquel momento bajaba por el descensor mecánico el pequeño Adamiro. Traía entre sus manecitas el hermoso niño varios diarios de la tarde que Parelia, su mamá, había estado leyendo desde muy temprano. El pequeñuelo, después de abrazar á su querido papá, fué á darle un beso á su padrino Filos. Cogió éste los diarios y empezó á revisarlos, mientras Andros hacía saltar á su hijo sobre las rodillas. ¿Qué decían aquellos diarios de la función de la noche pasada? Eran todo un elogio para la más completa de las compañías, para la ópera, para los artistas, y un aplauso de felicitación para el inteligente empresario de «La Primavera». Después publicaban una larga lista de las familias más

distinguidas y aristocráticas que habían asistido á la *soirée* del elegante coliseo de la avenida de « El Porvenir », rematando la crónica con un pedido de varias suscriptoras para que el galante empresario repitiese la ópera. Muchas familias no habían concurrido por falta de localidades.

— Me lo esperaba, — dijo Andros.

— La misma gerigonza de siempre, — agregó Filos.

Recorriendo los avisos de las diversiones públicas, encontró Filos que la Academia de « La Mutua Admiración » ofrecía una espléndida y variada conferencia sobre temas escogidos, á beneficio del cuerpo de cronistas de los diarios de Fisiocrata. Tomarían parte distinguidos literatos y reputados sabios. El programa de la conferencia se daría gratis á la persona que adquiriera su entrada en la boletería. Se haría música y un notable prestidigitador, últimamente llegado á la Capital y que deseaba exhibirse ante una concurrencia sensata é inteligente, amenizaría los intermedios. Se llamaba la atención sobre la gran prueba política de escamoteo titulada « La platita ». Se encarecía la más puntual asistencia. Las entradas remitidas á domicilio eran intransferibles, y no se recibían, en caso de devolución, á ninguna hora en la boletería de « La Academia ».

— ¿ Deseas que asistamos . . . ? — le preguntó Filos.

— Vamon. Siquiera allí habrá más seriedad, — le contestó Andros.

JORNADA VIII.

EL magnífico palacio de la Academia de «La Mutua Admiración», se elevaba en el boulevard del Vonvo, insigne publicista argentino del siglo XXIX, fundador de la Academia y maestro de una generación de genios jóvenes, que consiguieron más tarde cimentar la literatura nacional, apenas en embrión en el siglo XIX. El Excmo. señor doctor Vonvo, después de mil esfuerzos supremos, consiguió fundar la Academia por acciones especulables en la Bolsa, con el plausible fin de encaminar la idea del arte por una senda benéfica para todos.

Pero como en Fisiocrata se encontraban aún muy arraigados los hábitos, ideales y creencias de la antigüedad, tuvo que luchar heroicamente para salir triunfante en su propósito. Las más notables y verdaderas inteligencias, le hicieron entonces una guerra sorda y demoleadora, que combatió valientemente con las armas de una pingüe subvención nacional, solicitada á nombre del Pueblo Soberano. Si no es, al mismo tiempo, por el poderoso contingente intelectual de un núcleo de jóvenes empleados

lentos de aspiraciones y esperanzas, que él levantó de la nada, su colosal idea hubiera, sin duda alguna, fracasado.

Hoy la Academia de «La Mutua Admiración» después de un siglo de existencia, de progreso en progreso, florecía y descollaba entre las demás de su género. Ninguna contaba con una nómina más numerosa de asociados, ni con inteligencias más fecundas, ni más robustas. Era el verdadero centro de los sabios y de los genios de la República de La Plata Argentina. Allí, á la sombra de su fundador, el Excmo. señor doctor Vonvo á quien con justicia se le había erigido una estatua pedestre de bronce amarillo en la plaza de «Los Monumentos», allí, concurrían los ignorantes, que salían transformados, educados al principio, después inteligentes, luego genios pasmosos! Salvo raras excepciones, hasta los cerebros obtusos encaminados por las sanas teorías y los grandes libros de los discípulos del Excmo. señor doctor Vonvo, conseguían, poco después, vaciar su savia intelectual agigantada en todos los diarios y revistas de la Capital, que redactaban, dirigían, secretareaban ó colaboraban. ¡Cómo se instruía al Pueblo Soberano con los frutos de aquellas imperecederas inteligencias! Cuánto autor escalando el templo de la gloria! Cuántos apóstoles de la idea, penetrando á la República de las letras!

Merced al poderoso elemento de la mayoría de aquellas inteligencias jóvenes, que cultivaban ventajosamente los más elevados ramos del arte y de la ciencia, la Academia de «La Mutua Admiración», pudo contar con un órgano propio. «El Vonvo de la Tarde», cuyo tiraje diario ascendía á más de 500,000 ejemplares, era el sonoro eco que repetía, en caracteres de diferentes cuerpos, según las seccio-

nes, las más avanzadas opiniones de la Academia. Y unas veces levantaba de la amarga oscuridad ó de la indiferencia pública á algún miembro de la asociación ó le presentaba otras como un genio, que más tarde sería una de las muchas glorias del arte, de la ciencia, del derecho, del parlamento ó del foro.

Sus opiniones avanzadas, llevaban impresas la galanura, la frescura y virilidad de sus ideas y estilo originales, como la ligereza del temperamento de sus autores ó la profundidad de los mismos, que con su savia intelectual engordaban al Pueblo Soberano, que con frecuencia solía salir bien azotado en sus artículos. Pero el Pueblo Soberano, que se embriagaba con las sendas tiradas políticas, económicas y literarias de «El Gran Papel de la Mañana», sostenía con placer á «El Vonvo de la Tarde», más ligero que aquél y menos soporífero, más ajustado á su carácter, y sin la ostentación de una seriedad hasta cierto punto chocante y pedantesca á todas luces. Volvía después de su embriaguez, como el enfermo opiado con una taza de café, leyendo los articulillos del chispeante «Vonvo de la Tarde», que prefería siempre, aunque parezca ello por demás extraño.

En consecuencia, no era intempestivo que se disputase la adquisición de uno de sus 500,000 ejemplares. Dirigido desde un principio, «El Vonvo de la Tarde», con esa originalidad, que rompió por completo con la monotonía de la distribución de los materiales que hacían pesados los diarios de entonces, tuvo forzosamente que abrirse camino. Después fué descaradamente plagiado por algunos de sus muchos colegas. No les bastó con imitar la forma de su cabeza, sino que copiaron hasta el cuerpo de sus titula-

res. Pero estos pequeños detalles no los percibía el bueno del Pueblo Soberano, que, sin embargo, no dejaba de observar ciertos cambios en algunos órganos del pensamiento, que llegaban á «tomarse libertades hasta con la misma libertad»... permitida á la prensa por la Constitución, desde el siglo XIX.

Por eso era que se leían con agrado los artículos ligeros de «El Vonvo de la Tarde», sus verídicas galeoterías ó reportajes sociales, sus apéndices escritos con cierta gracia y animación, los que visiblemente contrastaban con los folletines, interrumpidos, opiadotrascendentales, los eternos artículos teóricoprácticos de la redacción y las interminables cuan insulsas correspondencias que incertaba en sus enormes columnas, vacías de interés general local, «El Gran Papel de la Mañana». Este diario, aseguraba un comentarista contemporáneo, arrojaba claramente un espíritu de indolencia linfática en todos sus materiales, debido á la marcha que le diera su fundador. Era éste un distinguido historiador patrio, hombre de reposadas dotes intelectuales, pero que jamás pudo corregir su pesado estilo de trascendentalista. Tuvo la habilidad de hacerse del cariño del Pueblo Soberano, en medio de sus sucesivos errores, que le valieron por otra parte más estimación y más renombre. Era uno de los estadistas más distinguidos de su tiempo, de carácter retraído y poco abierto, pero consecuente á los principios de su vida, buen jefe de partido, pero dominado siempre por una indolencia y una indiferencia supinamente linfáticas. En consecuencia, no carecía de verdad la afirmación del distinguido comentarista doctor S. de Junio. «El Gran Papel de la Mañana» se había heredado de padres á hijos y las inteligencias que

formaban parte de su cuerpo de redactores, perdían en seguida su personalidad.

Si algo se le podía aplaudir á la Academia de «La Mutua Admiración», sin duda alguna, era la fundación de su órgano, «El Vonvo de la Tarde». Solía éste apasionarse y hasta personalizarse en sus discusiones periodísticas, pero ello se le podía excusar teniendo presente la edad, el temperamento y las aspiraciones de sus redactores, siempre por el buen servicio del público, digno de los más valiosos sacrificios. Si algunas veces se sahumaban los unos á los otros, teniendo en ménos á las demás inteligencias que no fueran de su temple, era únicamente por un sincero espíritu de cariño, de compañerismo, que no dañaba á nadie, ni ofendía á ninguno. Todo el mundo les conocía como á unos buenos chicos y nada más!

Miembros activísimos de la Academia de «La Mutua Admiración», hacían todo lo posible por mantener la benéfica asociación á la altura que ella se merecía y que dejó en bien alto el Excmo. señor doctor Vonvo. Las conferencias se sucedían las unas á las otras. Se educaba é instruía al Pueblo Soberano, de la manera más notoria, abriéndolo los ojos con las más grandes ideas de libertad y de progreso. No era extraño, pues, que éste concurriese y de buen grado abonase la entrada, que era destinada al engrandecimiento de la Academia, de su órgano, y á socorrer á los más menesterosos, que huían de los Asilos sostenidos por el Estado y sociedades de beneficencia, por ser inhabitables, descuidados y abandonados á la acción del tiempo y de la especulación, y lejos de la más insignificante noción de la limpieza y de la higiene. La aun no extinguida raza de los atorrantes y de los mangiacafías, prefería la

inclemencia del hambre, que cobijarse debajo de sus techos, donde las arañas hacían admirables telas y rinconeras, en los ángulos de las celdas.

Así era que el espléndido salón de las conferencias, se encontraba completamente lleno de gente, cuando todavía no había sonado la hora marcada en los anuncios y en los programas. Andros y Filos se miraron asombrados, cortados, cuando penetraron á ocupar sus sillones, de marroquí punsó con pequeños atriles de madera, á propósito como para sacar apuntes sobre los puntos capitales de los temas de los conferenciantes. El magnífico cuadrante automático marcaba en aquellos momentos las ocho y quince minutos. Reinaba en la concurrencia un íntimo deseo de instrucción, que mantenía el más respetuoso silencio en sus labios, quietos, tranquilos. No imaginaban los dos amigos una puntualidad semejante, ni un recogimiento parecido.

— Esta vez nos hemos engañado, — dijo Filos, al ocupar su sillón.

— Completamente, — le contestó Andros, haciendo lo mismo.

Era el salón aquel, uno de los más espaciosos del palacio de la Academia. Sus altas paredes, lisas completamente, sólo ofrecían á las miradas de los concurrentes los retratos de los académicos más antiguos: los honorarios de un costado y los corresponsales del otro. En el frente, donde se hallaba la gran tribuna tapizada de terciopelo carmesí, lucía su semblante típico el fundador de la Academia, Excmo. señor doctor Vonvo, rodeado por un crecido número de retratos de los jóvenes que colaboraron en su magnífica obra. En el frente opuesto, se

distinguía el escudo de las armas de la patria, debajo del gran cuadrante automático que señalaba las horas. Diseminados aquí y allí, desde la entrada, se podían admirar en sus pedestales, bustos y estatuas de algunos genios y sabios antiguos y modernos. Aquellos broncees mudos, en distintas posiciones, parecían hablar una lengua desconocida, grande, inmortal, que admiraba y hacía recoger el ánimo. Los cinco mil sillones ocupados, ante la expresión de los bustos y de las estatuas, parecían vacíos, solitarios, sin animación, sin existencia.

Los demás salones, destinados á las sesiones, á los laboratorios, á las bibliotecas, á las antigüedades, á las artes y á las ciencias, ocupaban los pisos altos ó laterales del palacio. Sólo los académicos podían penetrar á ellos y á las horas del día ó de la noche fijadas por el reglamento interno en el artículo 252 inciso 75. Únicamente en los días de sesiones públicas, el Pueblo Soberano tenía entrada al salón de las conferencias, como se le llamaba. Se prohibía terminantemente la concurrencia de señoras y de jóvenes menores, porque así lo requería la seriedad de la institución, porque las señoras traían con su belleza la distracción y las jóvenes la confusión y el desorden. Sin embargo, se hacían algunas excepciones, mediante poderosas influencias, con las señoras solamente.

— Pero hoy veo muchísimas, — dijo Andros.

— Es porque se paga la entrada, — le contestó Filon muy al oído.

— Influencia por demás poderosa, — acabó por decir Andros sonriendo.

Del centro del salón abovedado, según las leyes más severas de la acústica, pendía una colosal araña de mil-

tiplicados y pequeñísimos focos eléctricos, que desprendían una luz viva y agradable. Así era que el salón de las conferencias abundaba en una espléndida iluminación. Sin embargo, sobre la gran tribuna de las conferencias, se veía un par de focos en unas lamparitas, cerca de las vocinas telefonográficas. Ante aquellos rayos de luz magnífica, se podían observar hasta los detalles y las líneas más imperceptibles del rostro de los concurrentes, y sobre todo *las bellezas* de las señoras, que lejos de ocultarlas por pudor, más las ponían en exhibición. ¡Y las había lujosamente hermosas! Un sentimiento de curiosidad parecía tenerlas inquietas. ¿Qué era lo que más anhelaban? Se oía el nervioso movimiento de los abanicos, el crugido de los corsés y hasta suspiros contrariados de impaciencia. ¿Pero qué era lo que esperaban?

— Seguramente la presencia del prestidigitador, — exclamó Andros.

— Nada tendría de extraño, — contestó Filos.

En aquel momento dieron las ocho y media. Inmediatamente se oyó un sordo murmullo. Los abanicos funcionaron con más franqueza, los suspiros fueron más expansivos, muchos tosieron abiertamente, contagiando á los demás, y cesaron los bostezos reprimidos. El movimiento de aquella animación fué general. Hasta las luces oscilaron en sus núcleos. ¡Por fin iba á comenzar la conferencia! Esta fué la exclamación general. En seguida la concurrencia se puso de pie, un tanto mal humorada por la incomodidad. La orquesta compuesta de los mejores profesores del Conservatorio, empezó á tocar el Himno Nacional. ¡Qué larga, qué fastidiosa é intempestiva al acto, pareció entonces la valiente canción patria!

—¡Quién toca hoy semejante *cosa!*— dijeron los unos.

—¡Qué insensata ocurrencia!— agregaron los otros.

—¡Se debía no molestar á la gente con *eso!*— exclamaron los más.

Pero, como era una costumbre de la Academia abrir las conferencias con el Himno Nacional, la concurrencia tuvo que oirlo á su pesar. Los cinco minutos que duró parecieron interminables, y apenas algunos débiles aplausos de los amigos y académicos se manifestaron al final de la bien brillante ejecución, por otra parte. En seguida volvió á imperar el más religioso silencio. Momentos después apareció el secretario principal de la Academia. Manifestó, en breves palabras, que el distinguido prestidigitador que debía amenizar los intermedios, había caído enfermo aquella tarde. En consecuencia, los intermedios serían puramente musicales. Se inclinó respetuosamente en medio de una salva de aplausos sinceros, y retiróse. Algunos concurrentes abandonaron el salón con sus señoras ó con sus niñas, visiblemente disgustados por la indisposición del prestidigitador.

No deseaban dormirse durante las largas tiradas de prosa ó verso de los conferenciantes. Bien sabían que aquellas eran verdaderamente instructivas; pero, después de las grandes conmociones del ánimo, se hacía necesaria la presencia del prestidigitador para que les distrajese y les preparase suficientemente el espíritu para soportar las otras tiradas de la conferencia. Los intermedios de música clásica agradarían á algunos; pero á ellos les sacudía demasiado. Si se hubiera tratado de una música ligera, juguetona, como la de la ópera bufa «Hamlet», habría sido harina de otro costal, pero ¡clásica...! Eso

era tan fastidioso como el Himno Nacional en actos semejantes. Sin embargo, los descontentos fueron pocos. Dominaba sobre los demás el espíritu de la instrucción y un íntimo deseo por ilustrarse. Así es que el vacío que dejaron aquellos indiferentes á la luz de la inteligencia, pasó desapercibido. No faltaron académicos que lo llenaran.

Justamente á Andros y á Filos, les tocó tener por vecinos á dos de ellos, juvenes aún, lampiños, pálidos, gastando lentes, y las cabezas afeitadas en forma de calva para simular la caída del cabello ocasionada por el estudio jamás interrumpido ó por la fiebre del pensamiento. La gravedad afectada y el tono reposado de sus palabras, llamaron la atención de los dos amigos. Pero Filos reconoció al uno, el más joven, y, Andros al otro, el más anciano. Entonces se miraron sonriendo. ¡Académicos semejantes individuos! ¡Vamos! No se explicaban aquel transformismo. ¡Quién lo diría! ¡El uno era poeta y el otro filósofo! Clásico el primero y materialista el segundo. Filos había conocido al más joven en la trastienda de la zapatería de su padre, millonario y gran aristócrata después, y Andros al más anciano de dependiente en una librería, cuyo dueño le interesó haciéndole rico más tarde. ¿Pero habrían estudiado? ¿Y dónde? En sus casas indudablemente. ¿Se les habría desarrollado la inteligencia á fuerza de derramar dinero en el sostenimiento de la Academia?


Sea lo que fuere. Ellos eran académicos y autores de obras estimadísimas, que habían alcanzado á la sazón más de 500 ediciones. El gran libro del más anciano, titulado «Todo es materia», había hecho escuela, lo mismo que el volumen de poesías del más joven, «Ecuaciones Rítmicas».

cas», había creado ó resucitado el estilo de los clásicos argentinos del siglo XIX. Decir la estimación que ambos volúmenes gozaban, no es creíble. Con ellos habían conseguido romper la gran barrera de hielo del indiferentismo por el arte en Fisiocrata. En una palabra, eran los autores de la moda. Desde luego, los saludos que contestaron, afectando protección, fueron innumerables. Pero se guardaron muy bien de reconocer á Andros y á Filos.

—¿No es el más joven,— preguntó uno,— el gran poeta clásico nacional Excmo. señor don Cándido Debarro?

—Justamente. Y el otro el eminente filósofo Excmo. señor doctor don Granito de Adoquin. Ambos académicos honorarios y miembros activos de la Sociedad «Protectora de Animales»,— contestó otro.

Después de una larguísima sinfonía por la orquesta, sobre motivos de la popular ópera nacional «El Banco de la Providencia», apareció por segunda vez el secretario de la Academia. Con gran satisfacción anunció á la inteligente y distinguida concurrencia, que el sabio prestidigitador don Luis Manoligera había llegado en aquellos momentos suficientemente preparado para cumplir con lo anunciado en los diarios y programas. Su ligera indisposición, ocasionada por las molestias inherentes á un largo viaje, había desaparecido completamente. Aquí, el público entusiasmado, batió palmas. Por fin tendrían intermedios animados y de gran utilidad para entretener y distraer el ánimo! En seguida se dió comienzo á la conferencia, abierta por el presidente de la Academia el eminente enciclopedista Excmo. señor doctor don Saurio Orredonda, con algunas breves palabras alucivas al acto.



JORNADA IX.



FuÉ grande la sensación que despertó en el seno de la impaciente concurrencia, el anuncio del primer tema de la conferencia. Sin duda alguna, aquella manifestación del ánimo, en presencia de lo imprevisto, debió ser á causa de que en los programas únicamente se fijaba el nombre del académico disertante, el título de los trozos musicales, los intermedios de prestidigitación, la hora puntual para comenzar, el precio de las entradas y la nota avisando que las repartidas á domicilio, con circular, no se recibían en la boletería á ninguna hora, en caso de no aceptarlas. Este olvido, involuntario del confeccionador del programa, prdujo muy mal efecto. Sobre todo, las señoras, como más accesibles á las sensaciones, exageraron un gracioso mohín de disgusto. ¡No se debía sacudir el ánimo de aquella manera! ¡Eso era un fenomenal disparate! ¿Por qué no habían revisado los programas para ver si les faltaba algo? El que pagaba podía exigir las cosas completas! En realidad lo que había era una curiosidad verdaderamente de mujer, en todos los circunstantes. Nada más.

—¡Si es moda el murmurar de nada!—dijo Filos, sarcásticamente.

—¡De algo se ha ocupar la gente!—agregó Andros, en el mismo tono.

El académico disertante, era el Excmo. señor doctor don Patricio Camaleón. Alto en extremo, delgado, de cara larga, morena, sin esas líneas y protuberancias pronunciadas que hacen notables á los tipos de ideas elevadas. Su barba castaña, como sus cabellos, caía recortada en una punta agudísima, y sus ojos pardos, vivísimos, parecían espejar su inteligencia canallesca y la espléndida juventud de su dueño. En conjunto su fisonomía era de una de esas fealdades agradables y simpáticas, más dominada por la bilis de su temperamento, que por su inteligencia limitadísima; pero de la cual el ilustrado académico, solía sacar algún partido en sus polémicas, brillantes por lo personales, lo audaces y altaneras. Contra su modo de ser, emprendedor y arriesgado, ocupando en aquel momento la tribuna, parecía algo cortado é indeciso. Las carillas impresas que aprisionaba entre sus manos, temblaban nerviosamente.

—Es bastante elegante ese joven,—dijo una niña á su mamá.

—Dicen que es un genio,—agregó la señora, dirigiéndose á su consorte.

—¡Vaya! ¿No ves que es de la Academia?—le contestó éste.

—¡Ah!—murmuró únicamente aquélla, como convenida.

El académico debía disertar sobre el periodismo en general, abrazando en su estudio los bellos fines que desem-

peñaba en las grandes colectividades humanas, educando á las masas, ilustrando á los gobiernos, combatiéndolos en sus errores ó difundiendo la idea multiplicada, que era «la luz regenerando las almas», en beneficio de la familia, la sociedad y la patria. Pero, la premura del tiempo, le había impedido hacerlo, como él íntimamente lo deseaba. Sólo se iba á ocupar someramente, en consecuencia, de la titulada carrera del Reporter en sus facetas intelectual, moral y material, haciendo algunos paralelos ligeros con los cronistas del siglo XIX, en relación á los escasísimos datos que había conseguido reunir sobre estos últimos.

¿Cómo se podía considerar al cronista del siglo XIX? Sería harto difícil el ajustarle ó definirle una fisonomía ó un carácter descollantes. La mayoría absolutamente nada arrojaba de notable, á estar conformes con los historiadores del periodismo en la antigüedad y á los materiales que producían para los diarios de entonces, milagrosamente conservados en fragmentos después del horrible maremoto que destruyó gran parte de la ciudad de Buenos Aries, en el siglo XXII. El sabio anticuario doctor don Andrés Papelotes, aseguraba en una de sus obras (1), comentada y traducida al idioma guaraní por el doctor don Zacarías Provechos, que los antiguos cronistas ó revisteros eran jóvenes de oscuros antecedentes intelectuales, sin estudio gramatical, literario y científico de ninguna especie; que ignoraban el contenido de su

(1) «Apuntes para una historia del periodismo», tomo 25, capítulo IV., página 296.

Carta Fundamental y las más ligeras nociones de derecho constitucional, de economía política y derecho de gentes. Sin embargo, solían hacer sus aplicaciones constitucionales, económicas y gentescas, sí valía la palabra.

Les había dotados de una buena educación é ilustración, verdaderas inteligencias apreciables; pero como éstas eran excepciones, no hacían regla. Eran reales excepciones, perdidas en la monotonía de una rutina, más fácil de conseguir por medio de la práctica, que por medio de la inteligencia. Así era que un cerebro fácil para la concepción de una idea bella y original, se destruía en medio de aquella inalterable rutina, que comenzaba por sacar datos de *noticias* en los Ministerios y concluía por las oficinas de segundo ó tercer orden de la Administración.

Siempre eran unos buenos chicos, que soportaban la pesada carga de su suerte con paciencia y resignación, pobres, muy pobres, generalmente, pero de una honradez reconocida á todas luces. Solían marcarse dándose aires de inteligencias, de literatos; pero, como todo el mundo sabía la savia que arrojaban en la prensa diaria, no les hacía el menor caso y ellos continuaban creyendo que les creían y que eran lo que no eran!

Hasta aquí llegaban las apreciaciones, al respecto, del sabio anticuario, Excmo. señor doctor don Andrés Papeletes. Más allá iba el eminente coleccionista y primer bibliotecario Excmo. señor doctor don Inocencio Hurtado de Rejo. Consideraba, en su obra «El Génesis de los Cronistas», (1) á estos seudoperiodistas como especie

(1) Tomo XXVIII, capítulo 285, página 1578 y siguientes.

de autómatas ó copistas de decretos ó de chismografías de las rudimentarias administraciones gubernamentales y de la sociedad, en el siglo XIX, de la República Argentina (1).

Creer que aquellos cronistas aguzaban en la adquisición de las noticias un ingenio que no tenían, era un algo inexplicable. Nada que no fuera fácil, casi llano, claro como la luz del día, aunque fuera de noche; nada que demandara inteligencia y sagacidad, penetración y conocimientos, que estuviera rodeado de algún misterio; en fin, nada que les reportara trabajo, constancia, y que no se encontrara á la mano, á la vista y al oído, eso seguramente jamás lo llevarían al órgano á que pertenecieran. Pero hacían todo lo posible por conseguir poco y sin interés, para quejarse de sus fatigas, de la asídua labor y del miserable sueldo que gozaban con paciencia y resignación!

En cuanto á las revistas teatrales, las crónicas parlamentarias, reportajes científicos, sociales, etc., eran el asinamiento más extraño, incomprensible y ridículo de palabras ensartadas ó hiladas bajo la forma de una redacción *estupenda*, divertida y casi sublime. ¡Qué ilustración, qué conocimientos, qué oídos, qué apreciaciones y qué críticas más bellas y sabrosas! ¡qué encanto y qué grandeza intelectual! Y concluía diciendo el eminente colec-

(1) Tomo XVIII, capítulo 67, página 1247; véanse los formularios: (a, DECRETO, (b, ELECCIONES, (c, NOMBRAMIENTOS, (d, RONOS Ó PUNGAS, (e, SUICIDIO, (f, VIOLACIÓN, (g, FUGA, (h, PERRO RABIOSO, (i, COMITA, (j, ESCÁNDALO, (k, DIVORCIO, (l, INCENDIO, (m, ASESINATO, (n, DEFUNCIONES, etc.

cionista y bibliotecario, que si las pruebas que había tenido, de lo que aseguraba, eran ciertas, el siglo XIX ofrecía á la era contemporánea, el estado más lastimoso en materias periodísticas, que desbarraban en ciencias, se equivocaban en derecho y especulaban con el Pueblo Soberano, que pagaba para que lo educasen é ilustrasen.

—Sin embargo, no era tanto, — añadió el joven académico.

Después de beberse un vaso de agua de un sorbo, continuó defendiendo con razones convincentes á los cronistas del siglo XIX. ¿Qué se podía esperar de pueblos nuevos, casi formados con elementos extraños é introductores de los hábitos y costumbres de la ruinosa Europa? «Si al niño, decía, se le educa, instruye y arraiga creencias en una atmósfera viciada por las miasmas de las afueras, claro está que su constitución, si sigue en el mismo medio, tendrá que desarrollarse débil, pobre de sangre, anémico... moralmente» (1). Este ejemplo aplicado á los pueblos vírgenes, daría el mismo resultado naciones enfermizas, con una aparente exuberancia de vida. También existían niños gruesos, de cabeza grande, sonrosados que parecían vender salud, y que, sin embargo, estaban minados latentemente por la más espantosa escrofulosis!

Para las enfermedades heredadas de los pueblos, continuaba, existían tratamientos profilácticos que comenza-

(1) Doctor don E. Hualde, — «La herencia y el medio en la criminalidad actual».

ban por mejorarlos y concluían por curarlos. El tiempo, la experiencia, la escuela y la moral, eran los grandes remedios para semejantes grandes males. ¿Dónde encontrar la decadencia de los pueblos antiguos y la reorganización, civilización y progreso de los contemporáneos? Demos con la causa, estudiemos el efecto y de éste saquemos al cronista. ¡Tal vez el ser más insignificante y más noble también de aquellas sociedades gobernadas por funcionarios que no se habían elegido ellas, sino la imposición fraudulenta, en contra de los principios más sagrados; compuestas de asociados de hábitos, costumbres y creencias opuestas, dominadas por pasiones encontradas, divididas en bandos políticos, una palabra, mal organizadas y pésimamente administradas. En aquel medio se habían formado los cronistas. ¿Cuál podía ser el resultado...?

—Pero en el siglo XXX, sucede lo contrario,— continuó.

Al llegar aquí el orador se vió forzado á hacer una ligera pausa. La concurrencia entusiasmada hirió palmas estrepitosamente. El franco, espontáneo y unísono aplauso, que resonó gigante en todos los ángulos de la gran sala, duró algunos minutos. ¡Qué facilidad en la palabra, qué galano y sencillo en el estilo, qué dotes intelectuales tan notables, qué exactitud en los juicios, apreciaciones y ejemplos, qué erudición, en fin, más encantadora! No cabía la menor duda, era un genio...! ¡era un genio...! Y mientras la concurrencia seguía aplaudiendo, el disertante bebió otro vaso de agua y ordenó las carillas de papel que se le habían mezclado, confundido. Cuando el silencio se hizo en la sala, continuó pausadamente, como oyéndose una á una sus enfáticas palabras.

—El Reporter contemporáneo es muy distinto,—dijo entonces.

El periodismo sensacional, requería personalidades, y á fuerza de estimular y de alentar poderosamente las inclinaciones intelectuales de los jóvenes capaces, las había conseguido. Abí estaba esa falange de reporters que diariamente mantenían la ávida curiosidad y el capricho de esa enorme *mujer* que se llamaba el público, que se devoraba las columnas de las hojas impresas que aparecían por la mañana, por la tarde y por la noche: siempre al corriente de los actos más insignificantes del Gobierno, de la sociedad y de los hechos diversos del día. Dotados de una educación é ilustración científica y literaria, los cronistas contemporáneos, apreciaban, comentaban, amenizaban y redactaban sus secciones de una manera seria, á la par que amena é instructiva.

¡Cuántos notables periodistas no habían surgido de aquella juventud inteligente! La mayoría fueron en un tiempo cronistas. Después de estar á la cabeza de la redacción de un diario, el Pueblo Soberano, les eligió para que formaran parte de los parlamentos ó de los más altos poderes del Estado. Aquélla habia su voluntad, no el efecto del fraude, como lo pretendían algunos ignorantes despachados ó sobre manera optimistas, seres que soñaban con una república fantástica, gobernada sólo por hombres buenos é inteligentes! Si se hubiera tratado del siglo XIX, el mismo rubor moral, de que no tenían noción alguna los Gobiernos, habría aconsejado silenciar aquello que era meritorio y digno del aplauso de todos en el siglo XXX.

—¡Yo mismo he tenido la gloria de ser cronista!— dijo entonces, emocionado.

¡Crónica! ¿No era la «historia escrita con arreglo á la cronología ó al orden y sucesión de los tiempos?» (1) ¡Cronistas! ¿No eran los que escribían sobre cualquier punto de la historia? Y continuó diciendo cada vez más entusiasmado:—«¡Buscad el origen de aquellas palabras, esencialmente contemporáneas, y encontrareis que arranca de la precisión y veracidad de las inteligencias que desde el siglo anterior, se han dedicado á aquella carrera!» De ahí nació el origen: crónica de cronista ó viceversa! Con su inteligencia y estudios habían conseguido ampliar la ciencia histórica, preparando datos, sucesos, hechos y acontecimientos notables ó pueriles para el porvenir. ¡Cuán grande era la misión del reporter contemporáneo, del actual cronista! Lástima grande que no fueran personas pudientes, para cimentar mejor tan benéfica carrera! ¡Qué distancia enorme mediaba entre éstos y los cronistas del siglo XIX! ¡Cómo cambiaban los pueblos al través del tiempo, la experiencia y la sabiduría!

—¡Así se dice la verdad! — dijo Andros, al oído de su amigo.

—¡Y los chatos, son genios!—agregó Filos, burlonamente.

El académico, después de interiorizar á la concurrencia de la sencillísima manera cómo los reporters conseguían

(1) Véase el «Diccionario de la Academia», comentado por el señor don Antonio de Valbuena.

en los ministerios, en las aduanas, en las direcciones de rentas, en los consejos de escuelas, en los salones, en los teatros, en las conferencias y en las calles los datos exactos, fehacientes para confeccionar sus crónicas, rogó que depositasen, durante el primer intermedio en la boletería de la Academia, una pequeña cantidad de dinero. Esta conseguiría engrosar la suma, producto de las entradas, con que se fundaría un diario esencialmente noticioso, cuya renta la percibirían los cronistas más pobres y con la cual podrían mantener á sus indigentes familias. Esperando en la proverbial filantropía y reconocida generosidad de los circunstantes, terminó el ilustrado académico Excmo. señor doctor don Patricio Camaléon, saludando á la concurrencia, y en los cronistas, á los futuros periodistas, y más tarde á los primeros hombres del Estado.

—He dicho,—agregó, después de beberse un tercer vaso de agua.

Entonces la sala se estremeció de extremo á extremo, bajo el peso de un colosal y solo aplauso, que la concurrencia tributó al orador, que abandonaba la tribuna, satisfecho y orgulloso de aquella espontánea y general manifestación, dedicada á su soberbio talento. En antesalas fué muy felicitado. Los reporters encargados de redactar la crónica, concluían ésta, al día siguiente, diciendo, que «fué sacado en andas de la tribuna, abrazado aún por las mismas señoras, hasta sofocarle; que su génio sin igual estuvo como nunca; que su fácil y espontánea palabra salía sonora de sus labios como torrentes de líquido cristal, y que jamás un orador, ni el mismo Teniente General Nitro, había sido

objeto de una manifestación semejante. ¡La mar... de cosas espléndidas y ciertas!

--¡Tiene mucho talento Camaleón! — dijo el académico Granito de Adoquin.

—¡Es un poeta hablando! — agregó su compañero, Cándido Debarro.



JORNADA X.



LE sucedió en el uso de la palabra y de la tribuna el eminente moralista, académico honorario Excmo. señor doctor don Diógenes Corneles. No sorpresa, sino asombro fué el que produjo con su sola presencia en el ánimo de los circunstantes. Tiempo hacía que no aparecía en público, ni dejaba oír su palabra fácil, chispeante, juguetona, ática, que producía una sonrisa en los lábios de los más graves y que arrancaba una franca y sonora carcajada á los más alegres y expansivos. No era, pues, de extrañarse que todas las miradas le devorasen, que se hiciera inmediatamente el más religioso silencio y que todos los oídos se aguzasen para escucharle. Su pálido y transparente rostro, sus patillas y cabellos rubios, como las de los ángeles . . . de confitería, sus ojos incoloros, indiferentes, detrás de sus gafas aumadas y sus desaliñados vestidos de filósofo pesimista, en nada casi habían cambiado. Sólo una que otra línea en su faz, más ó menos pronunciada, denotaba la acción del tiempo, no sólo sobre lo físico, sino también sobre lo moral, que, á estar á lo que decía la gente, la cara ha sido siempre el espejo del alma, así pura como villana.

— Voy á haceros perder el tiempo hablando *sobre* la mujer, — dijo tranquilamente. — Ella, será el tema de mi conferencia. Lo voy á hacer porque la conozco profundamente. Seré breve cuanto me sea posible. No desearía que más tarde tuvieráis una pesadilla, ni mi ánimo es fastidiaros con palabras rimbombantes en este momento, ni con figuras de retórica, ni mucho menos con más palabras de las necesarias. Quiero ser conciso y olvidar la costumbre de nuestros eminentes oradores, largueros en demasía, como eran los *discursadores* del siglo XIX. Desde luego, comienzo.

Después de un exordio de filosofía personal, propia y muy original, á pesar de su absoluta falta de novedad, hizo á grandes rasgos el génesis de la mujer desde los más remotos tiempos, apoyando sus juicios en citas concluyentes, de algunos sociólogos é historiadores contemporáneos, traídas á colación, no por los cabellos, sino de la manera más natural y sencilla, racional y precisa. Disidía completamente, — fundado en razones científicas, — con la opinión que aseguraba que la mujer era obra de Dios, porque éste no existía, y menos formada de la costilla (cartilago) del hombre. Si bien era cierto que el cartilago, extraído de dentro del periostio podía desarrollarse nuevamente con el tiempo, la fisiología demostraba que la mujer descendía del hombre, pero por otros medios y funciones más lógicos, más naturales y menos quirúrgicos. ¿Quién había sido la primera mujer? Sobre este punto pedía que le dejaran guardar un prudente silencio. Aquel no era un recinto apropiado para decirlo. Poderosos motivos morales y científicos le obligaban á callarlo severamente. Por otra

parte, no era á él á quien le incumbía el manifestarlo.

Después continuó historiando el papel que desempeñara en el drama de la existencia, que se representaba en el reducido y mezquino escenario del siglo XIX. La mujer de entonces en el hogar, la familia y la sociedad, no era la mujer de ahora. Mediaba entre ambas una distancia enorme, como la que existía entre el gas y la luz eléctrica, las fangosas calles estrechas de Buenos Aires, empedradas por empresas judías, y las avenidas, galerías y boulevares de Fisiocrata; en fin, entre los genios de aquella bárbara época y los genios de la actual. No cabía la menor duda que, ya en el siglo citado, la mujer comenzaba á comprender su valía, las poderosas *influencias* que, por ciertos medios, ejercía sobre el hombre, y soñaba ya con el imperio del lujo y la riqueza, que lejos de degradar los tipos morales y fisiológicos, les transformaba. En el siglo XIX, aquel fué nada más que un instinto del sexo y un deseo de la imaginación, una ilusión acariciada en sueños y no una realidad en el porvenir . . . que anhelara de fausto y de pompa. Era la luz del gas ante la eléctrica, — luces ambas, al fin y al cabo, pero de muy distinta valía y esplendor.

Era un principio de moral, continuó diciendo, y conocidísimo aquel de que la humana criatura se debía á la colectividad, á la masa general, y no á las insignificantes minorías. Pues, bien, semejante principio contemporáneo, grandioso por sus consecuencias, era completamente desconocido en el siglo XIX. La mujer que se debe por completo á la sociedad, al gran mundo en cuerpo y alma, entonces se debía al hogar, á la

familia: uno de los *fenómenos* que no alcanzaba á comprender cómo era que imperaba en aquellos tiempos... de casos concretos! Pero él los escusaba, porque tenía presente la desorganización de las sociedades, la corrupción que minaba á sus miembros y las tendencias pampas, caudillescas y primitivas del siglo. ¡Hacer de la mujer el ángel del hogar y no el ángel del mundo! ¡Comparar las obligaciones de la criatura con el uno y las que tenía con el otro! ¡Igualar el hogar al mundo, — el átomo á la montaña! ¡Eso no se explicaba! ¡«Oh, tiempos, ¡oh, costumbres...!»

— ¡Muy bien...! ¡Bravo...! ¡bravo...! — exclamó la concurrencia, aplaudiendo.

— ¡Qué moral...! — añadía.

— ¡Qué enseñanza...! — se oía decir por todas partes.

El académico honorario hizo entonces una ligera pausa. Después de beber un vaso de agua con azucarillo, se sonrió, como demostrando que agradecía aquella explosión espontánea de entusiasmo. Pero, íntimamente, pensaba, al mismo tiempo, de muy distinta manera. ¡Qué le importaba aquel aplauso, si decía la verdad! ¡Ni qué de la crítica de los concurrentes, si les conocía uno á uno, lo mismo que á algunas mujeres que allí alardeaban ó dragoneaban de pudorosas ó de honradas, cuando ni lo eran los brillantes que empedraban sus cabezas, sus gargantas y sus pechos! ¡Él, que no creyera ni en la virtud de su propia madre...! ¡Pues estaba fresco! Sin embargo, era necesario cumplir con la comisión que se le había encomendado. Como tenía palabra hacía por salir airoso. Después, que hablaran bien ó mal de su conferencia, esa era piedra de otra cantera. Seguramente

sucedería lo contrario á esto último. Conocía perfectamente el ventrículo flaco del corazón humano...! Con halagar «la hermosa vanidad» acontecería lo que deseaba: las pulsaciones de la crítica serias, regulares y ordenadas.

—Pues, bien, señoras y señores,—continuó el académico sonriendo.

Si en aquellos tiempos la mujer se debía al hogar, y velaba por mantenerle en la más exagerada pureza, no cabía la menor duda que era por la educación y las costumbres que había recibido y aprendido de sus padres, en la escuela y en la familia. Entonces se inculcaba á la mujer esas teorías morales de la mitología cristiana, que en los tiempos contemporáneos se admiraban, no por lo que en sí enseñaban, sino por la espléndida y poética imaginación de sus autores. Considerada la mujer antigua, como el centro de todas las virtudes, y como la verdadera maestra de sus hijos, éstos forzosamente tuvieron que salirles idénticos: con las mismas tendencias, ideales y costumbres, exagerando la idea de la virtud, del honor y de la patria. Pero en realidad ¿qué era la mujer del siglo XIX? La criatura más desgraciada, porque ignoraba su misión respecto del gran mundo á quien se debía; la que más sufría, porque se la había convertido en máquina de partos y procreos. Y criando y educando á sus hijos pasaba la época más florida de su vida, para presentarse más tarde, donde tanto tiempo la habían esperado, marchita, ajada, con ese amargo vacío que se llamaba la vejez. ¿Por qué? Porque primero estaba el hogar, el deber de dar á la patria ciudadanos honrados, que la sociedad, el gran mundo!

— ¡ Quimeras, sueños, de los pueblos mal constituidos!
— exclamó el académico.

Pero vino el imperio del tiempo que todo lo equilibraba y ordenaba, y le dió á la mujer el puesto que le correspondía, tronchando los nudos gordianos que la mantenían atada á un yugo penoso y antinatural. Debíase la mujer contemporánea, como lo dejaba dicho, al gran mundo. El hogar y la familia eran centros secundarios y relativos, el nido del descanso y del embellecimiento, que proporcionaba la vida cómoda y sin cuidados materiales y morales exagerados. ¡ Claro estaba que la mujer debía tener hijos! Pero éstos se debían criar en los establecimientos de amas, que el adelanto y la civilización contemporáneos habían fundado al efecto. ¡ Qué previsor era el progreso! ¡ Cuántas molestias y padecimientos físicos y morales se ahorra la mujer con aquellos humanitarios establecimientos de crianza!

Desde luego, la mujer contemporánea se libraba de una costumbre demasiado primitiva. Sus hijos se desarrollaban insensiblemente en aquellos establecimientos, y ella gozaba de las primicias del mundo; se mostraba hermosa, espléndida en los salones, perfumándolos con su aliento, deslumbrándolos con su lujo y su elegancia, siempre alegre, siempre feliz, jamás denunciando en su frente ceñida de brillantes, la más ligera sombra de tristeza, de sufrimientos físicos, ni morales! Más tarde sus hijos se educaban é ilustraban en los grandes colegios particulares ó del Estado. Y cuando abandonaban aquel internado beneficiador, ellos, agradecían á sus padres los sacrificios, profesándoles el más íntimo y sincero cariño. En seguida, las hijas mujeres traspasaban los dinteles

del gran mundo, conseguían un consorte, un año después se desposaban para inmediatamente seguir las teorías ideales y costumbres heredadas y continuar rolando en los aristocráticos centros.

Los hijos varones pasaban de los grandes colegios á las universidades. Más que necesario, era forzoso que adquirieran una carrera honrosa, distinguida, á la moda: las ciencias sociales, médicas ó ingenierianas. ¿No debían ser ellos los representantes y administradores del Pueblo Soberano? Pues entonces, la jurisprudencia. ¡Qué importaba el número de abogados! Nadie se moría de hambre en Fisiocrata. Eso estaba bueno para Buenos Aries, en el siglo XIX, en el que había más legistas que pleitos! «La instrucción superior en nuestras repúblicas, decía un sabio del siglo XIX, no fué menos estéril é inadecuada á nuestras necesidades. ¡Qué han sido nuestros institutos y universidades de Sud América, sino fábricas de charlatanismo, de ociosidad, de demagogia y de presunción titulada!» (1) ¡Había mucha diferencia de época á época! Los empleos ¿no eran una poderosa fuente de recursos? ¿El Presupuesto de la República de La Plata Argentina, no se había aumentado considerablemente, aun más allá de las entradas de la Nación, y no se le había sancionado por el Congreso con tal objeto?

—He aquí nuestra actual organización. ¡Ninguna más moral!— continuó.

(1) J. B. Alberdi. «Obras Completas». Tomo III—«Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina», Capítulo XIII, página 417, imprenta de «La Tribuna Nacional» año 1886.

Con tan grandiosa organización, los tipos fisiológicos se robustecían moral y físicamente, sin degradarse, ni perder en lo más mínimo. Era una opinión insensata y un juicio temerario el decir que la ausencia de los hijos enfriaba el cariño por los padres ó viceversa. No era él del mismo parecer, teniendo presente que los hijos más eran los cuidados que daban y los sacrificios que ocasionaban, que los beneficios que reportaban. Productos, no temía el decirlo, de un instinto de la materia, del egoísmo de las sensaciones, más que de esa risible quimera que apellidaron los antiguos soñadores — el amor — los hijos debían formarse muy lejos de sus padres, evitándoles así las molestias de la educación y el deber de reñirles por lo contraproducente, de escuchar sus quejas y sus lágrimas de pichones de cocodrilo. Ahí estaban, para eso, las amas y los colegios.

Con tal método los tipos fisiológicos se fortalecían, y, con las cruces, adquirían un temple moral y una grandeza de alma viriles y robustos. De aquella manera ninguna familia se extinguía. Por el contrario, se ensanchaba y su árbol genealógico conseguía cada día nuevas y poderosas ramas, desaparecían los advenedizos y los orígenes eran más claros que la luz eléctrica. Ninguno se abrogaba ó apoderaba de un apellido ajeno, para cubrir las manchas del suyo. Con el anhelo por la riqueza, por la vida cómoda, por el esplendor, por la magnificencia, por el deslumbramiento y por la «hermosa vanidad», los tipos fisiológicos de nuestra raza despertaban y ensanchaban el comercio y las industrias, protegían al artista y mantenían al obrero, una vez adquiridos aquellos caudales.

—¡Y todo por la mujer moderna!— exclamó, entusiasmado.

¡Qué importaba el sentimiento de la maternidad, el cariño filial, la idea de la patria, si la mujer lo centralizaba todo en su ser: sentimiento, cariño, patria y mundo, aunque ella misma no se diera cuenta de todo ello, ni lo alcanzase ó discerniese vaga, ni oscuramente! ¡Qué importaba! Inculcarle aquellas ideas era temerario. Sólo debía conocer la mujer, la belleza, su gran influencia; la conservación, su gran valía; la elegancia, su gran resorte, y la riqueza, su gran poder. Nada más. Pretender lo contrario, en nuestra organización social, la más perfecta y acabada del mundo contemporáneo, era una de las teorías de los soñadores optimistas y de los envidiosos. La mujer se debía á la colectividad, á la masa general... en razón inversa al cuadro de la distancia moral.

—¡Ese cínico se está mofando de todos!— dijo Andros á su amigo.

—Y á nosotros ¿qué nos importa?— le contestó sonriendo.

— Por ese lado tienes razón, — acabó por decir Andros.

El conferenciante volvió á hacer una ligera pausa. Sería imposible decir el sentimiento de hondo entusiasmo que produjeron sus últimas palabras. Todo el mundo opinaba como él. Sobre todo, las señoras no se cansaban de ponderarlas y de elevarlas á la quinta esencia de la verdad. ¡Si parecía mujer! Ningún hombre la conocía mejor que el académico honorario. ¡Cómo se advertía que él también había tenido mujer! ¡Una santa y virtuosísima matrona, que llegó á ser la reina de los salones por su elegancia y su distinguido trato, que tanto la

hicieron simpática y atrayente! Y, entre tanto, el disertante complacido observaba el efecto que había producido. «No hay como halagar la vanidad de los tontos, pensaba, para que se les aparezca el difunto de la moral, y aplaudan lo que están muy lejos de comprender en su verdadero sentido».

—Dos palabras más y termino de molestaros,—continuó diciendo.

La inteligencia de la mujer contemporánea, de conformidad al centro ó medio donde existía, se podía asegurar sin pecar de parciales que era sobresaliente. La sólo idea del matrimonio civil, llevada á la práctica por su influencia, demostraba palmariamente el perfeccionamiento y cultivo de sus facultades intelectuales. La vida de los salones actuales, daba un ejemplo latente, inequívoco, de la exuberancia de sus pensamientos, que hasta el Gobierno había llevado, salvándole de muchas crisis económicas y de desaciertos internacionales. ¡Si las había que parecían hombres! Por algo usaban los cabellos tan cortos y los vestidos tan bien puestos y ajustados! No se fueran á figurar que las quemaba incienso. ¡Qué locura! Sólo cumplía con rendir homenaje, admiración y respeto á la verdad desnuda, que él tanto amaba, como moralista. Eso era todo.

La idea de una religión, de una creencia, tan arraigada en la conciencia, como dirían los españoles, de la mujer argentina del siglo XIX, se había valientemente transformado. No rendía ya culto á una idea engendrada por los especuladores y traficantes de la moral, que no profesaban. Adoraba á la naturaleza inmutable, que embellecía, enaltecía, equilibraba y armonizaba los seres y las cosas

humanas. Aquello de creer en lo que no comprendía, era digno del siglo de las peticiones al Congreso y de la escuela religiosa, de la ignorancia y de la explotación moral que se perpetraba en aquellos tiempos por los sectarios del error y las tinieblas de la inteligencia, que hoy desplegaba sus alas por las esferas de la razón, buscando más amplios horizontes.

En el siglo XXX la iglesia y la mitología cristianas ya no dominaban «á los pobres de espíritu», ni había promesas de un cielo celeste, mansión del descanso y de la gloria eterna. Aquel segundo poder del Estado era un cadáver. Por eso la mujer había adquirido un gran temple moral, y el adulterio caído en el abismo del olvido. Por eso nuestras mujeres eran honradas, virtuosas, y se pertenecían sólo á uno, á su marido, lo que no sucediera en la época de las apariencias, de una religión que se profesaba por seguir la moda de las más distinguidas y opulentas familias del siglo XIX, minadas por la decadencia y la degeneración de los tipos fisiológicos.

Separada la iglesia del Estado, como lo estaba, la colosal partida del presupuesto destinada á sostener la ociosidad de sus vulgares é ignorantes representantes, se había invertido en el engrandecimiento y difusión de la idea en las escuelas, donde la mujer educaba sus inclinaciones, y se ilustraba con los libros de la verdad y de la moral, sin perder su tiempo con los astetes de la mentira y del oscurantismo, y sin llevar en el alma la perpetua duda de un castigo ó de un perdón en la vida eterna. La mujer liberal de nuestro siglo, por estas colosales razones, estaba muy por encima de la mujer del siglo XIX, que se embrutecía con las oraciones que no comprendía y se en-

vejeía en el hogar, contemplando las imágenes de los santos que tapizaban las paredes, de aquellos que vivieron en los estercoleros, se hicieron curar las llagas por los perros y se purificaron en el arrepentimiento... «para mayor gloria de Dios!»

—¡Qué usos y qué costumbres!—exclamó, sarcásticamente.

Era por eso que él admiraba á la mujer de su tiempo y compadecía á la antigua, una esclava indirectamente. Y, por último, concluyó diciendo que no había hablado del demoniosuegra, por no extenderse demasiado y no molestar el ánimo de la distinguida concurrencia, con juicios y observaciones que apenas si se relacionaban con su tema. Prometió estudiar á la mujer contemporánea comparándola á la antigua; pero, en general, sin particularizarse con ciertos tipos femeninos, que debían estar muy lejos siempre de la vista y del oído. Sin embargo, el demoniosuegra del siglo XIX, era la mujer más bondadosa y complaciente. Siempre dispuesta para acompañar á su nuera á los salones, amiga de murmurar de todo el mundo, buenos ó malos, de dormirse en aquéllos y de jamás estar unas horas durante el día en su palacio, hotel ó casa.

—Señoras y señores, muy buenas noches,—acabó por decir el eminente moralista, académico honorario Excelentísimo señor doctor don Diógenes Corneles, haciendo una caricaturada genuflexion de despedida y ganando las antesalas.

Allí le esperaba una comisión de señoras, delegada de la sociedad de la «Propia Beneficencia» para presentarle un magnífico album, que ésta le ofrecía en testimo-

nio de fina admiración y respeto. Su valiente apología de la mujer, le había hecho acreedor á esa demostración entusiasta. Y la comisión, al despedirse, le recomendó que activara en lo más posible el asunto de la subvención que les había prometido hacía algún tiempo, para engrosar las entradas de la sociedad, destinada á vestir á los desgraciados (á la moda) y proporcionarles alimentos. Mientras tanto, en la sala de las conferencias, los concurrentes reventaban sus guantes á fuerza de aplaudir estrepitosamente.

—¡Qué talento!—decían los unos.

—¡Es un genio!—agregaban los otros.

—¡Es una gloria nacional!—aseguraban los más.

Y los dos académicos vecinos de Andros y de Filos, no cesaban de ponderar la moral y la enseñanza teórica y práctica de Corneles, en su brillante conferencia que, sin duda alguna, iba á hacer época. Sólo Andros y Filos se comunicaban en voz baja sus impresiones, grave el uno y riendo el otro. Ciertamente no mentía el académico, pero exageraba y denigraba por demás á la mujer del siglo XIX, muy lejos de parecerse en lo más mínimo á la que había pintado á la brocha gorda. En cuanto á la actual, la fotoelectrotipó con bastante semejanza. Un poco hiriente, pero halagando su hermosa vanidad, lo mismo que la de las hijas y de los maridos.

—¿Qué habría dicho Parelia, si le hubiese oído?—dijo Filos.

—Seguramente nada consolador, para el disertante,—le contestó Andros.



JORNADA XI.

MIENTRAS felicitaban en antesalas al eminente moralista por su brillante disertación y por la demostración de que había sido objeto por parte de la sociedad de la «Propia Beneficencia», ocupaba la tribuna el gran estadista y académico, Excmo. doctor don Narciso Chingado. Después de un aislamiento *voluntario*, ocasionado por las desilusiones y las esperanzas perdidas (á la presidencia de la República) había permanecido lejos de los grandes centros, dedicando su tiempo al estudio de las instituciones libres, al perfeccionamiento de la oratoria, al progreso del arte de vestir y á la ciencia del tocador. Nadie le había, hasta entonces, aventajado en estos dos últimos ramos del saber humano, que él había conseguido elevar al *cuadrado* de lo útil por lo agradable. Sus numerosas obras así lo atestiguaban.

Su presencia distinguida y amanerada no produjo el efecto que, indudablemente, él esperaba. La ilustrada concurrencia se manifestó únicamente guardando un respetuoso silencio, en tanto que las miradas recorrían su acabado tocado, desde sus cabellos grises hasta sus zapatos de charol. ¡Qué elegante se mostraba y qué satisfecho de sí

mismo, por otra parte! Parecía que la acción del tiempo y del aislamiento voluntario le habían probado á las mil maravillas. Se hubiera dicho que por su rostro los años y los desencantos pasaban sin dejar más huella que una que otra arruguilla insignificante: siempre inalterable y enseñando su indiferencia de pavo real, siempre blanca su mirada, sin expresión, sin vida... sino para su personalidad exterior y para su ser interior ambicioso, jamás satisfecho.

¡Cuántos sueños de gloria desvanecidos, cuántas ilusiones marchitas, cuántas esperanzas acariciadas en la soledad, entre los libros, delante de los cristales azogados se mostraban por siempre muertas en su frente, en la ironía de sus labios y en toda su personalidad de cohete chingado, por habérsele apagado la guía antes de tiempo, para luego caer en las aguas heladas del olvido popular! ¡Surgir un día de la pirotécnica de la suerte, mostrarse á todos propicio para la gran fiesta de la República y no explotar cuando las circunstancias lo requirieron, no podía dársele á un pobre cohete mayor desventura, ni más enorme fiasco! ¡Ah, la terrible humedad de las pasiones supérfluas, había inutilizado á más de un cohete y á más de un hombre inteligente y notable!

—En la vida de los pueblos no todas son flores, — dijo Andros.

—Ni retórica parlamentaria, — agregó Filos.

Sin embargo, ni aquella glacial acogida, ni las miradas indiscretas y picarescas, ni las sonrisas irónicas y mal intencionadas, ni algunas palabras sueltas ágrias ó sarcásticas que casualmente llegaron á su oído, — nada, en una palabra, le tomó desprevenido, ni le causó la menor impre-

sión desagradable. Estaba tan acostumbrado á los desaires y tan *curtido* á los golpes más rudos, que todo aquello le supo á flores y á pan del cielo! Así fué que sin alterarse en lo más mínimo, esperó un momento propicio para improvisar su conferencia, apropósito de la influencia de la moda, como motor estético del progreso, en las costumbres y creencias de los pueblos del siglo XXX.

La sola enunciación del tema, fué lo bastante para liquidar la barrera de hielo que la concurrencia le había levantado, lo suficiente para destruir la indiferencia de todos. Y que el hielo se liquidaba y la indiferencia se convertía en atención, lo demostró un espontáneo aplauso, un murmullo en seguida de aprobación, y después un franco silencio, sin sonrisas irónicas, ni miradas picarescas, ni palabras sueltas de un sentido sarcástico y amargo. Entonces el conferenciante sonrió á la concurrencia, como queriéndola decir que no era tonto á tal extremo que no comprendiese el lado débil de los circunstantes y dónde les apretaba el zapato... á la última moda!

Desde luego, comenzó preguntando, ¿dónde se manifestaba más el adelanto y la cultura de una sociedad? La nuestra, por ejemplo. En sus instituciones (más ó menos libres á que debían sujetarse). Pues, bien, ¿cuál de aquellas instituciones era la que más dominaba en nuestra sociedad, organizada y gobernada según la ciencia política más *acabada*? ¿Cuál la que la elevara al rango de primera nación? ¿Cuál la que había despertado el gusto exquisito por lo bello, lo verdadero y lo bueno? ¿Cuál la que había mantenido en la colectividad ese espíritu de moral y armonía—hasta cierto punto—entre las clases superiores é inferiores? En fin, ¿cuál era aquella que ha-

hía arraigado el amor á la patria, al progreso, á la paz y al bienestar de todos?

—No trepidaré en decirlo: esa institución es la *moda*,—agregó triunfante.

Y, en efecto, la moda era una de las instituciones de nuestro país, más liberal y caprichosa, pues todo, en su manifestación activa lo dominaba, lo reglamentaba, lo gobernaba y lo imponía bajo la presión de sus caricias dulcísimas. La ley, en todas sus formas, le pertenecía por completo, hasta imponer la Fundamental al pueblo, acariciándole con promesas constitucionales á cumplirse, ó considerándole como el Soberano... aunque nunca lo fuera sino de nombre. Ningún miembro de la colectividad podía tener más prerogativas que otro: todos eran iguales ante la ley... escrita. Poco importaba que no lo fuera llegado el caso de su aplicación. Entonces la ley estaba de parte de la libre institución de la moda, con ó sin razón, con ó sin derecho, que razón y derecho no tenía aquel miembro que no gozaba de los pingües beneficios de esa libre institución indestructible, especie de constitución universal y única.

Así, pues, no tenía nada de extraño, y sí de benéfico, que los poderes encargados de legislar, ejecutar y administrar la justicia, fueran compuestos de aquellos hombres que la moda había elevado hasta donde más se podía ambicionar en un país republicano. En consecuencia, era más que lógico que todos sus actos respondieran á mantener en lo más alto aquella institución. La inteligencia, el saber, el patriotismo y la honradez, eran cosas tan solo dignas de los antiguos pueblos, que jamás alcanzaron á comprender el verdadero ideal de la ciencia po-

lítica: la moda. Para los pueblos, un hombre que había llegado á ser de moda, debía hacer carrera, y si su cerebro, afectaba la forma *redonda*, ya podía contar con una presidencia, un ministerio, un juzgado ó una butaca en el Congreso ó *Cangrejo*, como decían los argentinos del siglo XIX, con muchísima razón.

De lo contrario, ¿qué otros títulos podían ofrecer á la consideración pública nuestros hombres actuales, ilustres desconocidos encumbrados en los más altos poderes, como una ironía de la casualidad, que solía ser muchas veces funesta? ¿Qué títulos? La moda únicamente de la imposición oficial, la moda más productiva, que enjendra-se ciudades y enriqueciese á unos cuantos desconocidos, que mañana ostentarían hoteles, palacios y suntuosos salones. ¡Hasta dónde alcanzaba la moda en la maquinaria de los poderes del Estado, premiando los servicios de los más patriotas! ¿Y qué decía el Pueblo Soberano? Aplaudía, porque hasta el aplauso por lo malo y lo irregular, siendo á los hombres de la moda, era una manifestación viva de educación, de progreso y de gusto refinado, que le colocaba en el número de los más civilizados y accesibles al adelanto... para el bienestar de la patria.

Las mismas revoluciones que se habían producido en el país, hijas de una oposición sistemada y terca, ¿de dónde habían nacido? De la moda... de encontrar todo malo aquello que no surgiera del partido—ese partido que de puro viejo é inservible se venía abajo, como la fruta podrida caía de la rama que la sostenía, para no servir más ni á los hambrientos ni á los animales. ¿Ó acaso aquellas revoluciones habían nacido del Pueblo Soberano? ¡Qué disparate! El Pueblo Soberano buscaba

la paz y no el desorden, la armonía y no la ruina, el equilibrio y no el caos. Era solamente por la moda de hacer revoluciones, para ver si á río revuelto podían ganar algo esos sempiternos pescadores del presupuesto! Nada más.

—Ved, cómo la moda alcanza hasta la política,— dijo entonces.

En seguida, continuó preguntando ¿por qué nuestra sociedad se distinguía tanto y había llegado á un desarrollo que jamás soñaron los pueblos incultos del siglo XIX? ¿Quién había protegido al comercio, á las industrias, á las artes, á las ciencias, á la educación? La moda. Por ella la mujer había conseguido su puesto verdadero en el mundo, los salones adquirieron el esplendor actual, y el hogar y la familia el ideal contemporáneo, muy distante de parecerse al ideal incomprensible de nuestros antepasados. ¡Quién no admiraba la confortabilidad de los centros actuales, donde sólo llegaban los privilegiados ó los sacerdotes de la moda! Los mismos advenedizos, almaceneros, porteros ó lavaplatos de ayer, parecían hoy las personas más distinguidas... á fuerza de seguir la moda gastando sus enormes rentas ó comprometiendo el porvenir de sus hijos al hacer descuentos ruinosos en cualquier Banco de Provincia, que sostenía el Pueblo Soberano con el sudor de la frente. Pero el importe de aquellas rentas y de aquellos descuentos, muchas veces girado por un suegro condescendiente, era invertido en todas aquellas cosas que la moda aplaudía, que imitaban los unos, criticaban los otros ó despreciaban los optimistas y los descontentadizos.

La moda era el verdadero barómetro de la cultura, del refinamiento y del progreso de una sociedad. Los que

aseguraban que ella marcaba el sello de la decadencia de un pueblo, comprometiendo lo que se tenía y lo que no se tenía, hacía mucho tiempo que vivían con los ojos vendados por la mano de la envidia. Nada había como la moda para poner de manifiesto el estado moral y económico de una bien administrada nación. ¿Quién sino ella había aumentado las rentas y las entradas del país, gravando muchas veces al Pueblo Soberano con impuestos imposibles... para los economistas de pega? ¿Quién sino ella había aumentado el valor de la propiedad, subido el precio de los alquileres y contribuido al engrandecimiento del país? ¿Quién sino ella aumentó los presupuestos de la Nación y dió á los empleados más insignificantes esas apariencias hermosas de personas pudientes? ¿Quién, en fin, sino ella dió t. abajo al pueblo, creó las huelgas y señaló á los industriales salarios espléndidos, que bastaban para pagar los impuestos y contribuciones, y que apenas les alcanzaba para comprar un pedazo de pan y de carne para su manutención?

Por eso, nuestro Pueblo Soberano era el más viril, noble y moral del mundo. Por eso, la felicidad y la tranquilidad general eran hechos inequívocos. Que se advirtieran ciertos males, no significaba que fueran causados por una latente decadencia,— como aseguraban algunos pesimistas,— que se venía acentuando desde algunos años á esta parte. ¿No tenían en contra, esos murmuradores, el colosal y pasmoso adelanto del país? ¿Qué más querían? Algo debía quedar por hacerse siempre, en el porvenir. ¿Dónde existía, ni cuál era el ideal del perfeccionamiento absoluto? Tan perjudicial era la mentira, como la verdad única en el complicado orga-

nismo de las sociedades contemporáneas. Debía existir siempre la ley del contraste: de un lado la verdad y del otro la mentira. ¿Qué pretendían entonces? ¿La sinceridad? No era de moda. El antifaz de carne era el que aconsejaba la moda. Nada más. Pretender lo contrario, era no sólo absurdo, sino ridículo y temerario.

—Por eso sigo la moda y la venero,— agregé, haciendo una pausa.

Aquello del «antifaz de carne» aconsejado por la moda, le valió al orador un estrepitoso aplauso. Todos los circunstantes apoyaron el pensamiento. Era ello la pura verdad. ¿Qué era la cara del hombre en todos los momentos sino un antifaz espléndido, que manifestaba á voluntad las pasiones del alma simuladas ó fingidas, para engendrar las más verdaderas? El amor, el odio, el cariño, la ira, el desprecio, la simpatía, la amistad, todos á una, no se manifestaban en la cara? ¿Quién se mostraba sincero en el día, sin pasar por tonto ó por loco? Fuerza era entonces poner en juego los músculos de la cara y sus distintos órganos, para demostrar lo que se deseaba ó lo que se sentía. El resto lo arreglaba la lengua.

—¡Qué penetración la de este hombre!— dijeron los unos.

—¡Encanta con sus palabras!— agregaron los otros.

—¡Cómo conoce la moda! Lo que ésta puede...!— afirmaron los más.

Cuando se hizo nuevamente el silencio en la concurrencia, el conferenciante prosiguió diciendo que si el siglo XIX hubiera comprendido la influencia de la institución de la moda en los destinos de los países,— los de

entonces no habrían tenido que soportar los desbordes del caudillaje y de los pordioseros de levita, el dominio del sable y la imposición oficial en aquellos actos que eran de la exclusiva pertenencia de las mayorías populares.

Era que los pueblos de entonces vivían en una completa y lastimosa ignorancia de sus prerrogativas y deberes, careciendo, por completo, de una noción exacta de lo que valía su voto en la elección de sus mandatarios ó administradores. Así, pues, no era extraño que unos cuantos especuladores de aquella ignorancia sacaran gran partido falsificando votos y registros, para entronizarse en el poder, olvidar al pueblo y sus intereses, para garantizar una vida espléndidamente cómoda á sus parciales ó miembros del partido, especie de esponjas de los dineros públicos.

Si el siglo XIX hubiera comprendido lo que valía la moda en la vida general de los pueblos,— su desarrollo y su cultura, su saber y su ilustración habrían sido más consoladores, legándonos una herencia pingüe de progreso, que desgraciadamente no recibiéramos. Ese progreso habíamos tenido que formarle nosotros, nuestro siglo, por medio de la moda, para legarle á nuestros hijos del porvenir. Para entonces, los pueblos no podrían negar en manera alguna, el interés y el patriotismo, la honradez y la sinceridad con que habían procedido nuestros hombres actuales en el Gobierno y en la administración de los intereses generales, de los suyos propios y de los de sus partidarios, que ayer mendigaban una caricia del presupuesto y hoy vivían de los banquetes que les servía la gran confitería de «Las Concesiones», en tanto que el Pueblo Soberano dormía el sueño del hambre dentro de

algún cañío maestro de los hilos telefonográficos ó de las aguas corrientes !

Era por eso que nuestras sociedades se engrandecían más y más cada día, reinando entre ellas la armonía más satisfactoria. ¿ Por qué? Porque habían seguido siempre la sentencia de nuestro gran historiador nacional Excmo. señor Nitro, que decía: que «la peor de las elecciones valía más que la mejor de las revoluciones.» Era porque nuestros pueblos del siglo XXX conocían sus derechos y prerrogativas, no se dejaban entusiasmar con figuras de retórica, ni concurrían incondicionalmente á las *vicentadas* politiqueras, y hacía mucho tiempo que dejaron de servir de instrumentos á las pasiones mezquinas de unos cuantos intransigentes ó negociantes del país. Todo este cambio— la muerte de las revoluciones y la desaparición de la carne de cañón para la tranquilidad de todos— se debía á la libre institución de la moda, que daba lustre y esplendor, atracción y magnificencia á las sociedades, estimulaba las industrias y el comercio, daba fuerzas á los individuos y vitalizaba á las razas, encumbraba á los desconocidos y levantaba á los ignorantes, creaba un culto necesario de turiferarios y folicularios, daba alas al socialismo y nutría la miseria...

— Como dicen los que no conocen la moda,— agregé sonriendo.

La moda lo alcanzaba todo: desde las ciencias hasta las industrias, que unidas contribuían á mantener la vida en un estado satisfactorio, privando al cuerpo de lo dañino y dándole vestidos y ropas que las artes cortaban y manufacturaban de conformidad con lo útil y lo agradable, lo distinguido y lo elegante... aunque fuera debiendo á

medio mundo. Si las artes con sus perfumes y tinturas, sus polvos y sus telas, sus vinos y licorea, sus muebles y tapices, por cualquier motivo llegaban á atacar la salud de los individuos, éstos tenían á la mano los médicos y los específicos de moda para volverla á su estado primitivo de robustez.

Merced á las ciencias, los viejos conseguían apariencias de jóvenes, éstos de viejos, las mujeres adquirían el esplendor de las grandes bellezas, los atractivos más admirables en sus formas, en la finura y suavidad de la piel, en el encrespado coqueto de sus cabellos y en la blancura de sus dientes... que el arte del dentista los había imitado hasta el perfeccionamiento. Lo mismo que el progreso de las otras varias artes para concluir y dar turgencia á lo que estaba vedado á los ojos, en lo interior de los vestidos ajenos... ajustados y cortos, lo debían á la última moda. Por eso era que, entre nosotros, se habían desarrollado tantas afecciones *insignificantes*, que la medicina extirpaba con sus medicamentos apropiados. Por eso era que había tanto médico y farmacéutico—verdaderas enfermedades crónicas de los pueblos á la moda.

—¡Calculad ahora si es útil la moda!—exclamó el orador entusiasmado.

¿Y dónde más se encontraba ella? En el arte, propiamente dicho: «en esa inmensa abertura donde cabía todo lo posible», — según afirmaba un antiguo poeta francés, — «en esa excepción singular entre las cosas humanas». Pues en aquella abertura y en esta excepción singular, era donde la moda más entraba á formar escuela. En el arte nacional, así llamado desde

tiempo inmemorial, poco ó nada entraba á formar parte la inteligencia genial, ni la verdaderamente creadora y original. Para serlo, era suficiente imitar á tal ó cual clásico argentino ó gringo del siglo XIX, seguir las huellas de este romántico ó de aquel naturalista, lo mismo en la novela que en el drama, en la poesía que en la fantasía. Con tal de continuar la moda de las escuelas dominantes, ahí se tendría un laureado, una inteligencia, un talento, un genio—¡un genio sobre todo, aunque no hubiera inventado la pólvora, ni los alfileres!

—¡Por fin ha dicho una pasable verdad!—exclamó Andros.

—Sin embargo, la concurrencia ha de creer que está hablando del siglo XIX,—repuso Filos.

—¡Y cuán lejos se halla de aquellos tiempos!—agregó el primero.

—Para comprender, así son los nuestros...

—¡Silencio, señores!

—¡Silencio...!—se dejó oír en la concurrencia, que entusiasmada acababa de aplaudir al ilustre estadista.

—Pues, como iba diciendo...—prosiguió el conferenciante.

La moda en el arte, no debían extrañar que hubiera dado tan buenos resultados. Entre nosotros la libertad del pensamiento había creado autores á millares. Ellos ilustraban, educaban y perfeccionaban el gusto del pueblo con sus notables y conocidas, soberbias y admirables obras... (á publicarse algún día) tanto en prosa como en verso, en forma de Correspondencias ó de Viajes, de novelas ó de poemas. Esta exuberancia de inteligencias... (del porvenir) no existía entre los antiguos

argentinos, que carecieron hasta de una noción exacta de la estética en el arte, por no seguir la moda de la imitación, y ser originales, según decían nuestros más reputados comentaristas de los autores clásicos.

¿Quién elevara al pináculo de la gloria á nuestros actuales genios argentinos? ¿La opinión de todos, ante lo descollante y lo original, lo bello y lo útil, lo agradable y lo verdadero? ¡Qué amarga ironía! Entonces ¿era la suerte, la casualidad, las circunstancias? Algo habían influido éstas aunque no del todo. ¿Quién en definitiva? El bombo y la farsa,—según los envidiosos. Nada más. Porque la elevación intelectual, la idea creadora, la imaginación fecunda, el gran pensamiento extraño á la imitación ó al plagio disimulado, jamás habían alcanzado entre nosotros el puesto que se merecían en el hogar del arte, invadido por unos cuantos folicularios y turiferarios, que se prodigaban mil caricias impudentes en el casto tálamo del Genio y de la Gloria!

—¡Bien..! ¡muy bien..!—exclamaron los unos.

—¡Bravo..! ¡bravo!—agregaron Andros y Filos, aplaudiendo.

—¡Viva el Excmo. señor doctor don Narciso Chingado!.. ¡Viva..!—gritaron los más.

—¡Qué espléndida dialéctica!—dijo el filósofo Granito de Adoquín.

—¡Qué hermosas figuras!—añadió el poeta Cándido Debarro.

Y aquel unísono aplauso duró algunos segundos. Cuando cesaron los vítores, las batidas de palmas y las exclamaciones de entusiasmo,—el disertante concluyó diciendo que era su intención continuar sobre el tema de la

moda, estudiando algunas otras cuestiones que se había olvidado de apuntar, lo mismo que la influencia que había ejercido en las creencias y costumbres de nuestro país, en el hogar opulento ó en el miserable tugurio,—pero se veía imposibilitado de hacerlo por hallarse fatigado en demasía, por lo cual pedía mil excusas á la atenta é ilustrada concurrencia. Saludó y se retiró, diciendo para sus adentros:

—¡ Así se escribe la historia!..



JORNADA XII.

No había aun desaparecido, por completo, la distinguida y elegante personalidad del ilustradísimo académico detrás de los *portiers* que guiaban á las antecámaras de la Academia, cuando de pronto la concurrencia se sintió conmovida por un sentimiento de horror indefinible. ¿Qué había sucedido? Fué ésta la pregunta que inmediatamente se hicieron los más valientes poniéndose de pie, al mismo tiempo que los demás circunstantes inmutados y despavoridos. Las señoras y las niñas, que en mucho estimaban sus vidas, fueron las que más tumulto formaron en aquel supremo momento, cuando la conferencia recién comenzaba á cobrar algunas proporciones de interés palpitante.

Pero aquella natural pregunta no consiguió su respuesta; y, entre tanto, la alarma cundía de una manera verdaderamente penosa. Fué inútil, para calmar los ánimos, que la orquesta tocara el Himno Nacional. Nadie oía en circunstancias semejantes. Por el contrario, la música de la canción patria sólo consiguió aumentar el desorden, que amenazaba tomar proporciones peligrosísimas, pues todos empujándose, llevándose por delante,

rompiendo sillones, derrumbando estatuas y oprimiéndose los unos contra los otros,—sin miramientos, ni distinción alguna de sexo,—buscaban las dos puertas de salida — las dos únicas puertas que daban al boulevard.

En un momento el grandioso salón de la Academia, que minutos antes presentaba el golpe de vista más hermoso y risueño, quedó convertido en un campo de pugilato y de indecencias indecibles, en una masa de gente que vociferaba, suspiraba, lloraba, se desmayaba, sin conseguir nada con todas esas manifestaciones, sino aumentar la desesperación de los unos y la pavora de los más.

Sólo Andros y Filos, que ocupaban unos sillones que justamente se encontraban cerca de las puertas de salida, consiguieron ponerse en salvo de los primeros y averiguar la causa que había motivado el tumulto, el desorden, la desesperación y el pánico. Una vez en el boulevard, recién recordaron los dos amigos, que uno de los porteros de la Academia penetró alarmado al salón, gritando:—«¡Fuego...!»—sin valorar ni considerar aquel desgraciado ignorante, las consecuencias que con semejante voz podía ocasionar entre la concurrencia, que desde un principio se alarmó sobremanera, en lugar de acallar un tanto el instinto de la conservación, para con el orden poderla conseguir, en caso de verdadero é inminente peligro.

Aquella ola desenfrenada de carne humana, se apelmazaba más y más. Con el violento y salvaje empuje de la desesperación, sólo consiguió cerrar completamente las puertas del salón, las de salida al boulevard y quedar cerrada, sin salvación ni para los primeros (aplastados

contra las puertas) ni mucho menos, para los últimos, que contribuían al aglomeramiento empujando brutalmente.

En aquel caos, que llegaba hasta lo fantástico, lo inverosímil, más de un una mujer se encontró casi desnuda, más de una vieja sin peluca, más de una niña se tragó sus dientes postizos, más de un hombre perdió los falzones de su frac, más de un anciano maldijo las conferencias y más de un gomoso se sintió desfallecer. Y aquí un desmayado, allí un herido, acullá una Magdalena, más allá una asfixiada y do quiera gritos, ayes y sollozos, todos y todo bañados por los espléndidos y tranquilos rayos de los focos de luz eléctrica que iluminaban el salón, presentaban el cuadro más extraño, original y triste.

—Y dónde, ¿dónde está el fuego?—gritaban las mujeres.

—¡Sálvese quien pueda!. . ¡Tenemos revolución!—vociferaban los más.

—¡Calma...! ¡Calma...!—pedían algunos académicos azorados.

Pero, ni nadie sabía dónde se había producido el elemento destructor, ni conseguía ganar la pública vía y mucho menos calmarse. ¡Cómo sería el desorden! ¡Y aun había algunos que pensaban en una revolución! ¡Si no había nada como el miedo para engendrar fantasmas y visiones! Entretanto, el fuego, el fuego devorador, no asomaba por ninguna parte, no obstante que algunas personas sentían un cierto calor que no era inherente ó perteneciente á la situación. ¿Dónde, pues, se había producido el incendio ó en qué punto había estallado la revolución? ¿En contra del Gobierno constituido? ¿Si sería producida por el Gobernador Excmo. señor don Madeja

de Araña? ¡Qué hombre funesto! Mas nadie contestaba á nadie, todos preguntaban y ninguno respondía.

Aquel número de voces y de gritos en todos los tonos del diapasón de la desesperación, formaba una sola onda sonora colosal, imposible de comparar, sino con la mar durante la tempestad ó con el ladrido feroz de la turba desenfrenada de los vientos, como dijera un poeta, en las enormes concavidades, huecos y cavernas de las montañas durante la calma y la soledad de las noches de invierno, cernida sobre las ruinas de las ciudades muertas!

—Con efecto, el fuego puede comunicar... —dijo Andros, en el boulevard.

—Principalmente con la Academia,— agregó Filos.

Fuera del salón, del centro del tumulto y de la aglomeración de aquella gente espantada, el boulevard presentaba el cuadro más extraño. Los autómatas, los vehículos de alquiler, los tranvías eléctricos, los pequeños ferrocarriles, los *vicentes* que concurrían á escape á satisfacer su curiosidad, las máquinas apagadoras, las bombas auxiliares, los soldados y bomberos, todo en el mayor desorden, confundido y aglomerado, en medio del tintinabuleo de las campanillas telefonográficas y de los toques de clarín, ofrecía al frío espectador la escena más ridícula y penosa al mismo tiempo.

Todos á una, maldecían ó reían, criticaban ó gritaban en contra de la administración general de las Aguas Corrientes. Justamente, pocos momentos antes del incendio del edificio más proximo al de la Academia por el lado derecho, —se habían reventado varias calderas y bombas de alta presión en la Usina, ocasionando, quién sabe cómo, la rotura de infinidad de caños maestros y meno-

res en la ciudad. Por consiguiente, se notó en el acto la carencia completa de agua, necesaria para el consumo de aquel cuartel y para extinguir el incendio, que comenzó á cobrar proporciones enormes y fatales para los edificios circunvecinos.

—¡Casualidades funestas...!—se oía decir por todas partes.

Dentro del gran salón de la Academia de «La Mutua Admiración», la concurrencia, pasados algunos momentos, comenzó á tranquilizarse, merced á las influencias poderosísimas de los académicos. Varios de ellos, por turno, arrojaron á los alarmados concurrentes, de una manera tan elocuente y persuasiva, que la calma empezó á hacerse, el pavor á desaparecer y á reinar la tranquilidad en los ánimos, aún en los de los más exaltados. Como era consiguiente, con el orden las puertas todas se abrieron de par en par. Entonces la concurrencia pudo ganar el boulevard y cerciorarse *oculus videndi* de lo que acontecía en aquella acera.

La conferencia, como era natural, quedó suspendida, terminada de hecho, desgraciadamente, cuando recién había espesado á cobrar interés,—cuando iban á disertar varios conocidos académicos, literatos, sabios y poetas renombradísimos, que sólo esperaban sus turnos respectivos en la primera y segunda parte. Felizmente no hubo desgracia que lamentar. Mucho se sintió no poder ver al eminente prestidigitador, que según decían algunos inteligentes en el arte del escamoteo, el sujeto aquel era una verdadera notabilidad. Si hubiera sido *gobierno*, habría escamoteado los dineros del pueblo, con tanta finura y limpieza, que éste no se habría apercebido en lo

más mínimo de ello. ¡Qué hombre de talento! Pero ¿quién podía adivinar ó prever aquel incendio? Habían perdido, sin duda alguna, un encantador entretenimiento.

Los cronistas, mientras averiguaban las causas que produjeran el incendio, como partes interesadas maldecían las funestas casualidades y el incidente que les iba á privar de la suscripción para fundar un *diario*, de estilo sensacional puramente, que desde tiempo atrás venían ambicionando. ¡Ya no tendrían el óbolo de los concurrentes! La idea del *patriótico* académico Excmo. señor doctor don Patricio Camaleón, quedaba, desde luego, para otro momento,—que quién sabe cuándo llegaría! Así, pues, los *únicos* que verdaderamente perdieron con aquel fuego maldito, fueron los cronistas—los que nutrían con su actividad y su talento la ávida curiosidad del público, con los incidentes, los hechos y los acontecimientos del día.

Una vez fuera la concurrencia del salón de la Academia, cada cual, después de satisfacer su curiosidad y volver completamente del susto, comenzó á encaminarse á su domicilio, no sin antes girar la cabeza varias veces para contemplar el panorama que el fuego desde lejos les ofrecía. Cerca los demás, mezclados con los *vicentes* que llenaban las aceras, las caras teñidas con los resplandores de las colosales llamaradas, hacían mil comentarios del suceso de la noche, que todos los diarios registrarían al siguiente día, narrado por los cronistas *beneficiados*, que perdieron más de una ilusión, más de una esperanza en aquel «río revuelto de fuego voraz» ¡Pobres cronistas! Después de tanta y tan asidua labor. para llevar concurrencia á la conferencia y obte-

ner una buena entrada, sólo consiguieron aumentar un desencanto más á los que ya tenían recibidos, en su vida de periodistas sensacionales.

Entretanto, el incendio asumía proporciones colosales amenazando derrumbar el gran techo del edificio que, con sus existencias interiores nutría el elemento destructor, que no cedía á la influencia de las máquinas apagadoras, á causa de faltar el agua que las auxiliaba tan poderosamente. Era de ver la desesperación de los soldados y bomberos al salir chamusqueados y casi asfixiados, después de voltear un techo, una pared, un tabique y un estante, blasfemando y jurando en contra de las casualidades que les privaba del agua tan necesaria en aquellas circunstancias. Fué en vano buscar el restablecimiento del orden para maniobrar mejor, con más seguridad: nadie atinaba en semejantes momentos, sino á huir del fuego, dejándolo, por consiguiente, que tomara mayores proporciones.

La alarma, en la vecindad, era espantosa. Cada cual con ó sin ayuda de algunos comedidos, trataba de salvar lo que mejor podía de sus hoteles, tiendas ó almacenes. Sólo la Academia de «La Mutua Admiración» quedó desierta, sin preocuparse ninguno de sus miembros, ni los empleados, y mucho menos los sirvientes, de poner en salvo los valores que en máquinas, aparatos, libros y obras de arte existían guardados en los estantes y anaqueles de sus salas, laboratorios y bibliotecas.

—Esto promete durar,—dijo Andros.

—Vámonos. Es lo más acertado,—le contestó Filos.

Pero en aquel mismo momento que los dos jóvenes se disponían á retirarse, el techo del edificio se derrumbó

de pronto, produciendo un ruido sordo, estremecedor. Lengüetearon miles de enormes llamaradas, y millones de chispas se elevaron por los espacios envueltas en gigantescas y fantásticas nubes de humo denso. Pareció aquello la erupción de un volcán. Un grito de asombro y de miedo se levantó de entre los circunstantes. Recién entonces el orden comenzó á restablecerse. El incendio solo se apagaba.

Después, cuando los dos jóvenes volvieron la mirada, á las tantas cuadras, — caminando tranquilamente por el boulevard,—el incendio se extinguía pausadamente. La caída del techo, lo había sofocado casi por completo sin consecuencias fatales para la vecindad. Pero al llegar Filos y Andros á su palacio, llámóles mucho la atención que, á aquellas horas, muy cerca de las once, se quemaran bombas y petardos, que ruidosamente estallaban en el espacio. En seguida, una legión de pilluelos gritando con todas las fuerzas de sus pulmones, acertaron á pasar pregonando un boletín de «El Vonvo de la Tarde», en el cual se daban noticias y detalles del incendio, que acababan de presenciar.

—¡El boletín de «El Vonvo de la Tarde...!» ¡Gran incendio!... ¡Ultima hora!— gritaban.

Compró Andros una de aquellas pequeñas hojas, y, junto con su amigo, penetró á su casa. Subieron por uno de los ascensores á la sala de comer. En ella encontraron á Parelia y á los dos niñitos, alarmada la joven por el contenido del boletín. El lacayo, cuidador del autómatas, se lo había proporcionado, guardando un prudente silencio respecto del incendio, para no hacer entrar en cuidado á la señora, según le dijo después á Andros.

Pero, en verdad, el sirviente tirado de la lengua por Parelia, se lo había ya narrado todo. Por supuesto, asegurándola que los dos señores se hallaban bien distantes del peligro. No tenía nada que temer. Sin embargo, Parelia, mientras no llegaba su amado consorte, sentía cierta vaga inquietud, que desapareció al echarse en los brazos de aquél, y de estrechar efusivamente la mano de Filos.

—Mi papá no tiene miedo al fuego, —exclamó Adamiro.

—Mamá quería ir á buscarles, —agregó Evalinda.

En seguida los dos pequeñuelos se quedaron dormidos. Era un caso excepcional que estuvieran levantados hasta aquellas horas. Después que les acostaron, los dos consortes y el amigo permanecieron en la sala de comer hasta las doce, recordando y comentando el suceso, la alarma y el tumulto en el salón de la Academia. Pero, lo que aseguraba el boletín, era falso en su mayor parte— completamente falso. El incendio no había sido extinguido por el cuerpo de bomberos. Bien lo sabían. Ni las bombas funcionaron, ni mucho menos hubo agua. Lo único cierto del boletín era que el incendio tuvo lugar en la «Fábrica de polisonas y de pantorrillas postizas». En cuanto á las causas que lo produjeran y á las pérdidas calculadas, ellos no estaban interiorizados. Podían no ser perfectamente verídicos... los cálculos y las deducciones.

—Van á lagrimear muchas damas de la Capital, — dijo Parelia, sonriendo.

—¡Ojalá se incendiaran todas las del mismo género! — contestó Andros.

—Nadie debe parecer, sino ser. ¡Cuidado con el engaño! — agregó Filos.

—¡ Se falsifica hasta la apariencia de la opulencia...!—
repuso la joven.

—¡ No es extraño, pues, que se imiten las *faltas*!—
concluyó por decir Andros.

Con la última campanada de las doce, después del chocolate que acostumbraban á tomar,— aquel íntimo terceto quedó disuelto, ganando cada cual su dormitorio. Continuarían escribiendo al día siguiente, domingo. En efecto, hacia las cinco de la tarde, Andros le leía á Filos el contenido de cinco jornadas, así divididas para no fatigar al lector con una sola fragmentada en pequeños capítulos. En ellas se concentraba todo lo que habían visto y oído, hasta el incendio, la partida y la llegada al edificio, como si hubiera pasado en el siglo XIX. Filos no le hizo la menor observación, pues en todo ello no decía sino la más pura y sincera verdad. Después de comer salieron á hacer una gira, acompañados de Parelia y de los niños. Como la tarde era encantadora, se dirigieron al «Gran Bosque». La alegría y la felicidad se adivinaba en el rostro de aquellos seres que se amaban y estimaban, como los ángeles de la mitología cristiana. ¡ Felices, por siempre, los que se comprenden, los que no fingen ni gastan convencionalidades para quererse!



JORNADA XIII.

LA tarde no podía ser más espléndida. Bajo un cielo de imaginación de poeta, despejado, tranquilo, transparente, mostrando allá, en la dulce línea del horizonte los últimos y suaves resplandores del sol, las tintas sonrosadas más puras, y bajo la agradable caricia aterciopelada de las perfumadas brisas,— las amplias avenidas que conducían al aristocrático «Bosque», en medio del hervidero de los rodados y vehículos de todas las formas y gustos, parecían animadas por una voluntad superior, invisible, por el encanto de la estación, por las emanaciones de las flores, por la vista de los panoramas de los multiplicados jardines, por tanto rostro de mujer bellísimo y por tanta apariencia de alegría y de felicidad. ¡Quién sabe cuántos de aquellos tiernos y satisfechos paseantes, no habrían comido esa tarde! Pero iban contentos y repartiendo saludos y sonrisas. Eso les bastaba para ser felices. Querían sólo aparentar, — y aparentaban una opulencia ¿ganada? En ninguna parte. ¿Hereditada? De ningún pariente! ¡Oh, sí, «la elegancia era la virtud del vicio!»

—¡Filos, no moralicemos. Contentémonos con observar,— dijo Andros.

—Justamente,— le contestó,— sacó consecuencias de lo que observo.

—¿Vas á cambiar vicios de organización?—le preguntó Parelia.

—No, seguramente, pero los apunto. Es material que necesitamos para nuestro libro. ¿Serán al parecer los más insignificantes? No los estimo así en el fondo. Es por ahí donde las sociedades comienzan á podrirse: por los pequeños vicios. Eso de mezquinar al estómago lo más necesario, para emplearlo en moños ó cintas, corbatas ó bastones, en vestidos ó rodados, es atentatorio,— es infame. ¡Vicios de organización...!

—¡Calla, hombre! Te pueden oír...— le dijo Andros, sonriendo.

—Pero ¿tengo ó no razón?— le replicó Filos.

—Desde luego te la concedemos,— concluyó por decir Parelia.

Nunca tanta ni tan elegante concurrencia había afluído á las avenidas. Principalmente la del centro, con sus dos magníficas hileras de palmas y de plantas escogidas, parapetando mil jardines caprichosos y de un gusto artístico refinadísimo, presentaba el golpe de vista más hermoso, desde el arco monumental de la entrada. ¡Qué ambiente tan exquisitamente balsámico se respiraba por donde quiera! Aquello más que un paseo público era un paraíso soñado, un sueño dentro de un sueño, como diría Poe. Algo había de oriental, del oriental antiguo, en semejante conjunto de belleza y de gusto,— algo fantástico que se sentía, pero que era un imposible definir. Miles de autómatas, de carruajes al estilo del siglo XIX y de velocípedos de una ó dos personas, pasaban y repa-

saban á cual más veloz, se mezclaban y confundían, todo en el mayor orden. Cientos de personas á pie paseando ó refrescándose en los lujosos establecimientos apropiados, recorrían las calles de la avenida ó contemplaban sentados aquel mundo extraordinario en incesante movimiento.

Los grandes y pequeños juegos de agua, de las fuentes y cascadas, imitando tal ó cual salto caprichoso, las estatuas en bronce ó mármol, los obeliscos, los arcos, los monumentos que el arte clásico nacional y el gusto refinado de los argentinos había allí reunido desde tiempos inmemoriales, ó actualmente,— todo aquel conjunto ofrecía á la mirada una animación que simpatizaba con los ánimos contentos, que daba vida hasta á lo inanimado. Si el fundador del «Bosque» hubiera existido, y existido también el que mandó construir las primitivas avenidas, y hubieran contemplado lo que hoy tenían á su alrededor, seguramente habrían desconocido sus respectivas obras. ¡Lo que podía la acción de los años, del progreso y de la civilización!

¡Cuál de los grandes escultores ó cinceladores argentinos no había donado una estatua ó un bronce para embellecer el gran paseo! Ni qué jardinero (ingenieros todos ellos) no se había disputado una vara cuadrada para formar un jardín de combinaciones las más bellas y originales! Ni qué gobierno dejó de propender con las rentas y el estímulo al adorno y mejoramiento de aquel centro distinguido de la sociedad fisiocratense! Cuántas novelas, de un alto mérito y valor artístico, escritas por los más afamados literatos, no habían allí comenzado su trama ó desarrollado su argumento! Fuerza.

era, pues, que los hijos del país tuviesen por el espléndido paseo, más que cariño, amor, más que amor, delirio! Si hasta se llegó á concurrir á él, mientras agonizaba un hermano, se daba sepultura á una esposa ó al día siguiente del fallecimiento de un padre ó de una madre! ¡Cómo se le quería al encantado «Bosque»!

—Conoces, Andros, de quién es esa estatua, recién erigida al parecer?

—Sí, Parelia. Es de uno de los gerreros de la independencia argentina: del eminente publicista antiguo, General Zar-Miento,— le contestó Andros.

—¡Qué arrogante! ¡qué noble figura!— agregó Filos.

—¡Se parece á mi maestro!— exclamó Adamiro golpeando sus manecitas.

—¡Cállese! ¡Qué entiende usted de parecidos!— le dijo su padre besándole.

Desde la entrada á la avenida central del «Bosque», notaron que la mayoría de los concurrentes les observaba con detención, mejor dicho, con insistente curiosidad. Fué Parelia la que, primero, se apercibió de ello. En un principio no le llamó la atención; pero, después de haber dado algunas vueltas, la misma atención le picó la curiosidad. Por cierto que á sus preguntas íntimas, no pudo encontrarles una respuesta satisfactoria. ¿Por qué las gentes le miraban con tanta insistencia? Y consultaba su tocado, bien sencillo por cierto comparado con el lujo que allí imperaba, el vestido de su consorte, el de su amigo y hasta el de los niños! Pero nada le daba qué sospechar, ni que fuera motivo para aquellas miradas, esas sonrisas picarescas y aquellos cuchicheos. ¡Nada!

Sin embargo, en una de las vueltas le oyó decir apenas á una elegante y encopetada dama, que acertó á pasar en su autómatá, cerca del suyo, estas vagas palabras dirigidas á un gomoso flaco y anémico que iba á su lado:

—Siempre les veo juntos en el «Bosque». ¿Y esos... niños?

Pero la joven no alcanzó á comprender el significado de aquellas palabras cobardes. Cuando se las repitió á Andros, sonriendo de que se prohibiera á las madres llevar sus hijos á pasco, aquel no pudo contener una exclamación que espontáneamente apareció en sus labios. ¡Infame! Guardóse muy bien de explicársela. Por el contrario, mostróse más animado. ¡Qué importaba el dicho de una lengua de vívora, oculta dentro de una boca de mujer! ¿No era costumbre murmurar de todo el mundo, aunque los murmuradores fueran la única encarnación del vicio y del pecado? Y despreció interiormente á aquella mujer que se dejaba cortejar en público por un advenedizo, heredero de una fortuna de vicios y de trampas. Les conocía á los dos.

Y continuaron su paseo. Sin embargo, las miradas curiosas no cesaron. Recién entonces, Andros, se apercibió de ello. Siempre creyó que los ojos eran para usados y no para guardados. Aquellas personas miraban, lo mismo que ellos. La cosa más natural. Pero no sucedía así. Entre mirar y fijar la vista en un objeto cualquiera, mediaba alguna distancia. Confundido, en un principio, recordando las palabras de la dama, se sentía un tanto embarazado. Pero cuando se convenció plenamente de que las miradas pasaban de sus hijos á Parelia, comprendió inmediatamente lo que pasaba y lo que, por otra parte,

le había sucedido varias otras veces, justamente en circunstancias que Filos le decía :

—Nos miran porque venimos con niños. ¿Lo has observado?

—Sí, amigo mío. Dicen que la moda y la costumbre lo prohíbe.

—Lo sabía,—dijo Filos.—Vicios de organización. ¡ Los niños incomodan !

—¡ Así educan esas madres á sus hijos!— agregó Parelía, abrazando á los suyos.

—¿Por qué no les traen? Ya lo sabemos. Inútil es decir que tales modas y costumbres jamás dominarán en mis creencias, sentimientos y afecciones. Cada uno manda en su hogar. En el mío sólo mando yo. Lo demás únicamente despierta en mi alma el más hondo desprecio!— concluyó por decir Andros.

Después bajaron del autómeta y se encaminaron á beber un refresco en una de las braserías del «Bosque». Casualmente se sentaron bastante cerca de un grupo de damas y caballeros que mojaban la garganta con vino «De la vuelta de arriba». El diálogo que seguían parecía animadísimo, á juzgar por las risas de las unas y las carcajadas de los otros. Entre aquellas personas, de lo más distinguido de la sociedad, se hablaba y murmuraba, como la cosa más natural, de todo y de todos. Aquello era una mesa de disección moral. Nadie era honrado, ni existía mujer virtuosa, ni joven que no fuera un disipado ó un vicioso hasta la médula de los huesos! Solo ellos eran los intactos y los puritanos. Sin embargo, no dejaban por eso de saludar afectuosamente á los mismos criticados cuando pasaban cerca de ellos. Al propio tiempo asegu-

raban que nuestra sociedad se descomponía, se venía agusanando desde algunos años.

—¡Hay tanto desconocido opulento!..—dijo una de las damas.

—Las familias históricas van desapareciendo,—agregó otra.

—¡Nos hemos metalizado de una manera..!—se aventuró á decir la tercera.

Luego afirmaban que la moda, la elegancia, la distinción y la libertad jamás presentaron, en ningún siglo, un reinado ni más espléndido, ni más hermoso. Bien era cierto que la fortuna ganada ó heredada, principalmente, se encontraba muy repartida ó se aparentaba el tenerla. ¿No marcaba ello un signo de progreso é imprimía un sello de bienestar encantador? ¿No tenía todo el mundo hotel ó palacio, daba recibos ó *matinées* aunque estuviera cargado de deudas? ¿No paseaba en automóvil, carruaje ó velocípedo hasta el verdulero, el almacenero y el saxofre, orgullosos y envanecidos de mezclarse con sus deudores y de apuntarles con el dedo? Y eso que no descendían, por decencia, hasta la mujeres de vida alegre, que al respecto había mucho que decir, cuando hasta ellas llegaba el progreso!

—¡Por eso es que soy partidario de la *república reaccionaria*!—dijo uno.

—Como que somos amigos del Presidente,—agregó otro de los sujetos.

—Por mi parte, soy liberal. Opino como se me da la gana, critico ó demuelo, lo mismo me da. Lo bueno del gobierno, siempre me parece malo y lo malo de mi partido, me sabe á lo mejor. Si en los poderes públicos no

hubiera tanto advenedizo, venido quién sabe de dónde, nuestra sociedad no habría descendido tanto! ¿Y es eso lo que tanto admiran ustedes? Una sociedad de apariencias, compuesta de fortunas ganadas con el sudor de la frente... del favoritismo? ¡Vamos! Ustedes se están chanceando...!—dijo uno de los jóvenes del grupo, muy satisfecho de su perorata.

—Amigo Liberto, usted exagera. No es tan malo el león como le pintan,—añadió otro.

—La prueba la tiene usted, que le han elegido diputado,—murmuró un tercero.

—Eso pertenece á los intereses privados,—contestó Liberto.—Y hablando claramente, sirvo al pueblo y no á partido alguno. ¡Pongamos las cosas en su lugar!

Y les encareció que cambiaran de conversación. Aquellas damas de pelo corto, sombreros monumentales, vestidos dibujando provocativamente las formas, no esperaron que lo repitiera. Justamente era lo que buscaban. La política les parecía algo en extremo árido, si bien sus consortes que andaban paseando, quién sabe por dónde, no hacían otra cosa: siempre fuera de sus casas, donde los ministros concurrían á formar tertulia, entre diputados y senadores, aunque éstos eran los menos. No importaba que este ministro fuera un cínico ó aquel otro un sin vergüenza: eran ministros y carta blanca tenían en todas partes. Antiguamente, decían, que se calentaba el agua para que otros tomasen el mate. Y así acontecía, en las barbas de todo el mundo. La *libertad*... era constitucional. Al derecho de *conquista*... ¿que derecho de *gentes* lo había desterrado? La *propiedad*, ¿no era un robo? ¡Pobres mujeres!

- ¡Liberto, usted exagera siempre...!—le dijo una de las damas, pisándole el pie.

—En efecto... algunas veces... —le contestó sonriendo.

Y guardóse bien, como de escupirse los zapatos, de volver sobre el asunto. En aquel momento, el pequeño Adamiro que jugaba con su hermanita, mientras sus padres hacían comentarios á lo que habían oído, se acercó á una de las damas del grupo y entusiasmado comenzó á jugar con las bellotas de peluche que adornaban el vestido de ella, hasta arrancarle una, inocentemente. Creyendo la dama que era un perro, volvióse encolerizada. Pero al encontrarse con el niño que, entre temeroso y risueño, la presentaba la bellota, su cólera se trocó en un vivo disgusto. En otro tiempo hubiera una dama abrazado y cubierto de besos la hermosa y pura cabecita del niño. Pero, eso, hoy no se estilaba, porque encontrar un niño en cualquier parte era una cosa rara, fenomenal! Y despidió á Adamiro con un gesto imperioso, tan despreciativo, que le atemorizó de tal manera que corrió á esconderse en el seno de su mamá, que todo lo había observado.

La mirada de aquellas dos mujeres de sentimientos encontrados, puros y sublimes los de la una, y degradados y mezquinos los de la otra, se cruzó, viva como la luz de un relámpago. En seguida, Parelia compadeció á aquella desgraciada envuelta en una cárcel de encajes, mientras la dama volvía el rostro, contraídos sus labios por una sonrisa de desprecio. Parelia reconoció en la aristocrática dama á la hija de un panadero enriquecido al lado de la máquina de amasar y del mostrador, casada después con un joven, un pedante, que buscara su dinero

y no su cariño. Muchos enlaces se conocían como aquél. Así marchaba la complicada maquinaria social.

Momentos después, mientras el autómatas dirigía sus ruedas delanteras hacia la ciudad, Parelia, Andros y Filos no pudieron hacer menos que reír—reír mucho del incidente. ¡Pobre Adamiro! Conociendo como conocían y comprendiendo como comprendían las costumbres y la educación imperantes, sin embargo, no podían explicarse cómo se hiciera acción semejante con un inocente niño! Ni una caricia, ni una demostración de humanidad... ¡Aquello era tiránico! ¿Dónde estaba el sentimiento de la maternidad, siquiera por el sufrimiento que causaba la concepción? El siglo XIX compadecería al nuestro, á este respecto. Y eso que aquel siglo no fué muy trigo limpio! Pero su organización social era más pura, más armónica en ciertos sentimientos y afecciones.

—¡Si es este el perfeccionamiento de las razas..!—dijo Andros.

.. ¡Cómo será en el porvenir!—lo interrumpió Filos.

—¡Un nuevo mundo! Pero qué mundo!—agregó Parelia.

— ¡Quien sabe!—exclamó Andros.—Ha mucho tiempo que impera el reinado de la mentira. Por ahí comienza el desmoronamiento de los pueblos, mientras la naturaleza se enriquece y no degenera nunca—«porque la naturaleza no muere.» La raza del pájaro del siglo XIX, el ruiseñor, existe aun hoy: no ha variado ni de plumaje ni canto; pero el hombre, su raza, no es ni una sombra de lo que fué, según afirmaba nuestro sabio maestro (4). ¿Recuerdas, Filos, sus lecciones?

(1) Edgardo Quinet—«El Espíritu Nuevo».

—¡Oh, sí! Su «espíritu era siempre nuevo». ¡Qué genio!..

Entretanto, el autómatas volaba por la avenida de la izquierda. La avenida de la derecha se encontraba en reparaciones. Pero el desfile de la concurrencia, de los autómatas, de los carruajes, bañados por los torrentes de la luz eléctrica, que parecía hacer de la noche día, se mostraba espléndido, sin igual hasta entonces. Los vehículos rodando por el pavimento de goma elástica, con sus farolas encendidas, sin producir el menor ruido, parecían, desde lejos, exhalaciones ó fuegos fátuos arrastrados vertiginosamente. Por encima de aquel mundo en movimiento, se elevaba un colosal murmullo, efecto de las miles de voces de los paseantes, que se reunían al zurrido de las hojas agitadas en sus ramajes por las fresquísimas y balsámicas brisas que llegaban del poniente.

Era un espléndido corso. La anchura de la avenida permitía, cómodamente, veinte filas de vehículos. Los que se dirigían á la ciudad, ganaban los costados, el derecho y el izquierdo, y los demás, los que recién iban al «Bosque», elegían el centro de la pública vía. De manera que los paseantes podían perfectamente mirarse, conocerse, saludarse y criticarse, siempre con la sonrisa en los labios y sin la menor intención de lastimarse moralmente, sino con el intento de seguir una conversación entretenida hasta la ciudad ó en el «Bosque».

¿Qué había de malo ó de impertinente en aquello? Necesario era tener un tema para matar el tiempo, hacer buena compañía ó ganar honradamente plaza de buen cronista social. Así lo mandaba la moda. Era

necesario saber quién se casaba y con quién, cómo sería el ajuar ó la canastilla de bodas, cuánto tenía de dote la prometida, si el divorcio de éste y de aquella se realizaba, cuánto había heredado Venturita, si el suicidio de Magdalena era cierto, si aquella dama de marras seguía en amores, entre gallos y media noche, con Fulanito, en fin, lo que se decía, lo que corría, lo que se aseguraba y lo que se murmuraba. ¡Con tanta noticia, bien podían pasar el tiempo!

—¡He, ahí, lo que se selecciona en los salones!—exclamó Andros, sarcásticamente.

—Vanidad, frivolidad, chichisveo, mentira y apariencia: modal... Nada más,—agregó Filos.—¡Valiente contingente moral para formar espíritus varoniles, inteligentes, y mujeres sensatas, buenas hijas y mejores madres! El salón de hoy, saturado de perfumes y de indiferencia lleva á las aguas del olvido la armonía del hombre en la humanidad, y, si la desgracia azota al hombre algún día, permanece solitario como la palma del desierto, ó sin valor moral para soportar aquel peso, se suicida. ¡Cuán amargo es esto y cuán desconsolador!

—Y, sin embargo, nos creemos una sociedad bien organizada; y, en consecuencia, esperamos un porvenir de color de rosa. ¡Cómo vivimos soñando!—concluyó por decir Parelia, en momentos que llegaban á su hogar amado.

Dos horas después, Andros escribía en su gabinete la jornada XIII del libro, basada sobre las impresiones y reflexiones de todo lo que había oído y visto. No omitió el más insignificante detalle. Se hubiera dicho que escribía

amargado. Mientras, Filos sentado á su frente, continuaba leyendo una gran obra de sociología, según se decía escrita en el siglo XIX, por un H. Espencer ó Spencer, no se estaba seguro. Varias veces se detuvo para contemplar á su amigo, casi su hermano; pero Andros febriciente, seguía escribiendo en la maquinita, completamente sumido en su labor. Era de ver cómo corrían sus finos dedos por el teclado del aparato! A cada momento sacaba una tira de papel impresa, la leía, pensaba un segundo, y luego volvía de nuevo á su trabajo, cada vez con más ánimo, con más anhelo de concluir. Cuando hubo terminado de escribir, dijo trasportado de gozo:

—Filos, he concluido la jornada XIII!

—noen

JORNADA XIV.

Al día siguiente, como á las dos pasado meridiano, Parelia se entretenía y gozaba enseñando á leer á sus dos hermosos pequeñuelos, que atendían sus maternales lecciones con angelical recogimiento. Era extraordinaria la precocidad de los dos niños. Nadie lo hubiera creído, como que ya nadie educaba á los hijos en sus casas, evitándose así una incomodidad y una tarea por demás fastidiosas ó aburridas. ¿Ni qué ganaban los niños con semejantes rudimentarias é incompletas lecciones? Nada, absolutamente nada, y sí perder su tiempo miserablemente el discípulo y el maestro. Bien se sabía que, el actual hogar doméstico,—llamado así por pura antonomasia—era única y exclusivamente destinado para la comida, el tocado y el sueño; pero jamás para hacer escuela, por más cariño que en él existiese. ¡Pues vaya una soberana locura! ¡No faltaba más...!

No lo comprendía así Parelia, esa mujer que debía servir de modelo á muchas madres que se enervaban con los adormecedores chichisveos de los salones. Por eso era la maestra de sus hijos. Solía á veces detener su cariñoso curso de pedagogía, largo rato contemplar

á sus amados vástagos, y concluir por quedarse extasiada, silenciosa, muda, encantada de aquellas claras inteligencias y de aquellas fáciles memorias, que todo lo retenían y lo recordaban sin esfuerzo. Entonces eran ellos quienes la llamaban al orden y la hacían que tuviera más cuidado y más atención. ¿Por qué se distraía? Y ante aquella encantadora é inocente pregunta, Parelia concluía por abrazarles y besarles íntimamente conmovida, con locura!

Pues bien, en aquel momento, que Parelia jamás quería interrumpir, vino justamente á distraerla el prolongado tintinabuleo de uno de los timbres eléctricos de la casa. Seguramente el que daba á la avenida. En consecuencia alguien llamaba. Su pensamiento vino á confirmarlo la presencia de la vieja criada Confianza. Buscaban á la señora, según la dijo, dos damas ricamente vestidas, muy perfumadas y por demás elegantes. Parecían bien hermosas en medio de sus encajes y con sus enormes sombreros; pero, en los ojos de aquellas dos señoras, se notaba un algo extraño, como el que presentan las que recién se acaban de levantar después de una noche de jaleo ó por un exceso de pinturas y de afeites. Y la presentó la dorada esquila que le había entregado la de más edad, que se decía amiga de la señora. Con gran pesar tuvo Parelia que abandonar su entretenida tarea para ir á recibir á aquellas dos damas, que no acertaba á imaginar qué sería lo que deseaban. Cuando se hubo interiorizado del contenido de la tarjeta, al llegar al pie reconoció el nombre y el apellido de su dueña. ¡Por qué la vendrían á incomodar!—pensó contrariada.

—¿Las has hecho pasar á mi gabinete de recibo?— la preguntó.

—Sí, señora; allí esperan,— la contestó Confianza.

Y Parelia, sin cuidarse del estado de sus vestidos ni del traje de sus niños, precedida de éstos se dirigió al saloncito. Cuando penetró, las dos aristocráticas damas, se ocupaban, desde sus butacas de peluche, en hacer el crítico inventario del mueblaje, tapicerías y cortinajes que lo adornaban y confortaban. Nada había allí, para ellas, que valiera un comino. Todo era vulgar, de poco gusto, antiguo, fuera de moda y de lugar, en semejante *melange* de cosas sin mérito de ninguna especie. Lo único que se podía mirar era un bronce imitando una «Guaranga del XIX» y unas estatuillas de mármol ó porcelana de Pantagonópolis que, según creían, representaban 'el grupo sentimental del «Pavo de Virginia», verdaderas obras de arte dignas de figurar en sus espléndidos y distinguidos salones. Pero cuando notaron la presencia de Parelia, guardaron silencio, y se pusieron de pie. La que más había criticado aquel hermoso y sencillito gabinete, avanzó hacia ella con la sonrisa en los labios y los brazos abiertos, la estrechó fuertemente, la besó repetidas veces y luego le presentó á su compañera, su amiga íntima, la señorita Virginia Honduras.

Después de mil exagerados cumplidos de la quinta esencia de la galantería moderna, de las preguntas más afectuosas, de los ofrecimientos más sinceros y de las vagas ó indiferentes contestaciones de Parelia,— recién entonces, la dama que se titulaba su amiga querida de la infancia, se fijó en la presencia de los dos niños. ¡Por Dios! tenerlos en casa y no en la escuela! Era ese un

pecado imperdonable. ¡Cómo la molestarían! Y eran muy hermosos! Y estas exclamaciones y aquellas ponderaciones las manifestaba desde su butaca, sin hacerles una caricia, ni darles un beso. (Temía que la pisasen ó arrugasen el vestido, los encajes, los adornos, que se ajustaban á su cuerpo, como un chaleco de fuerza: ni aun los brazos podía mover.) La señorita de Honduras, ataviada de igual manera, se mantenía silenciosa, dignándose sólo mirar y apenas sonreír á los dos niños. Aquello era una prueba de alta educación y de la mayor cultura. Así lo aconsejaba la moda.

—¡Pero cuánto tiempo hace Parelia que no nos veíamos! ¡Siglos, por lo menos! Parece increíble que tú, uná de mis mejores amigas de la adolescencia, no te hayas acordado de mí, como yo de ti! Esto mismo le decía, poco ha á Virginia. ¿No es verdad, amiga mía?

—Efectivamente, Ventura,— contestó la interpelada,— y te agregaba que era imposible, increíble lo que me asegurabas, pues es fuerza confesar que usted, señora, por sus atractivos físicos y morales, haría gran papel en el gran mundo. Muchas de su belleza y talento, asaz ponderado por nuestra común amiga, son las que necesitamos. ¡Cómo me honraría usted si frecuentara los salones de mi hotel!

—Estimo de veras su oferta de usted, señorita,—la manifestó Parelia, llamando los dos hijos á su regazo,— pero estos pequeñuelos, que son mi sólo encanto, conjuntamente con mi marido, me toman todo el tiempo, que tampoco deseo disfrutar sino con ellos. Por otra parte,— agregó inclinándose cortesmente,— créame que le agradezco su espontáneo ofrecimiento.

—¡Como si yo no tuviera marido, hijos... y parientes! y Virginia, padres, hermanos... y amigos! Los niños creo que están mejor en la escuela. Para lo demás sobra el tiempo. ¿Acaso yo no me divierto? Pero no pienso en llorisqueos ni en cuidados. ¡Vamos! Tú siempre la misma Parelía, antigua, fuera de moda... En fin, bien sabes lo que te haces. ¡No calculas lo que es la vejez! Sin embargo, la tuya no es vida, sino una esclavitud disimulada, en medio de carifios y de cuidados. La mujer de hoy, necesita completa libertad, como aire puro los pulmones. De lo contrario ¿de qué serviría el matrimonio? ¿Qué mujer se querría casar? ¿Para vivir como en los tiempos primitivos? Confiesa Parelía que no estás en el buen terreno.

—Será, Ventura, como tú dices. No es mi intento rebatirte; pero, ciertas cosas, no todos las comprenden ó las conciben por igual manera ¿Por qué? Por que siguen la corriente de un siglo enfermizo, minado de histerismo, que más tarde nos llevará al abismo. Esos carecen de un ideal para la humanidad, no tienden una mirada hacia el lejano porvenir, viven para gozar, enervándose física y moralmente en los clubs ó casas de juego, en los salones ó centros de decadencia humana, con su forma actual.

—¿Humanidad, acabas de decir? Pues, bien,—añadió Ventura,—por ella venimos á molestarte. Te perdonamos tu arranque científico, porque nos has quitado la palabra de los labios. ¡Si eres la criatura más encantadora! Mira, temíamos el introito, y tu misma nos lo has dado. ¡Humanidad! ¿Quieres tú una cosa mejor que la humanidad? ¿socorrer al enfermo, dar de comer al hambriento,

vestir al desnudo?— exclamó Ventura, visiblemente entusiasmada.

—Si así debo entender á la humanidad... manifiesta lo que deseas, Ventura,— repuso Parelia, sonriendo.

—¿No molestaremos á usted, señora Parelia?— agregó Virginia, entornando los ojos.

—De ninguna manera, señorita,— replicó aquella.

—Pues, bien, amiga mía,—continuó Ventura,—como es conocida tu proverbial filantropía, lo humanitaria que eres,— la sociedad de beneficencia «Las Hijas de Mandinga», de la cual soy Presidenta y Virginia Secretaria-Tesorera, nos ha comisionado para recolectar fondos para dar un espléndido baile en los dorados salones del Club de «El Progreso», á favor del Hospicio de «Los Sordos, Mudos y Ciegos». En consecuencia, vinimos en comisión,— agregó presentándole un libro con tapas de cuero oloroso de Misiones,— para que te suscribas con la cantidad que te dicte tu *humanidad*,— y sonrió picarescamente.

—Si yo no concurre á baile alguno,— murmuró Parelia.

—¡Por humanidad, señora!— agregó Virginia sonriendo.

—Pero esto se llama dar dinero para que unos rían, en tanto que otros lloran.

—¡Vamos, Parelia! Esas lágrimas se enjugarán con el producto del baile. ¡Qué! ¿No lo comprendes? Todo tiene sus compensaciones. ¿Con que te suscribes?

—Está bien...

—¡Qué gran corazón tiene usted, señora...! ¡Qué alma caritativa...!

—Pero,— continuó Parelia,— sin que figure mi nombre en la lista de los contribuyentes.

—¡Qué modestia meritoria!— exclamó Virginia.

—Es un rasgo digno de que aparezca en «El Vonvo de la Tarde»,— afirmó Ventura.

—¡Por favor no hagáis cumplidos!...

—¿Cumplidos, nosotras... y con tigo? ¡Qué disparate!

—Nada de eso, señora. Rendimos culto á la verdad. Nada más.

—¡Y á la humanidad!— exclamó Ventura.

—¿Con qué me suscribo?— les preguntó Parelia riendo interiormente de aquel sainete y contenta de quedar libre de las dos damas, firmando anónimamente.

—De la manera y con la cantidad que gustes. Firma, pues.

En un descuido de la joven, la Presidenta y la Secretaria-Tesorera se hicieron un guiño de inteligencia. Toda la perfidia y la mofa, la maldad y el escarnio, pareció ir envuelto en aquel guiño, contenido muchas veces ante las penetrantes y previsoras miradas de Parelia, que hasta adivinaba sus pensamientos internos. Sin embargo, el pequeño Adamiro que no las quitaba sus ojitos, como si las damas fueran dos cosas extrañas, se apercibió del guiño. Entonces, le preguntó á su mamá, por qué aquellas dos señoras cerraban un ojo, torcían los labios y suspiraban cuando ella no las veía? Parelia que comprendió inmediatamente por el sonrojo de las damas, lo que pasaba, besó á su hijo y le ordenó que guardara silencio. Después pidiólas permiso, se levantó, trajo una pluma automática, firmó, y entregó cerrado el libro oloroso á Ventura. Sin embargo, ésta lo abrió y leyó.

—Te corresponden dos tarjetas por esta cantidad,— la dijo, poniéndose de pie, para despedirse.

—Mañana pasará el cobrador. ¿A qué hora señora?— la preguntó Virginia.

—Si jamás salgo de casa. A cualquiera, señorita,— le contestó.

Al despedirse, los cumplidos y los ofrecimientos, las protestas de cariño y de amistad se volvieron á repetir por parte de aquellas dos damas que se lo hablaban todo, sin dejar tiempo á Parelia para contestarlas. Viólas ésta alejarse y subir á su autómeta, con la sonrisa de la compasión y del sentimiento de la lástima más profundos! Pobres mujeres, enchalecadas por la locura de la moda! Entretanto, ellas, una vez en el autómeta, rompieron á reir á carcajadas de Parelia, haciéndola pedazos en lo más íntimo y despreciándola por tonta é insignificante. Pero habían salido con la suya: sacarle dinero para el gran baile. ¡Qué criatura tan superficial, qué antipática!

—¡Y qué prosopopeya de reina!— exclamó Virginia.

—¡Seguramente el amante la está imbecilizando! Pobre marido!— agregó Virginia, riendo hasta reventar sus re-fajos.

—¡Yo no sé como me he podido contener!

—Hija, ni yo tampoco. Eso prueba la educación y la prosapia de las personas. Á esa mujer la mata el romanticismo...!

—De todas maneras, hemos conseguido la que buscábamos.

—¡Qué no es poco! Tener que rebajarnos... ¿y ante quién?

Aquella crítica que demostraba espléndidamente el

poder de sus lenguas y su temple de alma, la prodigaban en momentos en que Parelía ya olvidada de la entrevista, continuaba su tarea interrumpida, con gran contento y alegría de los dos pequeñuelos. Después de una hora,— justamente en momentos que terminaba su curso elemental de pedagogía,— entraban Andros y Filos. Volvían de una comisión de la hermana de este último, pedida por el telefonógrafo aquella mañana. Sus rostros rebosaban contento y felicidad, pues la comisión les había salido á las mil maravillas, cosa que, por otra parte, no esperaban. En seguida, Evalinda, que comía una golosina de las que les había traído su papá, le dijo que dos señoras muy bonitas habían estado con su mamá hacía poco rato.

—Si, papá, dos señoras que seguían el ojo cuando mamá no las miraba,— agregó Adamiro, chupándose los dedos, gustando su parte de confitura.

Entonces Parelía les narró la entrevista con todos sus incidentes. La llamada Ventura la conocían. Era aquella hijita del almacenero que en otro tiempo les proveía de comestibles,— aquella niña que solía pedir permiso para cortar algunas flores, que jugó algunas veces con ella y más de una la rompió sus juguetes, de envidia, con sus manecitas de hierro, siempre sucias. ¿Cómo no se iban á acordar? Pero que con el andar de los años había llegado á ser una rica heredera. Su padre habría sido director de Banco y quién sabe si diputado ó senador, si no hubiera muerto...! ¡Niña ayer, convertida ahora en mujer, en dama casada con uno de los sujetos de la moda,—soñador de puestos espectables á cualquier precio,—señora aristocrática, Presidenta de la

sociedad «Las Hijas de Mandinga» (1), y quién adivinaba que más,—era el prototipo de la presunción, la altanería y la soberbia!

—Con efecto, ahora recuerdo. La muchacha prometía entonces,—dijo Andros.

—Como que Ventura tenía todas las trazas de un varoncito,—agregó Filos.

—En cuanto á la otra no la conozco. Dijo llamarse Virginia Honduras.

—¿Honduras?... Es un apellido nuevo para mí. ¿Y para ti, Andros?

—Lo mismo. Sin embargo, puede ser muy distinguido. Como desde algunos años acá vienen apareciendo apellidos y fortunas nuevas todos los días, no es extraño que no lo conozcamos. ¡Si es asombroso el número de familias opulentas que en la actualidad figuran, y que figuran bien...! No faltan diarios que, á propósito de cualquier cosa ó de la publicación de una colosal lista de regalos de boda, hagan á sus miembros novísimos, hombres ó mujeres de alta prosapia, adjudicándoles inteligencia, talento, aun cuando sean dichos sujetos más chatos que un diploma de ignorante. «¿Entiendes Fabio lo que voy diciendo?»

—En resumidas cuentas, Parelia, has contribuido para el baile...?

—¿Qué hacer, amigo mío? ¡Si hay *gente* tan fastidiosa!

—¿Y deseas concurrir á ese baile de beneficencia...?

(1) De *man*, hombre, y *dinga*, embarcación.

—¡Andros!

—Entonces, — continuó éste, — ¿ las romperemos ?

—No, asistiremos nosotros dos. Bueno es dar fe. ¿Qué opinas ?

—¡Hombre, malditas las ganas que tengo...!

—Pero tendrás tema para una jornada del libro... — dijo Parelia.

—¡Por supuesto! — afirmó Filos.

—De aquí al jueves, día de moda, media algún tiempo. Allá veremos. Lo que es la jornada XIV, la concluirás tú. Con lo que nos ha referido Parelia, nuestras observaciones y comentarios, bien puedes llenar algunas tiras de papel. ¡Cuidado con agregar mucho de tu cosecha, pues sueles ser demasiado amargo y por añadidura sarcástico! ¿ Estamos ?

—Luego la escribiré. Puedes, desde ya, darla por concluida.

—Ahora, vamos á comer, «á hacer por la vida, que ya harán por nuestra muerte. Vamos», — acabó por decir Parelia, con las mismas palabras del dramaturgo antiguo.

Y se dirigieron á la sala destinada á aquel objeto. Daban justamente en aquellas circunstancias las seis pasado meridiano. Como el apetito les empujaba, si vale la palabra, penetraron al comedor inmediatamente riendo con franqueza de todo lo sucedido en ese día. Momentos después comían tranquilamente, en medio de la alegre algazara de los dos chiquitines, que por ejercitar la lengua, más de una vez metieron las manecitas en un plato ó se embadurnaron las frescas, sanas y rosadas caritas con las salsas ó con el almíbar de los dulces. Nada

de esto omitió Filos en la jornada XIV, que concluyó de escribir aquella misma noche, y que leyó á Parelia y á Andros al día siguiente. Ninguno hizo la menor observación. Era la pura verdad con todas sus desnudeces.



JORNADA XV.

LA noche del jueves llegó por fin. Desde el día anterior, muy de madrugada, un sinnúmero de tapiceros, muebleros, jardineros, pintores, electricistas y artistas llenaban los zaguanes, vestíbulos, corredores, galerías, salones, salas y tocadores del Club, disponiendo, arreglando, adornando y confortando suntuosamente con lo más escogido, elegante y lujoso, aquel gran centro de reunión de la crema de la aristocracia y del buen tono de la sociedad fisiocratense. Las más espléndidas tapicerías, los cristales azogados combinados de distintas maneras, los dorados en profusión por donde quiera, las plantas y las flores más raras y fragantes, los saltos y cascadas de agua mezclados con infinidad de luces de colores, las estatuas, los bronces, las pinturas colgadas por todas partes, los caprichos más hermosos del arte del electricista y de la ornamentación, todo se encontraba allí confundido, amplio, cómodo, agradable, en un armonioso desorden y todo perfumado por pequeñas fuentes ó corrientes de aguas olorosas, que surgían de una caverna ó de una gruta artificial.

Cuando á la tarde quedó terminado el arreglo del

Club, sus salones, todo, ofrecía el golpe de vista más espléndido. Recordaba al panorama de un palacio encantado de cuento de hadas. Pocas veces el histórico Club de «El Progreso» —llamado así desde el siglo XIX— había recibido una transformación semejante, ni jamás sus cimientos soportaron el peso de tanto esplendor, ni de tanta riqueza. Se hubiera dicho que, por todo su enorme edificio, flotaba una ráfaga gigante de ostentación, empujando hasta sus más pequeños ángulos el gusto refinado y despilfarrador de nuestro siglo, á fuerza de derramar el oro á paladas, afeminando los espíritus y gangrenando los cuerpos insensiblemente. De cuando en cuando penetraba de transeunte ó de mosquetero, alguna racha de viento. Su voz era sorda, profunda, como la voz del abismo oída á larga distancia, que sobrecoje el espíritu y mueve la mente hacia lo desconocido que se siente íntimamente, pero que no se puede definir.

Cubierto por la inundación de semejante lujo colosal, casi fantástico,—el descarnado esqueleto de aquel centro social, presentaba una fisonomía moral y material completamente distinta á la de los días generales. Las mesas y los tapetes tentadores, habían caído, como ciertos ídolos, de sus pedestales, en el prudente olvido de algunas pocas horas, acallando y reservando, así, las sensaciones y los sentimientos que despertaban, para dar libre expansión al gozo, á la felicidad y á la mentira— que movía á la sociedad moderna— en una noche de esplendor, de encages, de brillantes, de hombres y mujeres oprimidos en un franco y cariñoso abrazo.

Ya los opulentos, con las fortunas ajenas, no formaban círculos con los filósofos especuladores ó con los

historiadores de la violeta, con los ignorantes ó con los indiferentes, para lanzar con su segunda intención la calumnia galante, el lodo refinado ó la infamia disimulada á la frente inmaculada de las excepciones honradas que llevaban el alma tan pura, como ellos las conciencias negras. En las portadas, corrillos ó grupos del Club, ciertos advenedizos ya no hacían la disección intelectual de éste, la moral de aquél, la física del otro, ni comentaban las costumbres ó la vida privada del pariente, del amigo ó del vecino. Todo había desaparecido. Sólo el edificio mostraba su cara lavada á los transeuntes y el viento seguía su monólogo sordo, arrojando al boulevard oleadas de perfumes. Nada más.

—No se puede negar que el adorno es regio,—dijeron los unos.

—¿Y la mesa? ¡Qué cosa magnífica! —agregaron los otros.

—¡Vamos á pasar una noche divina!—se prometían las damas.

—¡Cómo se advierte el gusto de «Las Hijas de Mandinga»—afirmaron los demás.

Todos á una, se deshacían en elogios. Nadie hablaba sino del suntuoso baile de beneficencia. Los diarios todos ocupaban dos columnas describiendo el arreglo y el adorno del Club y en felicitar á las distinguidas é inteligentes damas promotoras de aquella fiesta que, sin duda alguna, iba á hacer época y á recordarse por mucho tiempo. Los más entusiastas eran los diarios de la tarde, luchando á cuál sabía más si el varonil «Vonvo de la Tarde», «El Viejo Parche», «El Eco del País» ó «El Papelito», y todos juntos aplaudían y elogiaban, convertidos en turiferarios

de las autoras de la idea. ¡Cuánto incienso perdido en pro de goces pasajeros, y qué poco en favor de los intereses generales del pobre Pueblo Soberano, olvidado en un caño de los telefonógrafos ó enlodándose en las calles de las afueras!

--Sin embargo, es necesario que concurramos,—dijo Filos.

—Y concurremos, sin duda. Estoy picado de curiosidad,—agregó Andros.

Hacia las doce meridiano, los dos jóvenes concluían su tocado. Cuando estuvieron prontos con sus «chalecos de corazón» y bien enguantados, subieron al autómatas que les esperaba y se dirigieron al Club, prometiéndose volver temprano, una vez satisfecha la curiosidad, que juzgaban natural teniendo en cuenta la polvareda levantada por las hojas diarias. Por fin llegaron. Ni un alma había aún en los salones. Solos, en un momento los recorrieron todos, lo mismo que sus adyacencias. Más de una vez Andros tuvo que detener á su amigo que, distraído, se iba á llevar por delante un espejo ó á saltar un lago de vidrio por equivocación. Pero el tiempo trascurría y la concurrencia no aparecía.

--¿Sabes, Filos, que estoy con dolor de cabeza? ¡Malditos perfumes!

—Lo mismo yo. Es la falta de costumbre, — le contestó sonriendo.

—No es extraño que las damas sufran ciertas indisposiciones.

En aquel momento se detuvieron en el vestibulo. La concurrencia comenzaba á llegar. ¡El reloj del Club marcaba la una y media! Después se dejó oír por algunos ins-

tantes el ruido apagado de las ruedas de los autómatas y carruajes á la moda, el de las portezuelas al abrirse y cerrarse, el crugido del raso y de la seda de los vestidos, las voces de los concurrentes en todos los tonos y las algarazas de los cocheros. Parecía que las personas se habían dado cita á una misma hora. ¿Sería la impuesta por la moda? Los dos jóvenes sonrieron de aquella pregunta maliciosa. En un momento la amplia y tapiada escalera de caracol, al estilo del siglo XIX, la entrada y el vestíbulo quedaron inundados de polvos, de olor á afeites y á carne humana recién lavada, fresca, perfumada y atrayente. Aquel era un desfile desenfrenado de hermosura, de juventud, de vejez y de capitales llevados en los cabellos, en las gargantas, en los pechos, en las cinturas, de piedras preciosas y metales de valor.

—¡Sea como fuere la mujer, á mí me encanta!—exclamó Filos entusiasmado.

—¡Cuidado, Filos! Mira que el arte puede mucho... ¡Las luces, las flores y los adornos suelen dorar la píldora! Dime, ¿qué haces con la belleza del cuerpo, si yace el alma en la tumba de la vanidad y de lo superfluo?

—¡Vamos, Andros! Déjate de moralizar en estos momentos. Contentémonos con observar... ¡Si yo... hasta tocaría... si fuera permitido! ¿Y tú?

—¡Filos, eres un niño! Usa de tus sentidos y cuida de pecar con el pensamiento... La imaginación es traidora... Nada te sorprenda.

—¿Nada? Cuán injusto eres. ¡Si estoy deslumbrado..!

—No mires á la luz... que la del día trae la amarga realidad!

—¿ Es decir que de noche todos los gatos son pardos?

—Tú lo has dicho. Las miserias del alma las oculta una sonrisa.

—Veo que sabes usar del sarcasmo mejor que yo.

—No cuando escribes.

—Eso es diferente, porque los sentidos están donde la mente quiere.

—Pues haz como si en ello te encontraras. Observemos y nada más.

—Pon cuidado que nos escuchan... á la derecha,—le dijo Filos casi al oído.

Era un numeroso grupo de mosqueteros ó de socios del Club que hacían ostentación de no llevar los exigidos «chalecos de corazón» y de gastar fracs de color, en lugar del negro de etiqueta. Naturalmente esto llamaba la atención de las damas, principalmente, que no dejaban de condenar tal excentricidad en personas de posición y algunas de talento, periodistas, literatos, filósofos ó historiadores. Pero á ninguno le faltaba una rosa, el ramito usado, en el ojal de la solapa del frac. Situado el grupo en el vestíbulo de la escalera, complacido contemplaba desfilir la concurrencia, saludando á las relaciones y conocidos, criticando este tocado ó vestido sencillo, ponderando aquel escote exagerado ó riendo de los pliegues y arrugas del frac de un anciano que llevaba sus hijas—á merecer y colocar— al gran baile de beneficencia. Y los saludos nunca tenían fin.

—¿Cómo está don Manuel? ¡Siempre joven y elegante!

—¡Qué quiere usted, don Vicente...!

—Adios, Lucio. Te traigo recuerdos de Miguel... Siempre en viaje.

—Señora... Señorita.

—Don Juan Carlos, beso sus manos. Le felicito por sus conferencias.

—Lo que le estimo, don Nicolás.

—Y, Adolfo, ¿ya pareció aquello?

—No, don Victorino. Creo que pronto... Que se divierta. Adios.

—Señor Ministro... ¿Cómo está General?... Señor Contra-almirante.

—Lo espero en mi despacho mañana... Es decir, luego.

—¿Resultó del acuerdo..? ¡Ja... ja... ja!.. ¡Comprendo..!

—Señoritas... Que pase un buen rato don Torcuato.

—Adiós María Luisa... ¿Cómo está usted Lucrecia?

—Don Rufino... Don Zenón... ¿Y cómo va el pleito de marras?

—Hemos recusado el juez... Pero lo ganaremos. Aquí está Rufino.

—Señora... Don Cornelio...

—¿Le conoces? — dijo uno muy despacio.— Es la pantalla de su mujer...

—¡Pero es diputado! Querido, todo tiene sus compensaciones en la vida.

Y aquello era nunca acabar. El numeroso grupo de mosqueteros conocía á todo el mundo. Hubieron con perjuicio de los guantes, fuertes apretones... de manos, propósito de nada ó de cualquier cosa insignificante, lo mismo que palmadas y abrazos, porque el uno se caaba pronto y bien, ó porque el otro recién llegaba de una larga y penosísima expedición científica al Polo; por un viru-

lento artículo crítico, por un tomo de poesías originales ó traducidas, que estaban de moda, por un libro nuevo, por una notable novela; en fin, por esto y por lo de más allá. Las felicitaciones sinceras de admiración y de agradecimiento se prodigaron en gran cuantía. Varias veces Andros, sonriendo maliciosamente miró á su amigo, al ver que dos enemigos en ideas, en artes y en ciencias, se estrechaban como si fueran hermanos que estuviesen de común acuerdo en sus ideales.

Poco á poco la concurrencia dejó de llegar y solo uno que otro rezagado subía la escalera precipitadamente. Entonces, los dos jóvenes abandonaron el vestíbulo. Cuando enfrentaron á la primera puerta del salón de la izquierda, éste presentaba el cuadro más animador. El del frente, que daba al boulevard, y, principalmente, la espaciosa sala de los frescos, de la derecha, ofrecían á la mirada de los dos jóvenes el espectáculo más hermoso, sin comparación, original, en medio de la música, de las voces multiplicadas al infinito, del ruido de los platos y del chocar de los cristales, rebosantes de espumosos vinos y de exquisitos licores. Aquello parecía la fiesta de la alegría y de la felicidad suprema, — por que todos los semblantes se animaban, todos los labios se contraían para imprimir una sonrisa enloquecedora, que enardecía, que hacía soñar despierto, que alejaba los temores, daba brios, exaltaba la imaginación y la movía de lo conocido á lo desconocido. ¡Cómo se advertía que el hombre gustaba de la compañía hermosa y espiritual, lo mismo que de la luz, de la música, del vino delicado y del rico licor!... «Las Hijas de Mandinga», merecían un franco aplauso.

--¡Qué gusto y qué magnificencia! ¿Verdad, Alberto?— dijo una niña.

—La estética femenina en todo su apogeo,—la contestó aquél.

Y la pareja fuese á perder en el fondo del salón, donde se danzaba en aquel momento un furioso vals del siglo XIX. Luego que Andros y Filos se hubieron refrescado, abandonaron la sala y se encaminaron á una de las galerías en busca de un par de butacas donde descansar un instante. Después de mil vueltas y revueltas, idas y venidas, encontraron dos, medio ocultas entre un grupo de señoras y de caballeros, que se disponían á armar unos *carabineros* á la moderna. Sin embargo, sentados, desde allí podían perfectamente dominar gran parte de galería y del salón principal, de aquel hervidero de carne humana. Mudos durante algún tiempo, Filos se entretenía en mirar los escotes ámpliamente provocativos, las formas espléndidas dibujarse pronunciadamente en los vestidos, y, Andros, como distraído, oía la conversación de una linda dama madurita con un jovencito lampiño, de cara viciosa y de modales libres y desenvueltos, que tenía á su lado.

—¿Y cree usted, Angel, que este baile arrojará algún beneficio...?

—¡Qué disparate, Laura!—la contestó.—La suscripción no ha alcanzado ni para pagar el adorno. Lo demás lo abonará el Club.

—¡Qué me cuenta usted! Es decir que los beneficiados...

—Somos los concurrentes. Nadie más.

—¿Y «Las Hijas de Mandinga...»?

—¿Que harán?—interrumpió el jovencito,—las cuentas del gran Capitán. . .

—¡Eso no es posible, amigo mío!--exclamó la dama admirada.

—Como usted, Laura, lo oye. Pero á los dos, eso ¿qué nos importa?

—Angel, ¿por qué me mira usted así? ¡Me va á comer con los ojos!

—Si ellos, Laura, solo existen por usted. . . ¡No me negará que es usted divina!

—¿Volvemos? Mire que no le perdonaré. . . ¡Si la juventud supiese!--exclamó suspirando.

Andros tentado de la risa, sacó á su amigo de su contemplación; algo le murmuró al oído, porque en seguida ambos rompieron en una carcajada comprimida que no dejó de cortar á la enamorada pareja de la dama y del jovencito. ¡Aquello era el colmo de lo sublime! Todos los amores románticos de la historia, quedaban eclipsados por aquel de Laura y de Angel; más aún, eran humo y pavesa comparados con el de sus vecinos! ¡Pero qué cosa tan rica! ¡Ni Dios, con su poder y todo, soñara uno semejante! Y aquella divina pareja, prudentemente dejó las butacas y se perdió en el gran salón ó fué á buscar un nido mejor donde poner el hermoso huevo de su castísimo amor. En ese mismo instante concluían los *carabineros*.

—Aquí tenemos butacas. Descansemos, Alejandro.—dijo una de las danzantes.

—Con que ¿me vas á dar esas flores de azahar que llevas en el seno?

—¡Nunca...! Tú siempre pides imposibles, amigo mío. Si te oyera Eugenio!

—¡Vamos, Margarita! Hay puntos suspensivos en tu negación...

—¿Cómo los has advertido?

—¿Es, por ventura, signo de esperanza? ¡No me hagas padecer!

—Yo no te he dicho eso... Mira, lo pensaré... Y ¿tú qué me darás?

—¡Mi vida!... Lo que quieras. Sólo de ello depende que hable á tus padres.

—Tómala, caprichoso...! Nó, mañana las recibirás en casa.

—¡Un siglo de espera! ¡Cuánto te amo, Margarita!

--¡Silencio, Alejandro, nos están oyendo...! ¡Qué vergüenza!—exclamó, poniéndose encarnada hasta la niña de los ojos.

Dejóse oír de nuevo la orquesta. Los dos novios se enlazaron en un cariñoso abrazo, perdiéndose en los vertiginosos compases de un vals, en el final de la galería. Y otra vez las butacas se encontraron ocupadas. Cierta reserva misteriosa, el hondo temor de una sorpresa inesperada, algo como una lucha interna, íntima, silenciada durante mucho tiempo,—subía al espejo de la cara de aquellos dos seres humanos atraídos por el poderoso imán de una simpatía profunda y criminal, por una de esas pasiones de los sentidos donde el alma parece estar ausente, donde la conciencia del deber contraído ha muerto en un instante alevé y cobarde, y sólo existen dos cuerpos, dos dinamos movidos por un deseo brutal, arrojando una luz abrasadora por los focos de sus ojos.

Sin embargo, hacían esfuerzos supremos por parecer tranquilos, como el que ha delinquido, á las miradas acusadoras. Pero el amplio y turgente seno de aquella espléndida mujer, el subido carmín de sus mejillas arrebatadoras, su misma inquietud incesante, demostraban claramente lo que estaba experimentado en lo más querido de su ser. ¡Qué combate salvaje el de su acompañante por disimular, por demostrar serenidad, casi indiferencia á los demás, los ojos húmedos y los labios secos, la voz apagada en su garganta anudada y presa su cuerpo todo de la fiebre!

—¿Quiénes serán?—se preguntó Andros, mentalmente.

La conversación que mantenían era en extremo animada y baja. Casi sus cálidos alientos se confundían. Por otra parte, lo que hablaban no dejó por eso de llegar apenas á los finos tímpanos de Andros, aguzados por la curiosidad. En medio de la alegría y del murmullo general, de las notas de la orquesta que rodaban y rodaban por la atmósfera tibia y perfumada, aquellos dos amantes volvían á reanudar un antiguo amor, cortado temporalmente por el impuesto matrimonio de la joven y por la ausencia del sugeto, amargado por aquel enlace maldecido mil veces.

Viejo prostituido y cínico, mariposa de placeres pasajeros conseguidos á fuerza de traiciones y de oro, el marido de la dama jamás la tuvo miramiento alguno, ni respetó sus justificadas quejas y lágrimas de esposa, y se encogía de hombros ante las murmuraciones sociales. ¡Cómo sería su temple moral que no le importaba un bledo que su mujer le sorprendiera con una de sus más íntimas amigas, á altas horas de la noche, abrazado

encima de un mueble de su gabinete de estudio! La idea del divorcio, se la habían combatido á la joven las autoridades competentes. Era dar un escándalo más, que la sociedad entera condenaría. La posición del marido estaba antes que la separación!

—Pero ¿quién me obligará á no amarte?— exclamó la joven.

—Aquí donde «¡ muchos no podrían arrojar la primera piedra!»

Ella se le entregaba sin rodeos, al parecer sin escrúpulo alguno... empujada hacia lo más horrible del abismo por los escándalos y los vicios de su marido. Temperamento el de la joven inclinada al crimen, éste al fin cobraba proporciones enormes al lado del hombre á quien únicamente había amado. Su espléndida naturaleza parecía entonces despertar de un sueño penoso, apareciendo en sus labios húmedos lo que llevaba oculto en lo más recóndito del corazón: ¡amor, amor inmenso! Al mismo tiempo torrentes de ódio, de ese ódio de la mujer, indefinible en la plenitud de su vida y de su hermosura, de repulsión y de vergüenza, aparecían en su diminuta y sonrosada boca. Y unas veces sentía amor y otras odio. Pero aquella lucha entre la pasión y el martirio, el amante y el esposo, la hacían padecer hondamente, no comprender lo que decía, y delirar!

—Elvira, mi único bien... ¡cuánto habrás sufrido!

—¡Me he sentido agonizar pensando en el tiempo pasado! ¿Recuerdas?

—¡Sí, recordando he existido! Tu imagen querida ha sido la que me ha salvado en mis horas de suprema y amarga duda. Y, sin embargo, nunca creí volverte á

ver. Pensé que amabas á ese hombre, que un dia fué uno de mis mejores amigos. ¡Aún no he perdido la esperanza de ser feliz!... Pero tú no te sientes bien... Tu rostro ha empalidecido... ¿Qué tienes?

—Es que *él* acaba de pasar por aquel salón,— dijo la joven, apenas.

—Debemos separarnos. ¿Cuándo nos volveremos á ver.. ?

—Espera...

—¿Dónde...?

La dama arrojó á su oído algunas palabras que Andros no pudo alcanzar. Después ambos se levantaron y se dirigieron al salón del frente, del que á poco volvió á salir el sugeto, ganar la galería de la guardaropía, y, en seguida, abandonar el Club. Fué vano que Andros les buscase con la vista luego. ¿Habrían desaparecido? Filos se sonrió maliciosamente. Aquella escena de unos cuantos minutos, iba á tener sus consecuencias más tarde ó más temprano. Ya tendrían ciertos centros sociales de qué ocuparse... ¡Todo se sabe siempre! Y á veces la imaginación suple la falta, exista ó no el delito, haya ó no culpa. La murmuración no quiere equivocarse nunca. «Lo que vieron dicen todos y no mienten al decirlo... Y en fin, porque los sentidos son para usados á tiempo, sin pensar en el vecino,»— como aseguraba un gran pensador de la antigüedad.

—Y bien, Filos; ¿no te amarga lo que has visto y te he referido?— dijo Andros

—¡Desprecio y no otro sentimiento es lo que me despiertan ciertas cosas! Evita tú el sarcasmo, lo que sube á los labios y no se puede decir, cuando uno es

testigo de miserias semejantes y de enfermedades sociales incurables. ¡Quién sabe lo que ha pasado, y está pasando actualmente entre el mar de carne humana que se agita en los salones! ¡Cuánto naufragio moral! Y, tú ¿qué opinas, Andros,— le preguntó el joven.

—¡Que no es oro todo lo que relumbra! Nada más, amigo mío.

Y guardaron silencio mirándose fijamente. Todo lo que pensaron y se dijeron en aquella mirada, conociendo los caracteres y sentimientos de ambos, no sería imaginable, ni nadie lo hubiera comprendido, ni mucho menos creído. Pero la presencia de una pareja, marido y mujer, de algunos años bien contados, vino á interrumpir aquel diálogo de sus ojos. Hacía algún tiempo que andaban buscando asiento y recién lo habían encontrado. Suspiró la dama de cansancio ó de aburrimiento al dejarse caer en la butaca. Bostezó ella y en seguida él. Pensaron que los bailes duraban demasiado en contra de la higiene, de la salud, si bien sus hijas se divertían y podían pescar algún buen partido. Esto se lo decían mentalmente.

—¡Nunca me he divertido tanto!— agregó la señora, conteniendo un bostezo,

—Ni yo. ¡Estoy encantado, deslumbrado!— dijo el marido.

Se sucedió una ligera pausa. El tipo de la vieja con sus cabellos canos cortados á la moda, con el reboque de su cara, liquidado en parchones, con sus vestidos ajustados y lo desencajado de sus ojitos verdes, despertó en Filos el deseo de reír á sus anchas; pero, Andros, le contuvo con un guiño. ¿Y el viejo? Si parecía estar

ahorcado con sus cuellos, ahogado con su frac, martirizado con sus pantalones y en un potro con sus zapatos de charol! Sin embargo, decía que jamás había estado más cómodo, ni á su gusto. ¡Cómo se divertía ella!— y se le cerraban los ojitos.— ¡Estaba él deslumbrado!—y bostezaba sin cesar viendo dormitar á su consorte. Llegó un momento, en fin, durante el cual se quedaron ambos dormidos...

—Las cuatro y media,— dijo Andros, consultando su reloj.— ¿Vamos?

—Si, vamos á refrescarnos. La última vuelta,—le contestó Filos.

Y se sonrieron del grupo de sus vecinos, al ponerse de pie. Al entrar á la sala de los refrescos, Andros sintió dos golpecitos en el hombro. Dióse vuelta inmediatamente y se encontró frente á frente con el jovencito de marras, con aquel Angelito que hacía la corte á la madurita Laura. Le dijo que lo había andado buscando toda la noche para preguntarle si tenía monos en la cara. Que nadie tenía el derecho de burlarse de las personas distinguidas, ni mucho menos de las señoras, y que esperaba, por último, le diera una satisfacción en el campo del honor. Miróle fijamente Andros, mientras Filos se mordía la labios de risa, y después de asegurarle que sería un tonto si tal cosa hubiera creído, le saludó con una inclinación de cabeza. El jovencito plenamente satisfecho balbuceó una excusa y se retiró.

—¡Pobre bellaco!— exclamó Filos, soltando una carcajada.

—Es un ejemplar de nuestra moderna juventud...— dijo Andros.

Y se internaron en la sala. Después, cuando se encontraron en el boulevard luchando por encontrar el autómata, era ya pleno día. Entonces la desilusión de Filos fué completa. Los rostros de aquellas damas, pálidos ó amarillentos, los encajes ajados, los brillantes apagados, fatigadas y soñolientas confirmaron lo dicho por su amigo algunas horas antes. Había caído la venda de sus ojos y la realidad le parecía harto amarga! ¡Cuántas anémicas, qué número de cloróticas! Sin embargo, algunas las había muy hermosas; pero, en extremo, cansadas, deseando reposo. ¡Cómo el arte y la animación, las luces y las flores, transformaban los seres humanos! Y mientras subían al autómata, le dijo á Andros:

—¡Este edificio se derrumba! No tardará mucho tiempo.

Mientras se alejaban, la confusión de las voces y de los vehículos, las carreras de los unos, los gritos de los otros, el ruido de las partezuelas, el crujido de las solas, y los bostezos,— todo, poco á poco, fué desapareciendo ante los claros ojos de la mañana, ante el despertar de la ciudad. Cuando llegaron á su domicilio, Andros le preguntó á su amigo si se había divertido, gozado, y si otra vez volvería á concurrir á algún nuevo baile de caridad eterna!

—¡Ni aún cuando me ofrecieran un seguro de vida!

—¡Con tal de no recibir más desilusiones!— acabó por decir Andros.

JORNADA XVI.

HACIA las doce del día, Filos se despertó alarmado. Creía haber oído, entre el sueño, algo parecido á dos detonaciones. Se incorporó en el lecho inmediatamente, miró á su alrededor, contuvo la respiración y aguzó el oído... Nada. Sólo la gran ciudad en su pleno movimiento, le enviaba el colosal é incomparable estrépito de su febril actividad incesante. Sonrió entonces de su presunción. Había estado soñando algo que no acertaba á recordar. Preocupado por aquella idea, empezó á vestirse sin gran apuro. Mientras se lavaba fué poco á poco recordando — en una continua asociación de ideas, de consecuencia en consecuencia — las sorpresas, los deslumbramientos y sensaciones que había experimentado durante el espléndido baile de beneficencia de «El Progreso». Todo desfiló en un momento por su imaginación. Pero lo que le tenía preocupado, no aparecía en su memoria, ó lo tenía tan presente que no lo veía. ¡Cosa extraña! Más de una vez se había detenido en ello, pero no lo cogió á tiempo. Se le escapaba de la mente, como una bolilla de mercurio se escurre de entre los dedos.

—¡Vamos!—se dijo.—Lo más claro y evidente suele ser á veces lo más oscuro.

Volvió de nuevo á su revista mental é insistía deteniéndose en aquello que le parecía más claro. ¿Sería esto..? Y la evidencia desaparecía. ¿Sería estotro..? Lo analizaba detenidamente y sacaba sus conclusiones... Pero nada. Volvía de nuevo á pensar... Peor que peor. ¡Vamos, que iba perdiendo la paciencia y ofuscándosele la inteligencia! En consecuencia trató de alejar aquel tenaz pensamiento y de distraerse poniendo los cinco sentidos en su peinado. De pronto se olvidaba de éste, la maldita idea venía otra vez á su mente, y, reflexionando, se quedaba con la mano en el aire ó mirándose al espejo sin él mismo verse. Pero al apercebirse de ello, movía la cabeza con impaciencia, y, por último, concluía por reirse de semejante terquedad. Dejó pasar un momento. Después, cuando ya casi había terminado su peinado, se detuvo... De improviso su faz se iluminó instantáneamente, escapósele el peine de la mano y dejóse caer en una silla riendo como un loco. Luego exclamó:

—¿Será la fuga de la pareja, del baile..? ¡Eso es, no me cabe ahora la menor duda! ¡Caramba, que ha sido laborioso el parto del incidente..!

Dos estruendos fuertes, secos, como descargas de cañón, se dejaron oír en el espacio, justamente en aquel momento. ¡Casualidades increíbles! Los dos estruendos anteriores á éstos habían sido los que le recordaran alarmado. ¡Cómo sin quererlo se justificaban ciertas cosas! Pero ¿qué sería lo que motivarían las bombas? ¿La salida de un boletín anunciando lo mismo que él pensaba? Alguno de los diarios de la tarde había pescado el suceso y lo comunicaba al público, quien debía conocer las más altas noticias sensacionales. «Faire toujours mieux»,

¿no era la bandera de los más listos, de los más interiorizados en los acontecimientos sociales? Eso debía ser. ¿Pero cuál de ellos hacía circular el suceso? En estos casos ¿cuál era el más avisado, el mejor servido? Y agregó:

—Ese boletín es de «El Vonvo de la Tarde». Apostaría mi cabeza, sin cuidado alguno.

Para convencerse hundió el botón de la campanilla telefonográfica. En seguida, Parelia le manifestó que podía hablar. Entonces, la preguntó si ya se había levantado Andros. Le contestó afirmativamente, agregando que le estaban esperando en la sala de comer. ¡Andros le aguardaba para comunicarle una sorpresa divina! Filos, que comprendió inmediatamente lo que deseaba decirle,—segundos después se hallaba al lado de su amigo. En tanto hacían el medio día, entre un plato y otro, les refirió cómo se había despertado, sus dudas y vacilaciones respecto de una idea tenaz, su grito arquimédico, la comprensión de aquella idea y las dos descargas consecutivas. ¡Pero qué casualidad! Andros también había pensado en lo mismo, y no hesitó ni un segundo en creer que las descargas anunciaban un boletín de «El Vonvo de la Tarde», registrando el suceso que, mejor que nadie, ellos conocían perfectamente.

—Justamente, — dijo Parelia,—en el momento que me refería lo mismo. . .

—Y tú me observabas que era imposible que se llegara á saber,—añadió Andros.

—¡Pero qué es lo que hoy no llega á conocer el público!—repuso Filos.

—Eso es cierto,—afirmó Parelia.—Ni los ajuares, ni los vestidos, ni los regalos, ni la belleza y hasta la intelligen-

cia de las novias... pudientes escapan á los ojos de los cronistas sociales, ni á todo el público en consecuencia.

—¡Qué...!—exclamó Filos.—La camisa, el corsé, los calzones, las enaguas, las medias, las sábanas, el valor y el monograma que han de usar las novias, lo más secreto y hasta lo más pueril, todo, ha llegado á ser material de información, de crónica de diario! ¿Y qué diré de los escándalos sociales..?

—¡Qué hubiera dicho el pudor de las vírgenes sociedades del siglo XIX, de semejantes reportajes!—añadió Andros.—Y de este boletín ¿qué hubieran dicho..?

Y le pasó á Filos la hoja impresa, que hacía algunos momentos que había mandado comprar. Seguramente más tarde «El Viejo Parche» lanzaría otro á la circulación, mejor informado y con más detalles. Pero «El Votivo de la Tarde» le había ganado el tirón, demostrando su superioridad cronística y su buen servicio sobre aquel gallo cócora del periodismo fisiocratense en materias de infernes y de ecos del día. Pero Filos, dejó á un lado el boletín, y continuaron el almuerzo. Andros se preguntaba de qué medio se habrían valido para pescar aquel noticia de «padre y muy señor mío»—verdadera primicia para los desocupados, los curiosos y los centros de la crítica, del escarnio y la murmuración de buen tono. Ahí estaba la gran cuestión. Recién cuando sirvieron el café, Filos comenzó la lectura del boletín, el cual guardaba una prudente reserva á propósito de los apellidos de los protagonistas del gran suceso.

«Ella, decía el boletín, era una de las damas más distinguidas y conocidas de nuestra sociedad, vendida por sus padres al oro y á la posición de un opulento funcionario

que desde un principio no supo valorar el tesoro que se le entregaba. Su hermosura y su educación, su talento y su espiritualidad, le habían conquistado á la dama uno de los puestos más salientes en los salones más aristocráticos. Siempre atenta, amable y condescendiente, era el modelo que las unas copiaban y que las otras envidiaban.

«Sus numerosas relaciones y amistades, la distinguían y estimaban sinceramente. Desde hacía algún tiempo venían notando en su semblante el velo de la tristeza y la sombra de una melancolía profunda, que daba á sus ojos lánguidos una expresión dulcísima y encantadora. Muchas fueron las versiones que se prodigaron al respecto. La que más prevaleció de todas, fué aquella de que el marido era quién tenía la culpa, — sujeto que, con sus desórdenes y vicios, se había hecho célebre desde épocas pasadas. Los bastidores y los camarines de algunos teatros «de rompe y raja», muy en alto habían puesto de manifiesto toda su conducta anterior y posterior. La actual era una orgía continuada.

«Naturalmente, la dama con aquella conducta jamás interrumpida, padeció sobremanera, sufrió la más cruel decepción y llegó hasta ver comprometidos su hogar y su honor de esposa. Vírgen, candorosa, arrojada brutalmente á los brazos de un libertino consuetudinario que sólo había deseado poseer su espléndida belleza inmaculada, — la primera noche de bodas fué su primer hondo pesar, la desilusión más completa y la adversión más profunda hacia su marido, violento, impúdico, brutal. Lógica, pues, era aquella repulsión que ella sentía por el matrimonio, que consideraba como el lazo más funesto para la mujer. ¡Claro! Había sido herida en lo más deli-

cado de su pudor de esposa y en su dignidad de mujer. Y, sin embargo, él, su marido, continuaba aquella vida infame, que toda la sociedad condenaba y repudiaba. Ella, callaba, evitaba su presencia, pero su carácter se iba haciendo cada vez más reservado y meditabundo.

«Sin embargo, no había faltado, hasta entonces, á los más sagrados deberes de esposa y de dama, que le imponían la ley y la sociedad. De esto tenía su marido plena confianza. Pero, cuando la mujer, que había empezado á odiar se la empujaba violentamente al abismo, la caída era infalible, fatal. Ciega, delirante, presa de la desesperación, la simpatía del sabroso delito la hundía en lo más profundo, sin comprender ó sin valorar tal vez las funestas consecuencias que ocasionaba la consumación de su gravísima falta. Caía allí donde desgraciadamente no alcanzaba la mano del perdón, ni mucho menos la consideración social, que acusaba, pero que no absolvía.

«Alguien había hecho correr la especie de que en sus rosados y sonrientes días de soltera — hasta poco tiempo antes de casarse con el opulento libertino — había mantenido relaciones amorosas con un distinguido joven que la jurara hacerla su compañera querida. Pero, al respecto, nada se sabía de positivo, ni qué había sido del joven después del sonado y ruidoso casamiento de la hermosa dama. Sus mismos padres ignoraban aquel amor, que jamás les revelara la joven. Lo positivo fué que ella se casó con el acaudalado calavera, que martir vivió durante todo su matrimonio y que su acentuada melancolía hizo pensar en muchas cosas, que no pasaban de suposiciones y rümore, de creencias vagas y díceres infundados. Nadie le había podido tachar algo, ni jamás la

sorprendieron fuera de aquello que era permitido y acostumbrado en sociedad.

«Los más insistentes galanteos y las adulaciones más exageradas, las había sofocado al nacer con la más sana, altiva y severa sonrisa, evitando con delicadeza, dulzura y espiritualidad, las más recias tiradas á fondo de los esgrinistas afamados del amor... pasajero é inmoral. Perdonaba estas y muchas otras ofensas *galantes* á los amigos, más íntimos de su marido, los cuales habían concluído por estimarla de veras y por respetarla sinceramente. Era, decían, una mujer excepcional, y si hubiera tenido hijos habría sido la madre más cariñosa y más ejemplar! Pero, cuando entabló su demanda de divorcio — hacía un año — sus parientes, los amigos de su consorte y los jueces mismos, la aconsejaron que desistiera; y, así lo hizo, por el *honor* de su marido, por el suyo propio y por la moral social. Ella siguió mostrándose altiva, delicada y severa, pero... siempre meditabunda y melancólica. Parecía sentir la nostalgia de *algo* ó de *alguien*!

«¿Quién era el marido? Su historia la conocía todo el mundo, lo mismo que su origen y el de su fortuna. Se parecía á la de muchos otros de su misma estirpe *elevada*. Hijo de padres desconocidos — que él había hecho descender del tronco de una distinguidísima familia europea antigua de pergaminos y de abolengos — se ignoraba dónde había pasado su infancia. No se sabía ciertamente si era extranjero ó nacido en una de las confinadas provincias argentinas. Lo cierto era que un día apareció el tal advenedizo cursando los estudios preparatorios en la escuela politécnica. De ésta pasó, nadie sabía cómo, á los cursos de ampliación de la Universidad

y algunos años después á la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales. Desde un principio se había mostrado licencioso, altanero, retraído y poco comunicativo respecto á sus ideas íntimas. La envidia de toda fortuna legítima ó malamente conquistada, era una de las *cualidades* más salientes de su carácter.

«A partir de aquí, que era lo único que se ignoraba, la historia de su vida ulterior—á la que se refería el boletín—la conocía todo bicho viviente. Merced á influencias que él supo conquistar cometiendo mil bajezas, había conseguido graduarse, y que algunos diarios de entonces le dieran un *bombito* á su tesis, basada en un tema antiquísimo y olvidado de puro viejo: «La propiedad es un robo». Y con ella causó el efecto que se había propuesto. Ignorante, pero astuto, tendió una grosera celada á la prensa, bajo el disfraz de una exagerada modestia, y su tesis fué discutida, criticada y comentada durante muchos días. Los diarios de la oposición sistemada la censuró y condenó duramente, y los gubernistas creyendo que el tiro de aquéllos iba dirigido á ellos, lo que ninguno había soñado— como tenían cola de paja—comenzaron á defender la tesis y concluyeron por poner por los cuernos de la luna á su inteligente autor.

«La pobre economía política tuvo que soportar mil malas interpretaciones, mil manoseos y mil vejámenes. Cuando la tempestad pasó y se olvidó la cuestión, el abogado se restregó las manos con íntima satisfacción, considerando su hábil fumada... obra de genio! Desde entonces fué un jurisconsulto eminente, asediado, consultado, candidato para ésto, aquélllo y lo de más allá, y sin tiempo para poder atender á su estudio y... á sus

queridas! Una de éstas, viuda opulenta, sin hijos y casi sin parientes, dejó de existir de pronto una noche, víctima de una afección violenta al corazón, que certificó un médico... sin escrúpulos. La bondadosa señora, que le profesaba un amor entrañable, dejó al distinguido legista de heredero universal de una fortuna de varios millones. Si se agregaban los honorarios que había ahorrado y el aumento de las propiedades con el andar de los años y de la especulación, resultaba su colosal fortuna limpia, honrada y saneada, de la que gozaba sin cuidados.

«Dueño absoluto de aquellos caudales sin tener nada en qué pensar, arrastraba una vida disipada, libertina, de escándalo en escándalo. Sin embargo que la sociedad murmuraba y condenaba su vida inmoral, jamás le cerró las portadas de sus salones, ni mujer alguna evitó su presencia ó huyó sus galanteos de un refinado cinismo, ni censuró sus palabras, algunas veces *desnudas*; pero dichas con tal gracia, entonación y espiritualidad, que las damas concluían por perdonárselas sonriendo. ¡Era tan original y tan rico...! Él, en sus adentros, se mofaba de todas, considerando á la mujer como un mueble... ¿Necesario? Si, para ciertos momentos—como un autómatá ó una palangana! En la naturaleza, como en el arte, decía, todo era útil relativamente, nada imprescindible, exceptuando el oro que todo lo conseguía dadas las circunstancias, que jamás faltaban.

«Entre el crecido número de sus amigos, contaba con uno á quien muchísimo quería por su carácter sin doblez y firme, que le contradecía de continuo, mientras que los demás le aplaudían hasta sus mismos desatinos. Por

eso le amaba y le confiaba sus más íntimos secretos, sin poder decir que su amigo hiciera lo mismo con él respecto de los suyos propios. Era en vano querer penetrar en el corazón de aquel que, al lado del opulento abogado, parecía un niño. Y en efecto, el joven era mucho menor, pero más reservado á fuerza de haber recibido todos los días decepciones abrumadoras de los hombres. El abogado, hasta entonces, era el único que le fuera fiel. Los demás habían sido mariposas al rededor de la luz... de su metálico.

«Esto sucedía poco antes del casamiento del abogado. Lo único que no le reveló á su joven amigo. ¿Por qué guardó tal reserva el advenedizo aquel, como muchos, elevado á lo más alto por una zapallada de la ciega fortuna? Si algo supo el joven guardóse muy bien de decírselo: jamás cometía indiscreciones. ¿Deseaba el rico calavera darle una sorpresa? ¿Temía, acaso, que su joven amigo condenara el paso que iba á dar, conociendo el pésimo ideal que se había formado del matrimonio, de la mujer y del hogar? Probablemente, porque la conducta y las ideas del abogado eran la más palmaria expresión del pesimismo más desconsolador respecto de materias conyugales. Por educación, por principios y por temperamento era un ser inaccesible á las grandes y verdaderas pasiones, torpe y ciego para ver en el fondo de la mujer tescros de ternura, de delicadeza y de idealismo. Era cobarde y material, como todo tipo degenerado y corrompido, ante la verdad y la moral que hablaban á la conciencia y despreciaban á la carne!

«Después de un brevísimo noviazgo, el abogado se casó, obligado por los padres de la niña á causa de ciertas

ligerezas cometidas por él en la casa... La venta quedó efectuada. ¿Amaba él á la hermosa joven? ¡Qué sarcasmo! Lo que codició fué su magnífica belleza de rostro y de formas, que no pudo hacer suyas de otra manera. Ella cayó en sus brazos, fría como el mármol, incerte como la piedra, sin desplegar los labios, ni verter una lágrima sola. Le dió su cuerpo, pero le negó los tesoros de su alma. Entonces, su marido despechado buscó el calor que ella no le concedía en otras mujeres hipócritas y relajadas, encenagándose hasta la raíz de los cabellos, rabioso, hambiento, brutal!

«¿Y su amigo más íntimo y querido? En vano le buscó. Había desaparecido el mismo día que le invitó á su enlace: la noche de sus bodas. Le dejó en mano de uno de los criados una tarjeta que leyó sin comprender. «He perdido toda esperanza sobre la tierra. Parto para no volver. Adiós». El abogado rompió la tarjeta, y, al arrojar los pedazos, pensó que su amigo se había vuelto loco. ¡Él solo quería reinar en su corazón! ¡Celoso de su mujer! Verdaderamente, era un niño. Y no volvió á pensar más en él, mientras el tiempo transcurría pausadamente. Su mujer, entretanto, seguía siendo siempre la misma, fría, indiferente, melancólica y pensativa. Él continuaba buscando las embriagueces de los placeres y los goces pasajeros. Después, vino entre ambos cónyuges una separación voluntaria. Más tarde ella le sorprendió en amores con una de sus amigas. De aquí había nacido la demanda de divorcio, que retirara después.—«Pero el hombre,—observaba el boletín,—se hastiaba de todo, más tarde ó más temprano, pero era para soportar la cruz de sus faltas.»

«Poco antes del día del gran baile de caridad de «El Progreso», el jurisconsulto comenzó á enamorarse perdidamente de su mujer. Demasiado tarde. Ella le evitaba y salía de casa continuamente. Imposible era acompañarla. La mandó seguir. Sus pesquisas fueron inútiles. Él mismo se convirtió en policía, vigilándola y persiguiéndola de mil maneras, pero sin obtener ningún resultado. Ella iba á visitar á sus amistades y relaciones, como evitando su nauseabunda presencia. Le huía, como á la idea de la muerte huyen los satisfechos de su suerte. Entonces aquel marido desairado, despreciado, se consideró ruín, pequeño, y sintió por la primera vez en su vida un vacío profundo en el corazón, mucho frío en el alma y un mundo de remordimientos empezó á roerle la conciencia. ¡Qué desesperación! Desde luego, descuidó su tocado: por entre los cabellos que empezaron á desteñírsele, aparecieron las viejas canas del libertino. Cogió el frasco de la tintura; pero, en seguida, le arrojó con desprecio. ¡Debía ser como lo quería la naturaleza! Y después de tanto tiempo lloró silenciosamente en su aposento lágrimas de sangre, las primeras sinceras que vertía en su vida!

«Pocos momentos antes del gran baile, se permitió llamar con timidez á la puerta de su consorte. En aquel momento no podía recibirle... Esperó. Poco después se le presentó hermosa como un angel, envuelta en una nube de immaculados encajes y cubierta de purísimos brillantes. Parecía la mujer de un ensueño, de una fantasía de Poe ó de un poema de Shelley. Preguntóle, muy luego, qué la quería, qué descaba, como á un extraño. Él, sin articular palabra, cayó á sus plantas demandándola perdón!

La dama le contempló un instante, no con lástima sino con desprecio. Después le indicó que se levantara. ¡Era ya tarde! Todo había concluido entre los dos. En otro tiempo, él la hubiera amenazado... En aquel momento suplicaba, humillado ante la voluntad y el carácter de aquella gran mujer. Fué inútil. Ella no cedió. Pero, ¿podía acompañarla al Club? La dama luego de reflexionar un instante, le concedió aquel único favor.

—Por fin va á concluir el romance,—dijo Filos, tomando aliento.

—Continúa, amigo mio,—agregó Andros.

—Pues, continúa diciendo el boletín...

«¿Qué fué lo que pasó en el Club, durante lo más animado y espléndido del baile? Nuestro reporter lo presenció todo y fué testigo de oídas de lo demás. En uno de los momentos que el marido de la dama salía del salón de la derecha para entrar en la sala de los refrescos, un sujeto joven, alto, rubio, de ojos vivos, frente intelectual, velado el rostro por una sombra de tristeza profunda, se le acercó á la dama y la pidió que le acompañara á danzar la pieza anunciada. Era un vals. La joven al verle ahogó un grito de sorpresa y varió de color. Después de pasada aquella inapercibida impresión, se colgó de su brazo, no sin antes mirar á su alrededor. No aparecía su marido.

«Las dudosas sospechas de que aquellos dos seres se amaban con locura, quedaron plenamente constatadas. ¡Qué pasión, qué fuego, qué explicación tan animada se dieron y se revelaron ambos en un instante! Y ganando una de las galerías de la izquierda, fueron á ocupar dos sillones casualmente desocupados, al lado de dos jóvenes

que había sido imposible preguntarles si algo habían escuchado. Allí estuvo la enamorada pareja bien poco tiempo. ¿Qué se dijeron? No lo sabían. Después, el marido cruzó el salón, ellos se levantaron, para en seguida desaparecer del Club. La orden dada al conductor del autómata del joven, fué rápida, en idioma extranjero, en ruso antiguo, imposible de comprender.

«Cuando los salones del Club quedaron desiertos, muy alto ya el sol,—un hombre con las facciones descompuestas, pálido como un cadáver, con pasos vacilantes que parecían los de un borracho, descendía la escalera de caracol tapizada del Club. De pronto se detenía y accionaba, como siguiendo los giros de una idea penosa. Más bien parecía un desesperado que un ébrio. Por fin llegó á la puerta. El abogado, el marido burlado—que no era otro—llamó á su autómata, abrió la portezuela y dejándose caer entre los almohadones de seda, murmuró algunas palabras casi imperceptibles. ¡Su mejor amigo era quien le deshonoraba! ¿Cuándo habría llegado? ¡Y él que creyera...! ¡Ah, sí, aquel joven la amaba antes de casarse...! «¡La culpa vindicaba la culpa!» En seguida el autómata desapareció como un relámpago. Nada se pudo ver después. Pero cuando llegó á su hotel, aseguraba el conductor del vehículo que su señor había descendido como un loco, sin elac, los vestidos en desorden, y que luego se encerró en su aposento.

«Momentos después concurría la policía. La detonación de un arma de fuego puso en movimiento á toda la servidumbre del suntuoso palacio. Cuando la autoridad penetró derribando la puerta, al aposento del abogado, el cuadro que se le ofreció á la vista fué horrible. (Y el bole-

tín hacía una descripción gráfica de la habitación, y científica, esplendida, de la herida, cuya bala haciéndole pedazos parte del cráneo había entrado por la parte tal y alojádose en la región cual). El marido se había suicidado. ¿Y la amorosa pareja dónde estaría? El boletín concluía prometiendo mayores detalles en «El Vonvo de la Tarde».

—Y bien, Filos, ¿qué dices? ¿Qué te ha parecido el boletín... novela?—le preguntó Andros.

—Que empieza mal y acaba peor, como el suceso, Andros.

—¿Y has comprendido la moral?—le observó Parelia.

—Sí, que los padres y los maridos mismos suelen tener la culpa de muchas sensibles desgracias, cuando no es la sociedad quien prepara el delito. No es el primer caso que sucede entre nosotros...—agregó.

—Vicios de organización,—acabó por decir Andros.



JORNADA XVII.

A las cinco pasado meridiano, los dos amigos se encontraban en el gabinete de estudio. Andros daba fin en aquel momento á la jornada XVI de la obra y Filos concluía de repasar los diarios de la tarde ocupados todos del suicidio y de la fuga, comentada y manoseada al infinito. Pero, al respecto, éstos no adelantaban en nada á «El Vonvo de la Tarde». Sin embargo, uno de ellos, «La Camisa de la Justicia», segunda época de «La Trompeta de la Ley», traía en su primera página el retrato del *ilustre* muerto. Ocupaba las columnas de la redacción con una estensa y bien meditada necrología de las virtudes y patriotismo de tan conocido y benemérito personaje. Después de tratar en ella del suicidio como de un crimen bárbaro de lesa moral, terminaba ensalzando la vida y la conducta del abogado. (Muerto el perro se acababa la rabia.) Entonces sus actos, sus vicios, sus acciones y aun sus crímenes, se miraban con una lente de color de rosa, aumentada cien veces más para elogiar.

«El redactor había sido amigo del finado, conoció su bello carácter, su generosidad y desprendimiento proverbiales entre sus íntimos, lo mismo que sus pecados que, á la postre, no fueron tantos, ni tan espectables. ¿Quién—

preguntaba el panegirista,—no tenía entre nosotros algo que confesar y de qué arrepentirse? ¿Quién no llevaba, los unos más, los otros menos, un poco de lodo deleznable en la conciencia, para ruborizarse ó cubrirse la cara con un pañuelo regalado por una meretriz *decente* ó por una querida, por la mujer de un amigo traicionado ó por la hija de un viejo degradado, por una madre, por un hermano ó... por el sol, que también tenía sus bien visibles y constatadas manchas? ¡Necios, hipócritas y cretinos á lo fraile del siglo XIX, eran aquellos que venían dragoneando de puritanos en las filas del batallón de la moral! No hacía sino justicia, la bandera de su diario.

«Peor que el finado había sido aquel célebre calavera que fuera el causante de la muerte de su mejor amigo: fin trágico de un merodeador de fruta artística entre bastidores y bambalinas, que sellaron su tumba. Y, sin embargo, el espiritual calavera vivía honrado y respetado. ¡Oh, poder de las debilidades y de las miserias humanas! ¡Venir á tapar el cielo con un arnero! ¡Qué colmo señor, qué colmo! Cuando la sociedad se encogía de hombros al ver que un hombre viajaba con la mujer de otro, y condenaba las apariencias de otra que se estaba sacrificando por un sagrado deber, haciendo que al fin cometiera una falta que jamás soñara, — esa sociedad quedaba nivelada ó indentificada con las del siglo XIX, imitadoras de lo malo extraño é indiferentes de lo bueno que les pertenecía.

«¡Pobre Fulano (el muerto), ayer no más te sonreía la vida, eras estilizado de todos, amigos y enemigos por tu talento descollante, por tu corazón, por tu franqueza, en fin, por tu honradez y por tu temple de alma! Pero hoy

la nada del sepulcro, el frío de la muerte, en eterna comunión con el gusano helado, han venido á que, «los cuervos que criastes con el calor de tu amistad y tu peculio generoso, te saquen los ojos...!» Y si alguno, añadía, se daba por aludido — el seductor, por ejemplo — él estaba pronto á darle una satisfacción sin límites (un apretón de manos, pues la chica lo merecía) en su casa ó en cualquier *campo*. Aunque condenaba el duelo — porque nadie tenía derecho de hacerse justicia por su propia mano — se la daría donde mejor le pareciese (en la Rotiserie Fisio-cratense) ó en cualquier parte.

«Nobleza así lo obligaba y también lo obligaba la franca amistad y el reconocimiento que le debía al eminente doctor Fulano, por haber contribuído á la fundación de su popular diario «La Camisa de la Justicia». Por supuesto que su necrología tenía tan sólo por objeto el hacer público su desinteresado agradecimiento hacia el malogrado amigo, que le estaba contemplando desde las alturas de la inmortalidad de los justos y de los seres queridos. Dios con su infinita bondad le haría justicia, como él se la hacía en este pícaro y corrompido mundo, que empezaba á regenerar con «La Camisa de la Justicia».

En seguida de la necrología aparecía una gruesa raya negra de diez y seis puntos tipográficos, después de ésta venía un aviso anunciando la eficacia del «Jarabe de la vida», el poder de unos polvos para matar pulgas, mosquitos y chinches, y más abajo el artículo político de la Redacción, sobre «la abstención activa del Partido Crónicoliberal, en las elecciones de diputados y senadores salientes, hechas por la unanimidad del Pueblo Soberano (en las antecámaras del gran Congreso Argentino).

—Dí, Andros,— le preguntó el joven,— ¿has leído esta sabrosa necrología...?

—¿La que publica «La Camisa de la Justicia»? —le contestó.

—Sí. ¿Qué te ha parecido?

—Tú lo has dicho: una cosa sabrosísima. Lo de siempre. Si se trata de un genio, de un martir de la vida, ni una sola palabra habría dicho, ni publicadó sus virtudes, ni puesto de relieve los beneficios que hizo con su saber y sus sacrificios á la siempre ingrata humanidad. Pero como se trata del eminente doctor Fulano y de la filantrópica matrona doña Mengana, la cosa cambia de aspecto. Y ciertos diarios, como ese, no tienen inconveniente alguno en romper el parche de sus bombos, quemando incienso no á la persona, al talento, á la virtud, sino á la posición, por más que digan en contrario esos turiferarios del periodismo.

—¡Qué triste verdad!.. Pero veo que te he interrumpido.

—No, amigo mío, pues acabo de concluir la jornada XVI... ¿De qué te asombras? —añadió sonriendo.

—De la rapidez con que escribes. Y, vamos, de que si seguimos así, bien pronto nuestro libro tocará á su fin.

—En efecto, y logrado habremos nuestro objeto, Filos.

—No es pedantería, pero creo que sí. Por lo menos, no mentimos. Diciendo la verdad sin rodeos, á nadie incluimos, ni excluimos á nadie. Todo el mundo es una agrupación de muy distintas personas, que encarna creencias, hábitos, ideales, sentimientos y costumbres muy diversos, ya sea por la educación, la herencia ó el medio. Tiene muchas cabezas, muchos corazones, muchas almas, para

pensar, sentir y ejecutar. Tú y yo somos órganos, partes de ese todo colosal. En él vivimos, por él existimos, es á él á quien nos dirigimos, y no á éste, á aquel, ni al de más allá. Considerar y apuntar sus males, que son los nuestros propios, ¿por qué lo hacemos? ¿Por capricho ó por maldad? ¡No, porque sentimos esos males y no les podemos poner remedio! Porque ciertas evoluciones en el orden social, no son manifestaciones halagüeñas, sino síntomas latentes de desorganización y degeneración. Por eso escribimos este libro, hijo legítimo de nuestros propios males. Nada más. Bien dijo el pensador al par que poeta:

- Con todos sus disfraces aparece
- la social corrupción; del egoísmo
- bajo el manto fatal se oculta y crece,
- su cólera le presta el fanatismo,
- su risa la impiedad, su desenfreno
- la ambición, su careta el patriotismo;
- y esfinjo pavorosa de oro y cieno,
- semeja nuestro siglo mar profundo
- que de monstruos y perlas está lleno . . .

—¡Cuánta amarga verdad ponen de relieve esos tercetos! Pero, amigo mío, — le observó Andros, — ¿crees tú que alguien — disfrazando las cosas como lo hacemos — no pretenda ponerse un sayo que ni le arrojamos, ni le viene bien, pues lo hemos cortado para todo el mundo, esa colosal agrupación de que hablabas hace poco?

—No, Andros, porque nadie se lamenta ó ríe por ver sus vicios y sus males pintados en cabeza ajena. Todo el mundo, tenlo presente, se ríe, se critica, llora y se mofa de sí mismo, — agregó Filos.

—Una mitad de la otra mitad. ¿No es eso?—repuso Andros.

—Sí. Por ejemplo: Éste, que camina distraído, tropieza (el obstáculo no hace al caso), se resbala y cae de espaldas en el lodo. Pero, Aquél, que pasa por la acera de enfrente no se puede contener y suelta la más sonora carcajada. El enlodado se pone serio, rojo de ira y de vergüenza, se levanta y prosigue su camino. Pasado algún tiempo, Aquél, que soltó la carcajada, se hunde cierta mañana en un fangal... Entonces, Éste, que le ve luchando en el pantano, se encoje de hombros y luego se desmaya de risa. Perjura el enfangado...; Iniquidad, grita, inhumanidad! Pero, nada. Le han devuelto la pelota. Aplica el ejemplo á nuestro libro y saca la consecuencia.

—¡ En fin, allá veredes dijo Agrajes!— concluyó por exclamar Andros sentenciosamente.

Los dos jóvenes se miraron dominados por la simpatía íntima de una misma idea, se mordieron los labios... pero, al fin, sin poderse contener estallaron en una franca carcajada que sonó en el gabinete — como salida de entre los cráneos, los fémures y las tibias de los estantes—sorda, hiriente, sarcástica y amarga, como la que llevaban en los labios de continuo Juvenal, Revalais, Voltaire y Cervantes. Esa risa espontánea mucho decía para ellos. Si la sociedad la hubiera oído, nada habría sacado en limpio, ni comprendido. Andros y Filos vertieron en ella un pensamiento asaz temerario, que no se atrevieron, solos como estaban, á manifestárselo. Lo sintieron en lo más secreto, pero no se lo comunicaron. Existen pensamientos con la intención del abismo: á su borde se experimentan vértigos!

—Basta. No volvamos á pecar con el pensamiento.—
indicó Andros.— Y dime, ¿ tienes intenciones de escribir esta noche la jornada XVII?

—Sí, porque es necesario que tú descanses,— le contestó Filos.

—Perfectamente. Ahora, querido, vamos á ver á Parelia.

En ese mismo momento tintinabuleó la campanilla del telefonógrafo. Cogió Filos el tubo central y preguntó quién llamaba. Era Parelia. Le contestó que un sujeto, al parecer muy distinguido, venía en busca de ellos, según le había dicho á Confianza, por asuntos particulares de alguna urgencia. En consecuencia, le había mandado hacer pasar á la salita baja. Allí les esperaba. Y terminó encareciéndoles que le despacharan bien pronto, pues se iba á servir la comida. No eran horas aquellas para entretenerse demasiado. Que así se haría, la respondió Filos. Inmediatamente descendieron. Cuando penetraron á la salita, el sujeto aquel que les aguardaba, se pasaba con las manos atrás pasando revista á los cuadros, bronces y objetos de arte que la adornaban. Pero en aquellas circunstancias, contemplaba con curiosidad una miniatura que representaba «La Libertad y el Progreso sorprendidos por la Guerra Civil, la Peste y la Crisis».

—Eso parece la República en el siglo XIX...— se decía el sujeto.

Pero al notar la presencia de los dueños de casa, abandonó la miniatura. Después de un saludo de brazos verticales, acompañado de una genuflexión especial, avanzó hacia ellos sonriendo, y les preguntó si tenía el alto honor de hablar á los señores don Andros Cosmos y don

Filos Sofos. Al ser satisfecha su pregunta, volvióse á inclinar, aceptando el asiento que le ofrecía Andros. Pidió mil excusas por tener que distraer un momento á tan distinguidas y renombradas personas. Pero era en interés mismo de la ciencia que venía á molestarles. Nuevos perdones y nuevas genuflexiones. A todo esto, los dos jóvenes atentos y corteses esperaban el instante de que aquel desconocido explicara el motivo de su visita.

Fué en vano. El sujeto aquel, comenzó por quemarles incienso á más no poder. Les dijo que conocía el alto puesto y el encumbrado rango que ambos ocupaban en las ciencias naturales y filosóficas, sus títulos de gloria conquistados en el vasto campo de la cosmografía, la meteorología, la antropología, la etnografía, la fisiología, la astronomía, lo mismo que en las ciencias sociológicas y en las artes en general— todo, por haberlo oído á distinguidos sabios y literatos, y leído más de una vez en los diarios y revistas que, el pensamiento humano en su espiral inmensa, hacía circular por todo el globo que habitábamos, de polo á polo.

Continuó diciendo que él era franco, sincero, con las personas de talento y de alto renombre. Jamás le había quemado incienso ni al hijo del sol, porque no era perfumista, ni daba bombo á nadie porque no era músico. Se concretaba únicamente á aplaudir y á venerar, no á los falsos sacerdotes de la idea, sino á los benefactores de la humanidad. ¡La humanidad, que, había dicho un filósofo del siglo XIX, era «el conjunto de seres reunidos en la superficie del globo terráqueo con un mismo fin: ¡la vida!» Pero otro filósofo del mismo tiempo, rebatió aquella sabia teoría, diciendo que la humanidad era «la pluralidad

de ingratos asociados para gozar y despreciar á las grandes inteligencias, á los focos luminosos de la luz eléctrica del genio, apreciando más que ésta la luz de gas de los tontos».

—Pero yo no opino ni con el uno ni con el otro,— agregó.

La humanidad era para él, «un conjunto de hombres y de mujeres», porque los primeros sin las segundas era un absurdo; pero, en colectividad, en mutuo consorcio, representaban la vida actual por la futura. Así, pues «la humanidad representaba la vida actual por la futura dentro de los amplios límites del tiempo». Porque de que algunos hombres y mujeres fueran malos, no quería decir que todos tuvieran ese grandísimo defecto ó vicio, que condenaba la lógica y la moral. Por eso era que él disentía con los dos filósofos del siglo XIX. Ahora bien, considerada la humanidad como él la comprendía, probaba su sinceridad y su bondad admirando y recordando los beneficios que ellos habían prestado á la causa común.

—Le damos á usted las gracias. Pero, aún no nos ha dicho el motivo...

—Vea usted, señor Andros, sería incorrecto si yo no les quedase obligado por la espontánea acogida que ustedes me han dispensado. Créame que no lo olvidaré nunca, porque todo recuerdo tiene el significado moral de la gratitud. Eso sí, más grato que yo, no encontrarán ustedes á nadie, ni buscándole con linterna. Pues, como iba diciendo...

—El motivo que á usted le trae...— le interrumpió Filos, con impaciencia.

—Ah, justamente, á eso iba,— continuó el sujeto sin inmutarse.

—Felizmente el señor es condescendiente... — agregó Andros, con sorna.

—Es una de mis cualidades francas de carácter, señor Andros.

Pues venía,— continuó, sacando del bolsillo de su frac algunas tarjetas,— á comunicarles que en la misma acera del suntuoso palacio del señor Andros se había establecido con un espléndido establecimiento de peluquería al estilo del siglo XIX. Todas las comodidades, perfumes, aguas de tocador, tinturas, polvos, pelo postizo, etc., etc., que se detallaba en la tarjeta que tenía el honor de entregarles, escapaba á la verdad y á los límites vastísimos de la imaginación. En una palabra, aquello, á más del buen trato ameno é instructivo, era tan solo creíble pasando á visitar su salón «Al siglo XIX». Y concluyó preguntándoles, muy sumiso, si podría contar con su concurrencia.

—Ruego á los señores,—añadió, poniéndose de pie,— quieran perdonar mi atrevimiento, porque en el siglo en que vivimos, secados por la competencia, cada cual se da bombo como puede...

—Puede usted contar con nosotros,— le dijo Andros, sonriendo.

—Porque la audacia suele ayudar á hacer fortuna,— agregó Filos.

—¿Puedo retirarme? Pedro Tijera y Lengua está á las órdenes de ustedes.


Y el peluquero leguleyo se retiró plenamente satisfecho, inclinándose y estirándose por repetidas veces.

Quedáronse los dos jóvenes riendo á mandíbula batiente de tan original personaje. ¡Cómo se aguzaba el ingenio para hacer caer aquí ó allí á la gente: en esta tienda, la sin igual por la variedad y finura de su surtido, en aquella peluquería, la sin rival en Fisiocrata! En todas partes daban lo mejor, y el consumidor se llevaba generalmente los *clavos* de dos ó tres estaciones anteriores. ¡Pero siempre á la última moda! ¿Dónde estaba la competencia? ¿en la baratura y calidad de los artículos ó en el número de establecimientos sin precio fijo? Seguramente en lo último.

—Y en que todo el mundo pide rebaja,— agregó Andros.

—Es la manera de comprar gato por liebre,— afirmó Filos.

Y recordando el traje á la moda, el peinado, los ojillos vivísimos, las patillas y la cara aun sonrosada, los guantes, la barita y hasta el perfume del divertido peluquero, Andros y Filos ganaron el ascensor, descendieron de él y por la galería central del edificio se encaminaron á la sala de comer. Parelia, sentada á la mesa con los dos niños, hacía largo rato que les esperaba con impaciencia. ¡Por Dios! ¿quién era aquel caballero ó fastidioso, que tanto les había entretenido? Cuando se lo dijeron después de narrarle la entrevista, no pudo contener la carcajada. Hasta los pequeñuelos manifestaron su hilaridad, por inducción, golpeando sobre la mesa con sus manecitas, rompiendo una copa y dos platos. Momentos después cenaban tranquilamente. Eran las siete pasado meridiano.



JORNADA XVIII.

SERÍA por demás difícil, bajo el punto de vista moral, definir con propiedad lo que es una peluquería montada á la última moda en nuestro siglo actual. Andros se sonrió ante aquella aseveración de su amigo. No obstante, en muchos puntos y consideraciones justamente opinaba como Filos. Naturalmente que, la fisonomía material de semejantes establecimientos, nada podía ofrecerles, ni les ofrecía de particular. La elegancia, comodidad, dorados, cuadros, espejos y demás muebles relativos no les llamaba la atención, desde el momento que, con diferencias más ó menos notables, los unos se parecían á los otros.

Filos pensaba que el salón de peluquería, tenía en circunstancias dadas más valor é influencia moral que cualquiera de los más espléndidos cafés de la capital. Esto lo afirmaba, recordando y comparando la *lengua* y la *tigera*. Se podía decir que en los fugaces momentos de permanencia en una peluquería, mezclados los niños y los viejos, los jóvenes y los ancianos, la lengua funcionaba menos que en los cafés, pero más sobrosa y picante, al compás de la tigera y teniendo el rostro, nuestro *alter ego*, frente

á frente. Ya fuera el diálogo iniciado por el parroquiano, por el oficial ó por el dueño de la casa, la sin huesos no cesaba por parte de los últimos, aunque el cliente guardara la más prudente reserva. No importaba. Necesario era hablar de algo, de los rumores, de los diceses, de los acontecimientos del día siguiente, de los hechos á producirse, de la moda y de las mujeres —de estas cosas principalmente.

Centro sui-géneris de todo lo bueno y de todo malo, el salón de peluquería, después de los clubs, opinaba Filos que era el sitio donde los ecos sociales, los sucesos de las artes y de las ciencias, las novedades políticas y teatrales, cobraban mayor desarrollo. La crisálida de un dicho suelto, ligero, sin consecuencias ulteriores, discutido y comentado, podía llegar á ser la mariposa de un pensamiento atrevido, meritorio y aplicable á esto ó á aquello—y, con más generalidad, ser un aspid venenoso para la virtud de esta ó para el honor de aquel, para la independencia de Fulano, para los planes económicos del ministro Tal ó para las ambiciones del estadista Cual.

Siempre la mayoría—apoyada por los dueños y oficiales del establecimiento, con verdadero entusiasmo—se conceptuaba con el suficiente alcance y poder intelectual para apreciar y sorprender intenciones, penetrar en lo más oscuro y enmarañado de una situación ó actitud política activoautonomista ó pasivoliberal (ó tartufogeneral), para sondar la conciencia de Fulano (la tuviera ó no la tuviera), para adivinar, en fin, los pensamientos de este funcionario ó las vehementes aspiraciones de aquel periodista turiferario ó á todas luces imparcial, aunque aspirara á un ministerio en cualquier gobierno de hecho,

ruicio, felón, de esos mismos «gobiernos que hacían del Tesoro una mina para los bolsillos particulares». Y al día siguiente lanzaban la idea de un meeting de indignación, que los unos aprobaban y los otros censuraban.

- La libertad de reunión, es constitucional,—decían los peluqueros.

—Y la libertad de la lengua... es don de la constitución del hombre,—agregaban algunos clientes.

Por supuesto que los descubrimientos casi siempre tenían su lado maligno y sus interpretaciones perversas. En política, todos eran ambiciosos vulgares, demagogos, sediciosos, sofistas, amigos de la peor elección y no de la mejor revolución; en arte, todos genios ó nulidades patentadas; en ciencias, ninguno como el sabio mecánico Excéntrico, ni mejor que el astrónomo Parábola, ni más profundo que el matemático Tangente, ni más notable que el fisiologista Neurosis, que el filósofo Materia, que el químicofísico Matrás Redondo; en fin, ni más inmortal que el sabio naturalista Galeopiteco. ¿Y qué era la sociedad, sus miembros? Los nombres que por aquellas lenguas pasaban, bien podían perder *ogni speranza*. Sin embargo, el lema ó mote de todos, era:

—«*Honny soit qui mal y pense!*»

Á veces aquel perfumado ambiente tibio ó frío, según las estaciones, parecía gravitar sobre los cerebros de los unos, las lenguas de los otros, y, principalmente, sobre la charlatanería insolente de los peluqueros, que buscaban un significado mezquino á tal asesinato político que ellos condenaban ó aprobaban, criticando la libertad en algunas discusiones parlamentarias sobre educación común, fiscalizando los actos más notables del gobierno,

ponderando las espléndida belleza de ciertas damas y señoritas, censurando las relaciones amorosas, públicas y notorias, de una pareja imaginaria, discutiendo enfermedades, las de los clientes más jóvenes ó aconsejándoles específicos de efectos inmediatos, en fin, repitiendo y repitiendo siempre, lo oído á los mismos parroquianos aquel día ó aquella tarde, lo visto ó lo leído en los diarios.

¡Cuántas veces la desventurada economía política tuvo en aquellos salones una cátedra improvisada! Generalmente los iniciadores eran los dueños ú oficiales del establecimiento—los dueños principalmente, como era natural. El tema obligado era la crisis y los impuestos. Las palabras: robo, fraude, imposición y dictadura; las frases: atentado contra la propiedad, obstáculo á las industrias, ruina del comercio, desquicio social, guerra al progreso, muerte del bienestar común, estímulo para la haraganeería, aliciente para el contrabando, origen de la vagancia, de los asilos y hospitales, traba para la introducción, provecho para unos cuantos, en fin, esas palabras y esas frases eran las más usuales, las más apropiadas y las que jamás desaparecían de semejantes lenguas. ¡Pobre ciencia económica y política!

No era esto lo más original y atrevido del caso. ¡Si hasta se aventuraban á citar autores, preceptos, axiomas, armonías y tratados los más vulgares y reputados! Y ¡casualidades encantadoras! Todos á una condenaban los impuestos. El Estado conseguiría rentas de mil otras maneras para garantir la seguridad, la higiene, los alumbrados y los afirmados, pagaría materiales, empréstitos y funcionarios, embellecería las ciudades, educaría sus habitantes, la justicia sería igual, las relaciones de amistad

con el extranjero se solidificarían, el progreso sería una verdad, la paz un hecho, la libertad una prueba inequívoca —y todo, sin gravar, sin estafar al pueblo (era la palabra), con impuestos y contribuciones ruinosas, imposibles, bárbaras! Y aquí, si los peluqueros eran europeos, venía aquella exclamación siempre la misma:

—¡En Francia, los impuestos son otra cosa!..

Y en Francia, para escándalo de la ciencia económica, aun existían los estancos! Pero, con generalidad, la ignorancia, la deuda ó la prudencia de los clientes, hacía que los peluqueros se envalentonaran, cobrasen bríos para lanzar á este ó aquel ministro de hacienda, al gobierno y hasta al Congreso, sus pullas y sus impertinencias soeces. Eran verdaderos alaridos de la inbecilidad más grotesca y asquerosa! Nadie tenía la culpa de ello, sino el público que daba oídas á semejantes necedades, por quedar bien en el establecimiento, porque los unos era deudores, porque los otros esperaban que los sirvieran bien y porque los más no querían hacerse mala sangre discutiendo ó convenciendo á tontos. Y, sin embargo, no faltaban pobres de espíritu (ricos de bolsillo) ó ricos de inteligencia (pobres de bolsillo), necios y gomosos que gastaran su tiempo con los peluqueros, hablando de lo que no sabían ó discutiendo temas donde el rubor y la vergüenza estaban ausentes.

—No me dirás, Andros, que exagero ahora,—dijo Filos.

—Ciertamente que no,—replicó Andros.—Pero dime amigo, qué condenarías tú más, ¿ las lenguas de esos infelices peluqueros, verdaderos papagayos que repiten sin conciencia lo que oyen, ó las lenguas de la chismografía de los salones y de las alcobas? ¿Cuál es peor, las conti-

nuas indiscreciones de la prensa, revelando al público lo que debiera permanecer en silencio, porque no todas las cosas son como las pintan, ó el papagayismo de los peluqueros? Vamos, me parece que la repuesta es sencilla.

—Por ese lado, bien mirado, tienes razón.

—Pues entonces, pongamos punto á la discusión. Has concluido la jornada XVII que estabas escribiendo cuando llegué?... ¿Sí? ¡Mejor que mejor!..

—No comprendo la causa de tu exclamación.

—¿La causa? ¡Pero hombre! ¿No quedamos en ir esta noche...

—¿A la peluqueria «Al Siglo XIX»?

—Sí.

—Vamos, pues. Ya sabes que soy *materia* dispuesta. ¿Qué hora es?

—Las ocho.

Que justamente daban en el gran reloj de la torre de la Casa de Justicia. Los dos jóvenes abandonaron el gabinete de estudio, donde se encontraban, se despidieron de Parelia y de los niños que ya iban á acostarse, y en seguida, se encaminaron «Al Siglo XIX». Al llegar á la puerta, se detuvieron un brevísimo instante. Ni los estantes, armazones, vidrieras, pisos, techos y adornos de la tienda, nada de eso les ofreció algo de particular, ni de extraño, ni mucho menos del siglo XIX. Todo era parecido, casi idéntico á lo que tenían visto en las demás peluquerías.

Lo único que les llamó la atención, fué una gran araña de cristal con caireles en profusión, que pendía del techo, compuesto de pequeñísimos espejos. La luz de la araña, amarillenta, sucia, era de gas. ¡Qué contraste ofrecía al lado de los focos eléctricos de los salones inmediatos!

Pero aquella araña era el lujo del establecimiento, por lo ridícula y por el costo del combustible que ardía en sus picos. ¿De dónde lo traían y cómo? Ni el dueño, ni los oficiales querían decirlo, ni nadie se empeñaba mucho por saberlo.

En seguida penetraron á la tienda. Se dirigían al salón de la derecha, cuando les detuvo una hermosísima joven rosada como una manzana del paraíso antiguo, de cabellos rubios, ojos azules grandes y rasgados, de labios finos, húmedos, gordita ¡espléndidamente gordita! y sencillamente vestida con muchísima gracia. Desde su pequeño mostrador de caoba que dominaba toda la tienda sentada en una banqueta de asiento giratorio, parecía un ángel regalón de la soñadora y poética mitología cristiana. La joven sonriendo, les indicó el salón de la izquierda, pues el otro era el de las señoras, después de entregarle á cada uno su número de turno correspondiente. Pero, Filos, sin poderse contener, la apretó dulcemente los dedos finos y blanquísimos de su diminuta mano, fijando sus ojos penetrantes en los ojos vivísimos de la joven. Retiró ella su manecita suavemente con coquetería y bajó al mismo tiempo los ojos tímidamente...

—¡Qué criatura tan linda!—balbuceó Filos en los oídos de su amigo.

—¡Sí! Trampa para cazar tontos. Nada más. Vamos,—le contestó Andros despacio, al entrar al salón.

Pero la joven siguió con la vista á Filos. Se había puesto, la pobrecita, encarnada... no, roja como una granada! Su levantado pecho pareció agitarse levemente, presa de una sensación agradable, infinitamente suave. Volvieron sus párpados á entornarse en circunstancias que sus

labios dejaban escapar un suspiro tan suave, que apenas hubiera empañado la superficie de un límpido cristal de roca. Y abandonando su pequeño mostrador, fué, de puntillas, á mirar al salón de los caballeros, por los intersticios y claros de los estantes. Hizo un jesto de impaciencia, hiriendo el suelo con el pie. ¡No podía ver! ¿Dónde se habría sentado? Pero, muy á su pesar, se vió obligada á retirarse á su puesto, pues llegaban nuevos clientes. Los más asiduos «Al siglo XIX», inmediatamente notaron el cambio de la joven, su seriedad, su indiferencia y su frialdad. Y acabaron por pensar que estaría indispueta, ella, la más sonriente y atenta de las criaturas...!

Entretanto, el dueño del establecimiento charlando hasta por los codos (¡que es mucho charlar!) explicaba á los dos amigos la maquinaria de sus lavatorios, de sus navajas y cepillos para limpiar la cabeza, en forma de sombreros, les participaba las ventajas que ofrecía su salón oval, de techo cóncavo, los espejos enterizos, los sillones de resorte, los pisos de goma elástica y sobre todo la artística combinación de las luces, que él había descubierto por una casualidad. Desde luego, los cuadros alternados con los espejos, era de un gusto refinado. Se lo había así aconsejado un sabio higienista, poeta y pintor, filósofo y escultor al mismo tiempo. En cuanto á la salita de espera, con su bien repleta biblioteca de libros, diarios, periódicos y revistas de todo lo más escogido y trivial, el color suave de las tapicerías y la colocación simétrico-científica de los muebles, se recomendaba por sí sola.

Sin cesar de charlar, el amigo Pedro Tigera y Lengua pasó en seguida á mostrarles sus talleres interiores,

donde confeccionaba pelucas, postizos, rulos, cabelleras, casquetes, barbas, enterizos, perfumes, esencias, aceites, pomadas, tinturas, afeites, coloretes, polvos, todo lo más higiénico y necesario para la elegancia, el embellecimiento y el asco de la *economía* personal; en fin, todo aquello imprescindible para hacer papel en el gran mundo de los más aristocráticos centros y salones. Si aquello que tenían á la vista era bien reducido, no obstante esperaba darle más amplitud con el tiempo, si su suerte le protegía — si le protegían sus distinguidos, bondadosos é inteligentes clientes, mejor dicho.

—¿Y esta maquinita qué destino tiene?— le preguntó Andros.

—Es un invento mío. Se llama «La Tigera». Es para cortar las uñas *agudas*,—le contestó.—Como es un secreto, permítame usted, señor Andros, guardar silencio á su respecto. Más tarde cuando se lo explique, será usted uno de los primeros que la tendrá. Se lo prometo. ¡Palabra de honor! Es imposible, — agregó,—que usted se imagine los beneficios que mi aparato va á producir á la humanidad. ¡Seguramente que no es nada que pueda immortalizarme; pero, sí, algo bien útil por cierto! Algo, en fin, que recuerde que nuestro Ministerio de peluqueros, no es tan insignificante como parece á primera vista,— acabó por decir sonriendo.

Después les condujo al salón destinado á las señoras. Desde los cortinajes, hasta los forros de los muebles, todo era de un color punzó suave y de un amarillo claro. Los marcos de los cuadros, de los espejos, las maderas de los sillones tapizados de seda, se mostraban lujosamente dorados, resplandecientes, como para despertar

sensaciones, dulces connotaciones nerviosas, antojos ó deseos... Una magnífica fuente de alabastro manaba agua continuamente, que iba á caer en una pileta llena de pececillos de mil colores. Este salón era octógono y su techo lucía un magnífico fresco, representando la apoteosis de la mujer contemporánea en el cielo magnífico de la elegancia y de la moda. Díjoles Tigera y Lengua, que la idea, el motivo, el sujeto, en una palabra, era suyo, sacada de un sueño que había tenido siendo oficial, hacía mucho tiempo.

—No es creíble, lo que agrada á las señoras,— continuó.

—Por cierto,— dijo Andros, maquinalmente.

En cuanto á los lavatorios de mármol rosado, lo mismo que los demás utensilios, eran espléndidos según la opinión de todas ellas. ¡Si las daba ganas de comérselos á besos! Pero los peinadores de seda con encajes blancos, eran lo más codiciados. En fin, los caloríferos para confortar la temperatura en los días crudos del invierno, los frigoríferos destinados á mantener un ambiente agradable en el verano y hasta los periódicos y revistas de la moda, hacían de aquel salón servido por oficiales y dirigidas por una experimentada maestra, un punto de reunión todos los días hasta las ocho pasado meridiano de lo más elegante y escogido de la aristocracia fisiocratense. Tigera y Lengua conocía perfectamente donde les apretaba el zapatito á las damas, y, en consecuencia, trataba de satisfacer hasta sus más insignificantes caprichos y banalidades. Su finada esposa, le había dado muchas lecciones provechosas á este respecto, que él seguía agregándoles algo de su cosecha.

—Las mujeres son como los niños. Cualquier zoncera las alborota. Para tenerlas contentas, se hace necesario el prodigarlas zonceras todos los días, bajo el rótulo de «últimas novedades». ¿No ve usted, señor Andrés, cómo gastan el cabello ahora? Pues más tarde lo usarán tan largo, que lo llevarán arrastrando. Basta que una empiece para que las demás hagan otro tanto. Lo que es la moda actual nos perjudica por un lado, sin bien por otro nos es provechosa. Pero, si ustedes gustan, pasemos á la tienda. Creo que pronto les llegará su turno,—añadió franquicándoles el paso.

Descendieron una pequeña gradería de mármol, y los dos amigos se encontraron de nuevo en la tienda. La hermosa joven que, en ese momento, hacía algunas anotaciones en un libro, levantó su cabecita rubia, sus ojos encontraron los de Filos, dejó caer la pluma de la mano y se puso colorada como una amapola. Veloz pasó este detalle como un relámpago. Cuando se acercaron al pequeño mostrador, la joven para disimular su confusión simuló hacer una suma. Después que Andros satisfizo su curiosidad respecto de qué medios se valía para conseguir el gas que quemaba la araña, medió una ligera pausa. Luego le preguntó, mientras Filos miraba los artículos de las vidrieras, si aquella linda joven era pariente ó un empleado del establecimiento.

—Es hija mía, señor Andros,—le contestó.— Mi cajero de confianza,—agregó sonriendo.

Y continuó diciéndole que tenía además un hijo que ya cursaba en la facultad de Derecho y Ciencias Sociales. Bien pronto sería abogado, que era toda su ambición y su sueño dorado. Así lo esperaba, pues el joven era inte-

ligente y aventajado. Siempre había sacado las mejores clasificaciones. Pero el joven tenía una manía: no quería que él fuera peluquero. ¡El padre de un doctor! ¡Qué vergüenza! Sin embargo, disimulaba los reproches de su hijo, pues esperaba dejarle alguna fortuna—un pervenir seguro. Hoy que nos encaminábamos á la *plutocracia*, poco importaban los antecedentes de los hombres, con tal de tener dinero. Un puñado de oro podía cubrir una lacra moral. Por eso no le hacía caso y seguía trabajando día y noche.

—¿Acaso no cumplo con un deber?—dijo sonriendo.

—Y sagrado, amigo mío,—le contestó Andros, impresionado.

—Tiene usted un buen corazón,—agregó Filos, conmovido.

—Mi exterior, señor Filos, es de peluquero, que no son siempre muy buenas piezas; pero, mi fondo, es de padre. Si acaso tengo muchos defectos, es por ellos. ¡Les amo tanto!.. Pero yo les estoy entreteniendo con mi charla... ¡Me son ustedes tan simpáticos..! ¿Verdad, Angélica?—añadió volviéndose hacia la bella joven, con marcada intención.

—Sí, papá...—le contestó tímidamente su hija, sin levantar los ojos.

En seguida los dos jóvenes y el peluquero penetraron al salón. Pocos momentos después Andros y Filos perfectamente arreglados y peinados los cabellos, volvían á la tienda. Fué inútil, el peluquero no quiso recibir el valor de su trabajo. Más, se mostró ofendido. ¿Qué significaba semejante demostración? Andros se confundía y Filos guardaba silencio. Los dos se mostraban conmovidos. Al

salir tendieron una mano franca al padre y á la hija, que más confundida y conmovida que los dos amigos, se puso de pie respetuosamente. Prometieron volver al siguiente día, no como clientes, sino como amigos.

—Si la amistad de un peluquero no les es desdoroosa...—agregó el padre.

—Pues como amigos vendremos, — le respondió Filos.

—Hasta mañana,—acabó por decir Andros.

Y acompañados del padre y de la hija hasta la puerta, abandonaron la tienda. Cuando llegaron al hotel, Andros le refirió á Parelia lo ocurrido. Y, ¡oh perspicacia de mujer! Ella les dijo, mientras Filos se ponía muy grave, la causa de aquella manifestación abierta de simpatía. No la quedaba sombra de duda, esa joven hermosísima amaba á Filos. Tal vez hacía algún tiempo. De otra manera ¿cómo se justificaba la presencia del peluquero en su casa el día anterior y después los ofrecimientos, la espontaneidad, la solicitud del sujeto, en fin, todo, sino de aquella manera?

—¡Pero eso es imposible, Parelia!—exclamó Andros.

—¿Y por qué? ¿No tiene acaso alma y corazón esa joven? ¿No es mujer, en una palabra? Ahora que ese amor sea un tanto extraño por la condición de las personas y que Filos lo rechace, eso es diferente.

—¿Cuál sería tu opinión en este caso?—le preguntó Andros á su consorte.

—La misma que nos va á dar el tiempo,—le respondió ella.

—Yo mismo no sé qué decir,—agregó Filos, pensativo.—Demos tiempo al tiempo. Tú, Andros, sabes lo que

opino respecto del amor. Jamás he pensado en castas, personas, distinción, ni posición. No admito enlace alguno sino media ese sentimiento supremo. ¡Amor..! ¡amor!—exclamó conmovido.—¿Por qué no he de poder amar? ¿No me ofrecen ustedes el cuadro más santo, más divino del matrimonio? Siendo ustedes casi mis hermanos ¿por qué libremente no he de expresarme así? Vamos, no sería justo. Entretanto, demos tiempo al tiempo, que él nos traerá la sentencia.

—Eso se llama pensar con el alma y el corazón!—exclamó Parelía.

—Porque soy libre y no me ajusto á convencionalidades ridículas que sólo estilan hoy los que llevan el alma en el bolsillo y el corazón en la cartera, y porque mis creencias no miran y juzgan á la mujer por los vestidos, sino por el fondo. Donde hay sentimientos puros y francos, allí estaré yo siempre. ¿Será esto extraño, lo admita ó no la sociedad? Poco me importa. Hasta aquí, la sociedad sólo me ha despertado la más soberana indiferencia. Nada más. ¡No, amigos míos, no todo lo que aparece es metal de buena ley, ni todos los que se muestran felices, lo son! Los vínculos sagrados no los hace la sociedad, sino la armonía de los sentimientos; los hechos por aquélla llevan el sello de la convencionalidad, no el sello del cariño. ¡Así son ellos!--agregó, poniéndose de pie.—No dirás tú, que exagero ahora.

—Son defectos de organización,—le contestó Andros.—
¿Pero te retiras?

—Sí, Andros. Deseo escribir todo lo que nos ha pasado esta noche, anhele hacerlo, mejor dicho. Piensen después lo que quieran de la jornada XVIII, poco me impor-

ta, que el asunto me atrae, me hace sentir antes de trasportarlo al papel. Pongamos punto final.

—Hasta mañana, Filos, —le dijeron Parelia y Andros, despidiéndose conmovidos.



JORNADA XIX.

AL día siguiente Filos se levantó preocupado. Algo pensaba que le tenía inquieto. Una idea fija se le había grabado entre ceja y ceja, desde la noche anterior. ¿Cómo le vino aquella idea? Él mismo no se daba cuenta de ello, ni lo recordaba. Pero sí estaba seguro que fué durante la escritura, mientras hacía el retrato de la hermosa joven de cabellos rubios como el oro y de ojos azules como el cielo de la primavera. Al pedirle á la imaginación la viva y clara imagen de Angélica para trasportarla al papel, recordaba que se había quedado extasiado, viéndola hermosísima en el espejo de su alma. Después se había estremecido. ¿Por qué? Iba á descubrirlo cuando involuntariamente siguió escribiendo. Entonces la causa del estremecimiento desapareció temporalmente. Pero al llegar al final de la jornada, pensando en la joven y en su padre, un rayo de luz penetró en su cerebro agitado.

Allá, en lo más lejano y nebuloso de su memoria, creyó contemplar repentinamente, como iluminados por aquel rayo, dos rostros vagamente parecidos... ¡No, imposible!... Su imaginación soñaba y su memoria le traicionaba. Y, sin embargo, aquellos dos rostros, pensaba

recordando, sí, eran los suyos: el de Angélica muy niña y el de su padre más joven. En una palabra, Filos creyó haber conocido al padre y á la hija. ¿Pero dónde, cuándo y en qué época de su vida? Vano fué que le pidiera datos á la memoria. Ésta solía ser muy regalona y aun tirana para con él, que solícito ó apurado se los pedía. Á veces le concedía tan poco, la muy mimada, que se parecía á los ofrecimientos de un ministro dados á un extraño, á un desconocido, envueltos en el *ruego* de:—«Tenga usted paciencia y espere. . . »

—Tendré paciencia y esperaré,—se dijo entonces Filos, al acostarse.

Pero no pudo dormir. La idea de aquel recuerdo no se le separaba ni un momento. Agitado, nervioso, contrariado, mejor dicho, buscó un narcótico en los artículos de ciertos diarios *viejos*. ¡Hasta leyó uno por uno los avisos, los remates y los edictos judiciales! Pero nada. Desesperado, si vale la palabra, se bajó del lecho y sacó un tomo de la biblioteca: «La historia de Rosa», en griego. Después de hartarse de aquella sabrosísima lectura, no pudiendo conciliar el sueño, lo arrojó encima del velador. ¡Y la idea que no le abandonaba! Pero bebió, en seguida, unas gotas de bromuro de potasio, en dilución, y leyendo el «Origen de la decadencia de las razas», se fué quedando dormido insensiblemente. Aquella noche soñó con la hermosa joven de cabellos rubios y ojos azules. Daban las diez de la mañana cuando se despertó.

— Es un fenómeno de la imaginación,— dijo al levantarse.—¿Qué otra cosa puede ser? ¡Vamos! Que la simpatía me hace ver visiones. Sin embargo, ¿qué tendría de extraño que fuera cierto? Nada, seguramente. Pero hay

algo que no me explico y que el tiempo y los hechos lo resolverán. Creo descubrir una historia en la vida del padre. ¿Pero qué historia? He aquí lo que me preocupa. ¡Angélica...! ¡Angélica! ¿cuándo te he conocido? ¿Por qué creo reconocerte?— agregó conmovido.— ¿La amaré yo, acaso? ¿No deseo volverla á ver? ¡Oh, sí! ¿No estoy sintiendo lo que jamás he sentido, pensando en ella? ¡Si es tan bella y tan candorosa! ¿Por qué yo no he de amar, cuando todo ama en la naturaleza? ¿Por qué esa ley de la vida armónica, no ha de llegar hasta mí, diciéndome:— «Ama tú también, que eres parte de ese gran Todo?»

Aquel mismo anhelo que sólo se experimentaba verdaderamente una vez en la existencia, le estaba dando la respuesta. Pero quería engafiarse á sí mismo, interrogándose, sin contestarse. ¿Por qué el hombre, á veces, no se confesaba ciertos sentimientos que le dominaban, que no podía pasarse sin ellos? Porque había momentos en que la duda era agradable—esa duda que afirmaba, que no negaba, que por estar en nosotros la juzgábamos increíble, que se sentía, pero que no se explicaba. Así pensaba Filos, recordando la angelical carita de la joven. ¿Si ella pensaría en él? Y apoyada su frente en la palma de la mano, sentado en su cómodo sillón de brazos dejó vagar el pensamiento al azar, como sofiando en un porvenir de cariño y de esperanzas.

Así, justamente en aquella posición, extasiado y extraño á lo que pasaba á su alrededor, le sorprendió Andros momentos después. Ni siquiera se había apercibido de la presencia de su amigo. Entonces éste, cariñosamente, empezó á bromearle. ¡Verdaderamente, nunca lo hubiera pensado, ni jamás creído! El más amargo y sarcástico de

los hombres, reducido á aquel extremo, cambiado tan pronto, en unas pocas horas! Si más bien pareciale cuento— y cuento fantástico —que realidad en carne y huesos! Ante la gravedad forzada con que Filos recibía sus palabras, se sonreía palmeándole afectuosamente. ¿Acaso tenía ello nada de extraño, ni de inverosímil? No por cierto. Si algún día á cada cual le debía llegar su San Martín, como decían los antiguos. Lógico era, pues, que á él también le llegara el suyo. Y sentándose á su lado, continuó preguntándole cómo había pasado la noche y qué había hecho para poder conciliar el sueño. Se lo pedía seriamente...! ¿Por qué le miraba sonriendo? ¡Vaya! No era franco con él.

—¡Pues bien, sí, he dormido como una piedra...!— le contestó rápidamente.

—¡Falso, falsísimo!... ¡No te creía tan bribón...! ¿Y sabes por qué, buena pieza? Porque los enamorados no duermen,— repuso Andros, chanceándose cariñosamente. Bien es cierto que hay casos especiales... Pero... ¿no ves, angelito, que te hablo por experiencia...? Mira, Filos, Parelia misma pensaba poco ha como yo. «Vé por él,— me dijo.— Estoy segura que se halla en estos momentos sentado y despierto soñando con *ella*.» Llego, miro y te encuentro como Parelia se lo imaginaba...!

—Sí, amigo mío, confieso que lo he pasado desvelado y que me siento presa de una inquietud inexplicable. El por qué, más tarde lo sabrás. Además, bien sabes el efecto que pueden producir ciertas conmociones morales en los seres de mi temperamento y de mis creencias. Así mismo, conoces y comprendes mis inclinaciones por la belleza y la pureza, en mi extraña mezcla de filósofo y

de poeta panteísta. Sean ó nó funestas las consecuencias de mis creencias y de mis inclinaciones, cuestión es ella bastante compleja para resolverla en el presente. Veremos en el porvenir, que fe tengo en el tiempo y en mis acciones. Por otra parte, no vacilo en asegurarte que la misma fuerza que domina á esa mujer, me impulsa hacia ella simpáticamente.

—Te comprendo, Filos. Por eso es que soy tan foiz en mi hogar, por eso una amistad tan fraternal nos liga. Esa ley suprema que está en nosotros y fuera de nosotros, es *una*, repartida en la naturaleza toda: en el hombre, en el animal, en la planta y en la piedra. ¿Qué es lo que no permea «el alma universal?» Y ¿quién sino el hombre mismo—lo más perfecto de ese colosal conjunto armónico— es el que ha desconocido su fuerza real, buscando una quimera para sustituirla? ¿Por qué nuestra raza decae física y moralmente? ¿Por qué las especies pierden sucesivamente la fisonomía de sus antepasados? Abandona las causas abstractas y analiza las concretas. Porque no conciben la idea del amor. (1) ¡Con cuánta razón decías anoche que hoy el alma se lleva en el bolsillo y el corazón en la carteral—Hizo una ligera pausa, y luego continuó:

—~~Acá~~, pues, ¿cómo no ha de existir el imperio de la apariencia, de la mentira, de la decadencia, si todos los movimientos, las acciones, lo intelectual, lo moral y lo material del hombre marcha al compás del metal, y con el «lujo que—como ha dicho sabiamente un pensador

(1) El altruismo íntimo, sincero, base de la familia, necesario y universal, según Augusto Comte. «Catecismo Positivista», tomo II, Diálogo Octavo, páginas 109 y 128.

del siglo XVIII — es efecto de las riquezas ó las hace necesarias y corrompe á la vez al rico y al pobre, á uno por la posesión y á otro por la codicia; vende la patria á la molicie, á la vanidad y quita al Estado todos sus ciudadanos para hacerles esclavos unos de otros y todos de la opinión?» (1).

—Y, sin embargo,— continuó Filos,— algunos creen amar, cuando lo que aman en puridad es el dinero! Forma, desarrolla, mejor dicho, sociedades con semejantes sentimientos y tendrás patente el hermafroditismo moral, el histerismo latente y la decadencia de nuestras razas. Pero anda tú á decírselos, y tendrás por toda contestación sensata «alaridos brutales de indignación» ó te tratarán despreciativamente de envidioso, de miserable visionario, y aquí recibirás una bocanada de improperios, allí sonrisas de un desdén abrumador y más allá de lástima, desprendida del pus de las lacras pestilentes y nauseabundas. Que existen excepciones bien nobles y notables, no cabe la menor duda. Pero ¿cuántas son? Y las «pasablemente honestas», como decía el poeta, ¿qué número representan? Ahora convendrás, Andros, que no es tan exagerada la amargura que pende de mis labios, ni mi desencanto tan sin motivo, analizando francamente y sin rodeos, los dos solos, sus causas.

—Si á veces he solido observar tus ideas, bien habrás comprendido mis razones. Es, amigo mío, que en la actualidad no se puede escribir como pensamos. Ciertas verdades, convendrás tú también en ello, son á los vicios

(1) Juan Jacobo Rousseau.—«Del contrato social», capítulo IV «De la Democracia», paginas 101 y siguiente.

lo que la sangre es á algunas bestias: sólo causan ataques y embestidas. Y la lengua es un arma que, esgrimida por despecho, alcanza á herir no de frente —eso sería muy digno— sino por la espalda y sin sentirlo. Es por eso que he preferido que la acción de nuestro libro se desarrolle en el siglo XIX y no en el actual. Pero ya hemos hablado de este asunto. Continuemos, pues, con el que te preocupa.

—¡Lo que es la asociación de las ideas! ¡Dónde nos había conducido insensiblemente! Como te iba diciendo,— prosiguió Filos, después de una ligera pausa.— No me cabe la menor duda que Angélica me ama. ¿De qué lo infero? Vas á saberlo más tarde. Decirte lo que yo siento por ella, es innecesario. Además, no peco en anticiparte el resultado que tendrá este cariño naciente. ¿Crees tú que la formación de un hogar, á semejanza del tuyo, me sentaría tan mal?— agregó sonriendo plácidamente.

—Eso era lo que esperaba de ti. ¡Qué buen corazón tienes!

—¡Vamos! No me adules, salamero!... Esc, no te sentaría bien, Andros.

—¿Piensas devolverme las bromas? No creo conveniente las represalias. Pero lo que sí estimo más que prudente, necesario, es que pasemos ahora mismo al comedor á hacer el medio día. Parelia nos estará esperando. Además,—agregó Andros, golpeándose el estómago,—porque me siento desfallecer de hambre!

—Vamos allá, — acabó por decir Filos.

Después de hacer el medio día, que por lo animado del tema de la conversación, la sobre-mesa duró más de lo regular, los dos amigos salieron á recorrer un rato los

boulevares. El día se mostraba espléndido, agradable, animador. El movimiento incesante de la gran ciudad, ofrecía un golpe de vista magnífico. Todos los rostros, sin distinción, parecían por igual, sonrientes, tranquilos, felices, al llenar sus dueños el cumplimiento de sus respectivos deberes y tareas. Los oblicuos y tibios rayos de aquel hermosísimo sol, que aparecía como incrustado en el cielo limpio y sereno, se repartían por las galerías, los boulevares y las avenidas cuajadas de gente, dorando los altos edificios, desprendiendo mil luminares de los cristales y alegrando, vivificando y activando la enorme masa humana que rebullía por todas partes.

En medio de aquel universal concierto, frescas brisas llegaban de los campos de cuando en cuando, prodigando sus caricias de terciopelo y moviendo con su leve soplo en las bocas de las empinadas chimeneas, los centenares de penachos de humo— ¡esas lenguas negras que parecían hablar quedo, muy quedo, entre ellas, el idioma edificante de la labor humana. Á veces una de aquellas elevadas chimeneas, semejaba á la distancia destacándose en el fondo azul claro del cielo, el índice colosal de un gigante, entregando á las juguetonas brisas la franja oscura de un gallardete finísimo.

Y allá, en el fecundo vientre de aquellas fábricas, de todos aquellos monstruos del progreso, los hombres y las máquinas dejaban oír el sordo fragor de la sin igual digestión del trabajo, que fortifica los cuerpos, vigoriza los espíritus, levanta la condición humana y acerca las razas al porvenir de su siempre anhelado perfeccionamiento. Mientras aquellos hombres sudaban moviendo la complicada maquinaria del progreso, ¡cuántos seres

enfermizos dormirían á esas horas el sueño de las borracheras de buen tono, ó, reponiendo las fuerzas perdidas en una noche de sarao, roncarían sin pensar en lo futuro, que ensancha el cerebro, desabotarga las facultades intelectuales y crea ese temor inexplicable en el alma que prepara al hombre para la lucha, para la idea, para la inmortalidad!

No pensar, no trabajar, fastidiarse estudiando y vivir en la molición, que era hija de la opulencia, mal comprendida; tener todos los días por iguales, vegetar de placer en placer; buscar la novedad en el amor, en el cariño y en la amistad; agotar los sentimientos en la ninguna noción del tiempo que vuela, y, por último, temer la muerte que aun estaba lejana—¿qué consecuencia arrojaba terriblemente abrumadora? El tipo fisiológico de una raza en decadencia. Bajo este punto, bien mirado, las clases intermedias de las sociedades contemporáneas,—pensaba Filos,—conservaban mejor el tipo de su especie, bien entendido cuando la codicia y la imitación de las elevadas, no las descentralizaba. Porque entonces las consecuencias solían ser funestas.

—Por regla general, ningún hombre de talento se ha mecido en cuna de oro, ni genio alguno se pronunció en la opulencia. Su cuna,—continuó Andros, fué siempre modesta, y si tuvo fortuna fué en la imaginación en medio de la miseria ó la soñó en el hambre. Las excepciones no hacen la regla, es necesario convencerse una vez más. Ahora, pregunto: ¿ha decaído al través de los siglos la raza de los hombres de talento? ¿Ha degenerado la raza de los genios? Nunca. Si se corrompen, entonces la vena divina se agota. Aparece la bestia, no la raza inmortal.

Por eso la ley del estudio y la del trabajo,— agregó, contemplando los arabescos del humo de una fábrica de papel,— propenden á multiplicar el pan del alma, mientras que la ley de la opulencia, como todas las leyes tiránicas, guía á la aparente libertad de unos cuantos y á la sumisión mezquina de los más, que la necesidad nunca tuvo libre alvedrío, ni opinión en asuntos contenciosos. De la ley del estudio y del trabajo, nace la gran noción del porvenir: la no menos grande batalla de la vida. ¿Quiénes son los que no luchan? Dos entidades encontradas: el opulento, donde la decadencia se manifiesta, y el anciano de la clase baja que ha perdido las esperanzas en el violento empuje de la desgracia, donde la decadencia se acentúa.

—Y el opulento y el anciano sin la noción del porvenir,—continuó Filos,—¿qué beneficios ofrecen moralmente á la raza á que pertenecen? Las artes, las ciencias, la sociedad y la patria ¿qué adelanto, qué idea nueva, qué chispazos, qué luz intelectual, qué sacrificios y qué heroísmo les deben, ni qué pueden esperar de ellos? ¡Nada...! No, algo: la helada indiferencia de parte del uno y el estímulo á lo superfluo, á la vanidad, á la mentira, de parte del otro. ¿Hallas ó no en ellos, Andros, el origen de muchos de nuestros males? Y el tipo de la mujer ¡qué amarga fisonomía nos ofrece en semejante medio! ¡Así serán sus hijos! ¡Qué caracteres ricos para una raza, como la nuestra, novelera por hábito é imitadora por tendencia, ligera y conservadora por herencia! ¡Conservadora de lo perjudicial, entendámonos!... Pero, ¿qué miras con tanta insistencia, amigo mío?

—Eso. ¡Qué cosa más divina! Observa, allí, á la derecha.

Y, Andros, le indicó un cartelón fijado en el gran kiosco-avisador de la esquina. Filos, desde luego, no pudo contener una mueca de disgusto. Al lado de un *reclame* de corsés mecánicos para las damas y de bajo de un bombo del «Consultorio médico-*gratuito* de las enfermedades de los riñones, de la vejiga y órganos genitales», vió el anuncio de una medicina para la anemia y la clorosis. A la izquierda de otro del Dr. Específico prometiéndole curar las «Enfermedades Secretas» por medio del oro y de la plata («Cápsulas *argentum-aurum*») — pegado entre una licitación de libros morales para escuela y de un remate del Banco de las Hipotecas — se hallaba el cartelón que le indicaba Andros. Intercalado en el texto del cartelón se veía un cliché que representaba lo que se quería decir en el título: «El Arte de hacer fortuna», con este apéndice curioso: «No más miseria». — Novela filosófico-social-tendenciosa, por don Ventura Desesperado, y editada por la reputada tienda de «La moda elegante». Nota: «Fijarse bien en el índice-catálogo del espléndido surtido de la estación. Se reparte gratis á domicilio».

—¿Qué te parece esa mezcla *sui-generis*?— le preguntó Andros.

—¡Moralísima, sobre todo!— le contestó Filos sarcásticamente.

—Pues esa misma mezcla, peor á veces, ¿no la traen también los diarios que andan de mano en mano? ¡Qué instrucción edificante para los jóvenes y las jóvenes...!

—Esos son ejemplos patentes de la fortaleza de nuestra raza. ¡Como si las llagas se pudieran cubrir con sedas! Vamos de aquí, que esto me hace daño,— agregó Filos, atravesando la boca-calle. —Me repugna, en una palabra.

Pero al llegar á la esquina de la galería «De la Victoria», los dos jóvenes tuvieron que detenerse, pues la pública vía se encontraba completamente obstruída. ¡Cómo se agrupaban los desocupados, los curiosos, los *ricentes*, en fin! ¡Qué gritería, qué confusión y qué angolina de mil demonios! La policía sudaba por mantener el orden, acallar las palabrotas y silenciar las obscenidades y las burlas del populacho miserable y soez. Las puertas de las tiendas y almacenes, las ventanas y balcones de las casas se veían llenos de gente. Pero ¿qué pasaba, qué ocurría, qué sucedía? Todos á una se preguntaban. Las hileras de tranvías, de autómatas y de todo género de vehículos y rodados, eran interminables. Se perdían allá, á la distancia. En vano los policianos se enronquecían asegurando que nada había. ¡Pues, no señor! Cada uno quería cerciorarse por sus propios ojos, empujándose y pisoteándose brutalmente.

La causa de semejante tumulto había sido una paliza que un loco le propinara á un jovenzuelo, de una de las familias más distinguidas, por haberle pisado uno de los perros que amparaba. ¡Pisar un perro (la imagen de la fidelidad) con intenciones malignas! ¡Eso era inhumano!— gritaba el demente, mientras el jovenzuelo volvía del desmayo que le causara la soberana paliza, y, como miembro de la «Sociedad Protectora de los Animales», mandaba prender al alienado y conducirlo al Hotel de Policía. Nada más. Por fin, después de algún tiempo, la vía quedó espedita, se hizo el tránsito y volvió la tranquilidad á los espíritus, cuando todos se interiorizaron de lo que había acontecido.

— Yo me imaginaba algún crimen, — exclamó Andros.

—Y yo un meeting de indignación libero-popular,— agregó Filos.

Siguieron por la avenida del «General Nitro». Después de algunas cuadras penetraron á una confitería, compraron bombones para los niños, y, en seguida, continuaron el paseo por el boulevard de «Las Flores». Al doblar el ángulo del pasaje de «Las Libertades», Andros detuvo á su amigo. En el kiosco pudo leer Filos una convocatoria del partido crónico-liberal al Pueblo Soberano de la Capital, para que concurriese en masa á los comicios á votar por la lista (ó menú) de diputados y senadores al Congreso, el 1.º del próximo mes. Pero al llegar al final del cartel, Filos no pudo contener una carcajada. Seguía á la convocatoria, este letrero ó pseudo-bombo en letras gordas:—«¡Cuidado con las falsificaciones!» Y más abajo, este otro: «Sebo de Sábalo. Cura radical de los dolores de cabeza. Exíjase el nombre del fabricante sobre la cápsula verde».

—La medicina aconsejando á la política... ¡Qué advertencia!— exclamó Andros.

—¡Qué casualidades tan *monas!*— subrayó Filos.

—¡Capaces de embriagar el más consuetudinario *nitrato!*— agregó Andros.

Y conversando alegremente de las prodigiosas antinomias que ofrecían los avisos, los *reclames* y los bombos de los kioscos, los dos amigos llegaron á casa, pasadas las cinco de la tarde. Evalinda y Adamiro que jugaban en el jardín del frente del edificio, vigilados por el criado Prudencio, al ver entrar á su padre y á Filos corrieron alborozados á su encuentro.—¡Papá!... ¡Papá!... ¡Filos!... ¡Filos!...—Y el contento y la alegría de aquellos dos án-

geles, parecía no tener límites. Al ir Evalinda á abrazarse de las rodillas de su padre, tropezó y cayó. Pero, como si tal cosa, se levantó riendo, y más fuerte le abrazó.

Aquí llovieron las caricias y los besos. ¡Qué sonoros! ¡qué conmovedores!... Parecían los limpios gorjeos de las tiernas avecillas al despuntar una mañana de primavera en el paraíso con que sueñan las rosadas imaginaciones de los niños. Andros oprimía contra su pecho, íntimamente enternecido, á aquellos dos vástagos que amaba, que idolatraba tanto! Filos, con los ojos húmedos y laténdole el corazón, participaba gozando de semejante escena, sonriendo plácidamente y pensando... ¡Lo que pensaba, cómo expresarlo! ¡Lo que puede un cuadro de felicidad en nuestros sentimientos! Filos contemplaba la imágen de Angélica en su alma, más hermosa, más candorosa! ¿Por qué él también no había de poder oprimir contra su corazón á algún ser, como aquellos?

—¿Y estos dulces, papá?— le preguntó Evalinda.

—Son para ustedes, para los dos, hija mía,—la dijo Andros, besando su casta frente.

—¡Qué cartucho tan grande!— exclamó Adaniro, abriendo tamaños ojos.

—Mejor, así no se nos acabarán nunca los bombones,—agregó graciosamente la niña.

—¿Cómo va, Prudencio?— le preguntó Andros al criado.

—Bien, señor, gracias,—le contestó, inclinándose con el mayor respeto.

Y precedidos de los niños y del criado vigilante, los dos jóvenes ganaron las galerías de la casa. La animación de

los pequeñuelos contrastaba con la dulce melancolía de Filos. Silencioso caminaba al lado de su amigo, mientras éste no apartaba un momento sus ojos de los niños, que tomados de la manecita continuaban hablando de los dulces, regalándose y haciendo sonar la lengua de gusto contra el paladar, antes aún de probarlos. Después de ascender al primer piso y al llegar á la sala de comer, recién entonces Andros se apercibió del mutismo de Filos. Creyó adivinar la causa. ¡No habían pasado por casa de *ella*! Y le reconvino por no haberlo hecho. Como iban tan entretenidos con la conversación de las *antinomias*, él ni se había fijado, ni acordado. Y confesó de plano su debilidad. ¿Se la perdonaba? Pero Filos tenía la culpa.

—Te engañas. Hemos pasado, la he visto en la ventana y me ha saludado, ¡de qué manera, Andros! Adiviné que deseaba no faltase esta noche. Pero tú en aquel momento mirabas no sé dónde. Por eso te perdistes el saludo más encantador que haya recibido yo en mi vida,— le contestó Filos sonriendo.

—¿Y por eso tienes tanto pesar y pones esa cara de melancolía crónica?

—No, amigo mío. Es porque el verte abrazar á tus hijos...

—¡Pícaro! ¿Me tenías envidia? — le interrumpió Andros cariñosamente.

—Y pensaba, al mismo tiempo, que se iban á parecer á los míos. ¡Tan hermosos son!— continuó Filos, sin poderse contener.

—¿Con qué esas tenemos? Me complazco en recono-

certe dotes para padre de familia, ¡y buenas! ¿entiendes?— Dejemos ahora esto y entremos, que allí veo á Parelia batallando con los niños y con el cartucho,— concluyó por decir Andros penetrando al comedor con su amigo.

—

JORNADA XX.

—

CON qué franca expansión, que no pudo reprimir á pesar suyo, les recibió Angélica aquella noche! Filos se mostraba encantado y Andros gozaba viendo gozar á su amigo. Pero ya no fué en la tienda sino en un saloncito sencillamente amueblado, tapizado y colgado, donde hasta entonces sólo había penetrado la familia de la hermosa joven. Era un verdadero nido íntimo, familiar, centro de afectos puros y medio de esperanzas é ilusiones para el porvenir. Allí, el padre de Angélica se exhibía sin la máscara del peluquero, que imitaba á las mil maravillas obligado por su desgraciada suerte. Entonces aparecía tal cual era él en su fondo abierto, franco, cariñoso, y en su exterior simpático y respetuoso como el mejor.

Bastante sorpresa— que no dejó de complacer á los circunstantes—causó á Andros aquel cambio, al parecer un tanto brusco, que le presentaba al hombre, al verdadero padre de familia, al amigo afectuoso, distinguido y sumamente culto. ¡Qué educación tan esmerada la suya! ¡Qué modales tan acordes, libres y sin afectación! Filos sonreía, á veces, sin articular palabra. Creía satisfecha gran parte

de su inquietud. Aquel hombre guardaba en lo más íntimo de su ser una historia que iba á conocer más tarde ó más temprano. Entretanto, Andros, que observaba y analizaba el carácter y el temperamento del sujeto, descubría á cada momento una cualidad, un rasgo, una manifestación, una inclinación saliente, y, sobre todo, una espontaneidad y una sencillez bien halagadoras, que concluyeron por disipar todo temor. Nació en él la confianza y el joven terminó por estimarle y por felicitarle de haberle conocido.

Cualquiera que, una hora después, les hubiera visto, les creyera antiguos amigos. ¡Tan sinceros se mostraban los unos, como sencillos y cariñosos los otros! ¡Cómo se revelaba la armonía simpática que equilibraba sus caracteres y sus temperamentos, sin gastar el precioso tiempo en cumplidos forzados, en necias convencionalidades, en tontos fingimientos, en galanterías farsáicas ó en ridículas apariencias! Todos sus corazones estaban allí en descubierto y sus almas se manifestaban en los ojos, en los labios, en las ideas y en los sentimientos.

Se trataban llanamente como si toda la vida se hubieran conocido. Las palabras aleteaban en los labios, lo mismo que las sonrisas, sin hesitación alguna, corrientes, claras, apenas meditadas y con toda la armonía, la espontaneidad y la pureza imaginables. El diálogo no decaía, ni faltaban los temas. La animación y el calor no bajaban de temperatura, ni disminuían los chistes y la hilaridad general, ni reprimían una sonora carcajada, una exclamación, una respuesta inmediata, porque los epigramas, las historias y las ocurrencias del padre abundaban á cada momento, alegres, chispeantes, áticas.

Sin saber cómo, ni por qué motivo llegaron á hablar de la mujer. Entonces el padre de Angélica, que tenía la palabra, se arrellanó en su butaca, cruzó la pierna y con tono de cómica gravedad, que más influyó á despertar el interés y la hilaridad, les aseguró que la mujer fué formada de la cola del zorro, por una casualidad, según lo afirmaba una revista científica. ¿No querían creerlo? ¿Y por qué? ¡Pero si eso era un disparate! Tenía razón Angélica. ¡No era posible, ni verosímil, siquiera! ¡Qué ocurrencia! ¡Qué mal se acordaba ó qué mal habría leído! Y las explosiones de risa, las exclamaciones, las dudas y los— «¡cómo podía ser ello!»— se sucedían, se interrumpían sin cesar, y más insensiblemente les vinculaba, les atraía y les reunía á todos sin pensar en el tiempo que pasaba.

—No es cuento, amigos míos,—protestó él.—Yo lo he leído y me acuerdo perfectamente...

La luz del pequeño foco central, clara, limpia y argentada, presentaba sus animados y sonrosados rostros más hermosos, más llenos de vida y de ensueños castísimos. Parecía un cuadro imaginado por la felicidad, que huye horrorizada de los brazos del hambre y la miseria. La atmósfera confortable del saloncito algo tenía de embriagador para ellos. Sus labios la respiraban con ese íntimo deseo que anima el espíritu tranquilo y puro en los órganos más delicados de la economía humana, para bendecir la vida. ¡Se ensanchaba tan bien el pecho aspirando aquel ambiente de felicidad! En el fondo de sus ideas, de sus manifestaciones y de la misma hilaridad se adivinaban los unos á los otros lo que pensaban, lo que sentían, sus ilusiones y sus esperanzas. A veces pare-

cían niños contándose con entusiasmo historias prodigiosas, para ellos, al rededor del hogar en las heladas noches de Julio— esas queridas noches de la infancia que todos recuerdan conmovidos. ¡Cómo gozaba el padre de Angélica ante el efecto que sus palabras producían! No se acordaba de la concurrencia que llenaba su establecimiento, no oía el rumor de las voces confundidas, de las carcajadas brutales, de las conversaciones de sus oficiales, ni de este concurrente descontento, del otro que le extrañaba, ni de aquel que le esperaba para satisfacer el pago de una pequeña cuenta atrasadísima. Todo su pensamiento, su alma toda, se encontraban allí, en el saloncito privado. Ser padre, era su profesión actual y no había ya clientes, sino amigos queridos.

—Pues, sí,— continuó,— la mujer fué formada de la cola del zorro.

—Si tan seguro estás,— le observó Angélica,— pruébanos lo que dices.

—La observación es justa, señor don Pedro,— agregó Filos.

—Se hace forzosamente necesaria una explicación,— afirmó Andros.

—¡Pero si á ello iba!— repuso don Pedro.— ¿Por qué me interrumpen?

—¡Si no interrumpirte, papá, es imposible!— exclamó riendo la joven.

—Sin embargo, haremos lo posible...— agregó Filos, haciéndola una señal significativa.

- Continúo, pues, - dijo entonces don Pedro, afectando siempre gravedad cómica.

Después de una pintoresca y breve descripción del Pa-

raíso terrenal — «ese jardín delicioso donde Dios puso á Adám» — y en seguida de hacerles el retrato del primer hombre inmaculado, prosiguió tranquilamente su narración. «Dormía el hombre — soñando con lo que le tenía prometido el Autocéfalo de la Creación — una hermosísima mañana de estío, suspirando y estremeciéndose de cuando en cuando... A su alrededor la naturaleza virgen, exuberante y fértil, vestía sus espléndidas galas de verdura. Las tiernas avecillas mezclaban su misterioso idioma al elocuente lenguaje de aquel concierto. Las juguetonas y perfumadas brisas agitaban blandamente las frondas de los árboles, rizaban las corrientes cristalinas, haciendo inclinar las coloreadas frentes de las flores acuáticas sobre el transparente espejo de la linfa pura. El panorama general de semejante mansión divina, parecía más bien el de un sueño extraordinario narrado por una imaginación morbosa, que real y verdadero... ¡Así lo creían los antiguos propagadores y los frenéticos amantes de la poética mitología cristiana!»

—Y la mujer ¿dónde estaba?— le interrumpió Angélica maliciosamente.

—¡Si recién empiezo!— le observó su padre, moviendo la cabeza.— Continúo.

«Pues bien, en lo más profundo del sueño del hombre y en medio de la alegría del Paraíso, Dios le sorprendió y se sonrió de la plácida sonrisa que acariciaba los entreabiertos labios de Adám. Estuvo contemplando largo rato su cuerpo tendido en la alfombra de las yerbecillas. ¡Cuán bella le pareció su obra y cuán perfecta! El Angel que le acompañaba, á una respetuosa distancia, seguía con el alma y con los ojos los movimientos del Cria-

dor. Algo esperaba. Después, Dios se decidió á extraerle á Adám una de las costillas del lado del corazón, la más pequeña y la más fina. Y así lo llevó á efecto ayudado por el Angel, en menos de un minuto y sin que el hombre experimentara la más mínima sensación.

—De aquí,— dijo el Eterno,— formaremos á la mujer.

—¡Sí, Padre, y será muy bella!—exclamó el Angel.

«Y dejando á un lado la costilla, comenzó á cerrar la herida de Adám de tal manera que no se conocía la lesión, ni la falta del cartilago, cuyo periostio empezó á crear la nueva costilla desde aquel momento. Inmediatamente fué Dios á formar á la mujer; pero, ¡cuál no sería su asombro, al encontrarse sin la costilla! Miró al Angel—más confundido y atónito éste que un niño al contemplarse por primera vez en un espejo.— ¿Dónde estaba la costilla? En vano la buscó el Eterno á su alrededor. Pero su faz se iluminó de pronto, púsose de pie y miró á la distancia. El sol aparecía en aquel momento detrás de una montaña, sonrosando el horizonte y las nubes que viajaban por el transparente y azulado cielo.

—Vé por la costilla,—le dijo al Angel.—Se la lleva robada aquel zorro.

«Efectivamente, un astuto zorro, atraído por el tibio olor del hueso recién extraído, se había acercado cuidadosamente durante la rápida cicatrización de la herida, sin que le sintieran, ni advirtieran su perversa presencia. En un descuido del Eterno y del Angel, se había alzado con la sabrosa costilla, yendo á poner los pies en polvorosa. En consecuencia, sin pérdida de tiempo,—dominando Dios su indignación,—mandó al Angel que le persiguiera y le secuestrara aquello que no era un *res*

nullius..! Naturalmente, el Angel se lanzó con todo el poder de sus alas detrás del ladrón. Pero el muy bribón del zorro emprendió, sin soltar la presa, una carrera vertiginosa hacia su cueva, hecha en una *roca* de la montaña vecina. El asombro de los demás animales, principalmente el de la familia del gallo, se convirtió en curiosidad. Algunos protestaron de aquella persecución atentatoria y sin razón. Los demás, simulando prudencia, callaban y observaban.

«Describiendo curvas, quebradas y rectas que hacían desesperar al Angel, huía el zorro—huía siempre. Parecía una centella que se arrastraba por la tierra. Sin embargo de ello, el Angel ganaba terreno. De nada le valía al zorro su instinto dañino, ni su astucia de político del siglo XIX. Por fin el muy pícaro descubrió su cueva. ¡Qué alegría! Estaba salvado, porque allí nadie podía penetrar..! Hizo un esfuerzo violento, y saltando lagos, atropellando semejantes y pisoteando tiernas y hermosas flores, se dirigió rectamente á su cueva, fatigado y casi rendido.

«Ya sólo le faltaban unos pasos... ¡Oh, gloria!.. Llegó, apoyó las patas y de un brinco se internó en su guarida... ¡No le habían alcanzado!.. Pero en aquel mismo instante experimentó en el tronco de la cola el más agudo y espantoso dolor... ¡Le habían dado caza..! ¡Ay, ¡infelice..! Sin embargo, era necesario no ceder. Entonces, desde adentro el zorro batalló y tiró desesperadamente sin soltar la costilla, y hacía mil esfuerzos inútiles por desasirse de la mano que le aferraba por la cola..! De pronto, después de tanto tirar y tirar, rodó el desventurado y fué á dar con el hocico contra una de las húmedas paredes de la cueva, sin aliento ya y casi desfalleci-

do por los punzantes dolores. Así, en aquel estado, oyó un juramento de rabia celestial Era del Angel que se había quedado con su cola en la mano—pero sin la costilla!

—En la cueva ¿quién penetra?—dijo el Angel.—Es honda como el infierno!

«Triste, compungido y lloroso se dirigió á donde estaba Dios, que le esperaba con la costilla y no con la cola del malvito zorro. ¿Qué le iría á decir al Padre?... ¡Cómo tenía el pobrecillo su augusta cólera! Por fin llegó... ¡El Padre lo sabía todo! ¡Qué grave se le mostró el Eterno! Pero al verle llorar como un niño, sin consuelo, á lágrima tendida, se conmovió, le prodigó algunas caricias y le calmó completamente. ¡Eso no era nada! Y sonriendo le tomó la cola del zorro, que al fin y al cabo, como obra suya, no era tan mala y repugnante. El Angel se la alargó sin mirarla, la cabeza dada vuelta y avergonzado... Medió una ligera pausa. Después, Dios encogiéndose de hombros, como respondiendo á una pregunta mental, se dispuso á formar á la mujer.

—¡De la cola del zorro!—le preguntó el Angel atónito.

—Sí, vale tanto como la costilla... —le contestó sonriendo el Criador.

«Tendió en seguida la cola al lado del hombre... Momentos después la mujer estaba formada, espléndida como ninguna, hermosa y pura como la imaginación de su Autor mismo. Desapareció luego seguido del Angel, dejando cumplido lo que le tenía prometido á Adám tiempo hacía. Algo nuevo, extraño, prodigioso, pareció agitarse más tarde en el seno de la Creación. Una sacudida infinitamente dulce recorrió todo el universal concierto, como

un estremecimiento nervioso de felicidad suprema, que animó lo existente en el Paraíso—bello, agradable, encantador hasta entonces, pero frío, sin fuego, sin sensibilidad, sin el amor que nacía, sin el alma de la Creación, que ahora palpitaba por do quiera al aparecer la mujer »

—¡Pues todo eso parece cuento...!—dijo Angélica picarescamente, por no preguntarle otra cosa.

—Nada de eso,—agregó don Pedro riendo.—La revista lo daba como cierto é histórico... Yo creo, sin embargo, que esa mujer era... la *Política* de los antiguos!

Las doce dieron y aún conversaban y discutían alegremente el asunto. Pero cuando el reloj marcó la media, los dos amigos se retiraron para volver al siguiente día. Así pasaron varias noches. La amistad y el afecto más y más les estrechaba. Después fueron invitados á comer. Andros concurrió una vez y las demás Filos. Naturalmente conocieron á Horacio, el hijo de la casa, el futuro abogado: un joven de buen fondo, pero muy empapado en ciertas ideas dominantes. Era bastante parecido á su hermana. Sus ojos de un verde claro despedían rayos vivísimos de inteligencia. Sus cabellos castaños, su naciente barba, su nariz fina y su boca pequeña adornada de blanquísimos dientes, daban á su rostro simpático una varonil hermosura. Desde un principio se hizo amigo de los dos jóvenes, cuya distinción y saber le entusiasmaron.

Pasaron dos meses, durante los cuales Angélica y Filos tuvieron más de una ocasión de encontrarse solos. Entonces el amor más puro apareció en sus labios, envuelto en palabras de un fuego abrasador. Desde entonces se comprendían con un gesto, se adivinaban con una mira-

da y se satisfacían con una sonrisa. El primer beso que la dió Filos, fué estampado con la sagrada promesa de que sería su esposa, y nacido de lo más puro de su alma que cifraba en aquel enlace toda la satisfacción de su felicidad, tanto tiempo acariciada y soñada. Ella, Angélica, que le venía amando desde hacía seis meses en silencio, espiondo su pasada á la tarde por la puerta del establecimiento, casi declarándosele sin poderlo reprimir,—no tenía más voluntad, ni más esperanza que Filos, el joven del palacio vecino, como le apellidaba. ¡Se hubiera muerto de pena si su padre no hubiera ido á casa de Andros con un pretexto fútil, inventado, audaz, para que concurriera al establecimiento..!

—¿Recuerdas la noche que te conocí, alma mía?—solía decirle Filos.

—¡Oh, desde entonces comencé á ser dichosa..! ¡Te amaba... ¡te amaba tanto..!

Cuando llegó el otoño, Filos, conforme ya con la voluntad de su familia, solicitó conmovido la mano de Angélica, que su padre le concedió abrazándole y llorando como un niño. Filos entonces pudo conocer la historia de su futuro padre político. Horacio—que al año siguiente se graduaba, felicitado por sus maestros y sus discípulos—no cabía en sí de gozo. Y mayor fué su contento cuando su padre le comunicó que vendía á cuatro de sus oficiales el establecimiento, y se retiraba satisfecho á la vida del hogar tranquilo, que era su sueño dorado de tantos años. Esto sucedía un sábado por la tarde. Esa misma noche Andros terminaba las jornadas XIX y XX del libro, que leyó al día siguiente á Filos y á Parelia, la madrina de la próxima boda.

—Vas á hacer una pareja encantadora con mi querido viejo—exclamó Filos.

—¡Feliz anciano, venturoso padre el tuyo!—murmuró Parelia enternecida.



JORNADA XXI.

EN los primeros días de Julio, «El Siglo XIX» pasó á manos de sus nuevos dueños que — ¡la mar y el océano! — ofrecieron de comodidades y de mejoras «al público en general y á sus favorecedores en particular». Mucho hablaron y murmuraron de aquel casamiento impropio, ridículo, desigual y casi, casi inmoral. ¡ Ese señor Filos debía padecer de perturbaciones cerebrales, cuando tal enlace se permitía contraer en las mismas barbas de una sociedad elevada y culta, orgullosa de sus tradiciones y de sus costumbres!

Seguramente la muchacha no podía ser más espléndida ni más apetitosa, ni más *bestialmente* linda; pero no para casarse con ella. Tenía condiciones suficientes para ser la querida de un hombre. Para llegar al rango de esposa carecía de las principales, porque el ideal de la esposa no estaba tan sólo en el palmito, sino en las inclinaciones y en los sentimientos del alma. En fin, cada cual hacía lo que le parecía mejor, ganando los unos y perdiendo los otros. Los beneficiados eran Angélica, naturalmente, su padre y el imbécil del hermano. Los perjudicados eran Filos y su distinguida familia (que los murmuradores no conocían ni de vista.)

—¡Ya veremos las consecuencias!— exclamaron algunos parroquianos.

Los clientes femeninos se hacían mil aspavientos, cruces y señales, criticaban y ridiculizaban á más no poder— siempre en favor de la moral social. ¡Qué suerte la de esa insignificante criatura! ¡Qué elección tan sin gusto y degradada la del *pavo* del novio! Verdaderamente, era una lástima que se perdiese un joven como Filos, de peso y de pesos, según tenían bien entendido. ¡Eran incomprensibles, así, incomprensibles, ciertos seres neurópatas! Casarse con una peluquera bella, sí, pero de una belleza tosca, sin gracia, fría, sin alma, como una estatua de mármol, era demasiado relajamiento — ¡demasiado cinismo! ¿Y la fidelidad cómo marcharía? ¡Ah, lo que era por eso ninguna respondía, ni pondría las manos en el fuego! Y los nuevos dueños y los oficiales afilaban la lengua, haciéndolas coro sin miramientos de ninguna especie. De aquella manera estaban bien con todo el mundo, se hacían simpáticos, ganaban y nada perdían. ¡Conocían perfectamente el oficio!

—De modo que el casamiento es el jueves?— dijeron sonriendo varios clientes.

—De la entrante semana, justamente,— agregaron los peluqueros.

—La estación les es propicia...—murmuraron algunos.

—¡Como que se duerme tan bien acompañado...!— exclamaron los jóvenes.

—¡Y con mujer linda y gordita... en el invierno... ah!

—¡Delicioso!... ¡delicioso!— repitieron brutalmente los demás, imaginándoselo.

Entretanto, en uno de los departamentos de la planta

baja del extraño edificio pentagonal de Andros, los muebleros, los tapiceros y los pintores trabajaban hacia días sin cesar, confortando y decorando la mansión de los novios: su nido de felicidad, como Filos le decía á su prometida por la noche, cuando pasaba á visitarla en su casita de la calle de «La Paz». Recién el lunes de la semana anhelada quedó terminado todo con plena satisfacción de Filos.

Andros, que por nada accedió ni quiso separarse de su casi hermano — lo mismo que Parelia, loca de alegría porque iba á tener una hermana — invitó á comer aquella tarde á don Pedro y á su familia, para festejar dignamente el acontecimiento. Angélica, su padre y su hermano cuando visitaron el departamento pronto ya para habitarlo, lo encontraron magnífico, digno del gusto de Filos, aunque un tantito lujoso, opinaba don Pedro en tono de cariñosa reconvención. Horacio no se cansaba de ponderar su estudio y su aposento. ¡Qué cosa tan linda y á la última moda! Don Pedro Gozalias, que era su apellido, contemplaba á sus hijos, la casa, todo, sonriendo, íntimamente feliz. Angélica le decía á Parelia al oído, que aquello parecía un paraíso. .! Y al encontrarse con los ojos de su prometido, guardaba silencio, el rubor teñía sus mejillas, y en su alma sentía los rayos de ternura de esos ojos tranquilos, amorosos. ¡Cómo se idolatraban los dos!

Después de una comicia lo más alegre y familiar, pasaron á la antesala, iluminada ya por el foco central de luz eléctrica, que se espejaba en las altas paredes marmolizadas. Allí les esperaba ardiendo el hogar y allí tomarían el café. Entonces Parelia, que no se separaba un instante de Angélica, comenzó á enseñarle y á expli-

carle el origen y lo que representaban los broncees en sus columnas de peluche; las porcelanas y los paisajes de los jarrones; el asunto de los cuadros y el motivo de las miniaturas; en una palabra, todo lo que embellecía la antesala, del más refinado gusto y en su sitio respectivo. Esto las entretenía muchísimo. Angélica la escuchaba siguiendo hasta sus más insignificantes movimientos, asombrada ó riendo como una chiquilla. Y al oído se decían sus impresiones ó se comunicaban la pura estética de sus sentimientos artísticos.

Cuando enrentaban á algún espejo, se contemplaban picarescamente un instante ó se corregían, la una á la otra, sus rulitos deshechos. Después, Parelia, por el cristal miraba á su consorte y Angélica á su prometido, que las sonreía desde su asiento, y, en seguida, concluían ellas por abrazarse y prodigarse sonoros besos en sus frescas y sonrosadas mejillas. Adamiro y Evalinda, saltaban y palmoteaban alborozados, y, por espíritu de imitación, el uno se arrojaba en brazos del otro, besándose estrepitosamente, un tanto contrariados por no poderse ver en el espejo, á pesar de ponerse en puntillas, de brincar y «de hacerse los grandes».

—Vamos, Adamiro, no te subas á las sillas,— le decía su padre.

—¡Si están los espejos tan altos!— gritaba el pequeño saltando.

—Mañana los bajaremos,— les prometía Parelia.

—¿De verdad?.. ¿Y si se rompen?—preguntaba la niña poniendo carita seria.

—Los compondrá el vidriero,— replicaba Adamiro sentenciosamente.

En aquel momento trajeron el café. Las dos jóvenes se llegaron donde Prudencio lo volcaba. Evalinda por mirar cómo caía en las tacitas, se afirmó en el borde del velador; se levantó en la punta de los zapatitos; pero no tuvo tiempo para retirarse y una de ellas rodó. Felizmente el líquido ni la tocó. Después del susto y de las burlas de Adamiro, de la mano de su mamá y de Angélica, se acercaron al grupo formado al rededor de la chimenea por don Pedro, Filos, Andros y Horacio, que se entretenía hojeando una lujosa obra de antropología, cuyas páginas sonrosaban las espléndidas llamaradas del hogar chisporroteante. Los dos niños sentados en la alfombra cerca del guarda-fuego, contestaban ó hacían preguntas acerca de las cosas extrañas que descubrían en las llamas: un mundo de gigantes, de caras, de soldados, de peligros y de lesiones de dolorosas quemaduras, que ya ellos creían experimentar, estremeciéndose. De pronto, como cayese un tizón envuelto en una nube de humo, Adamiro fué á recogerlo con las tenazas, pero su padre le contuvo. Se iba á hacer daño... Los niños debían quedarse quietitos.

—¿Decía usted, señor Gozalias?—agregó Andros, volviendo á su asiento.

En seguida los pequeñuelos fueron á jugar á las visitas. Las damas se arrellanaron en el sofá de la derecha y los demás continuaron su diálogo interrumpido, á propósito de la ruina que ocasionaba en política la idolatría por ciertos jefes de partido, no sólo á los individuos en general, sino especialmente al país. Para hablar más claro: allí estaban las divisiones sociales, los odios, los rencores, las animadversiones, la oposición terca, sistemada

de los unos y la vergonzosa tartufería de los otros, el olvido y la miseria de los leales y el reinado de los falsos, de los dilapidadores y de los plutócratas.

¿No veíamos todos el entronizamiento del reaccionarismo y la lucha sorda, tenaz del demagogo, la riqueza del oficialismo, de las influencias, del situacionismo por la fuerza, que tiraba la piedra escondiendo cobardemente la mano? ¿Quién no advertía la codicia de los caídos, las ambiciones acrecentadas en las vigilias y la intransigencia interesada? ¿Eran acaso buenos los que satisfacían su sed de oro metiendo la mano hasta el codo en las minas populares y los envidiosos de líneas marcadas, de cara angulosa, de mirada honda, hiriente, de ojos saltados de las cuencas, que miraban de soslayo los talegos, sin poder alcanzar uno— uno solo?... Y á pesar de semejante situación insostenible, el país avanzaba de progreso en progreso. ¡Extraña contradicción, por cierto!

-- Y á todo esto ¿cuál es la actitud del Soberano...?— observó Filos.

—¿Del pueblo, del dueño de los caudales?— agregó Andros, acabando la frase.

—Infelizmente, es pasiva. Teme poner remedio al mal...— repuso don Pedro.

—Para que unos cuantos ambiciosos se abroguen sus derechos y prerrogativas!

—Amigo Andros, así estamos. Ha mucho tiempo que no existe entre nosotros la sinceridad en política,— concluyó por decir Gozalias.

¡Cuan feliz no se sentiría el país si se procediese sin la falsía y la felonía, que ciertos hombres llevaban de continuo en los labios, minados hasta los huesos por el

fagedenismo de sus vicios repelentes y crapulosos, sin noción alguna de moral pública y privada —sin alma, ni corazón para sentir las zozobras y los vértigos del mal, ni la apacible tranquilidad del bien para la comunidad. Entonces el desprecio popular no caería sobre ellos en vida, ni el lodo del olvido iría más tarde á cubrir sus tumbas ruinosas, á dar vida á una flora de pensamientos enfermos, que arrugaba la lluvia de oro de los tibios rayos solares ó secaba el álito de los cierzos, ni la memoria de sus hijos se mancharía al evocar un recuerdo que les contristaba y les causaba vértigos. ¿Por qué no eran medianamente sinceros? ¡Y, sin embargo, los más corrompidos aspiraban á la gloria y los más sediciosos á la inmortalidad!

—¡Oh, existen hombres funestos!—murmuró Gozalias pensativo.

Verdaderos gérmenes de nuestra corrupción social, parecían gusanos votados á la superficie por fuerzas misteriosas y fatales, para la demostración sintomatológica de las enfermedades que dominaban á una gran parte de las colectividades humanas, predispuestas al histerismo! Sobre sus mejillas descoloridas, por donde la anemia se paseaba libremente, esos hombres debían recibir sin compasión los fustazos de sus contemporáneos; para que la posteridad condolida y amargada no leyese en las páginas negras de nuestra historia, la indiferencia por la autocracia de la mentira ó la sicofanta violación de los principios morales, ni se imaginase una época de hambre vestida de frac, ni una sociedad de viciosos advenedizos — esos colosos que las circunstancias elevaban y el cinismo perpetuaba en el centro mismo de la purulenta llaga!

—¡Vamos, papá, no exageres tanto!. . —se atrevió á observarle Horacio, sonriendo.

—Hijo mío,—le dijo,—hay algo que no encontrarás en tus libros de legislación, de jurisprudencia y de ciencias sociales—que mal hojeé en mis primeros años—algo que enseña á conocer las cosas y los hombres; algo, en fin, que sintetiza todos los tratados y las teorías, y que regula las acciones y los ideales humanos. Ese algo es la experiencia!

—Perfectamente,—agregó el joven.—Pero no es tan malo el león como le pintas.

—Horacio, de muy distinta manera pensarás si hubieras visto lo que tengo visto y llevo experimentado. Son los años y las desilusiones unos maestros que jamás engañan al dictarnos sus lecciones y consejos en su cátedra, desde su alto poderío moral. ¡«Res, non verba!»—exclamó moviendo la cabeza, en un arranque de profundo escepticismo que hizo estremecer á Filos y á Andros de satisfacción.

—Comprendo, «verba volant»,—afirmó Horacio, volviéndole el latín.

—¿No es verdad, amigos míos?—continuó Gozalias.

—¡Cuántas veces hemos pensado como usted, señor don Pedro!—le contestó Andros.

—¡Ojalá no existieran los motivos!—replicó Filos.

Se sucedió una ligera pausa. En el amplio sofá de la derecha, Angélica y Parelía continuaban tratando de cosas íntimas, que las hacía enrojecer y reír de felicidad. Formaban planes ó castillos tapizados de doradas ilusiones ó habitados por hermosas esperanzas. A veces encantadas se interrumpían para mirar el grupo de la chime-

nea ó para observar los juegos de los niños, que iban y venían cargados de juguetes y de chucherías.

¡Qué ricuras!.. ¡Parecían hormiguitas! Y contemplando el contento y la alegría de los pequeñuelos, descendían á mil puerilidades, hasta confundirse con ellos. ¡Se sentían tan bien pareciéndose á los niños! Entonces se olvidaban de todo para fantasear con aquel hacinamiento extraño y ridículo de ferrocarriles tirados por soldaditos, de muñecas despatarradas ó abiertas de brazos boca-abajo, las ropillas en desorden, como si hubieran estado revolcándose en la alfombra; de barcos navegando en camitas; de pájaros de papel cabalgando en gatos y de minúsculos mobiliarios, tumbadas y revueltas las distintas piezas en una cabaña de pastorcitos y de animales domésticos, los unos sin cabeza, los otros sin patas y los arbolitos sin sus hojas pintadas de verde—todo lo que Adamiro y Evelinda iban colocando aquí y allí, en los distintos dibujos y medallones del rizado tapiz, riendo y palmoteando de sus inocentes ocurrencias.

—No, la pastora sobre la cocina... ¿Dónde pondremos los chanchitos?—agregaba la niña.

—¿Y los carneritos?.. Acá, con los patos y los árboles. Los burros con los pavos reales, son muy buenos amigos, — aseguraba el niño. — Por aquí haremos pasar el ferrocarril, donde viene la familia de la ciudad... ¡Saca esas vacas de la vía..! ¡Pero arregla tú la casa, el mobiliario...! Deja, vas á hacer una barbaridad... ¡No estás metiendo las gallinas y los cerdos en la sala...! ¡Linda quedaría la alfombra..!

--Entonces las escondemos debajo de las camitas... ¡por los ladrones!

—Espera. Lo haré yo. Mientras, tú armas el corral, les das de comer á los pollos y después matas un pavo, el más gordo, para regalar el apetito de los patrones que vienen en el tren... Tiende después la cuna para el bebe que la señora ha comprado en la ciudad... Pero, Evalinda, ¿qué estás haciendo...? ¡Burra! ¡Te has sentado encima de mis barcos!.. ¡Ay, cómo los has aplastado!.. ¡Quita..! ¡quita..!—gritaba empujándola.

—¡Ay, animal... que me has metido un dedo en el ojo!—gemía Evalinda.

—Sé buena, no te enojés y continuemos jugando,—concluía por decir Adamiro, acariciándola con mimo.

Se daban un beso de paz, se sonreían, y, no sin antes dejar de dirigir una mirada á su mamá, proseguían. Párelia y Angélica, seguían sus movimientos conmovidas, recordando sus entretenimientos de la infancia. Cualquiera de aquellas pequeñeces—una muñeca, un árbol, un ave—les traía á la memoria relaciones, lugares, afecciones y personas queridas, que distintamente veían en el fondo del alma y en un rinconcito de la memoria. Viajaban á través de los tulecillos del tiempo, ya visitando aquellos sitios que más impresiones habían dejado en sus espíritus en la niñez, ya paseando de la manecita por los jardines cogiendo hermosas flores, que destilaban las cristalinas lágrimas del rocío ó cazando doradas mariposas, vueltas polvo entre sus rosados dedos, ya vistiendo sus muñecas habladoras ó sus bebes de fina porcelana, al volver del colegio en las perfumadas y sonrientes tardes del estío.

¡Cuántas veces creyeron escuchar claramente, suspensas en su éxtasis, la dulce voz de la idolatrada madre ó

la del amado padre, narrándoles en invierno—en torno de las rojas llamaradas del hogar—cuentos fantásticos de gigantes y de monstruos prodigiosos, fábulas ó apólogos divertidísimos. ¿Y las reprimendas, las penitencias con la cara vuelta á la pared en un ángulo del comedor? ¿La alegría y las sorpresas en los cumple-años, las declamaciones en la mesa y los brindis por papá ó mamá? ¿Los constipados cogidos en los días que llovía piedras, que se liquidaban helando sus boquitas? Todo lo rememoraban, interrumpiéndose la una á la otra, como dos criaturas mal criadas. Cada explosión de Parelia la contestaba Angélica con una exclamación. Parecían dominadas por una fuerza extraña y misteriosa que las hacía arrancar del libro de la memoria las páginas más gratas, queridas y dolorosas para confiárselas mutua y francamente. ¡Con qué velocidad transcurrían los años y se sucedían las desgracias!

—¡Pobre madre mía!—murmuró apenas Angélica.

—¡Descansen en paz mis idolatrados padres!—balbuceó Parelia enternecida.

Pero arrastradas insensiblemente por la sucesión de las ideas—de lo agradable á lo penoso, de la infancia á la pubertad y del pasado al presente—volvieron á pensar en el porvenir. ¡El porvenir! Lejana nebulosa que imaginaban descubrir con el pensamiento y penetrar en sus arcanos con el cariño. ¡Qué cuadro tan divino de linterna mágica les ofrecía! En consecuencia, desaparecieron los juguetes, las ocurrencias de los niños, los contrastes y los recuerdos, como el hermoso panorama de una puesta de sol primaveral se borra paulatinamente al descender los tupidos crespones de la noche. Y de aquella vertiginosa

recorrida imaginativa, quedábales precipitada en el fondo de sus almas una grata sensación, dulce y suave, cual la caricia de la última granizada de rayos de oro de aquel mismo sol en los encages flotantes de las nubes vagabundas en el horizonte, como las indecisas y degradadas tintas de una acuarela gigante, colosal.

—Sí,—continuó don Pedro,—mis desilusiones se las debo á mi partido.

—¡Era nitrista de pura sangre, furioso!—exclamó Horacio guiñando el ojo.

—Mas ya pasaron aquellos febriles entusiasmos que entonces me arruinaron.

Después de la violenta sacudida de Setiembre, con la cual la base oral del partido contemporáneo más popular se desmoronó para siempre, tuvo él, don Pedro, que abandonar su provincia natal perseguido y calumniado, amargado y lleno de deudas. La boca voraz de la revolución—á pesar de ser la más justa y desgraciada—no respetó su fortuna, que poco á poco fué cayendo en el profundo vientre del monstruo, como las hojas en el otoño secas, amarillas y encogidas, rodaban sin estrépito al fondo del negro abismo impelidas por el viento.

La revolución pudo haber triunfado; pero los elementos morales y materiales con que contaba, eran demasiado heterogéneos. Minados por la ambición más sórdida y la indolencia más criminal se aplastaron á la mitad de la jornada. ¡Todo se había perdido! Cundió la desconfianza y el espíritu decayó. Hubieron gritos de desesperacion, lágrimas de cocodrilo y estertores de rabia. Ante la sangre vertida inútilmente, apareció la ruina social, la separación de los más avarientos, y, más allá, amenazador, se

dibujó el fantasma del reaccionario sacudiendo la bandera de la victoria.

En aquel desgarrador momento pareció levantarse del confín del horizonte una bruma espesa, pardusca, á manera de un ave colosal que batiera sus alas pesadamente en la región prodigiosa de los sueños. Se hubiera dicho que era una sombra de profunda tristeza velando el fondo azulado de aquel transparente cielo primaveral. Algo como el latido de un corazón enfermo sacudió las cordilleras. El cóndor audaz hundió su escrutadora pupila en el espacio, como si hubiera querido leer en el libro del infinito, oscurecido á lo lejos, los arcanos del porvenir. Un vago clamoreo llevaron los átomos del aire, en tanto que la pesada bruma desaparecía, el horizonte se limpiaba y se exhibía en las alturas un sol de cobre, de torva faz, lanzando rayos rojizos, como la sangre las víctimas que agusanaban.

Cuando la noche arrastró sus negros tules por los campos, cada estrella pareció una lágrima vertida por ojos invisibles, misteriosos. Semejaron los céfiros sollozos denconsoladores, y viudas enlutadas y llorosas los árboles seculares. La imponente calma que imperaba por do quiera, recordaba al silencio majestuoso de las ciudades muertas. Y allí, en las sombras, se dibujaba mejor el fantasma del reaccionario, sus labios contraídos por una sonrisa funesta. «¡Ve victis!» A partir de aquí, el Pueblo Soberano fué tan sólo una voz del diccionario constitucional y un espantajo de los declamadores de relumbrón para esconder miras privadas y ambiciones ilimitadas.

--Dicen que así se hacían las revoluciones en el siglo XIX,--agregó irónicamente don Pedro.

—La disculpa cabe para aquellos tiempos de organización política y social,—repuso Andros.

—Y no para los actuales,—dijo Filos.—Median algunos siglos de diferencia.

—¡Pues es claro!—replicó Horacio gravemente.

—Y bien,—prosiguió Gozalias,—dejemos ahora la revolución. Continúo con lo que me respecta.

Felizmente del naufragio algo pudo salvar. Entonces se estableció de peluquero. ¿Qué más podía hacer? Era forzoso trabajar en cualquier cosa. Las primeras tentativas le resultaron infructuosas. ¡Suerte funesta! No entendía el oficio... Tuvo intenciones varias veces de abandonarlo. Sin embargo, persistió. Le fué mejor. Aguzó el ingenio, y, al cabo de algún tiempo, el establecimiento marchaba viento en popa. De progreso en progreso, pasaron diez años, al cabo de los cuales pudo con sus economías adquirir en público remate la casa que existía al lado de su peluquería, después la que habitaba en aquellos momentos en la calle de «La Paz», y, por último, la finca de «El Siglo XIX», nombre arbitrario, sin motivo alguno, ni relación; pero que llamó mucho la atención. ¿Por qué lo había apellidado así? Una ocurrencia para llamar público. Nada más.

—Justamente hoy hace once años de su inauguración,—añadió sonriendo.

—Créame usted, señor Gozalias,—le dijo Filos,—su historia me la había imaginado.

—¡Oh, como la mía hay muchas! Contrastes reparados por medio del trabajo, de la constancia,—repuso él.—Pero ¡cuántos sinsabores y zozobras he tenido que soportar para salir á la orilla! Cuando llegué á Fisiocrata, éste y

aquella—é indicó á sus hijos—eran bien pequeñitos. Vivía entonces mi esposa. ¡Pobre Consuelo! Aquí nadie me conocía, ó aparentaron algunos no reconocermé en la desgracia. Fácil me fué, pues, cambiar de nombre: una tontera, ahora lo comprendo. Yo trabajaba día y noche sin cesar, para ellos, cuando la muerte vino á arrebatarnos lo más querido y necesario—¡mi idolatrada compañera, mi estímulo, el consuelo de mis penas! Solo, luché y eduqué á mis hijos, como lo exigían la familia y nuestro origen. ¡Pensaba en el porvenir! Hasta que ha llegado el día que tanto soñara. Bien comprenden ustedes lo que he hecho—¡lo que haría mil veces si fuera necesario! Angélica amaba...—y se interrumpió visiblemente conmovido.

—¡Qué alma grande, qué sano corazón!—exclamó Filos sin poderse contener.

En el fondo se estremecía de felicidad. Aquel padre que se había sacrificado por su credo político, luchado en la indigencia y conseguido una posición desahogada, aunque modesta, para sus hijos; aquel padre que le abría el pecho para que leyera en su corazón sus sentimientos y afecciones, le seducía, le enorgullecía y le encantaba! Andros impresionado contemplaba en silencio el fuego del hogar, en cuyas llamaradas le parecía estar viendo una á una las penas y amarguras de tan noble padre, que había juzgado al principio, antes de conocerle, tan ligeramente. Horacio, que se había levantado, hablaba con Angélica y Parelia en aquellos momentos de un nuevo libro que pronto iba á aparecer, según lo anunciaba uno de los diarios de aquella tarde. Adamiro y Evalinda, que se habían estado divirtiendo poniéndole colas á un gran

gato negro para verle dar vueltas vertiginosas, desesperado—ahora se disponían á jugar «á los enfermos».

—Tú serás el médico, yo la mamá de la niña,—le decía á Adamiro.

—Bueno. Pero tienes tú que ir á buscarme,—le contestaba él, ganando la sala vecina.

Evalinda, dejaba acostada y tapada hasta el cuello una muñeca en su camita, y se lanzaba á la calle en busca del doctor.—¡Oh, su hijita se moría! ¡Qué desgracia..! ¡qué desgracia!—Por fin llegaba á la casa del médico y golpeaba.—¿Estaba el señor doctor?—Sí, señora. ¿Qué se le ofrecía?—Venga usted señor, pronto, pronto!—Un momento, señora. Iba á ponerse el sombrero.—Y volvía con él de la manecita. Adamiro con el clac y el bastón de su papá, se acercaba á la muñeca, le hacía una caricia, tomábale el pulso, le mandaba echar la lengua y le golpeaba el estómago.—¡«Mamá..! ¡mamá!»—gritaba la muñeca. Después, él meneaba la cabeza, simulaba escribir una receta y se la entregaba á la señora, garantiéndole la cura. Le dolía á la niña un poco la barriga: síntoma de un benigno sarampión, que pasaría con la medicina que le dejaba recetada.

—Déle buenos *bifes* y sáquela á pasear para que se distraiga,—agregaba.

—Y la medicina ¿cada hora..?

—Cada hora. Adiós, señora. Mañana le pasaré la cuenta.

—Que usted lo pase bien, doctor; memorias á la familia y un beso al bebe,—le contestaba.

De pronto se hizo el silencio en la habitación, interrumpido tan sólo por el chisporroteo de la chimenea, por el viento que suavemente hacía crujir las celosías de las

puertas y ventanas del edificio y por la dulce y argentina voz de los dos niños. Pero este silencio fué breve, casi instantáneo. Volvió, en seguida, la animación y los diálogos se reanudaron. Se hablaba ahora del futuro, de la próxima llegada de la familia de Filos, que don Pedro conocía, de los preparativos, en fin, de tan deseado jueves: el día más feliz y risueño para todos ellos.

La temperatura del salón templada por el fuego del hogar, el suave color crema de los cortinajes, el terciopelo tornasolado de los muebles dorados, las llamaradas de la lumbre que, por entre las rendijas de la portada, teñían las paredes de la gran sala vecina, las estatuas, las porcelanas, los cuadros, los espejos, hasta la alfombra de fondo blanco con grandes medallones y dibujos de flores—todo parecía animado por el contento y la dicha de aquellos seres, identificado todo con lo que ellos experimentaban en el fondo de sus almas francas, sencillas y expansivas. Y allá, en el espacio, veíase al través de los cristales la noche más oscura, destacándose en el fondo negro las rutilantes estrellas, simulando millones de ojos suspendidos de la bóveda colosal, mirándose carifosos, sonrientes, amorosos, los unos á los otros. Algunas flores de la estación repartidas en los grandes y preciosos jarrones, embalsamaban aquel tibio ambiente, dulcísimo, como el de un aposento de novios.

— ¡Cuán felices vamos á ser, amada mía!— dijo Filos á su prometida.

Cerca el uno del otro, se abrasaban con el aliento. En un momento que los demás seguían conversando sin cuidarse de ellos, Filos imprimió un beso furtivo en la diminuta mano de la joven. Sonrió ella plácidamente, de-

jándole hacer. A estar solos, se hubieran besado en los labios. Las mejillas de ella, como dos manzanas del paraíso, se habían teñido del color sonrosado más encantador, y su levantado seno de virgen se agitaba dulcemente á impulsos de las sensaciones que estaba experimentando. Pero en aquel instante, Adamiro y Evalinda, sonriendo y palmoteando se encontraban á su lado. ¡No les habían sentido! Filos sentó en sus rodillas al varoncito y Angélica á la mujercita. ¡Qué ojos ponían y qué caritas tan picarescas! De pronto Evalinda le presentó su minúscula mano á su hermanito, diciéndole muy seria:

—Dame uno, á mí también... No tengas miedo... No te voy á hacer nada.

—Si... me vas á pegar en la boca,—le contestó frunciéndola el pequeñuelo.

—¿Cómo ésta no lo ha hecho con aquél? —agregó Evalinda, indicando á Angélica y á Filos.

Adamiro se encogió de hombros. No quiso ceder. ¡Pavo! Miráronse, en consecuencia, los dos amantes riendo de aquella inesperada sorpresa, festejando la ocurrencia de la niña, que seguía diciendo que Adamiro era un tonto, porque no se prestaba á besarle la mano. Por lo mismo, no iba á jugar más con él. Se lo tenía bien merecido. Además, le iba á contar á su mamá que, á la muñeca grande, le había pintado vigotes con tizne de la chimenea. ¿No era verdad que las muñecas se lo pasaban perfectamente sin eso? Ah, también había querido acostar un chanchito en la camita celeste y asar un soldado en la cocinita. ¡Pobrecito, le habría quemado el..! ¡Qué vergüenza! Eso no hacían los niños buenos y lindos, como

él! Y después, poco á poco, insensiblemente, se fueron quedando dormidos en las faldas de los dos novios.

—¡ Angélica, si fueran nuestros..!—exclamó Filos besando al niño.

—¡ Ah..!—murmuró ella, bajando los ojos y acariciando los rulitos de Evalinda.

Sería bien bello, pensaba en el fondo. Así pasaron un rato. Los dos parecían soñar. La campanilla del reloj, que daba las once, les sacó de aquel éxtasis dulcísimo. Don Pedro y Horacio se aprontaban para retirarse. Acostaron á los niños en el sofá y se acercaron á los demás. La mirada de aquella despedida, el mismo Filos no la hubiera podido definir, ni expresar. Se comprendían sin articular palabra, tal era la armonía que equilibraba sus temperamentos y caracteres. ¡Qué rápido transcurría el tiempo! ¡Las horas les parecían minutos! Por fin, Parelia y Andros después de acompañarles hasta la puerta, volvieron á la antesala. Don Pedro sólo consintió en que Filos se molestase, siguiendo con ellos hasta su casa. ¡Andros se pertenecía á su consorte, y, además, la noche estaba tan fría..!—había dicho Angélica. Sonrió aquél cariñosamente, despidiéndose hasta el día siguiente.

Quedarop, pues, solos. Después de acostar á los niños, Andros y Parelia se mostraron complacidos del afecto íntimo que les manifestaba la familia de Gozalias. Hablaron largo del carácter y del fondo de Angélica que, para Parelia era la criatura más bondadosa y complaciente. Don Pedro era un padre como había pocos, templado en la lucha, en las penas, de sentimientos elevados y duraderos, y de una inteligencia clara y perspicaz. Andros no se cansaba de ponderarle, refiriéndole la historia

de sus desgracias. ¿Y Horacio? ¡Pobrecillo! Aunque un tanto ligero, no carecía de buenas dotes morales. Arrebatado á veces, franco como los de su edad y superficial como otros, se hacía estimar por su dulzura, en medio de sus sueños y de sus aspiraciones. No les cabía la menor duda que Filos iba á ser completamente feliz con tal mujer, con tal suegro y con tal cuñado.

—Y siéndolo Filos, ¿cómo no hemos de gozar nosotros?—exclamó Parelia.

—Así quisiera la felicidad para los hombres,—agregó Andros convencido.

—Pero he aquí Filos. ¡Qué tardanza, caballero!—le dijo la joven bromeándole.

Daban en aquel momento las doce. Venía Filos sonrosado por el aire helado que soplaba en las calles. Sacóse el sobretodo, arrastró una butaca, y, al lado de sus queridos amigos, comenzó á calentarse las manos en el hogar. ¡Hacia un frío casi polar! Felizmente la chimenea ardía que era un encanto. Seguramente estaban hablando de él, cuando llegó... ¡Por supuesto! ¿No era el asunto de la orden del día? Pues en congreso íntimo, habían sancionado la minuta de su felicidad! En seguida hablaron de la llegada de su familia. Filos creía que ésta estaría entre ellos el martes por la noche ó el miércoles por la mañana. Su cuñado había quedado en telefonografiarle el día y la hora en que desembarcarían en la estación del Sur. Por lo demás, todo lo tenían ya preparado.

—Punto y aparte. ¿Has leído los diarios de la tarde?—le preguntó Andros.

—¿A qué viene este exabrupto? — le contestó Filos.

—Responde, sin preocuparte de la locución,—le observó sonriendo.

—No. ¿Crées tú que estoy como para ocuparme de diarios?—repuso el joven palmeándole.

—Pues, entonces, lee ese suelto,—añadió Andros, presentándole un diario.

Filos después de leer el título del suelto, miró asombrado á su amigo. Pero éste le hizo una señal para que continuase. Parcia, que ya estaba en el secreto de Andros, sonrió picarescamente. Como era una sorpresa que su marido le venía preparando á Filos desde hacía algunos días, guardó la reserva que su marido le encargara. Varias veces Filos le había preguntado á su amigo si el libro tocaba á su fin. Aun no, porque con los preparativos del casamiento, había tenido que retardar un poquillo la conclusión. Podía, sin embargo, estar tranquilo. Sólo faltaba una jornada, la última. Y como algo esperaba para escribirla... Filos sonreía imaginando lo que él descaba. De esta manera mantuvo al joven algún tiempo. Pero el momento había llegado. La prensa anunciaba ya la aparición del libro «EN EL SIGLO XIX». Era bien lógico y justo, que le supiera. Así pensaba Andros, mientras Filos concluía de leer el suelto.

—¡Ah, bribón!—exclamó dejando el diario.—¿Con que es cosa hecha, amigo mío?

—Completamente. ¿No lo esperabas? Pues bien, el jueves aparece,—agregó Andros.

—¡El jueves! ¿Sabes que no vuelvo en mí, del asombro?...—murmuró Filos.

—No puedes imaginarte todo lo que he hecho para que viera la luz en dicho día,—continuó Andros.—Pero estoy

seguro de que vas á quedar satisfecho, porque me he esmerado en la corrección, en la elección del formato, de los caracteres y del papel. Puedes creerme que así lo he llevado á cabo con verdadero entusiasmo y cariño. Lo que sí he sentido es que mi labor haya concluído tan pronto: desearía comenzar de nuevo... ¿De qué te ries..?

—¡Hasta le he ayudado yo, atendiéndole, cuando corregía las pruebas!—le aseguró riendo Parelia.

—¡Oh, lo creo, lo creo! Pero dime ¿cómo termina nuestro libro?—le preguntó Filos con curiosidad.

—De la manera más natural y sencilla,—le contesto Andros. Vas á saberlo.

Con una alegre y familiar comida de festejo, con la llegada de la familia del novio y con el casamiento del filósofo. Éste seguiría siendo el hermano del hombre y viviendo en el extraño edificio pentagonal que justamente se elevaba en la avenida de «El Pasado», en ese pequeño cosmos de la sinceridad y del amor, que había sido el patrimonio de la criatura humana, al nacer. El porvenir aun continuaría siendo un misterio, mientras el hombre luchara contra el hombre, en las sociedades donde la mentira degeneraba los tipos morales y fisiológicos. La hora de la sinceridad y de la verdad, no había sonado todavía.

La nueva familia, formada con los preciosos elementos de la verdad, del amor y del derecho, se encargaría de realizar, de hacer carne, los ideales del hombre moral, y los principios puros y benefactores del filósofo. La unidad de la sociedad individual, consolidada por aquellos ideales y por aquellos principios, llegaría á realizar la verdadera *pantocracia* de la familia nacional futura.— Así concluía el libro. ¿Le agradaba este final, al parecer

un tanto exagerado—pero real á todas luces? Por única contestación Filos abrazó á su amigo conmovido y tendió una mano á Parelia, enternecida. Daba la una en aquel momento. Fisiocrata dormía profundamente.

93 **FIN.**



ÍNDICE.

	Pág.
DEDICATORIA.....	IX
DOS PALABRAS.....	XI
PERSONAJES.....	XV



JORNADA PRIMERA

SUMARIO. — El edificio pentagonal.— Alegoría del mundo.— Topografía.—Geografía.—Odisea original.— Viaje del espíritu.— La naturaleza.— La armonía.— Leibnitz.— Alucinación.— Superstición.— Fábulas.— El mundo real y el imaginario.— El Hombre.— Andros.— Ente raro, soñador de utopías, misántropo.— Ideal político y social.— Equilibrio.— Buenos Aries.— Gabinete de Andros.— Mueblaje — Museo.— Diferencias antropológicas — El cráneo del siglo XIX y el del XXX.— Retrato de Andros.— Origen, educación y casamiento.— Alegoría geográfica.— El cuarto pentágono.— América.— Leyenda.— Creación.— Adam y Eva.— Filos.— Su retrato.— El torno neumático.— El plan de un libro — Reflexiones.— El asiento mecánico.— Argumento, crítica y sátira.— ¡ Resulta! — Silencio y éxtasis de Andros.— Título de la obra: • EL SIGLO XIX •.— Vespucio.— Colón.— La idea de Andros.— Despedida.— Amanecer.....

JORNADA II.

Pág.

SUMARIO. — Filos.—Máquina de escribir.—Inquietud.—Este-
 rilidad.—Estado síquico.—Desesperación.—Impotencia in-
 tellectual.—Causas.—Sarcasmo.—Las ideas, forma, fondo,
 fluidés.—Filos se interrumpe.—Vuelve á la tarea.—Deja
 la máquina.—Se pone á leer.—Deja ésta.—Ira.—Cuadros.
 —Contemplación.—El aposento.—Mueblaje.—¡Eureka!—
 Fenómeno simpático.—Los padres de Filos.—Inspiración.
 —Feliz.—Escribe vertiginosamente.—Concluye la jornada
 primera y empieza la segunda.—Andros.—¡El mismo demonio!
 — Exclamación.—Parelia enferma.—No es nada.—Va
 Filos en busca del doctor Espes.—El aposento de Parelia
 —Ella.—Mueblaje.—Historia del casamiento.—Reflexiones.
 —Don Severo.—Por telefouógrafo.—Tratamiento profilácti-
 co.—El doctor Espes.—Ignatia amara.—Belladona.—Su-
 perstición.—Reposo de Parelia.—El medio día.—Después.
 —Filos continúa escribiendo.—A las seis.—Parelia restable-
 cida.— Los hijos de Andros.— Adamiro y Evalinda.— Iro-
 nía infantil.— Figuras de papel.— Crepúsculo.— Medias
 tintas.—Fin de la jornada II.—Cuadro familiar

21

JORNADA III.

SUMARIO. — Fisiocrata — Buenos Aires ó Buenos Aries. —
 Opinión del doctor don Modesto Buenas Fuentes.—Sancho
 García —El arqueólogo Excmo. señor doctor don Fructuo-
 so Apariencias.—Su opinión.—Crítica.—Sátira —Los aires
 buenos —Citas.—Apéndices.—Es Buenos Aries—Por qué.—
 Clima.—Atmósfera.—Inmigraciones.—La hacienda.—Pasio-
 nes.—Consecuencia.—Error de imprenta.—Equivocación de
 Buenas Fuentes.—Aceptación.—Aplausos.—Nombramiento.
 —Etimología.—¡Génio!—¡Buenas Fuentes loco!—Refle-
 xiones.—Topografía de Fisiocrata.—Avenidas y bouleva-
 res.—El censo.—Población.—Los extranjerios.—Trastornos

en la legislación nacional.—Municipio.—Gobierno Comunal.—Cuarteles.—Prefecturas y Sub-Prefecturas.—Concejo General.—Gobernador Municipal.—Plazas y paseos.—La avenida de «El Pasado» y la de «El Porvenir».—Plaza de «Los Monumentos».—Comercio.—Artes.—Industrias.—Almacenes, tiendas, bazares, etc.—Monumentos.—Concurrencia.—Luz.—Adoquinados.—Lujo.—Filos.—Andros.—Reflexiones.—Fenómeno celeste.—Tarde, crepúsculo y noche.—«Fiat lux!».—Dudas.—La jornada III.—Continuación.—Opinión de Filos y de Andros.—Causticidad.—Conclusión. 33

JORNADA IV.

SUMARIO. — Parelia.—Negativa de ir al teatro.—Por qué.—Opinión de la prensa sobre la ópera del maestro Sopéra.—Sátira.—El autómatá.—Farra.—Parelia prefiere quedarse cosiendo y con sus hijos.—Váanse Andros y Filos.—Oficina de Warraus.—La avenida de «El Porvenir».—Movimiento.—Concurrencia.—La juventud.—Las niñas y las tiendas.—Guasadas y cuchufletas.—Los gomosos.—Incidentes.—Peripecias de Filos.—Arte nacional.—Escultura.—Comentarios.—El boulevard de «El Progreso».—Confusión.—Público.—Grupos y tumultos.—Causas.—Los dulcamaras.—«El Cornudo».—Escenas y comentarios.—Modestia.—Sabiduría.—Charlatanismo.—Literatura.—Historia.—Periodismo.—Poesía.—Al fin Andros y Filos prosiguen su camino.—Aniversario.—Vespucio del Sur 45

JORNADA V.

SUMARIO. — El teatro de «La Primavera».—Suspensión.—«Hamlet», ópera bufa.—La concurrencia.—Lucha.—Acto primero.—Música.—Aplausos.—Comentarios.—Incidentes.

Entre-acto.—Crítica.—Murmuración.—Aspavientos.—Chismografía.—Acto segundo.—Decoraciones.—Sátira.—Lenguaje orillero.—Exclamaciones.—Supresiones.—Observaciones de Andros y de Filos.—Público delirante.—Elogios y ponderaciones.—Progreso.—Comentarios.—Comedia.—Las vecinas de Andros y de Filos.—¡Pobres originales!—Alberto Cerebrochato.—Diálogo curioso.—El señor Picodeoro.—Flora y Blanca.—Escena cómica.—Chismes.—¡Qué siglo!—¡Imbecil!—Galeoterías.....	57
---	----

JORNADA VI.

SUMARIO. — Acto tercero. — Escena de los sepultureros.—Reflexiones de Hamlet.—Idea peregrina.—Comentarios de Andros y de Filos.—El acompañamiento.—Peripecias.—Ironías.—Acto cuarto.—Mise en scene.—¡Venganza!—Duo de amor.—Los pájaros de su Magestad.—¡Ya se fué!—El asalto.—Peripecias.—Ideas del coro.—Muertes.—Fortiabras.—Tableau.—Apoteosis.—Fin de la ópera bufa.—Salida de la concurrencia.—Escenas.—Cosas cómicas.—Andros y Filos.—Llegada.—Parelia.—El vestidito.—Fin de las jornadas IV, V y VI.....	85
--	----

JORNADA VII.

SUMARIO. — Principio. — Diálogo de Andros y Filos.—Consejos y observaciones.—El sentimiento de la maternidad.—Inclinaciones é ideales.—El sentimiento de la patria.—El siglo XIX.—¿Niños ú hombres?—Filosofía.—Hermafroditismo.—Renegados.—Tipos fisiológicos.—Decadencia.—Degeneración.—Historia de José.—Principio de una raza en decadencia.—Consecuencias.—Razones.—Reflexiones —¡De acuerdo!—Adamiro.—Los diarios de la tarde.—Filos.—Lectura.—Crónica ligera.—Cliché.—Pedido.—Gerigonza.—Conferencia.—Resolución de Andros y de Filos.....	105
--	-----

JORNADA VIII.

Pág.

SUMARIO. — La Academia de «La Mútua Admiración». — El Excmo. señor doctor Vonvo.—Fundación de la Academia. — Dificultades. — Triunfo. — El centro de los sabios y de los génius.—El Vonvo de la Tarde.—Tiraje de 500.000 ejemplares.—«El Gran Papel de la Mañana». — Paralelo.—Indolencia linfática.—El fundador de «El Gran Papel». — El historiador pátrio.—Retrato al correr de la pluma.—Redactores.—Educación.—Instrucción.—Asilos — Sátira.—El «Salón de las Conferencias». — Engaño.—Descripción.—Retratos.—Estátua.—Monumentos.—Otros salones.—Sesiones públicas.—Prohibiciones.—Excepciones.—Iluminación.—Curiosidad.—Comienzo.—El Himno Nacional.—¡Qué fastidio! — El poeta Cándido Debarro y el filósofo Granito de Adoquín. — «Todo es Materia». — «Ecuaciones Rítmicas». — Sinfonía.—Luis Manoligera.—Breves palabras alusivas al acto por el Presidente de la Academia 121
--	-----------

JORNADA IX.

SUMARIO. — Sensación. — Disgusto.—Olvido. — Curiosidad.—El académico Excmo. señor doctor don Patricio Camaleón.—Retrato.—Periodismo.—Los cronistas del siglo XIX y los del XXX.—El Anticuario doctor don Andrés Papeletes.—Génesis.—Crítica.—Sátira.—El Excmo. señor don Inocencio Hurtado de Roojo.—Sus opiniones.—Citas.—Revistas, noticias y crónicas.—Reportages.—Paralelos.—La herencia.—Enfermedades sociales.—Parangón.—Distingo.—Aplausos.—El periodismo sensacional.—Periodistas notables.—Crónica de cronista.—Manera de hacer reportages.—Disculpa.—He dicho.—Felicitaciones.—Manifestación.—Palabras de Adoquín y Debarro. 133
--	-----------

JORNADA X.

Pág.

SUMARIO. — El académico Excmo. señor doctor don Diógenes Corneles.—Su retrato.—Su conferencia <i>sobre</i> la mujer —Exordio —Fisiología.—Cirugía.—La primera mujer.—Silencio prudente.—Su papel en el drama de la existencia.—Moral.—Á quien se debe la mujer.—El hogar.—El gran mundo —Fenómenos.—Comparaciones.—Aplausos.—Pensamientos íntimos.—Cinismo.—La mujer del siglo XIX y la del XXX.—Educación —Costumbres.—Ideales.—Las hijas mujeres.—Los varones.—Cita de Alberdi.—Organización.—Tipos fisiológicos —El amor.—Molestias.—Pichones de codrilo.—Método.—Amas y escuelas.—Sentimientos.—Vanidad.—La inteligencia de la mujer.—Ideas religiosas.—La Naturaleza.—Reflexiones.—La Iglesia y el Estado.—Observaciones.—El demonio-suegra.—•Buenas Noches•.—Felicitaciones.—Manifestación.—La sociedad de la •Propia Beneficencia•.—Comentarios	117
--	-----

JORNADA XI.

SUMARIO. — Siguen las felicitaciones. — El Excmo. señor doctor don Narciso Chingado.—Su aislamiento voluntario.—Desilusiones.—Esperanzas perdidas á la Presidencia.—Cómo había ocupado su tiempo.—Estudios.—Su presencia.—Efecto.—Indiferencia pública.—Retrato.—Cohete Chingado.—Conferencia sobre la moda.—Impresión favorable.—Aplausos.—La moda, institución libre.—Constitucional.—Administrativa.—Política.—La moda de la imposición.—En el Pueblo Soberano.—La moda de las revoluciones.—La del siglo XIX y la del XXX.—La protectora de la mujer.—El ideal contemporáneo.—Los advenedizos.—La moda es el barómetro de la cultura.—Protectora de las rentas y de las entradas del país.—De los alquileres, de la propiedad, del trabajo, de las huelgas.—El ideal del per-

feccionamiento.—El antifaz de carne.—Aplausos y comentarios.—Aforismo de Nitro.—La moda en las ciencias, en las industrias y en el arte.—Talentos y génius.—Reflexiones.—Sátira fina	151
--	-----

JORNADA XII.

SUMARIO. — Incidento. — Tumulto. — Desesperación. — Horror. — Incendio. — ¡Fuego! — La Academia. — Descripción del pánico. — Esfuerzos inútiles para contener á la concurrencia. — Accidentes. — Andros y Filos se ponen en salvo. — Caos. — Gritos. — Ayes. — Desmayos. — ¡Revolución! — El gobernador Excmo. señor don Madeja y Araña. — Fuera del salón. — En la calle — Behetría. — ¡Sálvese quién pueda! — Los bomberos. — Las aguas corrientes. — ¡Siempre falta agua! — Panorana del incendio. — Como éste se apaga. — Calma. — Órden. — Andros y Filos, camino de su casa — Boletín. — Parellia. — Los niños. — Noticias falsas. — La fábrica de «Polisones y pantorrillas postizas» — Reflexiones. — Al día siguiente. — Paseo. — Conclusión	173
---	-----

JORNADA XIII.

SUMARIO. — Paseo. — El «Gran Bosque». — La tarde. — Las avonidas — Filos moralizando. — La concurrencia. — Automatas. — Carruages. — Velocípedos. — Jardines. — Fuentes. — Saltos de agua. — Estátuas — Donaciones — Monumento de Zarmiento. — Miradas. — Cuchicheos. — Crítica. — Lengua y tijera. — Exclamación de Andros. — Los niños. — Diálogo. — Incidente de Adamiro. — República reaccionaria. — Charla. — El diputado Liberto. — Ideas. — Liberalismo. — Murmuración. — La libertad. — Derecho de conquista — La propiedad es un robo. — ¡Pobres mujeres! — De vuelta. — Conversación — Citando a Edgardo Quinet. — El corso. — Comentarios — Fin de la jornada XIII	183
---	-----

JORNADA XIV.

Pág.

SUMARIO. — Al día siguiente. — Parelia. — Lecciones maternas. — Ideas. — Interrupción. — Visitas. — Crítica. — El gabinete de Parelia. — Cumplidos. — Diálogo. — Ventura. — Virginia Honduras. — Opinión de Parelia. — ¿Humanidad? — La caridad. — Suscripción para un baile de beneficencia. — Parelia contribuye. — Palabras de Ventura. — Despedida. — Cumplidos. — Murmuración. — Parelia vuelve á su tarea. — Andros y Filos. — Adamiro. — Quién era Ventura. — «Las Hijas de Mandinga». — Resolución de Andros y de Filos. — Á comer. — Después. — Fin de la jornada XIV 197

JORNADA XV.

SUMARIO. — La noche del jueves — Preparativos en «El Progreso» para el gran baile de caridad. — El adorno. — Los salones. — El ambigú. — Apreciaciones. — Los diarios y el sarao. — Andros y Filos camino del Club. — Observaciones. La concurrencia — Diálogo. — Mosqueteros. — En el vestíbulo. — Felicitaciones, apretones de manos y saludos. — Aspecto interior del Club. — Pareja divertida. — Reflexiones. — Los carabineros. — Novios — Mutis. — Amantes. — Diálogo íntimo. — Curiosidad. — Ella, él y el amante. — Desaparición de Elvira y de este último. — Padres que se duermen, mientras bailan sus hijas. — Escena cómica. — Incidente de Andros — Ejemplar de nuestra juventud. — Salida del Club. — Madrugada. — Pregunta de Andros y contestación de Filos. — 210

JORNADA XVI.

SUMARIO. — El despertar de Filos. — Parto laborioso. — Tenaicidad. — Detonaciones. — Coincidencias. — ¡Al fin! — El boletín de «El Vonvo de la Tarde». — ¡Casualidad! — Andros, Filos y Parelia. — Conversación á propósito de la fuga de la

pareja del Club.—Almuerzo.—Comentarios.—Ironías.—Sátira de Filos.—Opinión de Andros.—Historia de la dama y del caballero seductor.—Quién era ella.—Su retrato físico y moral.—El marido.—El amante.—Escena de los cónyuges antes de ir al Club.—Lo que pasó en éste.—Observación del boletín.—Filosofía —Sospechas.—La verdad.—Después del baile —El marido.—Su estado.—Detonación.—suicidio.—Comentario de Andros y de Filos	227
---	-----

JORNADA XVII.

SUMARIO. — Los diarios de la tarde. — El suicidio y la fuga. — «La Camisa de la Justicia». — Necrología del ilustre doctor Fulano. — Párrafos sabrosos. — Nobleza obliga. — Después de la necrología. — Sátira. — Verdad amarga. — «Todo el mundo». — Opinión de Filos. — Observaciones de Andros. — Tercetas. — Moraleja. — Ejemplo de Filos. — Una visita curiosa. — Un sugeto original. — Incienso. — Filosofía curiosa. — Inquietud de Andros. — Filos impaciente. — Un peluquero. — Don Pedro Tijera y Lengua. — Bombo. — ¡Cómo se aguza el ingenio! — Clavos. — Competencia comercial. — Gato por liebre. — El traje del peluquero. — Exclamación de Parelía. — Hilaridad. — Contagio. — Cena. — Las siete pasado meridiano.	243
--	-----

JORNADA XVIII.

SUMARIO. — La peluquería en el siglo actual. — Fisonomía moral y material. — Parangón. — La lengua y la tijera. — Los clientes, los dueños y los oficiales. — Opiniones políticas, sociales, científicas y literarias. — Palabras y frases usuales. — La crisis. — Los impuestos. — El gobierno. — Sabios improvisados — Ironías de Filos. — «Al siglo XIX». — Su propietario. — La tienda, los salones y los talleres. — Una joven que impresiona á Filos. — Respuesta de Andros — ¡na araña

de gas.—Maquinarias.—La tijera para cortar las uñas agudas.—Cuadros, pinturas y muebles.—El alumbrado.—Las mujeres, según el peluquero.—Los hijos de éste.—Futuro abogado.—Reflexiones.—Simpatías.—De vuelta.—Perspicacia de mujer.—Filos amado por Angélica.—Sus ideas respecto del amor y del matrimonio.—Punto final 255

JORNADA XIX.

SUMARIO. — Fenómeno de la imaginación y de la memoria. — Paciencia y esperar. — Insomnio. — Diarios viejos. — La historia de Rosa, en griego. — Emociones de Filos. — ¡ Angélica! . . ¡ Angélica! — El amor. — Éxtasis. — Sorpresa. — Andros. — Asombro de éste. — Bromas. — Confesión. — Conmociones morales. — Consecuencias. — Simpatía. — La ley del amor. — El alma universal. — Una cita de Comte. — Filosofía. — El lujo. — Rousseau. — Hermafroditismo. — Histerismo. — Observaciones. — Filos enamorado. — Después del medio día. — Paseo. — Los boulevares. — El trabajo — El progreso. — Paralelos. — Contrastes. — El hombre de talento. — El génio. — La ley del estudio y la de la labor — El opulento y el anciano de la clase baja. — Sátira. — Avisos. — Reclames. — Ejemplos. — Llagas y sedas. — Gritería, confusión y angolina. — Un demente y sus perros. — Consecuencias. — La policía. — La avenida General Nitro. — Convocatoria política. — La medicina aconsejando. — Casualidades. — De vuelta. — Adamiro y Evalinda. — Cuadro. — Melancolía de Filos. — Diálogo. — El cartucho. — Conclusión 271

JORNADA XX.

SUMARIO. — Expansión de Angélica. — El ánimo de Andros y de Filos — El saloncito íntimo de don Pedro — Sorpresa. — Agrado — Satisfacción de Filos. — Simpatía. — Atracción. — Gozalias. — Su carácter, su temperamento y su educación.

—Chistes.—La mujer.—La cola del zorro.—Historia cómica. —Felicidad y alegría.—Armonía de ideas y de sentimientos.—Interrupciones.—Sigue la historia del zorro.—Descripción del Paraíso.—Dios.—El Angel.—Adam.—La costilla del hombre.—Formación de la mujer.—Dios y el Angel desaparecen.—Extremecimiento universal.—El alma de la creación.—El amor.—Conclusión.—Observaciones de Angélica.—Don Pedro cree que esa mujer es la <i>Política</i> .—Sigue la discusión.—Las doce.—Consecuencias.—Visitas.—Dos meses después.—Angélica y Filos enamorados.—El primer beso.—Recuerdos.—Juramentos.—En el otoño.—Horacio.—Las jornadas XIX y XX.—Parelia madrina.—Exclamaciones.—Felicidad	287
--	-----

JORNADA XXI.

SUMARIO. — Venta de «El siglo XIX». — Los dueños. — Promesas. — Murmuraciones a propósito del enlace de Filos. — Los clientes femeninos. — Sus opiniones. — Lo que pasaba entretanto en el departamento de la planta baja del edificio pentagonal. — Una comida de festejo. — Después de ésta. — Escenas en la ante-sala. — El café. — Política. — Pajones. — Tartufería. — Reaccionarismo. — Influencias. — El oficialismo. — Los caídos. — Reflexiones. — El Soberano. — Ideas de don Pedro. — Hombres funestos. — Gusanos. — Filosofía. — Cinismo. — Llaga purulenta. — Diálogo. — La experiencia. — Latines. — Pausa. — Angélica y Parelia. — Los niños. — Sus juegos. — Recuerdos. — Exclamaciones. — Nitrista puro. — Escluciones. — La sacudida de Setiembre. — La revolución. — Por qué fracasó. — Consecuencias. — Ruina social. — El fantasma del reaccionario. — Cuadro. — Historia de Gozalias. — Alma grande. — Impresiones de Filos y de Andros. — Horacio. — El juego de «los enfermos». — Después. — Silencio. — Vuelve la animación. — Preparativos. — La temperatura del salón. — Descripción. — Un beso furtivo. — Sorpresa. — Diálogo.

go.—Despedida.—Vánse don Pedro y su familia acompañados de Filos.—Reflexiones de Andros y Parelia.—Buena impresión —Vuelve Filos.—Frio polar.—La familia de Filos es esperada el martes ó el miércoles.—Todo preparado para la boda.—Punto y aparte.—La aparición del libro *EN EL SIGLO XIX.*—Cómo termina éste.—La nueva familia.—El hombre y el filósofo.—Un abrazo fraternal.—Fin. 299

